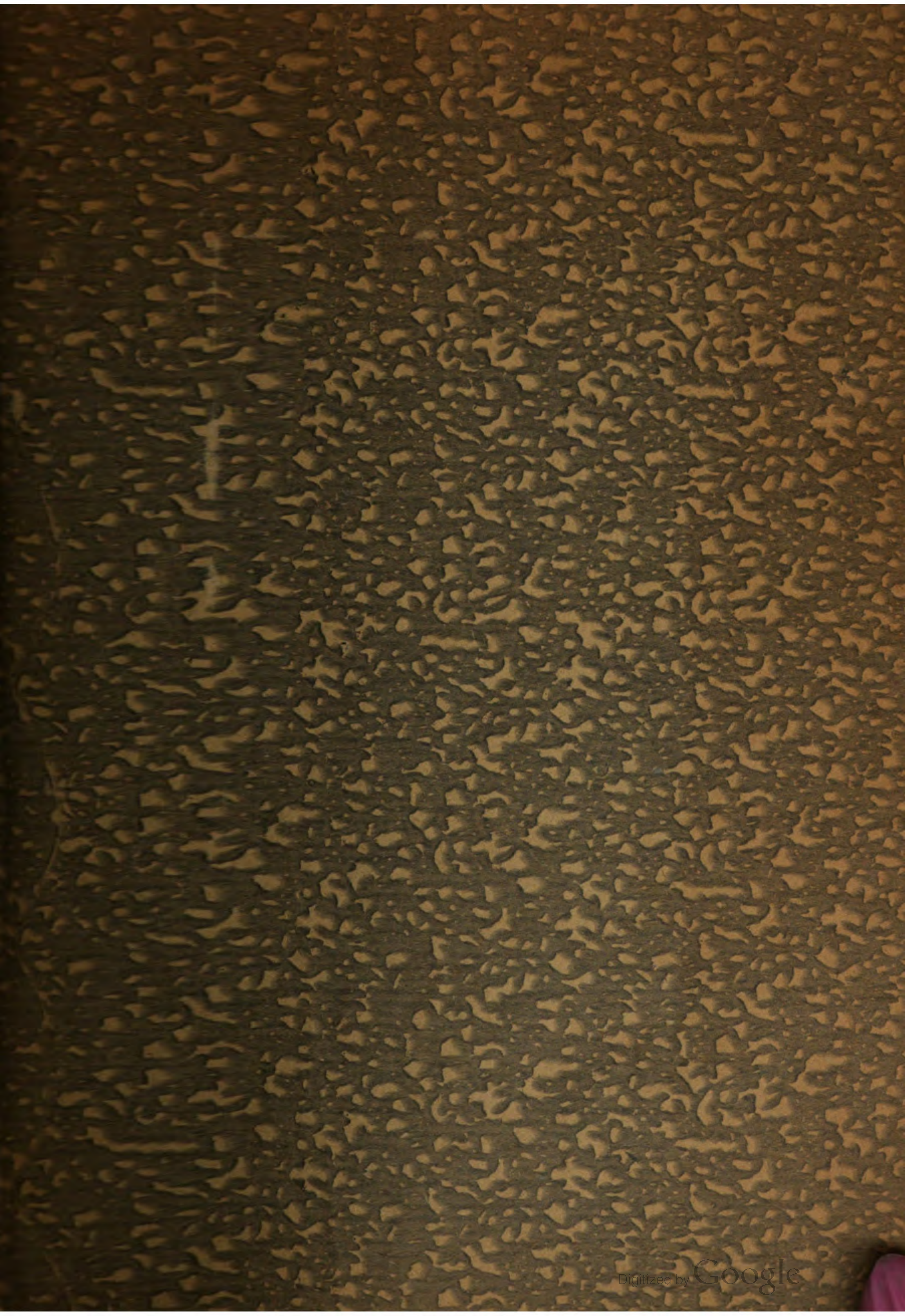

C 528,534
Digitized by Google


UNIVERSITY of MICHIGAN
GENERAL LIBRARY
OCTAVIA WILLIAMS BATES
BEQUEST



PARNASO VENEZOLANO

COLECCIÓN DE POESÍAS DE AUTORES VENEZOLANOS

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVIII HASTA NUESTROS DIAS

PRECEDIDA DE UNA INTRODUCCIÓN

ACERCA DEL ORIGEN Y PROGRESO DE LA POESÍA EN VENEZUELA

POR

D. JULIO CALCAÑO

Individuo Correspondiente de la Real Academia Española; Secretario perpetuo de la Venezolana;
Oficial titular y Director Correspondiente de la Francesa de Mont-Real; &, &



TOMO PRIMERO

CARACAS

TIPOGRAFIA DE "EL COJO"

1892

A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN TESTIMONIO DE RESPETO Y GRATITUD

INTRODUCCION

A organizar y dar á la estampa este libro muévenos únicamente el anhelo de facilitar con la compilación de monumentos incontestables el estudio del aparecimiento y progreso de la poesía en Venezuela; una vez que por una parte bastardos intereses políticos, que por donde quiera se creen lastimados, y por la otra la tristeza del bien ajeno, que pone en tortura el corazón de las medianías, han pretendido de tiempo atrás y pretenden hoy mismo negar el evidente progreso de Venezuela en la segunda mitad del presente siglo, ya próximo á espirar, y más que todo, el progreso de la poesía, ó sea, el adelantamiento en su estudio y cultivo.

Por lo tanto, este libro forma un Parnaso ó colección de composiciones poéticas, selectas unas, y más ó menos buenas las otras, que han dado á luz los más notables poetas nacionales, desde los principios del siglo en curso hasta los días que alcanzamos; y no una Antología ó Florilegio, que para esto sería menester entresacar no pocos cantos y textar cantores, de modo que sólo constase lo verdaderamente selecto y digno de pasar á la posteridad, que habría de ser poco, como acontece en todas las literaturas del mundo y de todos los tiempos; además de que empresa tal como la de una Antología es en grado sumo difícil y delicada si ha de quedar bien hecha; y crece esta dificultad si se tiene cuenta de que nuestra poesía, sobre no ser de antigua data, tiene aún en escena no escaso número de sus antiguos y mayores sacerdotes.

¿Cuándo, en qué momento histórico apareció entre nosotros la poesía, habitadora del alcázar y de la choza, amiga del magnate y del pastor? ¿Dónde estampó por vez primera la sandalia de oro? ¿Pulsó acaso la sonante lira, llevó el arco sobre las cuerdas del rabel, ó dejó oír los ecos poderosos de la trompa?

No! La poesía no pudo ni podía aparecer con esplendor ninguno durante el régimen colonial, ni siquiera con el sereno y seguro paso con que apareció en México, en el Perú y en la Nueva Granada, porque aquellos países, que constituían los imperios de los aztecas, los incas y los chibchas, tenían relativamente una civilización que había de facilitar el progreso en toda senda; en tanto que Venezuela sólo era un país enteramente salvaje donde había que buscar y aun crear lo más precioso para la existencia del hombre culto, dilatándose así con exceso su advenimiento á la vida civilizada.

El siglo XVI fué todo de homérica lucha en este vasto territorio, hasta alcanzar los conquistadores la victoria con las sangrientas batallas de Unare, de Cayaurima y de Macarón, que redujeron los pueblos á la obediencia del Rey de España. El XVII, como sucede después de toda guerra prolongada, vió las rivalidades, el despotismo y los ultrajes entre gobernandos y gobernantes, la ambición de mando y de riquezas, la animadversión de castas, la invasión de corsarios audaces que mantenían en zozobra á los pueblos, las exploraciones de territorios y la fundación de ciudades comenzada en el siglo anterior, circunstancias todas nada favorables para el planteamiento y brillo del arte.

No obstante, Castellanos cita como poetas á D. Jorge de Herrera, D. Fernando de Virúes, D. Fermín Matos y D. Diego de Miranda, que moraban en la isla de Margarita, y de quienes no queda monumento ninguno en nuestro idioma.

En el siglo XVIII ya pudo Felipe V erigir la Universidad de Caracas; y bien que España dió á ésta cuanto le fue posible en el estado de su civilización, y aun cuanto la prohibición de introducir libros estaba contraída á determinados autores filosóficos, la poesía castellana se hallaba en relativa decadencia.

La poesía, la historia, la filosofía y la elocuencia, elemen-

tos principales de la vida intelectual de los pueblos, andaban caminos extraviados, á impulsos del espíritu enciclopédico que trastornó todos los resortes sociales. Imperaba el neo-clasicismo francés, pedantesco y confuso, que ni en España ni en ninguna de sus colonias podía excitar el sentimiento de los poetas, inspirándoles cantos de entusiasmo que expresasen las ideas y las emociones que conmueven el alma y el corazón de los pueblos.

Al estado social de la Colonia y á la escuela neo-clásica imperante en la literatura castellana, débese pues, la ausencia de la poesía ó la pobreza de los monumentos que de tal siglo existen. Pocos son estos, y sirven para confirmar lo que acabo de sentar en las anteriores líneas.

A la escuela mencionada pertenecían el Licenciado D. Alonso Escobar, poeta prosaico y gongoriano, que escribió en endecasílabos una congratulación á Caracas que principia con los siguientes ridículos versos:

Coronado León, de cuyos rizos
altivas crenchas visten el copete,
gallarda novedad, que tu nobleza
generosa guardó para tus sienes.

Más afortunado, aunque no tanto que haya de concedérsele mérito especial, fué D. Ruy Fernández de Fuenmayor en las cuatro décimas que escribió en loor de nuestro historiador Oviedo y Baños:

Santiago, más que á Losada
á Oviedo debes dichosa,
pues por este eres famosa,
si por aquel conquistada;
que una piedra aun no labrada,
no debe tanto al cantero,
cuanto al artífice, infiero,
que la pule y no la parte,
porque aquí se ejerce el arte,
y allá trabajó el acero.

Mas esta escasa superioridad proviene sin duda de la con-

ceptuosa forma escogida, como que no aventaja á Escobar en el soneto que comienza así:

Centellas de Mavorte belicosas,
Armas regidas de español aliento,
En nuestros climas el descubrimiento
De Venezuela hicieron valerosos.

A fines del último siglo, según el testimonio de Humboldt, confirmado por el de la tradición, la sociedad de Caracas brillaba por su elevada cultura intelectual.

En los principios del siglo actual, por el año de 1806, visitó á Caracas el poeta español D. Juan Bautista de Arriaza y Superviela. No era él, ni con mucho, un gran poeta, y aunque docto, no tanto que se le pudiese considerar á la altura de Lista ó de Burgos, de Martínez de la Rosa ó de Gallego; pero, á pesar de la trivialidad ó escasa profundidad de los más de sus cantos, gozaba á la sazón de gran nombradía como poeta: era fecundo y claro, y rimaba con facilidad y elegancia. Instruído en náutica y en otras ciencias con esta relacionadas, no parecía serlo tanto en materia de arte, bien que tenía ya traducido y acomodado á la rima castellana el Arte poética de Boileau, que dió á luz más tarde. En sus mismos cantos se observan graves descuidos de versificación que testifican este aserto.

Algunas de sus octavas rompen el oído con asonancias impropias en la terminación de los versos; en su Idilio *El Canastillo* tiene versos de rima tan cansada y monótona como estos:

"Y sola en medio al valle
Con actitud airosa
Queda ostentando el talle
La Corifea hermosa,
Blanca como azucena,
Fresca como la rosa,
Libre cual mariposa,
Ya de atractivos llena
Sobre el un pie se posa,
Mientras el otro vaga
Y rebatiendo halaga
Al que por él reposa."

En su soneto *En un convite de bodas,* rima en *oso* y en *osa,* y emplea los vocablos *dichoso* y *dichosa* para formar aquellas rimas; en la penúltima estrofa del canto segundo del poema intitulado *Emilia* se encuentran estos pobrísimos versos que no parecen del autor de los magníficos á la batalla de Trafalgar:

¡Ay triste! y no miraba en mi embeleso
Que desde un cielo oscuro y nebuloso
Se iba desenrollando un velo espeso
Tejido de las Parcas horroroso;
Donde en rojos carácteres impreso
Este decreto se leyó espantoso.

Y sin embargo, España tenía en los principios de este siglo, y entre otros varios poetas superiores á Arriaza, dos grandes líricos: Quintana y Gallego; y tres grandes maestros: Lista, Burgos y Martínez de la Rosa; pero Arriaza era el poeta cortesano; y el poder, como sucede siempre, le encumbraba, haciendo así que su fama se extendiese aun de este lado de los mares.

Tal era el varón que en aquella época había venido á avivar el fuego sagrado de las musas en las tertulias literarias que se efectuaban ya en el hogar de los hermanos Luis y Francisco Javier de Ustáriz, y á las que concurrían alumnos de las musas, entusiastas y ansiosos de gloria, como D. Vicente Tejera y D. José Luis Ramos, D. Andrés Bello y D. Domingo Navas Spínola, Pelgrón y Salias, Sanz y Montenegro, Díaz y González.

De la influencia de Arriaza en el genio de estos poetas, la mayor parte pobres y amanerados, da claro testimonio el erudito juicio que de la poesía de Bello ha hecho el distinguido literato colombiano D. Miguel Antonio Caro.

Si exceptúo á D. Vicente Tejera, cuya *Paráfrasis del Miserere* tiene rasgos verdaderamente magníficos, y á Bello, admirador más tarde de Homero y de Virgilio, de Calderón y de Víctor Hugo, y que llegó á obtener el dictado de Príncipe de los poetas hispano-americanos, ninguno logró tender las alas por las regiones inmortales de la verdadera poesía. En los monumentos que de ellos quedan, se manifiestan los defectos de Arriaza, y aun el mayor de rimar la *s* con la *z,* so-

bre que permanecieron enclavados en el neo-clasicismo que había determinado la decadencia de la poesía castellana.

Los asuntos solían ser baladíes, como el del *Vejámen* pronunciado por el Dr. Montenegro en 1801:

No sé si es caballo ó mulo,
Si es una yegua ó potranca
A quien á echar va la zanca
Hoy mi numen cachirulo.

ó dramas nada viables como el intitulado *Inés*, de D. José Domingo Díaz, ó el *Anníbal* del poeta González.

Algunas imitaciones y traducciones, como los admirables versos de Sor María Josefa de los Angeles, que parecen salidos de los labios de Santa Teresa y han permanecido inéditos hasta ahora; la *Paráfrasis del Miserere* y la traducción del soneto *El Aborto*, obras de D. Vicente Tejera; la oda *Al Anauco*, la Egloga virgiliana y la traducción de la oda *O navis referent*, de D. Andrés Bello; y las traducciones de Horacio hechas por D. José Luis Ramos y D. Domingo Navas Spínola, he aquí el caudal poético de aquella primera época literaria. Aun las demás poesías que por entonces escribieron Tejera, Bello y Ramos son desgraciadas por sus condiciones literarias, y todavía, en algunas de las que he exceptuado son de notar incorrecciones y prosaísmos. No obstante, en las propias obras de estos varones se ve que estaban versados en las literaturas clásicas latina, española, italiana y francesa; por donde lógico es deducir que el neo-clasicismo y la atmósfera que respiraban eran los principales factores de tanta pobreza.

De D. Gaspar Marcano, poeta de nuestra región oriental, se dice que ha dejado inédito un poema en el cual celebra la conquista de Margarita; mas que, como imitador de Castellanos, no llega á la altura de su modelo, quien, por otra parte, tampoco brilla por la hermosura y corrección del verso.

Salvo las poesías indicadas, el monumento más notable, por su extensión y forma, que en verso castellano conozco, es sin duda el poema *La Medicomaquia*, de D. Vicente Salias; empero Salias, aunque ingenioso y fácil, es prosaico y vulgar.

Sirva de ejemplo el siguiente fragmento:

"La envidia que miraba
Desde el oscuro averno tal disputa
I que veía también que allí faltaba
El que obsequios más finos la tributa;
Cual relámpago vuela y al momento
De Díaz apercibe el aposento.
No la casa famosa
Que habitan ciertas gentes
En la ilustre ciudad de Zaragoza
Da señales más ciertas y patentes
De los dueños que en ella están morando
Como la alcoba sucia y mal compuesta
En que Díaz se estaba paseando:
Una mano en la boca tenía puesta
Y aunque tijeras á la vista había,
Con los dientes las uñas se roía:
Avanzóle la envidia, y con violencia,
Poniéndole una mano sobre el pecho
Le dijo de esta suerte ¿qué indolencia
Es esta que en tí advierto; qué os he hecho
Que así me abandonáis? ¿hay por ventura
A quien le debas más que á mi cuidado?
¿No debes confesar que sois mi hechura?
¿Todo cuanto posees no os lo he dado?
¿Te has olvidado acaso que yo era
Quién tanto te asistió contra Cabrera
Cuando era tu Maestro?
¿No te hubiera él sin duda confundido,
Si de mis artificios tú tan diestro
No te hubieras valido?

De las mismas traducciones de Navas Spínola á que acabo de referirme, parece no quedar ya nada, pues el libro en que se conservaban ha desaparecido.........

Las demás composiciones que de Navas Spínola existen, como la traducción de la *Ifigenia* de Racine, obra importante pero afeada con versos duros y prosaicos, determinados á

las veces por el desconocimiento de la proclividad de ciertas vocales ó por inadmisibles sinéresis; el soneto *A la Imprenta Libre*, que comienza

Derecho de escribir lo que se siente,
Con libre pluma y saludable intento,
Tú, que inspiras á Clío noble aliento,
Y los siglos recorres diligente;

Y la ODA Á LA LIBERTAD, que principia:

Deja de Jove, sacrosanta diosa,
El celestial alcázar, y á los votos
Cediendo del varón que á Maya ilustra,
Desciende grata al colombiano suelo;

las demás composiciones que de él existen, repito, no son dignas del que en bellos versos supo traducir algunas de las odas de Horacio.

Pero la aplicación á las letras se refirmaba y tomaba creces, como que aun los pueblos solían ya cantar sus coplas ingeniosas y picarescas. Para 1808 existía ya en Caracas un teatro público donde se representaban piezas que tenían por objeto anatematizar la invasión de Napoleón en la Península. El amor á España ardía vivo en la muchedumbre, que á despecho de las autoridades afrancesadas, proclamaba por las calles á Fernando VII, y atronaba los aires con canciones patrióticas:

España de la guerra
Tremola su pendón
Contra el poder infame
Del vil Napoleón.
Sus crímenes oíd!
Escuchad su traición,
Conque á la faz del mundo
Se ha cubierto de horror.

Los versos eran bastante censurables, desde el punto de vista del arte; y tenían algo de sombrío, como que revelaban la cólera popular, el santo fuego del patriotismo que se apodera de las almas varoniles en los supremos momentos históricos.

Aquella chispa iba á producir un incendio, que no habría de apagarse sino con el torrente de sangre de Carabobo y de Ayacucho.

Dentro de poco, Bello, Comisario de guerra, cantaría la primera canción patriótica:

Caraqueños, otra época empieza.

...... y el audaz Salias improvisaría luego el himno revolucionario puesto en música por Gallardo:

¡Viva el bravo pueblo
Que el yugo lanzó!

y que vino á ser una como Marsellesa que cantaban los patriotas entre el estruendo del combate y en las gradas del patíbulo. Y no se escuchará ya otro canto en el territorio de la patria; y las musas permanecerán mudas, hasta que la Paz con sus manos piadosas cierre el templo de Jano, y la Abundancia derrame su generosa cornucopia sobre los campos devastados.

La poesía renace, después de la guerra de Independencia, cuando ya se obraba la transformación y renovación del arte á los golpes de la nueva escuela romántica.

Byron y Víctor Hugo, Lamartine y Alfredo de Musset, Espronceda y Zorrilla, Bermúdez de Castro y Enrique Gil, García y Tassara y Pastor Díaz, conmoviendo el corazón de la juventud con sus apasionadas y rotundas estrofas, formaron una legión de poetas, de la cual sólo pocos lograrán salvar su nombre del olvido.

.Pero aquella escuela duró lo que un relámpago. La reacción no se hizo esperar: apareció, organizóse y tomó vuelo, y ya hoy nadie piensa en las pompas fúnebres del romanticismo, si no es para celebrar sus aciertos y llorar sus errores. La poesía tiene hoy un nuevo Código, más discreto, y más conforme con el arte que los estrechos preceptos del antiguo clasicismo, y la desordenada doctrina de la escuela romántica.

En lucha todos los intereses sociales, políticos y religiosos, como si estuviésemos abocados á un grande y súbito cambiamiento provechoso para la humanidad, ó á una gran catástrofe desapoderada y final, la poesía no tiene en Venezuela ideal

determinado, como no lo tiene en ningún otro pueblo de la tierra; y en la vía de su nuevo transformamiento, en esta época de transición, época revolucionaria en que arte, ciencia, instituciones, sociedad, todo parece vacilar, ostèntase con los mismos defectos y los mismos primores de todas, no sólo porque el estado social de todos los pueblos es uno mismo, sino porque el vuelo que ha alcanzado la prensa, la facilidad y prontitud de las comunicaciones, y otras circunstancias de la civilización actual, han establecido entre todas las naciones un lazo fraternal que une asimismo la poesía de todos los pueblos, en forma y tendencias, en aspiraciones y en esperanzas.

Luégo, la poesía venezolana, hoy al igual que ayer, no puede ser considerada sino como rama de la poesía castellana, porque la raza, las costumbres, la religión, la lengua, son las mismas allá y acá; y las diferencias de matices que por otros respectos puedan hallarse entre unas y otras manifestaciones poéticas, nunca podrán ser mayores que las que existen entre las literaturas regionales de España, además de que al perder España el poder político en América ha visto acrecentarse su influencia moral, en virtud de la sangre que corre por las venas de los hispano-americanos, y de que existen en estas regiones treinta millones de almas que hablan el idioma de Cervantes y de Granada; trece millones más de las que lo hablan en la Península.

Una vez que he bosquejado el origen y progreso de la poesía en Venezuela, tal como sin duda habrá de parecer á los que estudien esta obra, cúmpleme consignar algunas palabras más, ó relativas á su organización ó explicativas de asertos contenidos en este escrito.

La traducción del soneto *El Aborto*, que el señor D. José María Vergara y Vergara, en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, cree de probable paternidad granadina, y dice se atribuye al Coronel D. José María Gutiérrez, débese al venezolano D. Vicente Tejera. Así lo sostiene la tradición, así su familia, y así las personas de su servidumbre, que lo repetían de coro aun cuando no sabían leer ni escribir. Confírmalo igualmente el testimonio de varón tan probo como el eminente jurisconsulto D. José Angel de Alamo, y la circunstancia de haber quedado el soneto, junto con la *Paráfrasis del Miserere*, escrito de su

puño y letra, entre los papeles que por estar en poder de su familia se salvaron del naufragio en que con casi todos sus escritos desapareció aquel hombre ilustre. Hállase además todo esto robustecido por calidades de estilo y de escuela, como que tal traducción, de forma clásica, no es ni puede ser obra de un simple aficionado, por mucha inteligencia que se le suponga. Que rodase el soneto hasta la Nueva Granada, como rodó por las provincias de Venezuela, nada tiene de extraño en medio de la guerra de Independencia, y cuando es público y notorio que en aquella época todas las personas ilustradas lo sabían de memoria. Esto mismo explica que por la Nueva Granada resulte alterado en algunos vocablos, ó por defecto de retentiva ó por erróneas correcciones. Indicaré algunas variantes de las que aparecen en la edición granadina. En el tercer verso aparece textado el adverbio *aun;* en el noveno trocado el sustantivo *tedio*, con que Tejera tradujo el francés *ennui*, por el sustantivo *horror*; y en el onceno se cambiaron los vocablos *aterres* y *parricida* por las voces *oprimas* y *filicida;* esta última voz por creer acaso alguno que la de *parricida* estaba mal empleada, lo que es un error, porque aun hoy la voz *parricida* significa correctamente no sólo el individuo que quita la vida á su padre, sino el que priva de ella á cualquiera de su propia sangre.

El soneto en cuestión tampoco es de origen desconocido, ni puede ser considerado como obra maestra en ningún idioma, si bien por la idea general, y por lo ingenioso y elegante de los tercetos, es trabajo de mérito indiscutible. A pesar de lo que á este respecto sienta el señor Vergara y Vergara, nadie ha disputado nunca la paternidad del citado soneto al poeta francés Juan Hesnault ó Haynaut; y ya La Harpe, en su *Liceo* ó *Curso de Literatura*, hizo notar que el desempeño del trabajo peca por la multiplicidad y rebuscamiento de las antítesis, que dicen todas casi la misma cosa é imprimen monotonía á la obra. Bueno es no confundir á Juan Hesnault, que murió en 1682 y es también autor del terrible y célebre soneto contra Colbert, con Juan Francisco Henault, historiador y poeta, que murió en 1770; ni con Arnault, autor del no menos célebre cuanto precioso idilio de la hoja seca, que en su tiem-

po nadie creía original suyo, sino de La Fontainne, y que tengo para mí le fué sugerido por el final de la elegía en que Propercio convida á su amada á gozar de la voluptuosidad:

> Ac veluti folia arentes liquere corollas,
> Quœ passim calathis strata natare vides;
> Sic nobis, qui nunc magnum spiramus amantes,
> Forsitan includet crastina fata dies.

En escrito intitulado *El Soneto* sienta el señor Doctor D. Jesús María Portillo que existe un manuscrito de D. Andrés Bello en el cual este egregio literato asegura que la traducción del soneto *El Aborto* es obra de D. Vicente Salias. Con el testimonio de mi respetable amigo D. Miguel Rodríguez Bello, en cuyo poder reposan las cartas y escritos que del eminente filólogo y poeta existen en Caracas, afirmo que Bello no ha dicho lo que asevera el escritor maracaibero. Portillo, á todas luces, confunde á Bello con el Doctor Alamo, y á D. Vicente Salias con D. Vicente Tejera, por igual modo que en el propio escrito confundió al Petrarca con Hesnault, y á Gianni, el poeta imperial, autor del soneto *A Judas* que tradujo Gallego, con Monti, quien escribió cuatro sonetos á Judas, uno de los cuales tradujo Baralt. Lo más raro es que siendo de distintos autores y tan diversos estos sonetos, el señor Portillo coteja las traducciones de Gallego y de Baralt para dar la palma al primero! Quien tales despropósitos escribe, y llama Baltasar á Bartolomé Leonardo de Argensola, y supone que Leonardo, primer apellido de los Argensolas, es el segundo nombre de Lupercio, no tiene autoridad ninguna para tratar de tales asuntos.

Que el soneto *El Aborto* haya sido vertido al latín, como lo ha sido al castellano, al francés y al inglés, no es motivo para suponerle mayor antigüedad de la que tiene ni para buscarle distinto padre, pues en toda época y lugar han existido poetas latinos. De estos existieron en Venezuela D. Francisco Fajardo, autor del himno virgiliano á Bolívar, D. Estanislao Rendón, y los obispos Fernández Fortique y Talavera y Garcés. Hoy mismo componen versos latinos el insigne facultativo D. Calixto González y el talentoso seminarista D. Rafael N.

Peñalver. El soneto *El Aborto* es, pues, del poeta francés Juan Hesnault; y del poeta venezolano D. Vicente Tejera la traducción castellana.

Sentado esto, terminaré con lo relativo á la organización de este libro.

Por primera vez figuran como poetas venezolanos, en una colección de este género, D. Domingo Del Monte y D. José Antonio Echeverría; y á algunos sorprenderá este aparecimiento, por lo menos respecto de D. Domingo Del Monte, ya que Echeverría ha sido mencionado en pequeñas colecciones, y aun en la *Introducción* que D. José María de Rojas escribió para la BIBLIOTECA DE AUTORES VENEZOLANOS; mas si se tiene cuenta de que Del Monte está, si no en mejores, en las mismas circunstancias que García de Quevedo; que los datos que preceden á sus poesías son auténticos, y que en mi poder reposa la fe de bautismo respectiva, que hice certificar en la Iglesia de San Pedro y San Pablo de Maracaibo; elogio, que no censura, habrá de merecer el verle ocupando un puésto en esta obra, con razón tanto mayor cuanto que escaso tiempo de su primera edad pasó en Santo Domingo, de donde se le suponía natural, y que hubo de abandonar á Cuba perseguido por las autoridades de la Isla.

Sólo una poetisa, nuestra egregia monja carmelita Sor María Josefa de los Angeles, figura en el PARNASO VENEZOLANO.

Cierto es que desde que, á mediados del siglo en curso, dió á luz ligeros ensayos poéticos la señora D. Juana Zárraga y Heredia de Pilón, distinguida dama natural de Coro, hasta los días que alcanzamos, el número de nuestras poetisas ha venido acrecentándose más y más, al extremo de que hoy contemos ya veinticinco ó treinta; mas también lo es que poco, y sólo acerca de fugitivos asuntos, han escrito ellas, sin que ninguna, sintiéndose impulsada por la inspiración ó por el amor al estudio y al arte, se haya aplicado al cultivo de la poesía con la constancia que para el mayor acierto fuera de desear. Tales circunstancias, y el velar casi todas su nombre con seudónimos, las más de las veces impenetrables, provienen sin duda ó de la indiferencia con que en el atraso en que vegetaba nuestra

desgraciada República se veía á los poetas, ó de la natural timidez y retraímiento de la mujer venezolana, cuyas aspiraciones se satisfacen con los tranquilos goces del hogar. Dignos de respeto son entrambos motivos; mas como quiera que debo atenerme á los resultados, véome privado del placer de insertar los ensayos poéticos de nuestras espirituales mujeres, si bien no de decir, que esto ni perjudica ni ofende á nadie, que ya hoy se advierte en ellas mayor fe y entusiasmo por las letras, y fundan asociaciones y periódicos literarios de que seguramente sacarán fruto.

Vana sería la esperanza de encontrar en este libro composiciones de todos los que han gustado ó gustan de manejar el plectro; sino solamente, como ya lo he indicado, de aquellos que ó pulsan la lira con maestría ó han dado á luz alguna producción de relativo mérito y dejado concebir con ella lisonjeras esperanzas.

Tal criterio me ha servido en la formación de toda la obra; por manera que si al lado de composiciones selectas que enaltecen las letras patrias se ven otras que pecan ó por defectuosas ó por triviales, todas, cuál más, cuál menos, son susceptibles de despertar sensaciones agradables, ya provenga su mérito de la idea desarrollada, ya del vuelo de la musa, ora del colorido ó de la delicadeza ó del ímpetu del sentimiento, ora simplemente de la perfección de la forma; que la forma, por sí sola, basta para determinar la conmoción que en el alma produce la belleza; como que, á las veces, un sencillo cristal de roca, tallado con habilidad y gusto, seduce tánto como un verdadero diamante.

Si la poesía es el reflejo fiel de lo que piensa y siente un pueblo, de sus aspiraciones y de sus esperanzas, de su carácter y de sus costumbres, ninguna poesía manifiesta estas calidades como la vulgar, y por lo mismo, ninguna tampoco puede como ella descubrir al historiador la causa ó el móvil de determinados acontecimientos sociales, supuesto que es estrecha en cada época la relación que éstos guardan con las ideas y los sentimientos imperantes. Tales consideraciones explican por qué termina esta obra con cantos populares de Venezuela; que no la hubiera yo juzgado completa sin muestra de la poesía vulgar.

Asimismo he creído que no habría seriedad de parte mía en dejar de incluir en esta colección algunos de mis trabajos poéticos, sólo por ser yo el coleccionador. Antes bien, temería que semejante exclusión fuese tomada por los lectores de la obra como un acto de pudor femenil ó de aparatosa modestia, que no se compadece con la gravedad y franqueza de mi carácter.

Doy públicamente sinceras gracias á mi distinguido amigo y compañero D. Diego Jugo Ramírez, por haberme prestado, con espontaneidad que le honra, su valiosa cooperación en la busca y copia de algunas de las poesías que forman esta obra; y con gratitud tanto mayor hago esta manifestación, cuanto que uno y otro hemos luchado en vano con la tibieza, por decir lo menos, de señaladas personas de las que mayor interés debieran haber mostrado por la conveniente organización de un libro como este, que no tiene otro objeto que el de la mayor gloria de la patria. Felizmente, escasas fueron ellas en número y de poco valer. La mayor parte de nuestros poetas, los más eminentes, han empeñado, por el contrario, mi gratitud y mi amistad.

JULIO CALCAÑO.



D. VICENTE TEJERA

El Doctor D. Francisco Vicente Tejera de la Mota nació en Caracas el año de 1738. Fueron sus padres Don Vicente Texera de la Mota y la señora D. Lucía Puncel.

Varón de vasto saber, fué el primero que ciñó cuatro borlas en la Universidad de Caracas. Afiliado entre los revolucionarios de 1810, fué enviado á Maracaibo, después del 19 de abril, con D. Diego de Jugo y D. Vicente Moreno, comisionados de la Junta de Gobierno para propagar la idea revolucionaria. Presos y remitidos los comisionados á Puerto Rico, á donde llegaron el 1º de junio del citado año, permanecieron aherrojados y privados de comunicación en el Castillo del Morro hasta la llegada del Comisionado Regio D. Antonio Cortabarría, quien les puso al fin en libertad, merced á la intercesión del Almirante Cockrane. Después de indecibles miserias y amarguras llegaron á Caracas á principios de 1811. Recibidos con entusiasmo y reconocimiento es fama tradicional que recibieron del Gobierno revolucionario sendas cadenas de oro con esta inscripción: "*Llevó cadenas por la Patria,*" autorizándolos para llevarlas al cuello en las solemnidades públicas. Tejera fué luego miembro de la Junta Patriótica, en la que con Bolívar, Coto Paúl y otros trabajó por la independencia de la metrópoli. Por aquel tiempo escribió algunas canciones patrióticas. La mayor parte de sus trabajos literarios desaparecieron con él en el mar caribe, donde naufragó por los años de 16 á 18. Sólo se han salvado algunas poesías ligeras impresas en periódicos de aquel tiempo, y la *Paráfrasis del Miserere* y la traducción del soneto *El Aborto*, que de su puño y letra reposaban en poder de sus deudos.

PARÁFRASIS DEL MISERERE

EN ROMANCE

Aquel sagrado profeta
Que desde el cayado al cetro
Midió la inmensa distancia
Que hay de lo humilde á lo excelso;
Aquel que de la fiereza
Del León (Alcides nuevo)
En guarda de su ganado
Dominó bárbaro esfuerzo;
Aquel que triunfó valiente
Del disforme filisteo
Postrando el Nembrod altivo
De su espíritu soberbio;
Aquel á quien las doncellas
De Jerusalén le dieron
Con repetidos aplausos
La gloria del vencimiento;
Aquel que al süave halago
De bien pulsado instrumento
Mitigó en Saúl furores,
Ganó en Jonatás afecto;
Aquel, en fin, Rey Ungido
Para el escogido pueblo,
David amado de Dios,
Erario de sus secretos;
Este á quien la poderosa
Mano de Dios con exceso
Le colmó de beneficios,
Le llenó de privilegios;
Este, irritando el divino
Enojo, por seguir necio
El hechizo de lo hermoso,
El apacible embeleso;

Este, pues, que eslabonando
Culpa é culpa, yerro á yerro,
Doró con un homicidio
La ofensa de un adulterio;
Después que Natam le avisa,
En la parábola envuelto,
De su pecado el debido
Justísimo juicio recto ;
Después que con dos palabras
Lavó el torpe borrón feo,
Y un pequé al Señor trocó
En compasiones los ceños;
Después ya que del letal,
Torpe, venenoso sueño
Que le tenía ofuscada
La luz del entendimiento;
De su detestable culpa
Y como el herido siervo
A la fuente de piedades
Acude por su remedio,
En el íntimo retiro
De su ya abrasado pecho,
Lanzando tristes gemidos,
Vertiendo suspiros tiernos,
Prorrumpe en dulces, amantes
Métricos sabios consejos,
En que de piedad y culpa
Hace divino compuesto;
Compadecéos de mí,
Señor, dice, y Dios Supremo,
Según que de vuestra grande
Misericordia lo espero.
Grande espero, aunque tan grande
Toda la imploro, pues veo
Que mi ofensa casi iguala
Vuestra piedad en lo inmenso;
De mi malicia el abismo
Invoca con nobles ruegos
Abismos hoy de piedades
Que aneguen mis desaciertos.
De mi iniquidad la mancha
Contagió de tal veneno
Que entrándose por los ojos
Se hizo hasta del alma dueño.

Borre, Señor, una sola
Misericordia, aunque advierto
Que es tan grande que ya á toda
Su gran multitud apelo.
Si de vuestras compasiones
Es acreedor sólo un yerro
¿Qué piedad estará ociosa
Á vista de mis defectos?
No sólo, Señor, no sólo
Lavar la mancha pretendo,
Sino también los dañados
Hábitos que el vicio ha impreso.
Aquí tenéis en mis ojos
Ríos del dolor que vierto:
Moved, Señor, estas aguas,
Que clamo herido y enfermo.
Y cuando veáis que digno
En dulce llanto me anego,
De mi iniquidad lavadme,
Limpiadme del borrón feo.
En aquestas largas olas
Sumergidme, que en su seno
Hallará tranquilidades
Este derrotado leño.
Merezca por importuno,
Si no por fino, mi ruego,
Vierta la piedra piedades
Pues veis que clamo sediento.
Si no hay disculpa que baste
A mi delito, á lo menos
Sea disculpa de él mismo
El cabal conocimiento.
Tendré así alguna esperanza
De que ya borrarlo puedo,
Pues mi iniquidad conozco,
Pues mi ingratitud confieso.
De día y de noche siempre
En continuo afán inquieto,
De mi confusión fabrico
Armas contra mi sosiego.
En la guerra que me hace
No me da treguas, que adverso
Cuando más de mí lo arrojo
Más me duplica el tormento.

Contra mí siempre irritado
En incesante desvelo,
Voraz gusano me aflige
Con crüel remordimiento.
Pero, Señor, lo que más
Enardece mis afectos,
Lo que más crece el dolor
Y aumenta mi atrevimiento,
Es ¡qué pesar! el que ingrato
Profané vuestro respeto,
Y en presencia vuestra osado
Corrí á mi vergüenza el velo.
¿Qué furia me desbocó
Para que atrevido y ciego
Rompiese al temor las riendas
De todo un Dios en desprecio?
Contra Vos sólo pequé,
(Con qué dolor, qué lo siento !)
Oh! ¿Cómo al decirlo el labio
No en la congoja fallezco?
Contra Vos sólo pequé,
Aunque ultrajé desatento,
A sus servicios ingrato,
De Urías el honor terso.
Contra Vos sólo pequé,
Aunque crüel y sangriento
Hice á la pluma cuchillo
Del más inocente cuello.
Contra Vos sólo pequé,
Pues si en mi culpa contemplo
Hoy vuestra ofensa y su agravio,
Este pesa mucho menos.
Contra Vos sólo pequé,
Pues si recatéme atento
De los ojos de los hombres
No me escondí de los vuestros.
Contra Vos sólo pequé,
Pues siendo yo Rey no tengo
Sino vuestro tribunal
En donde actuar mi proceso.
Para Vos sólo pequé,
Diré también, porque intento
Sacar, pues de mí le arrojo,
La trïaca del veneno.

Para Vos sólo pequé,
Pues al atributo excelso
De vuestra piedad le dí
Donde lucir con exceso.
Pues usándola conmigo,
Como confiado espero,
Si fuese el provecho mío
Ha de ser el honor vuestro.
Con gloria de vuestro nombre
Cederá, si hoy á ver llego
Justificáis las palabras
En que fío mis consuelos.
Voz es vuestra que en cualquier
Hora que llegue el lamento
Del que peca á vuestro oído
Tendrá amparo en vuestro pecho.
Ya clamo regando el llanto
De mi estrado el pavimento,
Ya el pan de lágrimas sólo
A mis labios le concedo.
Conozca el mundo que Vos
Sois en todo verdadero,
Y que vuestras promisiones
Son inviolables decretos.
Y cuando el impío intente
Fundar contrario argumento,
Baste lo que obráis conmigo
Para convencerle necio.
Yo el más ingrato de todos
Constar haré al Universo
Vuestra piedad, porque aplauda
En juicio su vencimiento.
Perdonadme por quien sois,
Dulcísimo, amado dueño;
Y si no basta mi llanto,
Señor, para enterneceros;
Si no basta confesaros
Por mi parte mi tropiezo,
Y por la vuestra la gloria
Que adquirís en mi remedio;
Aun tengo para inclinar
De vuestra clemencia el peso,
Sin disculpar la caída,
Disculpas para el tropiezo—

Cuando yo fuera algún ángel
Sin mezcla de aquel grosero
Material de tierra y agua
Que animó ya vuestro aliento,
Menos excusable fuera
Mi delito, y mucho menos
Digno de las compasiones
Que implora mi noble ruego.
Pero, Señor, atended
Al frágil vidrio, al grosero
Barro, tan pronto á lo malo,
Tan tardo para lo bueno.
Mirad que fuí concebido
En pecado, cuyo incendio
Se señoreó del alma
Desde mi primer aliento—
De mis padres heredé
En mi natural infecto
Aquel fomes que me impele
Del vicio á los devaneos.
¿Qué mucho que haya caído
Quien lleva consigo mesmo
Tan cerca del apetito
Las violencias del deseo?
Quebróse el vaso; no era
De oro ni metal; al fuego
Sensüal se derritió
La hechura de vuestros dedos.
Era blanda cera: pues,
¿Qué mucho que al torpe incendio
Titubease el edificio
De tan flacos fundamentos?
Mas, ¡oh, cuán necio! aquí acuso
A mi natural, si advierto
Que en vuestra gracia tenía
Armas para el vencimiento;
Pues si á los auxilios de ésta
Atendiera, considero
Que para triunfar del vicio
Me sobraba poco esfuerzo—
Para otros aun tuviera
Esta razón valimiento,
No paro mí en quien vertisteis
Favores, Señor, sin cuento.

No para mí, zagal pobre,
Que ensalzasteis Vos al regio
Trono, trocando al pellico
De la púrpura lo excelso.
No para mí, pues me hicisteis
Cifra de vuestros secretos,
Fiándome lo escondido
En los más altos misterios.
¿Qué lealtad no requería
Tal compañía? ¿A qué feudo
No era deudor este honor
En que Vos me habíais puesto?
Todas las fuerzas del mundo
Debían ser flacos medios
Para poder desunirme
De tan grave valimiento.
Y porque amáis la verdad,
Aunque contra mí la veo,
Fiscal que me está acusando,
No me he de excusar al yerro.
Discúlpense los que incautos
Por ignorancia ofendieron,
No yo en quien las advertencias
Antes se dieron al riesgo.
Que yo no tengo disculpa
Ni algún descargo os ofrezco
Pues á vuestra vista ingrato
Os atropellé el respeto.
No la tengo, pues estéril
Al fecundísimo riego,
De indecibles beneficios
Produje espinas protervo.
O si á quien tan mal se había
De probar con Dios tan bueno,
La que le sirvió de cuna
Fuera sepulcro funesto.
Pero, Señor, ya que vive
Este animado segmento,
No la desesperación
Sea en su ruina el efecto.
Hieles hay para sacar
Tanta mancha, y en el fuego
De vuestro amor llamas puras
Que inflamen mi helado pecho.

Anéguese mi malicia
En este piélago inmenso
De piedad, á quien no pueden
Contrapesar mis defectos.
Oíd, oíd, Padre amado,
De este pródigo el lamento,
Sabed que llagado y pobre
Busca en Vos sólo el remedio.
Aplicad de mis heridas
El saludable, sangriento
Hisopo de la pasión
Que ha de padecer el Verbo.
De aquel que ha de descender
De vuestra mente al materno
Claustro de una intacta Virgen
En donde ha de tomar puerto.
De Aquel, de Aquel que en el ara
De una cruz, manso cordero,
Ha de ser por mis pecados
Hostia que os aplaque el ceño.
Bañado en aquella sangre
Que ha de derramar, espero
Será para mi dolencia
Satisfacción y remedio.
Y si de aquesta promesa,
Señor, no ha llegado el tiempo,
Revelado me tenéis
Este inmutable decreto.
Y así ya á contemplación
De tan infinito precio,
Como presente á los ojos
Me alcanza el merecimiento.
Este hisopo limpiará
Mi maldad, satisfaciendo
Por las deudas á que yo
Dar recompensa no puedo.
Agraviar puedo, mas no
Satisfacer, si no apelo
A este inagotable erario,
Mineral de los misterios.
Y pues tanto sus estolas
En los siglos venideros
Han de blanquear en la sangre
Del inmolado Cordero,

Sea, entre tantos felices,
Yo, Señor, uno de aquellos:
Lavadme, y sobre la nieve
Mas blanco quedar espero.
Poderosa es vuestra diestra
A darme el candor primero,
Y bien podéis hacer limpio
Al más inmundo concepto.
O si os mereciese yo
Tanto favor, qué contento
Les daría á mis oídos
De tal gracia el privilegio!
O si la voz que ha de oír
Una mujer que el ungüento
Ha de derramar, lograse
Escucharla en dulces ecos,
Cuando en esta paz dichosa
Mi alma se vea, qué incienso
En mentales sacrificios
Quemará encendido el pecho!
Del gozo de mi recobro
Hasta mis molidos huesos,
Humillados por la culpa,
Darán saltos de contento.
Festejarán la noticia
De mi recobro sabiendo
Que ocupo entre los amigos
Vuestros, otra vez, ya puesto.
Y cuando esto no merezca
Estaré, Señor, contento
Con servir en vuestra casa
De un humilde jornalero.
Apartad, Señor, los ojos
No de mí, ni del extremo
De mi miseria, que es esta
Con la que á piedad os muevo,
Sino de aquellos enormes
Pecados del adulterio,
Y homicidio que á la ruina
Del alma me condujeron.
Apartadlos de las feas
Imágenes que en el lienzo
Que dibujó vuestra gracia
Borraros á Vos pudieron.

Apartadlos de este monstruo
De mi maldad, porque temo
Que ya vuestras tolerancias
Le dupliquen escarmientos.
Borrad todas las maldades
Que los vicios imprimieron,
Sin que quede ni aun vestigio
De sombras de este bosquejo.
Y porque á mi corazón
Le contemplo tan enfermo
De su contagio, que dudo
Pueda ya quedar perfecto,
Crïad en mí, pues podéis,
Otro corazón de nuevo,
Que limpio de imperfecciones
Sea de la gracia asiento.
Corazón dócil y humilde
Que inseparable en su centro
Tenga esculpida la justa
Norma de vuestros preceptos.
Y porque este corazón
Cuerpo no sea imperfecto,
Inanimado relox,
Desacordado instrumento,
Vivificadlo, animadlo
Con un espíritu recto,
Renovando sus fervores
De la caridad el fuego.
Dadme un espíritu que
Sin violencia, á Vos derecho
Vaya como la saeta
Al norte, y la piedra al centro.
Posea, pues, mis entrañas,
Y á esta hoguera del pecho
Avive tibios ardores,
Encienda helados afectos.
Menos infelicidad
Sería privarme luego
De la vida, ó reducirme
Al polvo y nada primeros.
Que aunque rectísimamente,
Pues volví la espalda necio
A vuestra cara, pudierais
Hacer conmigo lo mesmo.

Entre quien sois y quien soy
No hay igual procedimiento,
Y la piedad á la culpa
Tiene en Vos muy grande exceso.
No de Vos, de mí, Señor,
Me habéis de apartar, viviendo
Todo yo fuera de mí
Por que en Vos viva de asiento.
Volvedme, Señor, aquella
Alegría, aquel contento
Que poseía mi alma
En mis mentales excesos.
Aquel inefable gozo
Que antes tenía sabiendo
Que nacería el Mesías
De mi linaje heredero.
Cuyo día lo desearon
Ansiosos aunque de lejos
Mirar patriarcas y reyes,
Bien que no lo consiguieron.
Violo en espíritu el padre
De los creyentes, que á imperio
De tanta dicha dió salto
De placer y de contento.
Yo también de tanta gloria
Logré parte, cuando á excesos
De vuestra dignación tuve
Noticias de este misterio.
Si por la culpa perdí
A esta alegría el derecho
Cobrélo restitüido
En vuestra gracia mi afecto,
Conforme establece en ella
(A mi flaco ser atento)
Espíritu principal
De honrados nobles respetos.
No sólo mi corazón
Os pide espíritu nuevo,
Sino que otro principal
Le sirva de fundamento.
Espíritu que valiente,
Constante, advertido y recto,
Un instante no me aparte
De los divinos preceptos.

Preciso es, que este edificio
Lo reedifiquéis de nuevo,
Zanjando de las virtudes
La solidez y el esfuerzo
Con esto mis confianzas
Conseguirán que repuesto
En la primera alegría
Vuestro nombre alabe eterno.
¿Qué no haré yo, ó dejaré
De hacer en servicio vuestro
Para obligar con servicios
Cuanto irrité con desprecios?
Mi palabra os doy, Señor,
De escarmentar en mí mesmo,
Ya que las ajenas ruinas
No me sirvieron de ejemplo.
Armará, Señor, mi diestra
De vuestra justicia el celo,
Y fiscal de mis tibiezas
Será mi agradecimiento
Y pues sé que en gloria vuestra
Cede en la tierra y el cielo
Que la descarriada oveja
Vuelva al redil de su dueño,
A este fin aplicaré
De mi doctrina el desvelo
Ilustrando sequedades
De torpes entendimientos.
Enseñaré á los inicuos
Vuestro camino, y al eco
De mi instrucción seguirán
Las sendas de los preceptos.
Se convertirán los ímpios
Pues vibraré contra ellos
Desde el arco de mis labios
De su ingratitud los yerros.
Pero entre aquestas promesas,
Oh! cómo me asusta el fiero
Bárbaro ejemplo que dí
Con mi pecado á mi reino,
Cuando pasando de una
A otra traición, los alientos
Vitales quité al mejor
Vasallo de mis imperios!—

Paréceme que su sangre
Clama contra mí, y al Cielo
Como la de Abel le pide
La venganza, que ya temo.
Por tanto, Señor, libradme
De las instancias que haciendo
Está contra mí en la justa
Indignación que merezco.
No pretendo que en mí deje
De ejecutarse el decreto
Que recta vuestra justicia
Fulminó para escarmiento;
Pero suplícoos que medie
Vuestra piedad, sacudiendo
Con vara florida el golpe,
No con afilado acero.
Agradecida mi lengua
Elogiaré á un mismo tiempo
Vuestra justicia y piedad
Con atributos excelsos.
Publicaré en honra vuestra
Que reverente os venero
Benigno, amoroso padre,
Si juez rigoroso os temo.
Tánto que yo dudaré,
En tan distantes extremos,
Si os tomaré compasivo,
Si os amaré justiciero.
A este sagrado retiro
Prófugo acogerme quiero;
Ved, si ejecutáis el golpe,
Que de barro me habéis hecho.
León sois, pero también
Sois dulcísimo Cordero;
No los bramidos me asusten,
Llámenme balidos tiernos.
Mi lengua elocuente alabe
Vuestra justicia, pues debo
El honor á Vuestra Gracia
De nombrarme amigo vuestro.
Mas, como el noble tributo
De alabanzas daros puedo,
Si me hizo la culpa indigno
De tan reverente obsequio,

O si mis labios alado
Serafín con sacro fuego
Purificase y rompiese
A la lengua el nudo terco—
Mas, lo que no haga su mano
Que ha de hacer la vuestra espero,
Que sabe hacer elocuente
Al más rudo infante tierno—
Restitüíd á mis labios
El antiguo dón primero
De alabaros, y mi lengua
No cesará de este empleo.
De día y de noche oiréis
Mis cánticos, que, discretos,
Vuestra bondad y justicia
Alabarán como debo.
De vuestras misericordias
Cantaré, Señor, lo inmenso,
Y en los retiros del alma
Dejará mi voz los ecos.
Al son de templada lira,
En bien acordados versos,
Continua vuestra alabanza
Se estará en mi boca oyendo;
Y porque á tan alto asunto
No podré dar desempeño,
Convidaré de los coros
Celestiales los acentos—
Desde el pecesillo mudo
Hasta el Serafín supremo,
Todos os han de alabar
En gloria del nombre vuestro.
No pasará en las palabras
Mi noble agradecimiento,
Pues rendirá con las obras
El fruto del buen ejemplo.
Acompañarán mis voces
Los sacrificios diversos
De las reses que devora
Sobre vuestro altar el fuego;
Pero bien sé que no son
Los que os aplacan más estos,
Que á gustarvos, á millares
Los ofreciera en el templo.

No hay sacrificio más digno,
Señor, á los ojos vuestros
Que un espíritu afligido
Del dolor de sus defectos—
Que poco despreciaréis
De un corazón los afectos,
Que, contrito y humillado,
Se os postra con rendimiento—
Corazón que lo ha movido
De la penitencia el ruego,
Sin la cual ninguna ofrenda
Aplacará vuestro ceño—
Por este real camino
De la contrición espero,
Seguro ya en vuestra gracia,
De mi salvación el puesto—
Cierto es que no dejaréis
De aceptar y complaceros
En el noble sacrificio
De estos mentales inciensos.
Y para que éste lo pueda
Ofrecer en vuestro templo,
Prestáos, Señor, con Sión
Benigno, amoroso dueño—
Según la voluntad vuestra
Que le habéis mostrado, siendo
En favorecerla franco,
Como veloz á su ruego—
Pónganse ya en perfección
Los altos muros soberbios
Que á Jerusalén les sirvan
De adorno y defensa á un tiempo.
Sírvanles de antemural
Al sagrado alcázar regio
De Sión, en donde el arca
Depositada la tengo,
Hasta tanto que se ponga
En perfección regio templo,
Que en lustre y grandeza exceda
Todos los del universo;
Y cuando gustéis se erija
Y consagre á nombre vuestro
Rindiendo Tiro y Sidón
Piedras, metales y leños—

Allí sí que aceptaréis
Las ofrendas; y al lamento
Responderéis compasivo
Del siempre querido pueblo–
Allí sí que aceptaréis
Los holocaustos ó inciensos
Que arderán en vuestras aras
De los perfumes Sabeos–
Allí sí que os bañaréis
En alegría y contento,
Al ver manchar los altares
La sangre de los becerros–
Mas ¡ay de mí! que la fuerza
De beneficios me ha hecho
Ingrato, pues nunca pude
Pagar mi agradecimiento–
No dejaré de quejarme
De la injuria que padezco,
Si me hace desconocido
Mi propio conocimiento–
En los inmensos favores
Que he recibido, confieso
Que sólo puedo pagarlos,
Señor, con reconocerlos.
Pero supla, pues mis fuerzas
No son Atlante á este peso,
El grande exceso que hay de
Vuestra piedad á mi yerro.



EL ABORTO

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS DE JEAN HESNAULT)

¡Oh tú, infeliz, que sin nacer moriste,
Confusa unión del sér y de la nada,
Infausto aborto, prole aun mal formada,
Que del ser y el no ser despojo fuiste!

Tú, que de un crimen vida recibiste
Y de otro crimen muerte acelerada,
De amor obra funesta y desdichada,
Y víctima de honor infausta y triste:
Deja el tedio calmar que me intimida,
Baste á mi corazón compadecerte,
Sin que aterres mi pecho parricida;
Dos tiranos juzgaron de tu suerte:
Amor, contra el Honor, te dió la vida;
Honor, contra el Amor, te dió la muerte.

SOR MARÍA JOSEFA DE LOS ANGELES

Sor María Josefa de los Angeles, en el mundo D. María Josefa Paz del Castillo, nació en Caracas el año de 1770. Fueron sus padres D. Blas Paz del Castillo y D. Juana Isabel Padrón, pertenecientes á nobles y antiguas familias de España. Tuvo Sor María Josefa cinco hermanos varones y una hembra de los cuales se distinguieron los más en la guerra de indepencia.

Hablando de esta esclarecida mujer, tan notable por su claro talento, cuanto por su hermosura y su piedad, dice D. Eugenio Méndez Mendoza: "Brillaba María Josefa en los salones, si bastante por su rara hermosura, mucho más por el ingenio que sólo se revelaba á los 16 años en la frase intencionada, en la oportunidad con que expresaba un concepto."

A los 25 años, en 1795, profesó esta ilustre mujer en el Convento de las Reverendas M. M. Carmelitas de Caracas.

Casi todas sus poesías se han perdido, por las vicisitudes de la República.

ANHELO

Es mi gloria mi esperanza,
Es mi vida mi tormento,
Pues muero de lo que vivo
Y vivo de lo que espero.
Espero gozar mi vida
En la muerte que padezco,
Y en cada instante que vivo
Un siglo forma el deseo.
Deseo morirme, y cuando
Efecto juzgo mi afecto,
La muerte traidora huye
Para dejarme muriendo.
Muriendo vivo y me aqueja
El dolor de no haber muerto,
Que, ausente del bien que adoro,
Ni salud ni vida quiero.
Quiero en las aras de amor
Sacrificar mis alientos,
Y como el vital no rindo
Por rendirlo desfallezco.
Desfallezco, gimo y lloro,
Y, triste tórtola, peno,
Siendo tristes mis arrullos
Indice de mi tormento.
Tormento que me reduce
A llegar á tal extremo,
Que, sin admitir alivio,
Lágrimas son mi sustento.



D. JOSÉ LUIS RAMOS

Por los años de 1785 á 90 nació en Caracas el señor D. José Luis Ramos, y murió en la misma ciudad el 5 de julio de 1849.

Pertenece á la legión de patriotas que firmaron el acta de Independencia el 5 de julio de 1811.

Fué uno de los redactores del célebre periódico *Correo del Orinoco*; desempeñó altos cargos públicos y dió á luz varios trabajos literarios. Dícese que sabía siete ú ocho idiomas y varios dialectos indos.

Publicamos á continuación la más notable poesía que de él conocemos.



TRADUCCIÓN

DE LA ODA 14 LIB. 1º DE LOS CANTARES DE HORACIO

¿Será posible, oh Nave, que te arrastren
A la mar nuevas olas? Ah! ¿Qué intentas?
Mas bien con ancla firme permanece
Guarecida en el puerto.
¿No miras tu costado ya sin remos?
¿Cual crujen, destrozadas, tus entenas,
Y tu mástil rendido á los embates
Del Abrego impetuoso?
Y por ventura piensas, oh cuitada,
Que bajeles sin cabos, ni aparejos,
Del turbulento piélago la saña
Contrarrestar podrían?
Roto está tu velamen; ya no tienes
Númenes tutelares, cuyo auxilio,
En el nuevo peligro á que te lanzas
Atribulada invoques.
Tu fama, la nobleza de tu estirpe
En vano alegarás, vociferando
Ser hija de los pinos que descuellan
En las selvas del Ponto.
No libra el marinero su esperanza
En los adornos de pintadas popas,
Cuando cubierto de pavor, naufragio

Las ondas le amenazan.
Cuidado, Nave: escarnio de los Austros
No quieras ser: un tiempo tu destino
Mi pecho acongojó, mas, ahora excita
Desvelos afectuosos.
Aquel golfo tu quilla no penetre,
Do luce de las Cícladas el grupo,
Y evita las corrientes insidiosas
Que ocultan sus escollos.



D. ANDRÉS BELLO

Este insigne hombre de letras nació en Caracas el 29 de noviembre de 1791. Fueron sus padres el Dr. D. Bartolomé Bello y la señora D. Ana Antonia López. Hizo sus estudios en Caracas bajo la dirección de Fray Cristóbal de Quesada y de los Pros. D. José Antonio Montenegro y D. Rafael de Escalona, lumbreras de la iglesia venezolana. De niño comenzó á servir en el orden político y llegó á ser Oficial mayor en la Secretaría de la Capitanía General, y más tarde Comisario de guerra. Sirvió luégo como Oficial en la Secretaría de la Junta Suprema gubernativa, después del 19 de abril de 1810; y en junio del mismo se le envió á Londres como comisionado con D. Simón Bolívar y D. Luis López Méndez, para obtener la cooperación de Inglaterra en la empresa de emancipar á Venezuela. En Londres, donde permaneció 19 años, fué de los fundadores de dos importantes periódicos, la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, destinados principalmente á la defensa de este continente. Casó en aquella ciudad con una señora inglesa y en 1829 se trasladó á Santiago de Chile, llamado por el Presidente Pinto. En Chile desempeñó diversos cargos, entre ellos el de Oficial Mayor de la Secretaría de Estado y el de Rector de la Universidad, fundada y organizada por él. Débele Chile, además de importan-

tes servicios políticos y diplomáticos, el haber establecido en aquella república los estudios literarios, y formado entendidos varones que han contribuido á elevarla á la altura intelectual que hoy alcanza. Bello falleció en Santiago de Chile el año de 1865.

Fué individuo honorario de la Real Academia Española, que le ascendió luégo á Correspondiente.

Poeta erudito, filólogo, diplomático y publicista de nombradía, Bello fué incansable en el trabajo. Sus obras son numerosas y constan de 12 volúmenes. Por su famosa Silva "*A la Agricultura de la Zona Tórrida,*" es considerado como el Príncipe de los poetas hispano-americanos.

A LA AGRICULTURA

DE LA ZONA TÓRRIDA

Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto sér se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das á la hirviente cuba;
No de purpúrea fruta, ó roja, ó gualda,
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales;
Tú, en urnas de coral, cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa;
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;

Y de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del zafiro.
El vino es tuyo, que la herída agave (1)
Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
Que, cuando de süave
Humo en espiras vagarosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo (2)
Y el perfume le das, que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma (3)
Su vario feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía;
Su blanco pan la yuca; (4)
Sus rubias pomas la patata educa;
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha (5)
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores:
Y para tí el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano;
Y para tí el banano (6)

---

(1) Maguey ó pita (AGAVE AMERICANA L.) que da el pulque.—EL AUTOR.)

(2) El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.—(EL AUTOR).

(3) Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.—(EL AUTOR.)

(4) No se debe confundir (como se ha hecho en un diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casabe (JATROPHA MANIHOT de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de YUCA) con la YUCCA de los botánicos.—(EL AUTOR.)

(5) Este nombre se da en Venezuela á las PASIFLORAS ó PASIONARIAS, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.—(EL AUTOR.)

(6) El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas, y de que sacan mediata ó inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, á proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.—(EL AUTOR.)

Desmaya al peso de su dulce carga:
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia á las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:
No es á la podadera, no al arado
Deudor de su racimo:
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar á sus fatigas mano esclava:
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.
Mas ¡oh! si cual no cede
El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
Y como de natura esmero ha sido,
De tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz rüido
La dicha al fin supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano
Fasto, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
Aquellos que fortuna hizo señores
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
Y á la fe mercenaria
Las patrias heredades,
Y en el ciego tumulto se aprisionan
De míseras ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
O al patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios
La incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo á la fatiga;
Mas la salud estraga en el abrazo
De pérfida hermosura,
Que pone en almoneda los favores;
Mas pasatiempo estima

Prender aleve en casto seno el fuego
De ilícitos amores;
O embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto á la lisonja seductora
Del asiduo amador fácil oído
Da la consorte: crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen, y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
Los ánimos heroicos denodados
Que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festín beodo,
O de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá, modesta,
Orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa ley regir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas
En la dudosa lid verá sereno;
O animoso hará frente al genio altivo
Del engreído mando en la tribuna,
Aquél que ya en la cuna
Durmió al arrullo del cantar lascivo,
Que riza el pelo, y se unge, y se atavía
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el día,
O en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
A la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado;
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.
¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
Habéis nacido de la tierra hermosa,
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganaros y atraeros,
Quiso Naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto

Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
El mercader que, necesario al lujo,
Al lujo necesita,
Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grey de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto caos.:
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,
Va la razón al triunfal carro atada,
Y á la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,
La solitaria calma
En que, juez de sí misma, pasa el alma
A las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y á su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
Donde halaga la flor, punza la espina?
Id á gozar la suerte campesina;
La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares,
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que á la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que á la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura

Que de extranjero ornato
Y afeites impostores no se cura?
¿O el corazón escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz expresa,
Y á la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el gesto;
Ni falta allí carmín al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
Más venturosos lazos himeneo,
Do el interés barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fe por nombre ó plata,
Que do conforme gusto, edad conforme,
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?
Allí también deberes
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Aspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstrüido estanque y del molino,
Recuerden ya las aguas el camino;
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego; abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
A la sedienta caña;
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España,
Adorne la ladera
El cafetal; ampare
A la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare; (1)
Aquí el verjel, allá la huerta ría......

[1] El cacao [THEOBROMA CACAO L.] suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados BUCARES.—[EL AUTOR.]

¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil á tu voz, agricultura,
Nodriza de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca: oigo las voces,
Siento el rumor confuso: el hierro suena,
Los golpes el lejano
Eco redobla; gime el ceibo anciano,
Que á numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas, se extremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos va á buscar doliente......
¿Qué miro? Alto torrente
De sonorosa llama
Corre, y sobre las áridas rüinas
De la postrada selva se derrama.
El raudo incendio á gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya, de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan: monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces,
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo á ramo alcanza,
Y á los rollizos tallos hurta el día:
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello á la vista, alegre á la esperanza:
A la esperanza, que rïendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá á lo lejos el opimo fruto
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto, y con la falda en cinta,
Y bajo el peso de los largos bienes

Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.
¡Buen Dios! no en vano sude,
Mas ă merced y á compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aun más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle á tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le aligera,
Cual de dorado sueño
Visión falaz, desvanecido llore:
Intempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrión; el diente impío
De insecto roedor no lo devore;
Sañudo vendaval no lo arrebate,
Ni agote al árbol el materno jugo
La calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
Arbitro de la suerte soberano,
Que, suelto el cuello de extranjero yugo,
Erguiese al cielo el hombre americano,
Bendecida de tí se arraigue y medre
Su libertad; en el más hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arredre
Del arte bienhechora,
Que las familias nutre y los Estados;
La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
Expïamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
Suplicios, orfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera

Las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! desde el alto asiento,
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz ante la lumbre de tu frente,
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana gente),
El ángel nos envía,
El ángel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente el que á los hombres
Sagrado diste, imprescriptible fuero;
Que alargar le haga al injuriado hermano,
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano
El corazón lozano
Que una feliz oscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y codicioso de poder ó fama,
Nobles peligros ama;
Baldón estime sólo y vituperio
El prez que de la patria no reciba,
La libertad más dulce que el imperio,
Y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su trïunfo entonces, Patria mía,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, á cuya vista el mundo llena
Alma serenidad y regocijo:
Vuelve alentado el hombre á la faena,
Alza el ancla la nave á las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
Y no basta la hoz á las espigas.
¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
Alzáis sobre el atónito occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida

Del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad; y nuevos nombres
Añadiendo la fama
A los que ahora aclama,
"Hijos son éstos, hijos
(Pregonará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo, y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España."



LA VICTORIA DE BAILÉN

Rompe el león soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena:
La espuma del furor sus labios llena,
Y á los rugidos que indignado envía
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.
El león despertó; temblad, traidores!
Lo que vejez creísteis, fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.
Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso;
¡No insultéis al monarca de las fieras!

ÉGLOGA

IMITACIÓN DE VIRGILIO

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
Con el más vivo fuego á Clori amaba;
A Clori, que con rústico desvío
Las tiernas ansias del pastor pagaba.
La verde margen del ameno río,
Tal vez buscando alivio, visitaba;
Y á la distante causa de sus males,
Desesperado enviaba quejas tales:
"No huye tanto, pastora, el corderillo
Del tigre atroz, como de mí te alejas,
Ni teme tanto al buitre el pajarillo,
Ni tanto al feroz lobo las ovejas.
La fe no estimas de un amor sencillo,
Ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas:
Por tí olvido las rústicas labores,
Por tí fábula soy de los pastores.
"Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada
Ingratitud me causará la muerte:
Mi historia en esos árboles grabada
Dirá entonces que muero por quererte:
Tantos de quienes eres adorada
Leerán con pavor mi triste suerte:
Nadie entonces querrá decirte amores,
Y execrarán tu nombre los pastores.
"Ya la sombra del bosque entrelazado
Los animales mismos apetecen;
Y bajo el césped que tapiza el prado,
Los pintados lagartos se guarecen.
Si afecta las dehesas el ganado,
Si la viña los pájaros guarnecen,
Yo sólo, por seguir mi bien esquivo,
Sufro el rigor del alto can estivo.
"Tú mi amor menosprecias insensata,
Y no falta pastora en esta aldea
Que, si el nudo en que gimo un dios desata,
Con Tirsis venturosa no se crea.

¿No me fuera mejor, dí, ninfa ingrata,
Mis obsequios rendir á Galatea,
O admitir los halagos de Tirrena,
Aunque rosada tú, y ella morena?
"¿Acaso, hermosa Clori, la nevada
Blancura de tu tez te ensoberbece?
El color, como rosa delicada,
A la menor injuria se amortece.
La pálida violeta es apreciada,
Y lánguido el jazmín tal vez fallece,
Sin que del ramo, que adornaba ufano,
Las ninfas le desprendan con su mano.
"Mi amor y tu belleza maldecía,
Tendido una ocasión sobre la arena,
Y Tirrena, que acaso me veía,
—¡Oh Venus, dijo, de injusticias llena:
Lejos de unir las almas, diosa impía,
Las divide y separa tu cadena!......
De Clori sufres tú las esquiveces,
Y yo te adoro á tí que me aborreces.—
"¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino
Puede ser á tus ojos tan odioso;
Cualquier pastor, cuando el rabel afino,
Escucha mis tonadas envidioso.
¿No cubre estas praderas de contino
Mi cándido rebaño numeroso?
¿Acaso en Julio, ó en el crudo invierno,
Me falta fruto sazonado y tierno?
"Ni tampoco es horrible mi figura,
Si no me engaño al verme retratado
En el cristal de esa corriente pura;
Y á fe que á ese pastor afortunado
Que supo dominar alma tan dura,
Si á competir conmigo fuese osado,
En gentileza, talle y bizarría,
Siendo tú misma juez, le excedería.
"Ven á vivir conmigo, ninfa hermosa;
¡Ven! mira las Drïadas, que te ofrecen
En canastos la esencia de la rosa,
Y para tí los campos enriquecen.
Para tí sola guardo la abundosa
Copia de frutos que en mi huerto crecen;
Para tí sola el verde suelo pinto
Con el clavel, la viola y el jacinto.

"Acuérdate del tiempo en que solías,
Cuando niña, venir á mi cercado,
Y las tiernas manzanas me pedías
Aun cubiertas del vello delicado.
Desde la tierra entonces no podías
Alcanzar el racimo colorado;
Y después que tus medios apurabas,
Mi socorro solícito implorabas.
"Entonces era yo vuestro caudillo,
Mi tercer lustro apenas comenzado,
Sobresaliendo en el pueril corrillo,
Como en la alfombra del ameno prado
Descuella entre las yerbas el tomillo.
Desde entonces, Amor, Amor malvado,
Me asestaste traidor la flecha impía
Que me atormenta y hiere noche y día.
"¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento
Guarda Jove al mortal ingrato y duro:
Hay destinado sólo á su tormento
En el lóbrego Averno un antro oscuro:
En su carne cebado, un buitre hambriento
Le despedaza con el pico impuro,
Y el corazón viviente devorado
Padece á cada instante renovado.
"Mas ¡ay de mí! que en vano, en vano envío
A la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
Seguir el humo y detener el río.
Y mientras lo imposible loco intento,
Tengo en casa la vid medio podada,
Y en el bosque la grey abandonada.
"¿Qué fruto saco de elevar al cielo
Esta continua lúgubre querella?
Ni encender puedo un corazón de hielo,
Ni torcer el influjo de mi estrella.
Si Clori desestima mi desvelo,
Sabrá premiarle otra pastora bella.
Ya baja el sol al occidente frío;
Vuelve, vuelve al redil, ganado mío."

MISERERE

TRADUCCIÓN DEL SALMO 50

¡Piedad, piedad, Dios mío!
¡Que tu misericordia me socorra!
Según la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra.
De mis iniquidades
Lávame más y más; mi depravado
Corazón quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.
Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
Y mi conciencia propia
Me acusa, y contra mí levanta el grito.
Pequé contra tí solo;
A tu vista obré el mal, para que brille
Tu justicia, y vencido
El que te juzgue, tiemble y se arrodille.
Objeto de tus iras
Nací, de iniquidades mancillado;
Y en el materno seno,
Cubrió mi sér la sombra del pecado.
En la verdad te gozas,
Y para más rubor y afrenta mía,
Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduría.
Pero con el hisopo
Me rociarás, y ni una mancha leve
Tendré ya; lavarásme,
Y quedaré más blanco que la nieve.
Sonarán tus acentos
De consuelo y de paz en mis oídos,
Y celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos;
Apárta, pues, apárta,
Tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
Y en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
Un corazón que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura,
Enamorada de lo justo y recto.
De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiración me prives.
Restáurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida y contento;
Y al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.
Haré que el hombre injusto
De su razón conozca el extravío;
Le mostraré tu senda,
Y á tu ley santa volverá el impío.
Mas líbrame de sangre,
¡Mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente
De piedad! y mi lengua
Loará tu justicia eternamente.
Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza,
Y gozosa á las gentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.
Que si víctimas fueran
Gratas á tí, las inmolara luego;
Pero no es sacrificio
Que te deleita, el que consume el fuego.
Un corazón doliente
Es la expiación que á tu justicia agrada;
La víctima que aceptas
Es un alma contrita y humillada.
Vuelve á Sion tu benigno
Rostro primero y tu piedad amante,
Y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.
Y de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, y propicio
Recibirás un día
El grande inmaculado sacrificio.

LA ORACIÓN POR TODOS

IMITACIÓN DE VICTOR HUGO

I

Vé á rezar hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo:
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón;
Sacude el polvo el árbol del camino,
Al soplo de la noche: y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.
¡Mira! su ruedo de cambiante nácar
El occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado,
Brilla el albergue rústico; y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.
Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día,
Se orienta en el desierto el viajador.
Naturaleza toda gime: el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes.
¡Hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre, tras la cuita y la faena,
Quiere descanso y oración y paz.
Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor.

Las manos juntas, y los pies desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.
Y luego dormirán; y en leda tropa,
Sobre su cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.
Como, para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza el avecilla,
Tal la niñez en oración sencilla
Adormece su mente virginal.
¡Oh dulcé devoción que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II

Vé á rezar, hija hija mía. I ante todo,
Ruega á Dios por tu madre; por aquélla
Que te dió el ser, y la mitad más bella
De su existencia ha vinculado en él;
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.
Ruéga después por mí. Más que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, á nadie envidia,
La ví tener en mi fortuna escasa.
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.
No le son conocidos... ¡ni lo sean
A tí jamás!... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,

La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.
Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo, y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guïar parece, á la miseria va.
Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino, deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud,
Vé, hija mía, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres Grandeza; eres Bondad; ¡ perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del eterno la oración.
Todo tiende á su fin: á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la avecilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oración en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser.
Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita, y se sienta á respirar;
Porque de tu plegaria el dulce acento
Alivia el peso á mi existencïa amarga,
Y quita de mis hombros esta carga,
Que me agobia, de culpa y de pesar.
Ruéga por mí, y alcánzame que vea,
En esta noche de pavor, el vuelo

De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la cruz.

III

Ruéga, hija, por tus hermanos
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implores:
Por justos y pecadores,
Cristo en la cruz espiró.
Ruéga por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea,
Funda insensata altivez;
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez.
Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obsceno
De nocturno bacanal;
Y por la velada vírgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.
Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción;
Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdón.
Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza crüel;

Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel.
   Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor;
Por la razón que leyendo
En el gran libro, vigila;
Por la razón que vacila;
Por la que abraza el error.
   Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan,
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que á Dios blasfemando irrita.
La oración es infinita:
Nada agota su caudal.

IV

   ¡Hija! reza también por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque abril despoja,
Mezclar las suyas otro y otro abril.
   Arrodílla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola;
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su sér primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.
   ¡Hija! cuando tú duermes, te sonríes,
Y cien apariciones peregrinas,
Sacuden retozando tus cortinas:
Travieso enjambre, alegre, volador.

Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre también sus párpados de rosa,
Y da á la tierra el deseado albor.
¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras
Qué sueño duermen!... su almohada es fría;
Duro su lecho; angélica armonía
No regocija nunca su prisión.
No es reposo el sopor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazón.
Una plegaria, un sólo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su oscura estancia penetrar;
Que el atormentador remondimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.
Cuando en el campo con pavor secreto
La sombra ves, que de los cielos baja,
La nieve que á las cumbres amortaja,
Y del ocaso el tinte carmesí:
En las quejas del aura y de la fuente
¿No te parece que una voz retiña?
Una doliente voz que dice: "Niña,
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"
Es la voz de las almas. A los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror, hierbas extrañas
Ciegan su sepultura; á sus entrañas
Arbol funesto enreda la raíz.
Y yo también (no dista mucho el día)
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura,
Que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
Y para mí la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro,
Y haga mi helado polvo rebullir.

A LA NAVE

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO

O navis referent, etc. (2)

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.
Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias
¿Y ya á correr fortuna
Segunda vez te arrojas?
Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.
Ah! vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.
Presto erizando cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y naúfragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.
De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?
¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?
Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante prora;
Y ya, padrón infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.
¡Qué! ¿no me oyes? ¿el rumbo
No tuerces? ¿orgullosa
Descoges nuevas velas,
Y sin pavor te engolfas?
¿No ves, ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?
¿No ves la espuma cana,
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta,
Que silba en las maromas?
Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda.

D. ANTONIO ROS DE OLANO

Nació en Caracas el año de 1802. Huérfano de padre y madre, quedó al cuidado del Comandante D. Lorenzo Ros y de su esposa Dª Manuela de Olano, quienes le consideraron como hijo y quisieron darle su nombre, según noti-

cias históricas publicadas por el distinguido literato D. Arístides Rojas en el escrito intitulado *Un lazareto ambulante.*

Recibió instrucción primaria en Caracas, y á la edad de once años fué enviado por sus padres á España, donde siguió la carrera de las armas y la de las letras, logrando alcanzar con sus talentos y valor merecida nombradía. Se distinguió en varias campañas, especialmente en la de Africa, en la que obtuvo el grado de General y el título de Marqués de Guad-el-Jelú. Publicó numerosas poesías y varios trabajos en prosa. Alcalá Galiano cita como obra de mérito el poema fantástico en prosa que con el título de *El Doctor Lañuela* publicó Ros de Olano. Si Del Monte y Echeverría no tenían una sola palabra de afecto para su patria, Ros de Olano, como Baralt, la recordaba siempre con cariño, y de ello es testimonio el soneto intitulado *Caracas* que se leerá en seguida entre las muestras que presentamos de su versificación.

LA IDEA

Del fértil seno de la madre España
Nace el altivo Tajo en breve cuna;
Y creciendo con rápida fortuna
Ceden los pinos á su adulta saña.
Si rompe cerros, si florestas baña,
Río es el Tajo, su corriente es una;
Sea en la vega anchísima laguna,
Sea sierpe que enrosca la montaña.
Miradle de Aranjuez en los verjeles,
Vedle desde la cántara extremeña,
Contempladle al llegar al oceano......
Que así del alma en cálidos rieles
La idea brota y rauda se despeña
Río caudal del pensamiento humano.

?

Cuando la sed del alma se ha encendido
Y la taza quebró junto á los labios,
¡Decidme, amigos! enseñadme, sabios!
Dónde se bebe el agua del olvido?......

EL DOLOR

El corazón es péndulo que advierte
Golpe tras golpe en una misma herida,
Cuán próxima á la muerte anda la vida,
Cuán cerca de la vida está la muerte.

Las empuja el dolor, hasta la inerte
Tumba que en nuestra senda está escondida,
A tan serena sombra que convida
A redimir muriendo nuestra suerte !......

Mas el dolor no mata en un instante
Como la fiera daga ; y la asemeja,
Porque se eleva con seguro tino :

Y así en el seno el péndulo oscilante,
Golpe tras golpe advierte al que se queja
Que va la vida andando su camino.

CARACAS

¡ Oh límite del suelo en que la vida
Latió al ambiente del hogar nativo,
Tras dilatada ausencia siento altivo
Amor filial hacia la Patria huida !

Si es madre al corazón en la advertida
Memoria, en dulce encanto es incentivo
Su espléndida riqueza al fulgor vivo
Del sol que esmalta la región querida.

Nací español en la ciudad rïente,
Rodó mi cuna entre perpetuas flores,
Besé las aves de plumaje ardiente ;

Trajéronme de niño mis mayores :
Hoy, en mi Patria histórica, la muerte
Las junta en un amor con dos amores.

D. DOMINGO DEL MONTE Y APONTE

Nació en Maracaibo el 4 de agosto de 1804, del matrimonio de D. Leonardo Del Monte y Medrano y Dª. Rosa de Aponte y Sánchez. Estudió primeras letras en aquella ciudad, donde su padre desempeñaba á la sazón los cargos de Asesor y Teniente de Gobernador. A causa de la guerra de Independencia, la familia Del Monte pasó á Santo Domingo y luégo á Cuba, donde vivía ya el señor D. Leonardo en desempeño de cargo público.

D. Domingo Del Monte terminó sus estudias en la Habana, y llegó á ejercer allí notable influencia en la instrucción pública y en la literatura.

Tanto en Cuba como en Madrid, donde, perseguido por el Gobierno de la Habana, hubo de domiciliarse al fin, su casa era una como Academia en la cual se reunían los más calificados literatos, que le tenían en el más alto concepto por sus talentos y saber. Murió en Madrid el 4 de noviembre de 1853.

EPÍSTOLA

Á ELICIO CUNDAMARCO, POETA AMERICANO

Desde la triste margen de este río,
Do su alcázar ostenta, y los blasones
De su arruinada gloria el castellano,
Tu errante amigo, de su Cuba ausente,
Salud, amor y el corazón te envía.
Sí, manda el corazón al caro Elicio;
A Elicio, encanto de la Musa Indiana,
Ya benigno le preste su dulzura,
Del alma al expresar el tierno afecto,
Ya en pulsando la cítara sonora
Con américo plectro armonïoso,
Amor de patria inspire y de honra y gloria
Al índico cantor...¡ Dado me fuera
Alzar así mis tonos abatidos!
Por invencible espíritu inflamado
De ansia de fama y de celeste fuego,

¡Cuál dijera los timbres inmortales
Del orbe de Colón...! Tú, sacra Historia,
A mis ojos rasgando los oscuros
Velos que esconden su primer origen,
Del Inca santo, del feroz Azteca
Los anales confusos me enseñaras;
Las riquezas, el culto, el poderío
De imperios tan pujantes revelando,
En mi loor los himnos entonaran
Del Ecuador, del Trópico á porfía
Los dulces colombiánidas beldades.
Luégo en negro laúd con graves cuerdas,
Que del dolor la Musa inspiraría,
De la aurífera Haití, de Cuba hermosa
El caso acerbo lamentara, y cómo
El crudo vencedor segó las vidas
Del humilde, sencillo, inerme pueblo.
El ronco sollozar rompiendo el canto,
Del grande Hatuey la sombra aplacaría
Y no nos maldijera–antes la injuria
Atroz de nuestros padres olvidara,
Y al ver del español llorando al hijo,
Benigno el mártir su perdón nos diera.
  Mas no! que el Señor Dios el estro santo
Negóme, y nunca prez alcanzar puedo,
Prez ansiada de gloria, concedida
Sólo al *Poeta*.–En instrumento humilde
Acompañar la simple cantinela
Del morador de Cuba, y sus costumbres
Campestres retratar–este es mi canto.
La patria le inspiró, no el grande ingenio.
La patria, que inspirar también debiera
A cuanto cisne en sus orillas cría
El Almendares nuestro. No humilladas
Así se vieran las Cubanas Musas,
Vistiendo en vez del opulento arreo
Con que plugo á natura ataviarlas,
De la ignorancia el miserable andrajo
Con que sus miembros cándidos afean:–
No en torpe, insulso, estrepitoso verso
La majestad del canto profanaran;
Ni,–en vez de alzar á generoso asunto,
De inspiración en pos el alma audace,
Do virtud y valor, ciencia, armonía

Felices encontraran ;–humilladas
Cual ahora se humillan ¡ oh vergüenza !
Escarnio vil de estúpidos Mecenas,
Ni del pueblo baldón sus rimas fueran.
   Tú serás ¡ oh mi Elicio ! el escogido
A restaurarlas. Su nativo orgullo,
Su noble dignidad, su ilustre intento,
Tú, sabio les darás ;–que ya no en vano
El vate excelso que de *Heredia* el nombre
Hizo famoso en Cuba y Tenoxtitlan,
Solemne cantor nuestro te llamara.
Tu lira apresta, y á la luz inmensa
Que en la encendida zona el sol derrama ;–
A fuer de un Dios sentado en la alta cima
Del más alzado risco ;–dominando
De la Antilla mayor el fértil suelo
Y del Caribe mar las recias ondas,–
Las cuerdas vibra y de entusiasmo ardiente
Y de sublime inspiración henchido,
Al aire suelta el verso numeroso
Con voz robusta y con sonoro acento.
....
....

   Al escucharte, atónita la patria
Entre orgullo y placer, dirá : " Tú eres,
Tú, mi Poeta, " y de inmortal corona
De palma indiana y de laurel eterno
Tu frente ceñirá radiante y bella.

EL VEGUERO

   Al tabaco cantemos
Riqueza del cubano
Y del mundo delicia apetecida :
Consuelo del humano
Que en amargos extremos
Y de penas el alma combatida,
A la *pipa* querida
Se llega, y por encanto

Al fumar deleitoso
Cesa su doloroso
Incómodo penar y triste llanto.
Del orbe fumadores,
Al tabaco entonad dignos loores!
  Enhorabuena canten
Otros con estro ardiente
Las locuras del tierno cieguezuelo,
Y las glorias levanten
Del niño Amor potente
Encima el elevado y claro cielo:
O con transporte y celo
Otros digan al vino,
Y la embriaguez furiosa,
Temible y vergonzosa:
Que yo mientras hubiere árbol divino
Del preciado tabaco,
Ni al ciego cantaré, ni al obvio Baco,
Ni el café denegrido
De Moka celebrado;
Ni el fruto dulce de la caña indiana,
Ni su licor ardido,
Mas que el néctar amado
Del anglo bebedor y turba insana,
Son de tan buena gana
Cantados en mi lira,
Como el precioso arbusto
Que me colma de gusto
Y en el invierno de la edad me inspira.
Do tabaco se encuentren,
Ni el café ni la caña allí se muestren.
  El humo suave, oliente
Del *puro* peregrino
Halaga ya mi olfato delicado,
Y mi rugada frente
Al grato olor divino
Despejado se esparce. Alborozado
Recuerdo sin cuidado
Mis años juveniles:
Amistad y amoríos
Por necios extravíos
Los juzgo, y por errores infantiles:
Mi cítara y mis *puros*
Amigos son y amantes más seguros.

Tranquilo cultivando
Mis vegas adoradas
Del gran Cuyaguateje en la ribera,
Mis horas van pasando,
Cual pasan sosegadas
Las ondas de mi río en su carrera.
Y la discordia fiera
No turba mi reposo:
Ni la cendrada plata
Ni lo ajeno jamás quise envidioso;
Que en viendo mi hoja amada
Se alegra al punto mi vejez cansada.

ELEGÍAS DE MONTI

I

¡Ay! sin consejo, delirante, dónde,
Dónde me arrastra la tremenda furia
De este afecto infeliz? Se fija en ella
La mente, en ella sola. Estos mis ojos
No más ya miran que su dulce imagen;
No más el corazón palpita ansioso
Que al resonar su voz...... sin ella ¡oh cielos!
¿Qué á mí ya fuera el universo todo?

II

Mas qué! á su lado estar y en sus miradas
En sus sonrisas, en su dulce acento
Embebecerse el alma y colocarme
Tan junto al labio suyo que hasta el mío
Siento llegar su aliento regalado!......
Parece entonces que corriendo un rayo
Mis sentidos abrasa. Ante mis ojos
Niebla espesa se extiende, en mi garganta
Las palabras se embargan, y una mano
Siento de fuego que la estrecha y cierra.
Sin freno el corazón fiero se agita
Y por templar el inflamado pecho,
Mas largos y profundos los suspiros
Se exhalan dél, y entonces, ó me cuesta

Llenar de besos mil su mano amada,
Y de llanto bañarla, ó arrancarme
De su lado veloz, y huyendo de ella
La frente herirme en mi infelice furia.

SU VOZ

¡Oh són! ¡Oh voz!

Fray Luis de León.

¡Canta! dijeron, y empezó su canto.
¡Ay! no más grato en la morada eterna
Suena á los justos el concierto santo,
Cual resonó en mi oído
De amor embebecido
La no incógnita voz, melosa y tierna.
Sentí agitarse blandamente el alma
Cual de un lago el cristal de brisa al soplo,
Que manso ondea y permanece en calma.
Por mis venas corrió calor divino,
Y el corazón sin tino,
Recordando, al oír tan dulce acento,
Del ya perdido bien la antigua gloria,
En otro igual momento,—
Palpitó,—suspirando á tal memoria.
Ante su voz el eco no buscaba
De ningún corazón, mas que del mío:
El mío sus cantares aprobaba,
Y la cadena celestial oculta,
Que en simpático nudo nos ataba,
Trémula al escucharla, respondía
De amor al movimiento,
Que en su pecho al cantar, ella sentía.
No más ya oiré su voz: su dulce acento
Ora sólo me inspira
En vez de triste y plácida ternura,
Angustiado dolor, congoja dura.
Mas siempre la he de amar:—siempre en mi lira
A imitar probaré sus blandos tonos......
Si es dado á humana voz, manos mortales
El concento divino
Imitar de los córos celestiales.

D. JOSÉ ANTONIO MAYTÍN

Vino al mundo en Puerto Cabello el 21 de octubre de 1804. Fueron sus padres D. José Ignacio Maytín y Dª Ana María San Juan.

Principió sus estudios en dicha ciudad; mas con motivo de la revolución de Independencia emigró con su familia á Curaçao, y luégo á Cuba. Allí trabó amistad con el literato colombiano D. José Fernández Madrid, de quien fué más tarde Secretario en la Embajada de Colombia en Londres. En 1834 regresó á Venezuela y prestó nuevos servicios á la República.

Poeta y músico distinguido, su naturaleza contemplativa y soñadora no se avenía con la vida turbulenta de la política; por lo cual pasó tranquilamente la mayor parte de su existencia en el pintoresco pueblo de Choroní, donde escribió casi todas sus poesías, y murió el año de 1874.

CANTO FÚNEBRE

CONSAGRADO A LA MEMORIA DE LA

Sra. Luisa Antonia Sosa de Maytín

I

Llegaron ¡oh dolor! las tristes horas
De un pesar para mí desconocido.
Ilusiones de paz encantadoras,
Contentos de mi hogar, os he perdido.
Perdí el único sér que más me amaba,
La compañera tierna de mi vida,
Cuya mano de esposa me alargaba
Cargada de cariño y beneficios;
En cuyo corazón sólo encontraba
Amor, abnegación y sacrificios.
Ella era mi universo, mi energía,
Mi porvenir, mi fuerza, mi conciencia;

Ella era á quien debía
El sosiego feliz de mi existencia,
De mis serenas horas la alegría,
Mi descanso, mi paz, mi independencia.

II

¡La leve contracción de un paroxismo,
Un segundo bastó ¡mísera suerte!
Para hacerte salvar el hondo abismo
Que separa la vida de la muerte!!!......

III

¡Te fuiste sin saber que te sentía!
¡Te fuiste sin saber que te lloraba!
No pude darte esta última alegría,
Y tú, ni este consuelo
Le pudiste dejar al que te amaba!
Si yo quedaba aquí ¿por qué partiste?
¿Por qué ese amargo cáliz de infortunio
Hacerme saborear con tal exceso?
¿Por qué morir del modo que moriste?
¿Por qué no recibir mi último beso?
¿Por qué dejarme en soledad tan triste?
Mi Dios! mi Dios! mi Dios! ¿cómo fué eso?

IV

Una mirada sola
Es todo cuanto para mí tenía,
Mirada indefinible
Que yo ni examiné ni comprendía.
¿Por qué no me acosté sobre su lecho
Y el labio no apliqué junto á su oído
Para hacerle escuchar mi adiós postrero,
Mi eterna despedida,
Un solo adiós siquiera lastimero,
Mientras que le duraba de la vida
El soplo imperceptible y pasajero?
Yo no pude pensar ¡dolor tirano!
Que aquella ojeada de un amor extremo
Era el último esfuerzo sobrehumano
De un intenso dolor, hondo y supremo;
Que toda cuanta vida,
Y espíritu, y acción, y movimiento,

Cuanto vital aliento
A su máquina frágil le quedaba,
Para hacerme su eterna despedida
A sus lánguidos ojos asomaba.
En esa hora fatal ¿qué me pedía
Esa mirada dolorosa y muda
Que un instante triunfó de su agonía?
¿Era piedad ó amparo que imploraba?
¿Era su último adiós que me decía?
¡Oh lenguaje de amor no articulado!
¡Oh expresión de dolor no comprendida!
Tú el tormento serás de mi memoria
Y el pensamiento eterno de mi vida.

V

Adiós, dulces cantares
Que yo ensayaba en mis alegres horas;
En llanto se cambiaron y en pesares
Las que antes eran cántigas sonoras.
Y tú, mujer que amaba,
Tú, compañera de mis dulces días,
¿Por qué con tu presencia me has robado
Mi dicha y mis pasadas alegrías?
Mientras que duermes el eterno sueño
¿A dónde en busca iré de inspiraciones?
¿Quién les dará sin tu constante empeño
Vigor á mis canciones
Y á mi alma dolorida
Fuerza y valor en cada nuevo ensayo?
¿Quién sin tu instancia tierna y cariñosa
Me sacará de mi habitual desmayo?
¿Quién á mis pobres versos
La atención prestará que les prestabas?
Tú, que por tantos años
Fuistes el sér primero,
Que atento y conmovido los oía,
Que de una madre el interés sincero
Por estas obras débiles tenía!
¡Oh! llévate contigo
Mi genio, mi vigor, mi poesía.
¿Quién mirará mis ecos doloridos
Con el amor que tú? No, mi lamento
Sin esperanza cruzará perdido
Por los senos sin fin del firmamento.

Pedirán á la tierra tus despojos
En vano mis cantares,
Tu espíritu á la mar, tu vida al viento,
Pues la tierra, los vientos y los mares
Ni me darán tu vida
Ni un eco que responda á mis pesares.

VI

Sin objeto, sin plan y sin camino,
Al rededor de mi desierta casa,
Vago de senda en senda y sin destino.
Recorro los lugares
Que ella en sus horas de ocio frecuentaba
El codo en la rodilla
Y en la entreabierta mano
Apoyada la pálida mejilla.
Me siento al pie de los añejos troncos
Donde frescura y sombra ella buscaba;
La mustia frente inclino
Sobre las piedras frías
Del habitual camino,
Asientos campesinos que ella amaba,
Y donde se sentaba
En busca de un descanso pasajero.
Arranco con las manos
La tierna yerbecilla del sendero
Que hollaron nuestros pies cien ocasiones
En nuestras solitarias excursiones.
Al fin, de estos lugares
Me aparto, conmovido,
Y el corazón cargado de pesares,
Huyendo los recuerdos
Que sobre cada arbusto,
Que sobre cada peña deletreo.
Vuelvo á la casa......¡Oh Dios!......en este asilo
Me consterna y me aflige cuanto veo.
Las sillas aquí están aun sin arreglo,
Los libros y los muebles empolvados......
¿Quién osará tocar esos objetos
Hace poco por ella manoseados?
De esta mansión luctuosa y solitaria,
Mi Dios, yo no pretendo
Ni aun sacudir con mano temeraria
El polvo que ella sacudir no pudo,

Por que este polvo mudo,
Tan santo para mí como querido,
Es un recuerdo vivo,
Una reliquia de la que he perdido:
Es como su pasado, es su presente,
Es la continuación de lo que ha sido.

VII

Este es el aposento,
Testigo de un dolor nunca explicado,
Del drama fugitivo de un momento
Y de un violento fin inesperado.
Aquél es el rincón que ocupa el lecho
Revuelto todavía
Y en desorden fatal, sin cabecera;
La tela que lo cubre aun no bien fría,
Puesta la colcha en confusión ligera
Por el leve temblor de la agonía,
Por la suprema convulsión postrera.
Un oculto poder desconocido
Me lleva al pie del lecho abandonado;
Vaga en el aire fúnebre un gemido
Que llega al corazón, suspiro ahogado.
Como de alguno en lucha con la muerte,
Como el último adiós de un desdichado.
A tales impresiones
A visión tan fatal me rindo y cedo.
Sobre la débil planta
Escasamente sostenerme puedo,
Y de extraño terror sobrecogido,
Temo la soledad, me espanta el ruido,
Me estremezco, vacilo......tengo miedo......
En aquella hora de suprema angustia
Me cubro el rostro con entrambas manos;
Inmóvil permanezco,
Ignoro cuánto tiempo,
Presa de estos dolores sobrehumanos;
Y al separarme del desierto lecho
El llanto que he vertido
Me llena de humedad manos y pecho.

VIII

Aquí, sobre la mesa,
Yace en olvido triste y descuidada,

La tela para mí tan conocida,
Por sus hábiles dedos hilvanada.
La aguja permanece aun enclavada
En la margen del lienzo laboreado,
Cual si esperase allí que su ágil mano
Le imprima el movimiento comenzado.
Mil veces he querido
Ver y juzgar esta obra no acabada,
Este trabajo ayer interrumpido
Por una muerte pronta y despiadada.
¡Inútil pretensión, intento vano!
Esta muda labor abandonada,
Caliente todavía
Con la presión reciente de su mano,
Ante mi vista turbia y empañada
Oscila, desparece,
Vuelve, se borra, empáñase, vacila
Al través de la nube que me ciega
Y del llanto que inunda mi pupila.

IX

¡Cuán sola y olvidada,
Cuán triste está la huerta
Hace poco por ella cultivada!
Su lánguida corola
Tiene la flor apenas entreabierta,
Y al ver los tallos secos é inclinados,
Esta vegetación ambigua, incierta;
Al ver tanto abandono,
Las yerbas devorando los sembrados
Sin humedad la tierra, sin abono,
Dijérase que siente
Esta familia huérfana su suerte;
Que lleva un negro luto
Sobre su frente pálida prendido;
Que espera ya la muerte,
O que llorando está lo que ha perdido.
A vista de este cuadro
Tan vivo, de tristura
Siento que el corazón se me destroza.
Me lanzo á la ventura
Por entre el laberinto
Del follaje en desmayo y sin frescura;

Maltrato, con el pie, de aquel recinto
La inútil hermosura.
Cual máquina ambulante,
Sin senda, sin camino conocido,
Las manos extendidas, delirante,
Buscan mis brazos algo que he perdido.
Estrecho con amor cada sembrado,
Corro del uno al otro
Con paso desigual, precipitado;
Me cubro el rostro ardiente con las ramas,
Las llevo al pecho, de llorar cansado;
Sobre ellas deposito
Mi beso convulsivo y prolongado,
Y al muro, y á las piedras,
A las hojas, al tronco endurecido,
A tanto objeto caro, inanimado,
De mi dolor préstándole el sentido,
Paréceme escuchar que me responden,
Que sale de su seno hondo un gemido,
Que el aire puebla un alarido ronco,
Y en cada tierna flor que encuentro al paso,
En cada arbusto, en cada negro tronco
Que á la presión nerviosa de mi abrazo
Convulso y animado,
Con fuerte oscilación tiembla y se agita,
Pienso sentir el golpe acelerado
De un corazón amigo que palpita.

X

Aquí en este rincón pimpolla y sale
Una tierna y gentil adormidera
Que ayer no más sembraste,
Planta huérfana y frágil que dejaste
Aun antes que naciera.
Sobre la blanda tierra
Por tí recientemente removida,
Fresca, visible, clara,
De tus dedos la huella está esculpida.
¿Quién hubiera pensado
Que antes que esta semilla retoñara,
Tu vida en un suspiro,
En un quejido leve terminara;

Que no vieran tus ojos
Brotar este pimpollo
Que no esperaba más que una hora, un día,
Para romper el germen
Que su vida en prisiones contenía,
La vida que, sin tí, sin tus cuidados,
No tuviera tal vez? ¡Oh! encierra, encierra,
Planta inútil, tardía,
Tu vástago otra vez bajo de tierra:
La que buscas aquí ya es sombra fría.
¡Retoño! llegas tarde,
No encuentras quien te riegue,
Quien se afane por tí, ni quien te guarde.
En vano, pobre arbusto,
El aire buscas, la humedad, el día,
La noche fresca y la apacible luna;
Perdistes en tu cuna
La que daba á este sitio su alegría;
Y esta pequeña y limitada huerta
Que pudo ser tu asilo de ventura,
Será una soledad triste y desierta,
Tu pobre y tu callada sepultura.

XI

Mas ¡ay! no morirás. Sobre tu tallo
Inclinada mi frente de contino,
Vigilaré incansable, sin desmayo,
Con empeño incesante, tu destino.
Yo ampararé tu juventud lozana;
En tí clavados mis atentos ojos,
La maleza, la espina, los abrojos,
Apartaré de tí tarde y mañana.
Y cuando tus verdores,
Cuando á tu pompa y majestad temprana
Debas á mis cuidados protectores,
Cuando florida estés, tus verdes ramos
A su callada tumba
De ofrenda servirán, y al colocarlos
Sobre su sepultura solitaria,
Postrado, enternecido,
Su sombra evocaré con un gemido,
Un llanto de dolor y una plegaria.

XII

Yo salgo tristemente
Por los sitios más solos y apartados
Llevando mi dolor, mustia la frente,
Y los ojos de lágrimas preñados.
De pronto en mi camino,
Debajo de la sombra de una rama,
Debajo de un espino,
Algún mendigo encuentro
De los que tantas veces socorría
La que fué de los tristes el consuelo,
La que mis ojos lloran noche y día.
Su brazo tembloroso
Me tiende el pobre anciano desvalido.
Recuerdo cuántas veces
Fué por ella en sus penas socorrido;
Y el pobre que ella amaba,
El mísero mendigo,
Que en su bondad hallaba
Favor, consuelo, protección y abrigo,
No es para mí un extraño,
Es un fiel compañero, es un amigo.
Con alma enternecida
Adonde está me acerco, y en su mano,
Por el hambre y la edad desfallecida,
Mi socorro al poner, le digo: "Anciano,
"Esta limosna es otro quien la envía;
"No te la doy por mí, quien la da es ELLA.
"Esta virtud seráfica no es mía,
"Esta era una virtud de su alma bella.
"Por su eterna salud ruéga, mendigo,
"Que Dios tus oraciones
"Escuchará con corazón amigo."
Entonces un torrente
Se escapa de sus ojos
Cual manantial de gratitud ardiente,
Y cuando de llorar están ya rojos,
Me alejo lentamente
Llevando, consolado,
En mi ulcerado pecho el santo gozo
De aquella gratitud que ella ha inspirado,
De aquel puro y simpático sollozo.

XIII

Lloroso, pensativo,
Mis largas horas paso
A la margen sentado de este río.
Aquí todo contrasta
Con mi pesar sombrío:
En esta soledad solemne y vasta
No hallo un dolor que corresponda al mío.
Las hojas resplandecen
Cargadas con las gotas de rocío;
En la vecina altura,
En la lejana cumbre,
Vestida de matices y verdura,
Ostenta el sol magnífica su lumbre;
Mientras que yó devoro
En triste soledad mi pesadumbre.
¿Tan poco así te mueve
¡Oh pintoresco Choroní! mi pena?
Tu soledad amiga
Por qué se muestra á mi dolor ajena?
¡Yo, que en tus ilusiones me he mecido,
Que el aire de tu selva he respirado,
Que tu último rincón he preferido
A la mejor ciudad, que te he cantado...... !
Los seres entre sí todos se estrechan
Con secretas y ocultas relaciones,
Se combinan, se buscan, se desechan
Entre un mar de atracción y repulsiones;
Todo es combate, lucha,
Acción y reacción en cada hora.
¡Y yo, materia viva,
Pensante, sentidora,
Que aliento y me confundo
De Dios en las eternas creaciones;
Parte de este conjunto
De afinidad, de mutuas atracciones,
En cuyo espacio giro,
En cuyo seno moro,
A cuya inmensa mole
Por lazos invisibles me incorporo,
No encuentro una señal que me revele
La acción de mis pesares

Sobre la calma eterna y majestuosa
De esta naturaleza silenciosa,
De estos quietos, pacíficos lugares!
  Todo sereno está, todo reposa:
Nada un dolor denuncia ni una pena.
Bullente, estrepitoso corre el río
Sobre su lecho de brillante arena;
El matizado insecto
Con ardiente inquietud se agita y mueve;
El follaje despide su murmullo
Al soplo matinal del aire leve;
Y las aguas, los montes y los vientos,
Y el ave inquieta que saluda el día,
Levantan con apática indolencia
Su himno sin fin, su eterna melodía.
  ¡Concierto disonante,
Horrible, estrepitosa algarabía,
Que suena á mis oídos,
Como la befa amarga y la ironía
De la implacable y cruel naturaleza,
Para quien es lo mismo
El contento, la dicha, la alegría
De un sér que piensa ó su mortal tristeza.

XIV

  Clara, brillante, hermosa
Ostèntase la noche
De estrellas coronada,
Y su atmósfera limpia y silenciosa
Se carga de la esencia
De las plantas, las yerbas y las flores.
Todo es serenidad y transparencia;
Todo frescura y suaves resplandores;
Un murmullo solemne y religioso
Levanta por do quier blanda la brisa,
Y en medio del zenit la móvil luna
Su luz nos manda lánguida, indecisa.
Sólo una nube irregular, oscura,
Como la orla flotante de algún velo
Colgado de una tumba,
Surca en medio de tantas claridades,
De tanta luz, como un lunar del cielo.

Sobre mi pobre techo,
Sobre mi patio mudo y descuidado,
Sobre el jardín estrecho,
Sobre cuanto contiene mi cercado,
La nube negra, inmóvil,
Proyecta su penumbra,
En tanto que la luna despejada
Baña la tierra con su luz plateada
Y el valle todo en derredor alumbra.
A vista de esta escena,
Que me interesa más que apesadumbra,
Exclamo conmovido:
"¡Oh! gracias, gracias mil, Naturaleza,
Que siquiera una vez has consentido
En vestir el crespón de mi tristeza.
No apartes esa nube
Oscura, aislada, solitaria, espesa,
De ese punto del cielo todavía.
Con soplo prematuro
No destruyas tan fúnebre armonía.
Aléjales tu brillo á mis hogares,
Ayer tumba sombría
Y hoy mansión de recuerdos y pesares."
Paréceme que entonces
Todo en la tierra á mi dolor responde.
La luna compasiva
Sus resplandores á mi vista esconde.
De la palmera altiva
Las ramas descolgantes languidecen.
Y las espigas tiernas
Ya en confuso temor no se estremecen.
El aura, sin aliento,
En torno no retoza de las hojas
Que se inclinan en triste desaliento.
En la naciente yerba
Que la penumbra oculta,
No relucen las gotas del rocío.
Escucho á una distancia
Entre su lecho sollozar el río;
Y el ruido quejumbroso,
Cual lánguida fatiga,
Que forma al delizarse su onda clara,
Paréceme el adiós de un alma amiga
Que de mí para siempre se separa.

XV

Ya piso el cementerio
Augusto, majestuoso,
Con su solemnidad y su misterio.
Estoy en la morada de la muerte,
Donde el pequeño, el grande, el flaco, el fuerte,
Sin distinción sucumben
Bajo un destino igual, bajo igual suerte.
¡Mirad á lo que quedan reducidas
Las míseras pasiones,
El altanero orgullo,
Las vanas ilusiones,
De la lisonja el mundanal murmullo,
Tanta esperanza y tantas ambiciones!
En este polvo encallan
La astucia, las ficciones y el amaño;
Aquí hay sinceridad en los afectos,
Llanto puro, verdad y desengaño.
¿Cómo contar el mar de tibias gotas
Que sobre estos despojos se ha vertido,
Que estas humildes cruces ha mojado,
Que en estas inscripciones ha corrido,
Que esta yerba naciente ha salpicado,
Que el polvo de estas tumbas ha embebido;
Lágrimas de una madre desolada,
La compasión, la oculta analogía,
La ardiente gratitud celeste y pura,
El afecto, el amor, la simpatía?
¡Ah! si se recogiese en una hora,
En un instante dado,
Esa lluvia de gotas encendidas,
Ese raudal de lágrimas vertidas
Que esos tristes despojos ha empapado,
Pudiérase formar una honda charca,
Mar salido del mar de nuestros ojos,
Que sepultase en sus ardientes olas
Cuanto este sitio funeral abarca,
Inscripciones, osario, yerba, abrojos,
Túmulo, cruces, tumbas y despojos.

XVI

Sombra de la que amé! solo y perdido
Quedo en la tierra. Tímido, cansado,

Un rumbo seguiré no conocido,
A la merced del vendaval airado,
Tal vez por las borrascas combatido,
Acaso por los hombres olvidado.
El mundo es todo para mí un desierto.
De mi existencia usada
El proceloso mar surcaré incierto,
Cual nave destrozada
Que lanza el huracán lejos del puerto.
No sé cuál es la suerte que me aguarda,
Oscuro el porvenir; mas imitando
Tu ejemplo santo y raro,
Siguiendo tus virtudes una á una,
Inspirado por ti, bajo tu amparo,
Contrastaré el rigor de la fortuna;
Me haré mejor, pensando
En la existencia pura y bendecida
Que junto á mí pasaste, y de esta suerte,
Si debí mis contentos á tu vida,
Deberé mis virtudes á tu muerte.

XVII

Adiós, adiós. Que el viento de la noche,
De frescura y de olores impregnado,
Sobre tu blanco túmulo de piedra
Deje, al pasar, su beso perfumado;
Que te aromen las flores que aquí dejo;
Que tu cama de tierra halles liviana.
Sombra querida y santa, yo me alejo;
Descansa en paz..... Yo volveré mañana.

EL HOGAR CAMPESTRE

A la falda de aquel cerro
Que el sol temprano matiza,
Un arroyo se desliza
Entre violas y azahar.
Allí tengo mis amigos,
Allí tengo mis amores,
Allí mis dulces dolores
Y mis placeres están.

Allí al lado se levantan
De peñascos cenicientos
Los bucares corpulentos
De dimensión colosal;
Y allí el ánima se olvida,
En su embeleso profundo,
Del laberinto del mundo,
Del ruido de la ciudad.
No hay allí suntuosos templos
Cuya gótica techumbre
Con su mole y pesadumbre
Piensa la tierra oprimir;
Donde en los rostros se nota
Del concurso cortesano
Que un pensamiento mundano
Lo va persiguiendo allí.
Pero hay sencilla una iglesia
Con su campanario y torre,
A donde el creyente corre
De la campana al clamor:
Allí sus cantos entona
Postrado, humilde, en el suelo,
Y su oración sube al cielo
Hasta el trono del Señor.
No hay un órgano en el coro
Que despida noche y día
A torrentes la armonía
De los tubos de metal;
Y en el aire se derrame,
Bajo del cóncavo techo,
Y baje á oprimir el pecho
Con su encanto celestial.
Pero se oye del Ministro
La voz trémula y doliente,
Que del cristiano la frente
A la tierra hace inclinar;
En tanto que del incienso
La pura, la blanca nube,
A besar la planta sube
De Dios, que está en el altar.
Allí no hay bellos palacios,
Ni dorados artesones,
Ni estatuas en los salones
Sobre rico pedestal;

Ni músicas exquisitas,
Ni bulliciosos placeres,
Ni artificio en las mujeres,
Ni en los hombres vanidad.
   Pero hay árboles copados
Que se mecen blandamente,
Y un arroyo transparente
Con sus ondas de cristal;
Y una tórtola amorosa
Oculta en la selva umbría,
Que exhala, al nacer el día
Su arrullo sentimental.
   No alumbra la alegre fiesta
Clara, elegante bujía,
Que se pueda con el día
Comparar en esplendor;
Ni exquisitos los pebetes,
Aromáticos olores
Difunden en corredores,
Y del baile en el salón.
   Mas hay lánguida una luna
Que sirve de antorcha al cielo,
Y que refleja en el suelo
Su melancólica faz;
Y hay claveles entreabiertos
En las colinas cercanas,
Donde sus alas livianas
Va la brisa á perfumar.
   Ni de la doncella hermosa
Cubre el cuello delicado
El magnífico tocado
De fino encaje ó tisú;
Ni lleva sobre los hombros
O revuelto sobre el pelo
De seda el flotante velo
O de transparente tul.
   Pero sin esos primores
Es la honesta campesina
Por sí sola peregrina,
Y por sí sola gentil;
Y en vez de rica diadema
O de artificioso adorno,
Se ve de su frente en torno
Brillar cándido jazmín.

¡Oh valle ameno y frondoso
Que el sol temprano matiza,
Cuyo arroyo se desliza
Entre violas y azahar!
Contigo están mis amigos,
Contigo están mis amores,
En tí mis dulces dolores
Y mis placeres están.

Ameno el campo ostenta su opulencia
En su espléndido manto de verdura,
Y regala el olfato con su esencia
La flor que crece oculta en la espesura.
¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
Ir por el valle susurrando amores,
Y salpicar las hojas purpurinas,
Con sus blancas espumas, de las flores!
Y ver cómo sin tregua y sin descanso,
Con giros mil, la retozona brisa
En ondulantes pliegues del remanso
La transparente faz arruga y riza.
Y cuando tardo el sol y esplendoroso
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
Y con su rayo ardiente y caluroso
Deslumbra y quema el fatigado suelo,
Cuán dulce es reposar bajo la sombra
De la ceiba ramosa y extendida
Y entre la yerba ver que el suelo alfombra
Correr la fuente que á beber convida.
Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana
Que el sol tiende en la bóveda azulada,
Al ocultar su lumbre soberana.
Y cuando al aclarar, en Occidente,
Su luz sepulta al fin la última estrella,
¡Cuán grato es ver en el opuesto Oriente
La aurora despuntar, cándida y bella!
Y ver las perlas, diáfanas, redondas,
Que la noche al pasar dejó prendidas
Sobre la abierta flor, colgando en ondas
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces, escuchar en la espesura,
De la paloma la sentida queja,
Que más que la expresión de su ternura
Un lamento tristísimo semeja.
Y al jilguero cantor que se estremece
Al desatarse en dulce melodía,
Y que desde la rama en que se mece
Con sus himnos de amor saluda el día.
¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus bosques y tus flores!
El trino encantador y apasionado
Con que su amor tu compañera llora,
El gorjeo sentido y delicado
Tú puedes escuchar, ave canora.
Tú eliges á tu gusto tus amores,
Sin que te paren importunas leyes,
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas ni reyes.
Ni palacios, ni templos, ni mezquita,
Ni Senado, ni Bey, ni Capitolio,
Ni mandatario altivo que dormita
En alta silla ó encumbrado solio.
Ni hay banderas vistosas y lucidas
Que flotan á merced del aire vago;
Ni conoces las lanzas homicidas,
Ni de la guerra el destructor amago.
No dice un rey: SOLDADOS, Á LA GLORIA.
LA PATRIA OS LLAMA: Á LA BATALLA, OS DIGO.
BUSCAD LA MUERTE Ó TRAEDME LA VICTORIA,
QUE LA PATRIA SOY YO. VENID CONMIGO.
Y en sangre del hermano desgraciado
No vas tus plumas á manchar bermejas,
Y cada al corazón golpe asestado
Un triunfo no es que vencedor festejas.
No dice un mirlo de golilla y toga:
ESTA ES LA LEY; Á MUERTE TE CONDENA,
Y al cuello te echan la infamante soga,
O arrastras, infeliz, dura cadena.
Ni al dintel del alcázar opulento
Vas á llevar tu palidez sombría,
Para mezclar con tu apagado acento
Las risas destempladas de la orgía.

Que el campo para tí su gala ostenta,
Y el grano encierra la ondulante espiga,
Y el sabroso manjar que te sustenta
En cada flor encuentras sin fatiga.
Que para tí desde ese monte cano
Se despeñan las aguas destrenzadas,
O mansamente corren por el llano
En bella confusión desparramadas.
Y su cándida faz esplendorosa
La aurora asoma en el nevado Oriente,
Para teñir de púrpura y de rosa
Tu plumaje riquísimo y luciente.
Que para darte abrigo regalado
La enredadera y el jazmín silvestre
En el aire suspenden, festonado
Su misterioso pabellón campestre.
¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores,
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus prados y tus flores!
Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura,
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

LAS ORILLAS DEL RÍO

Inquieto, transparente,
Ya dócil, ya bramando,
En su lecho de plata refulgente
Undoso el Choroní corre impaciente;
Y sus ondas regando,
Va sus verdes orillas matizando.
¡Cuán diáfano retrata
Los techos de verdura
Y los peñascos en su linfa grata!
Su blanca espuma se disuelve en plata,
Y reluciente y pura
La arena, en lo hondo, cual cristal fulgura.

Ayer tal vez rugiendo,
Por la borrasca hinchado,
Con ronco són y pavoroso estruendo,
Iba su linda margen convirtiendo
En yermo desolado,
Ahuyentando las aves y el ganado.
Hoy gusta los olores
Del aire gemebundo:
Sosegado y gentil bulle entre flores:
Pasa festivo susurrando amores,
Y libre y vagabundo
Corre á su eternidad...... ¡el mar profundo!
Con rapidez extrema
Rodando sus cristales,
Es de la vida frágil el emblema,
Que arrastrando consigo su anatema,
A abismos eternales
Va á deponer sus glorias y sus males.
¡Bellísimas mansiones!
¡Pacíficos lugares
Tan llenos de quiméricas visiones!
¿Por qué vibran tan dulces vuestros sones?
¿Lloráis vuestros pesares,
Ríos, que vais á hundiros en los mares?
¿O es el eterno beso
De rústicas deidades
Quien da sus tonos al follaje espeso?
¿Quién puso y para qué tanto embeleso
En estas soledades,
Y prodigó á las aguas sus bondades?
¿Sobre estos bordes fríos
Qué numen bondadoso
Puso estos verdes árboles sombríos?
¿Qué espíritu de paz mora en los ríos,
Y duerme voluptuoso,
Al són de su concierto melodioso?
No pienso con locura
Que el eco peregrino
Con que la onda pacífica murmura,
Que suena al corazón con la dulzura
De un cántico divino,
Murmura sin razón y sin sentido.
¿Qué importa la alegría
Con que la tierra alienta,

Si esta agreste, selvática armonía
Muere y se pierde en la ribera umbría,
Si no hay, cuando la ostenta,
Vista que goce y corazón que sienta?
Oculta inteligencia
Acaso se recrea
En este blando asilo de inocencia:
Del bosque aspira la fragante esencia,
Sus bóvedas pasea,
Y el fresco de su sombras saborea.
Acaso el manso viento
Que en la floresta gira,
O en torno de las ondas, es su aliento.
Tal vez este rumor con cuyo acento
La soledad suspira,
Es la música eterna de su lira.
Arcángel invisible
Que vaga en la espesura;
Por quien suspira el céfiro apacible;
Espíritu intermedio entre el temible
Autor de la natura,
Y su frágil y humana crïatura!
El sabe si el ambiente
Que hora manso resuena,
Es el mismo que, á veces inclemente,
Y vuelto tempestad, brama impaciente
En la floresta amena,
Y de ruina y destrozo el campo llena.
El entiende el idioma
De la onda que se aleja,
El arrullo de amor de la paloma;
Sabe dónde su olor halla la aroma,
Y si la encina añeja,
Cuando arma su clamor, canta ó se queja.
El sabe quién marchita
La flor que nace apenas:
En qué cavernas lóbregas habita
El eco solitario: quién agita
Las auras de olor llenas:
Dónde y cómo germinan las arenas.
Y este ángel solitario,
La tierra que murmura
Convirtiendo en magnífico incensario,
Presenta á Dios este lamento vario

Como la esencia pura
Que á su criador ofrece la natura.
  Y este clamor del suelo,
Que se alza por doquiera,
Este himno universal, tomando vuelo,
Sube de sol en sol, de cielo en cielo,
Y de una en otra esfera
Llega al trono de luz do Dios impera.
  Tus genios ó tus fadas,
¡Oh! díme dónde habitan,
Hermoso Choroní! ¿Son sus moradas
Tus flotantes y verdes enramadas
Que nunca se marchitan,
O en tu onda sobrenadan y se agitan?
  ¿Habitan de las peñas
Los antros tenebrosos,
O vagan en tus márgenes risueñas?
¿Se bañan en las aguas que despeñas,
O danzan tumultuosos
Bajo tus frescos árboles frondosos?
  ¿En rápida barquilla
De nácar reluciente,
Con mástil de oro y con dorada quilla,
No van surcando tu frondosa orilla,
O en brazos del ambiente
No se dejan llevar de tu corriente?
  ¡Feliz, feliz quien mira
Tus márgenes serenas,
Y con tu paz fantástica delira;
Quien mezcla los acordes de su lira
Al ruido con que suenas
Cuando arrastras tus límpidas arenas!
  Pacífico, contento,
Pérdido en tus riberas,
Mi discordante voz soltaré al viento;
Y libre allí del cortesano aliento,
Tus linfas pasajeras
Serán mi amor, mi mundo y mis quimeras.
  Me servirán de alfombra
Las hojas que derrama
El árbol colosal bajo su sombra;
De templo, ese infinito que me asombra;
Y la menuda grama,
De mullido cojín ó blanda cama.

Prepararé gozoso
Mi caña y mis cordeles,
Y bajaré á tu margen delicioso;
Será mi alcázar tu javillo umbroso,
Sus ramas mis doseles,
Y tu rústica orilla mis verjeles.
El dulce pajarillo
Reposará su vuelo
Bajo la espesa rama del javillo;
En tanto que el plateado pececillo,
Incauto y sin recelo,
Vendrá él mismo á prenderse en el anzuelo.
Con paso acelerado
Acaso me encamine
A tu orilla gentil; allí sentado
El libro celestial leeré arrobado
Del tierno Lamartine,
Su canto oyendo hasta que el sol decline.
Así la dulce vida,
Pacífica y ligera,
Bajo tu sombra pasará escondida;
No entre el placer que brinda fementida
La córte lisonjera,
Para acabar más presto mi carrera.
Como la frágil rosa
Cortada en los jardines
Para adornar la frente de una hermosa,
Que entre música blanda y sonorosa,
Damascos y cojines,
Perece antes de tiempo en los festines.

D. JOSÉ HERMENEGILDO GARCÍA

Nació en Valencia el 13 de abril de 1806. Fueron sus padres el Capitán del Regimiento de la Reina D. Pedro Nicolás García y la Sra. Dª Mercedes Borges.

Entendido político, orador vehemente y valeroso y carácter enérgico, llegó á ser el alma del partido conservador.

Poeta, periodista y escritor de costumbres, poseía una verdadera pasión por las letras; pero prefirió siempre las tempestades de la tribuna y los peligros de la plaza pública.

Este varón singular murió en Jamaica el 11 de diciembre de 1851, á consecuencia de una grave enfermedad contraída en la campaña de 1848.

LA MUERTE DE RICAURTE

Pro Patria non timidus mori.—HORACIO.

¿ Quién erguir á la Grecia pudo un día,
Ceñida de laurel la augusta frente,
Que Jerges insolente
Abatir á sus plantas pretendía?
El amor patrio, que en los griegos pechos,
Ardiendo en vivo fuego, producía
De valor y virtud ilustres hechos.
A su impulso divino
Leonidas y sus nobles compañeros,
Libres de susto y de temor mezquino,
Gustosos rinden la preciosa vida,
Antes que ver al extranjero yugo
La idolatrada patria reducida.
¡ Envidiable destino! Oh! quién me diera
De juventud la fuerza y bizarría
Cuando su libertad la patria amada
Cobró gloriosa en inmortal porfía!
De rutilante espada
Mi brazo armando, en incesante anhelo
Difundiendo el terror y espanto fuera
En los contrarios de mi patrio suelo,
O con ánimo fuerte
En la sangrienta lid hallara muerte.
Yo la hallara ¡ oh ventura! yo la hallara,
Y la tuya, Ricaurte denodado,
No con tan vivas ansias envidiara.
Mas ya que no me es dado
Ser de tu fin partícipe y tu gloria,
Pueda á lo menos hoy el labio mío
Decir tus hechos y tu heroico brío,
En canto de loor á tu memoria.

Era la quinta aurora
Que de Aragua en los valles resonaba
El eco de la guerra destructora:
Valles *felices cuando Dios quería,*
En que admirado contempló el viajero
De nueva Arcadia espléndida hermosura;
Albergue placentero
De nativo candor, paz y ventura.
Aquí el rústico arado
Por el paciente agricultor guïado,
De la fecunda tierra el seno abría,
Y ella en doradas mieses se cubría.
Allí pajiza habitación ramosa
A una honrada familia daba abrigo;
Familia venturosa,
Que en rurales faenas
Siempre ocupada, no contó los días
De su plácida vida por sus penas.
¿No los contó? Infeliz......! ahora aterrada
Ante el soldado que en la sangre goza,
Busca en los montes la salud; su choza
De parapeto sirve á una guerrilla;
Doquiera muerte, asolación doquiera,
Hoy la mayor será. ¿...... Mas quién cual fiera,
Fuego los ojos, y la boca espuma
Brotando, anima las contrarias haces
Con semblante feroz, ora recorra
El dilatado llano, ora á la sierra
Trepe, el combate á disponer sangriento?
¡El es!...... Boves...... él es! tigre sediento
De guerra, y destrucción, y sangre humana.
¡Aun escucharle creo! *guerra, guerra*
Con estentórea voz y furia insana
Exclama, y *guerra* sin cesar repite
Su vándala legión americana.

¿No miráis, no miráis, bravos soldados,
El muro endeble que el contrario opone,
Ya cinco luces al esfuerzo nuestro?
Oh! qué vergüenza! caiga, y no perdone
Vida alguna la espada vencedora.

Tal dice el monstruo en voz aterradora,
De San Mateo el fuerte señalando,

Y á él se acerca su tropa en cruda saña,
El nombre victoreando
Del sanguinario déspota de España.
Tened, viles, tened, y los feroces
Animos preparad á dura prueba!
No es adalid común ese valiente
Que en el fortín se muestra denodado:
Es el joven Ricaurte á cuya frente
Previene lauro inmarcesible el hado;
Ricaurte, á quien inflama
De patriotismo y gloria el fuego ardiente,
De libertad la sacrosanta llama,
Es el contrario vuestro; tiembla, tiembla,
Bandido asaz dichoso,
Tu paso enfrena y tu furor rabioso.
Mas no lo enfrena...... ¡oh Dios! súbito fuego
Por todas partes arrojando el fuerte,
Lleva el espanto á las contrarias filas,
Lleva el desórden, la horrorosa muerte,
Y admiración también; ellos creían
Que el prolongado combatir contino
A los libres al fin desalentase,
Y un débil resistir solo opondrían.
Empero ¡oh cruel destino!
Este es de su valor último arrojo;
Vanamente concita
Su escasa tropa el adalid valiente:
Trémulos unos, la color marchita,
De cansancio mortal al fin se postran:
Otros, muy pocos, con serena frente,
Mas con heridas mil, la muerte arrostran.
Viendo ya de su gente
El estado infeliz, así les habla:

Yo lo juré, valientes compañeros,
Yo lo juré cuando la patria mía
El grito dió de libertad sagrado,
Que antes morir mil veces se me viera
Que al carro de opresión vivir atado.
Este trance ha llegado;
Mi juramento cumpliré; quien quiera
Su nombre eternizar, conmigo muera.

Dice, y la planta generosa guía
Hacia la estancia lóbrega que encierra
El más activo agente de la guerra,
La mortífera pólvora...... Y cual vese
De Africa en el desierto un torbellino
Condensarse, rugir, y en arenosas
Olas amenazar sumirlo todo;
Tal de Boves las huestes numerosas
Vienen; osadas entran;
Sólo silencio pavoroso, sólo
Mutilados cadáveres encuentran......
Mas no, que también debe
Su insolencia encontrar castigo en breve.
Audaz, firme, sereno,
Aplica el héroe la ominosa llama,
Y horrísono volcán al punto brama.
Del edificio el seno
En tremenda explosión al aire lanza,
De Ricaurte á la par, cuantos contrarios
Su sed de sangre y bárbara venganza
A saciar han entrado temerarios.
De espeso polvo tenebrosa nube
En toldo inmenso sube
A la vista robando sol y cielo;
El sitio conocido,
La implume prole y el amado nido
El ave deja en azorado vuelo;
Muge triste el ganado;
Y su mansa corriente
Aragua suspendiendo de repente,
Brama, ceja, rehuye horrorizado.

A LA LUNA

Tú, que presides la callada noche,
Tú, que las penas del amor alivias,
Tú, que al sosiego los mortales llamas,
Luna benigna.

Ven y mitiga con tu voz süave
La amarga ausencia de mi cruel Dorila;
Ven y recuerda cariñosa aquellos
Plácidos días,
En que esa ingrata que mi amor desdeña
Llenó mi vida de inefable dicha,
Dando á mis labios del placer la copa,
Copa divina.
Entonces fué cuando mi bella ausente,
Amor mintiendo, en celestial sonrisa
Díjome: "Delio, te amaré constante
Toda la vida.
Toda, sí, toda te amaré cual tierna
Tórtola amante que á su par prodiga,
Abriendo el ala y su picuelo abriendo,
Blandas caricias.
Mas si llegares á olvidarme, ingrato,
En la azucena mi destino mira,
Que no gozando nocturnal rocío
Mustia se inclina......"
No más recuerdes sus falaces votos;
No más que aumentas las angustias mías;
Sólo te pido que á calmarlas vengas,
Luna benigna.



D. FERMÍN TORO

Este orador, poeta, filósofo y naturalista venezolano, literato de gran valía, nació en Caracas el año de 1807. Diéronle el ser D. Antonio del Toro y Dª Mercedes Blanco. Estudió primeras letras con el Pro. Chacín, y debió luégo á sus propios esfuerzos los vastos conocimientos que le dieron elevado renombre. Figuró en alta escala en la diplomacia y en la política, y murió el 22 de diciembre de 1865. Dejó inconcluso el poema *Hecatonfonía*, su obra más notable.

A LA ZONA TÓRRIDA

Salve, férvida zona! salve, suelo,
Inmenso hogar de animación y vida!
En tu seno nacida
Fué la primera luz, gloria del cielo.
Y el soplo omnipotente
Que el ser le dió con hálito fecundo,
Tú guardas aún caliente
Como fuego inmortal ¡alma del mundo!
Jamás ¡oh zona! de tu imperio espanto
La tiniebla será lóbrega y fría.
La negra noche, al desplegar su manto,
Cual mudo espectro que persigue al día,
Le tiende al polo oscuro;
Y á tí, sutil y puro,
Con vaga luz de majestuoso encanto.
Apenas en la loma
La tarda grey el labrador levanta
Con héspero que asoma,
Arde la cruz del Sur, Orión se enciende
Sin par en hermosura,
Y del radiante cinto se desprende
Un mar de tibia luz que el orbe baña.
Bebe la tierra el cándido elemento;
Las ondas lucen; brilla la llanura;
La erguida cumbre cual volcán engaña,
Y con vívidos fuegos la montaña
Responde al esplendor del firmamento.
No hay pavor ni silencio; no hay reposo
A la vida, al deleite, á la armonía;
Ni torna el cielo, al parecer moroso,
Los áureos ejes á encontrar el día,
Mientras escucha atento
De los hijos del éter el acento,
A par del himno que la tierra envía,
Cuando, al lento batir de la onda pura,
Los que mueven las auras vespertinas,
Los que el cáliz perfuman de las flores,
Los que riegan las gotas cristalinas,
Elevan sus loores
En sacras notas de inmortal dulzura.

Si tanto ¡oh zona! tu letargo es bello
Que bastara á inspirar canto divino,
¿Quién con acorde lira y voz sonora
Al cándido destello
Del rayo matutino
Cantar pudiera tu inefable aurora?
Mas, tú, cítara, quieres,
En estro santa, en tono poderosa,
Que al saludar la luz todos los seres
En coro universal triunfe gloriosa,
Y acalle audaz con mágicos acentos
Los mares y los vientos,
Cuando rasgado el velo de escarlata,
Descúbrese el Oriente,
Inmensa concha, diáfana, luciente,
En claras ondas de zafir y plata.
Oh gloria! Oh majestad! ¡Quién á la cumbre
Que ve primero la celeste lumbre
Nacer, lucir, iluminar la esfera,
Del genio en alas remontar pudiera,
Y allí, en adoración el himno santo
Alzar en arpa de oro,
Y al ámbito sonoro
De la etérea región llevar el canto!
Así tal vez la fatigada mente
A la insondable fuente
De eterna luz ansiosa se arrojara,
Y audaz el pensamiento,
Con el sublime acento
De la alta inspiración, lauro alcanzara.
Mas tregua, oh musa! En tanto
Que el alma arrebatada
Tal grandeza expresar rehusa al canto,
El astro surge ya que del Eterno
Refleja la mirada,
Y la del caos hija
Y madre de los sueños, que cobija
Funesta la maldad, huye al averno.
El sol, ígneo gigante,
De un piélago de luz salta glorioso,
Y el carro precipita esplendoroso,
Los cercos escalando de diamante.
Cual inmenso volcán, la etérea llama
Los anchos cauces de Occidente inunda,

El seno invade de la mar profunda,
Y en lava de oro el universo inflama.
Un grito universal los aires llena;
Sobre brillante nube,
Los hijos de la luz la luz pregonan.
El eco raudo sube,
Y en la excelsa región ¡salve! resuena,
"Salve" los hijos de la tierra entonan;
De aves y fieras en concierto unidos
"Salve" los coros con estruendo cantan;
Y en dulces trinos y ásperos rugidos
El himno agreste al despertar levantan.
La inmensa muchedumbre que reposa
De un mundo en el regazo,
Del Orinoco undoso al Chimborazo,
"Salve" repite á la primera lumbre.
Y "salve" "salve," en el sereno polo
Grita el guardián de la terrestre esfera,
Al marcar de los orbes la carrera
En giro inmenso el inmortal Apolo.
A este grito de pasmo y alegría
Que el orbe al despertar alborozado
En tributo de amor al cielo envía,
El ángel contristado
De Edén se regocija, lo arrebata,
De cielo en cielo rápido lo eleva,
Y cual ofrenda grata
Al santo umbral de Jehová lo lleva.

CANTO A LA CONQUISTA

Voz de huracán que azota
El mar Caribe resonar parece
Cuando las ondas hórrido alborota,
Y las islas remece
Como explosión que del abismo brota.
Sonando sus clarines
De retorcidas conchas nacaradas
Se asoman los tritones y delfines,
De las ondas saladas
Huyendo á los recónditos confines.

De perlas y corales
Teme la gruta la medrosa ondina,
Y desiertos los húmedos cristales,
A la playa vecina
Asilo pide en rocas y breñales.

Al estrépito horrendo
El Padre de las aguas caudaloso,
Torna la adusta faz en ira ardiendo;
Mas la oculta lloroso
En las concas sus lágrimas vertiendo.

Inclito aventurero,
Nauta inmortal del solitario abismo,
Un mundo anuncia en cántico agorero
E inclina Atlante mismo
A los pies del profeta el orbe entero.

Más negro, más profundo,
No bramó el mar al rededor del Arca,
Ni más clamor el orbe gemebundo
Lanzó cuando el patriarca
Miró en las ondas sumergirse el mundo.

Tórnase en noche el día:
Teme la chusma y clama: sopla el noto:
Sombras y espectros el averno envía;
Y al héspero el piloto,
Como el destino inmóvil, rumbo guía.

Armada del tridente
Y del bronce infernal que el rayo inflama,
Surca la nave el piélago fremente;
Y á guerra un mundo llama
De la alta prora el lábaro pendiente.

Las ondas á la playa
La nueva dan: el llano á la caverna:
La repite del monte la atalaya;
Y al grito que consterna
Con ronco acento contestó el Masaya.

Antigua profecía
Al imperio de Manco y á su gente
Estrago y servidumbre predecía,
Y á la mansión luciente
El dios del Inca lobreguez sombría;

Y á México altanera
En sangre ver su mísera comarca,
La regia estirpe en la voraz hoguera,
Postrado su monarca
A los pies de una turba aventurera.

Cumplióse. Ya levanta,
Cual greña de cometa presagiosa,
Su pendón el ibero, y se adelanta
La hueste sanguinosa
A hollar un mundo con soberbia planta.

Atónito el indiano
Del bronce el trueno retumbar escucha......
Tender al español amiga mano
Será arrogancia mucha?
No es el ibero un dios? Es un hermano?

En tanto al peregrino,
Culto el Cacique y dones imperiales
Prepara ya; y al próspero destino
Entonan las vestales
En arpas de oro el cántico divino.

Cuán noble, cuán hermosa,
Cuán rica en galas de inmortal grandeza,
A la turba de esclavos codiciosa
Se ostenta con alteza
La reina del Atlántico orgullosa!

Al cielo alza la frente
Entre radios de púrpura y diamantes,
Y á sus pies, en tributo reverente,
Dos mares dan sonantes
De aljófar y coral trono esplendente.

Sus senos y sus arcas,
Abre sin dolo al pérfido extranjero,
Puertos ofrece á las humildes barcas,
Hogares al ibero,
Templo á su dios, y trono á sus monarcas.

Mas ¡ay! en vano: guerra!
Es el grito feroz de las cuadrillas
Que el llano invaden y la erguida sierra;
Al fuego dan sus quillas,
Y á saco meten la apacible tierra.

Escándalo inaudito!
Un mundo entero por botín se ofrece
De asalto y muerte al execrable grito:
Y como enjambre crece,
Al fatídico són, tropel maldito.

Cual vese en la ribera
Pacer del Caura tímido rebaño,
Y con vuelo traidor que mal agüera,
Seguros ya del daño,
Seguir los buitres la feroz pantera;

Así al león hispano
Las fieras siguen que el blasón corona,
Del galo, del bretón, del lusitano,
Enseña que pregona
Sangre y cadenas al inerme indiano.

Inerme, no cobarde:
Generoso de paz, bizarro en lides,
Ya en el calor de precursor alarde
De iberos adalides
Por medir la pujanza indócil arde.

Mas ¡ay! con noble brío,
¿Qué vale el arco manejar certero?
¿Qué, justicia y piedad con el impío
Que viste y blande acero,
Al ruego sordo y en el crimen frío?

Si notas á mi canto
El genio del dolor ¡oh Dios! prestara,
Pulsada á un tiempo con furor y espanto
Mi lira revelara
Si el crimen tiene voz, la sangre llanto.

Ya de incendiaria tea
El siniestro fulgor un mundo baña,
Abrasa la ciudad, la humilde aldea,
Las mieses, la montaña,
Y en la alta cumbre con fragor serpea.

Su hogar, en tanto estrago,
Defiende el indio con afán reñido:
Dobla su arrojo en el momento aciago,
Y ante el umbral querido
De ajena y propia sangre pisa un lago.

En vano arder la mira,
Y en furias arde: su postrer aliento
Sañudo agota en su postrera vira;
E indómito y sangriento
Los patrios lares invocando espira.

En tanto, á cautiverio,
La cruz al frente, y la bandera en alto,
Reduce turba impía un hemisferio:
Un reino toma á asalto:
Con perfidia y traición un vasto imperio.

Doquier el pueblo oprime,
Degüella al sacerdote, incendia el templo.
En la hoguera el monarca...... no, no gime,
Sin que el heróico ejemplo
A los verdugos, ¡ oh impiedad ! lastime.

Sangre, sangre inocente
Los secos cauces de las pampas hincha,
Y en espantoso, funeral torrente,
Cual lava del Pichincha,
Sus negras ondas dilató bullente.

En piras cual volcanes
Arden las tribus como en horno el heno;
Y América que llora sus afanes,
Piadosa abre en su seno
Inmensa tumba á los sangrientos manes.

Robo, opresión, matanza,
Es el himno que en grito furibundo
A tí se alzó, ¡ gran Dios ! En tu alabanza,
Al ver un nuevo mundo
La inicua humanidad gritó: venganza !

Vil impostor aplaude,
Y su frente sacrílega laurea;
Y porque el genio humillación recaude,
Y mofa al orbe sea,
América infeliz ! tu nombre es fraude.

¡ Oh crímen espantoso !
Mudas deidades que regís el orbe !
Cielo ! Caos ! Destino tenebroso !
Un numen no hay que estorbe
Que asuele un mundo el íbero ambicioso !

Mas ya visión sangrienta,
Del Chimborazo en la empinada cumbre
Se levanta, y cual nube de tormenta
En hórrida vislumbre
Sus negras alas desplegando ostenta.

El genio es ominoso
Que á América persigue. Raudo vuelo
De polo á polo tiende pavoroso,
Y al escuchar de duelo
El grito universal, dice gozoso:

" Cuán ancho corre el río
" De lágrimas y sangre! Cómo inunda
" La seca arena en holocausto pío!
" Al suelo más fecunda
" Caliente sangre que glacial rocío.

" Esta es tu gloria, ¡oh España!
" El lauro es este de tu regia frente;
Mas templa, templa tu funesta saña;
" Acaso diligente
" El pago buscas de tu torpe hazaña.

" La espada ya en el cieno,
" Del oro al peso flaqueará tu brazo;
" Bastarda prole nutrirá tu seno,
" Cual sierpe que el regazo
" Tarde ó temprano inundará en veneno.

" ¡Ay de tu suerte, Iberia,
" Que á lucro pones tu valor y fama!
" Tus hijos pronto encontrarán miseria,
" Do la codicia llama
" A hacer de un mundo abominable feria.

" Venganza ya el indiano
" Acumula insidioso en su paciencia,
" Y el de dura cerviz, pueblo africano
" Que vendes como herencia,
" Sangre por sangre volverá al hispano;

" Y más, y más vertida,
" La sed no templará que los devora:
" Raza con raza en guerra fratricida,
" La que hoy es vencedora
" Con doble estrago quedará vencida.

" Perverso siempre el hombre,
" Un mundo entero cambiará en osario
" Violando ¡ impío ! de su Cristo el nombre.
" La cruz pide calvario!
" Tal le hallará que al universo asombre "

Dijo, y voló! Cual suena
El ronco trueno en noche pavorosa,
Y de ecos tristes las tinieblas llena;
Así la voz odiosa
Del austro al bóreas en fragor resuena.

Los Andes la amenaza
En las eternas cumbres repitieron;
Y en el espacio que su imperio abraza
Mil cráteres abrieron
Horrendo asilo á la vencida raza.

POESÍA

Á CARMEN

Carmen, adiós! El piélago inclemente
Que en susto cambia y palidez y llanto
Del mortal temerario la arrogancia,
Ya me aguarda; mi suerte á su inconstancia
Confío en frágil leño,
Y en medio á dos abismos suspendido,
Veré del mar temido
El furor proceloso, veré el ceño
Del cielo amenazante,
Y á sus iras, terror del navegante,
Lejana ya la costa hospitalaria,
Tu amigo sin amparo
Sólo opondrá en reparo
De su fe la constancia y tu plegaria.
No temo el mar que azules ondas mueve:
Sereno, eleva el alma,
Y en su profunda calma
Nos da la imagen de la eterna, inmóvil,
Divina inmensidad. Conturba airado;

Mas su furor no alcanza
A borrar la esperanza
De vivir para siempre en la memoria
Del sér que hemos amado.
Ni el amor, ni la gloria,
Ni la tierna amistad temen sus iras;
Del espíritu son, no de la tierra;
Ni en las ondas perecen ni en las piras.
Temo el de lentas, invisibles olas,
Mar del olvido, cuyas aguas muertas
A márgenes desiertas
Conducen sin memoria. Afectos tiernos,
Fe prometida, sacrosantos nudos
Que el pecho jura eternos,
Sólo son en sus playas
Vagos recuerdos para el alma mudos.
Mas no: lejos de mí penosa idea!
Revuelva el tiempo, amontonando edades,
Su túrbida marea;
Abra su abismo entre uno y otro mundo
Y el paso estorbe á la atrevida gente
Atlántico profundo:
La amistad salvarémos; encendida
Su antorcha alumbrará nuestros hogares,
Y mientras peregrinos de la vida
Su senda transitemos afanosos,
Cual se debe á los genios tutelares,
Llevarémos piadosos
Ofrenda reverente á sus altares.

LAS ANTIGÜEDADES AMERICANAS

(CANTO SEGUNDO DE LA HECATONFONÍA)

En torno de este santuario
Veloz el tiempo acarrea
Cada siglo en su librea,
Cada pueblo en su sudario;
Y van allí á reposar,
Como en vasto cementerio,
Sobre el polvo de un imperio
Las cenizas de un hogar.

De Uxmal allí los portentos
Amontonados se ven,
Y de Copán con desdén
Los grandiosos monumentos.
Estupendas construcciones
Que en callada soledad
De la oscura antigüedad
Nos dan tremendas lecciones!
La edad presente burlando
Su camino van siguiendo,
En la oscuridad creciendo,
Con el tiempo reculando.
De excelso origen en vano
La historia gritan al mundo;
Su sentido es más profundo
Que el audaz ingenio humano.
Pensamiento de otra raza,
Escrito en mudo vestigio,
De lo pasado prodigio,
Del porvenir amenaza.
Cual espectro allí domina
Invisible en vasto imperio:
Cada signo es un misterio,
Un problema cada ruina.
Ciudad de las calaveras!
En sus lúgubres altares
Aun están de pie tus lares
Marcando ignoradas eras.
Ciudad de las esculturas!
Tus colosos ves tendidos
Como guerreros vencidos
En sus rotas armaduras.
Alcázares imperiales
Son hoy cavernas sombrías,
Sus inmensas galerías
Erizadas de nopales;
Y en los escombros impera
Y vasto dominio abarca,
Como la voz del monarca,
El rugir de la pantera.
Silenciosos, arruinados,
En subterráneos oscuros
Se ven los sagrados muros
De los templos sepultados;

Y en la selva secular,
En oráculos tremenda,
El ídolo sin ofrenda,
Sin sacerdote el altar.
Quiché la regia y Cholula
La sagrada ya no son,
Y la edad en su blasón
Eterna noche acumula.
Espejos fueron cien lagos
A su hermosura y grandeza,
Y hoy alumbran con fiereza
Cien volcanes sus estragos.
De Tebas noble rival
En palacios y trofeos,
En termas y mausoleos,
En gloria monumental.
Palenque! duerme en tu suelo
El genio que te animó,
Y tu grandeza cubrió
La eternidad con su velo.
En vano la edad que asombras
Pedirá con fanatismo
Un intérprete al abismo,
Un sacerdote á las sombras.
Como en lóbrego y sombrío
Sepulcro sin esqueleto,
De pompa lúgubre objeto,
Cual la eternidad vacío,
Hay horror, horror sublime
En esta región de espanto;
Mora aquí el hombre? no hay llanto;
Se escucha el pueblo? no gime.
Mas todo no ha perecido,
La *nada* no tiene nombre,
Y hay algo que dice al hombre
Que el Arte no va al olvido.
Las tumbas, con paso lento,
La eternidad sella en vano:
En medio del polvo humano
Se levanta el pensamiento.
A par de Dios inmortal
Explora, pese al destino,
Del universo el camino
En su marcha funeral:

Y deja por escalones
En la lóbrega carrera
Un vestigio, una lumbrera,
Que eternice sus visiones.
Tales son las sacras ruinas
Que el azteca veneró,
Y el castellano llamó,
Por su majestad, divinas.
Sobre ellas, como trofeo
Que proclama la victoria.
Y la lucha á la memoria
Consagra en lúgubre arreo.
Se asoma el primer heraldo
De guerra, de fe y de luz,
La sangrienta antigua cruz
En la tumba de Thorvaldo.
Dos fantasmas al pie de ella
Sorprendidas se encontraron
Y el universo espantaron
Con fatídica querella.
Sañudo rompió en mal hora
La eterna valla el destino,
Y el piélago dió camino
A la Europa vencedora.
Rojo lago allí aparece,
De conquista primer fruto,
De sangre primer tributo
Que un mundo á otro mundo ofrece;
Y América un vaticinio
Escucha en el septentrión:
Un signo de redención
Le pronostica exterminio.
A su clamoroso afán
Sólo responde un bramido:
Es que sopla enfurecido
En el templo el huracán.
De los Andes la cadena
Parece que se desploma:
Es el genio que se asoma
Y á la América condena.

LA ESCLAVITUD

Sólo el dolor la Eternidad revela,
Sólo el dolor á la razón espanta.
El espíritu vuela,
De los orbes de luz sigue el camino,
Y á regiones sin nombre se levanta
Las leyes escrutando del destino.
Fatídicos arcanos
En los decretos augurales halla;
Se aterran los humanos;
Y en mudo horror el Universo calla.
Jamás miró la humanidad el cielo
Sino al través de lágrimas y luto.
Desde la cuna comenzó su duelo,
Y con precoz gemido
Que muere en el olvido,
Al genio del dolor pagó tributo.
De siglo en siglo en el trascurso lento
El que dejó, sangriento,
Rastro penoso mira; y sus anales,
Catálogo de muerte, más que días
Enumeraron males.
Sin fe en el bien, á su gemir negada,
Al hondo abismo de infortunio ingresa,
Que no basta á infundirle, resignada,
Ni el crimen susto, ni el dolor sorpresa.
Abismos tras abismos, sin reposo,
Altiva la razón explora en vano.
¿Quién da paz al gusano?
Al hombre, quién tormento,
Cuando al cielo, quejoso,
Dirige sin cesar triste lamento?
Uno al destino cual deidad acata,
Poder fatal que de las urnas vierte
Contrarios hados, inmutable suerte,
Y en giro eterno las edades ata;
Mas no sufre jamás el pensamiento
Que, cual materia inerte,
Ciega deidad el Universo rija;
Y aunque la duda aflija,
Duda, ó rechaza el temerario intento.

De sabia providencia, otro, la mano
En el concierto universal adora,
Y en la ley que reparte bienhechora
Los gérmenes de vida, nunca en vano;
Que adapta al que respira
El aura leve que el espacio llena;
Y la luz al que admira,
En arrebato pío,
Del Universo la grandiosa escena
Reflejada en la gota de rocío.
Mas ¿quién del mal el piélago sombrío
Osado sondará? Del mal que arruina
La fábrica del mundo,
Y más que el bien en gérmenes fecundo,
La raza humana sin cesar pervierte,
Sacia la vida con sabor de muerte
Y lentamente el Universo mina.
¿Y á tánto no fué escudo
La omnipotente mano creadora
Que su obra inmensa precaver no pudo
Del sempiterno mal que la devora?
Miserable razón! Razón que espiras
Del pensar al esfuerzo, y más tortura
Que la misma locura
Al pensamiento das, calla, que en vano
El formidable arcano
Sin fe, insensata, penetrar aspiras.

A LA NINFA DEL ANAUCO

Todo cede á la que mora
En palacio de cristal,
Y perlas ciñe y coral
A su frente seductora!
Cedan sus grutas, sus prados
Las celebradas ondinas,
Que en las aguas cristalinas
Mojan los pies nacarados!

Del canto el divino coro
Suspended, Sílfides bellas,
Que á la luz de las estrellas
Concertáis las arpas de oro!
Depón el arco y la vira,
Imagen que el alma adora,
Cuando el pecho se acalora
De un amante que delira!
Las que priváis en Oriente,
Odaliscas y sultanas,
Las deidades musulmanas,
Inclinad todas la frente!
Que la ninfa se divisa
Por la luz de negros ojos,
Y el fuego de labios rojos,
Y el dardo de dulce risa.
Ella vence al ramillete
En gentileza y finura,
Cuando mide su cintura
Con su estrecho brazalete.
Ni hay flores en un jardín
Que perfumen tanto el viento,
Pues le da más dulce aliento
Que el azahar y el jazmín.
Y si prendida la falda
El pie en la yerba humedece,
Un blanco lirio parece
En un vaso de esmeralda.
De negros rizos cubierta
Se duerme en lecho de rosas,
Y las deja más hermosas
Cuando el amor la despierta.
Es como el cielo inconstante,
Como el aura caprichosa,
Altiva como una diosa,
Hechicera como amante.
Temo, temo que mi culto
Apasionado la ofenda:
Por eso, humilde mi ofrenda
Entre las flores oculto.
Con pluma de un colibrí
Y la tinta del zafiro,
Calentándola un suspiro,
En una rosa escribí:

Te adoro y te he de adorar;
Mi pecho amor te tributa;
Será mi templo tu gruta,
Y tus pies serán mi altar.



D. LUIS A. BLANCO

Nació en Caracas el año de 1807, y tuvo por único preceptor á su padre el Teniente Coronel D. Cornelio Blanco de Uribe y Villegas. Perteneció al Ejército Nacional, y prestó además importantes servicios civiles.

Murió en 1863.

A CUMANÁ

"Tus días han pasado, tu gloria comienza.
BYRON, *Melodías hebr.*" *XI.*

Heroica y desdichada
Ciudad de Cumaná: oh!, cuán en vano
Generosa, exaltada,
Te aprestas á la lid, y arde en tu mano
De las batallas el acero insano;

Y con noble bravura,
Con lauro antiguo en la elevada frente,
Ceñida la armadura,
Ante el ara del templo refulgente
Ser libre ó perecer juras valiente!

Tu juventud guerrera
Corre y se junta en círculo anchuroso
En torno á la bandera;
Vibra el acero; el bronce sonoroso
Lanza su rayo y trueno fragoroso.

Un grito de entusiasmo,
Grito de libertad que el aire hiende,
Del déspota con pasmo,
Por la comarca rápido se extiende
Y en amor patrio el corazón enciende.

Mas, ay! de tu esperanza,
De tu valor, tu gloria, tu ardimiento;
Qué presto ya se avanza,
Cargado de terror, fiero el momento
Que fin pondrá á tu vida y á tu intento!

Mísera, delirante,
¿No escuchas, ay! del hondo de la tierra
El ruido amenazante?
Y de las aguas que tu golfo encierra
El rumor desusado no te aterra?

Torna, torna los ojos
Hacia la inmensa bóveda azulada:
¡Cuántos vapores rojos
Que marchitan el sol á tu mirada
Como sangrienta lámpara ofuscada!

Oye los elementos
Chocarse airados con furor extraño:
Y ciega en tus intentos,
De pérfida esperanza en el engaño,
No acudes ¡ay! á prevenir el daño!

Ya bulle en sus cavernas
Aprisionado el subterráneo fuego;
Sus bóvedas eternas,
Abriéndose camino sin sosiego,
Con violento furor romperá luego.

La tierra atormentada
Tiembla y palpita; oleajes espantosos,
Cual en mar agitada,
Sacuden monte y llano presurosos,
Se abren ya sus abismos horrorosos.

Clama mísera gente
En la ciudad, el puerto, la ribera;
Hacia el monte eminente
El ave amedrentada va ligera,
Y huye bramando la espantada fiera.

Templos, castillos, muros,
Puentes, palacios, casas que sirvieron
Al hombre de seguro,
Todos, todos á un tiempo se rompieron
Con horrible fracaso y perecieron.

Brama el mar espumoso
Y sobre enjutas tierras resonante
Arrójase impetuoso;
Retírase, y la nave vacilante
Postrada queda en suelo palpitante.

Manzanares turbado
Párase y torna la azulada frente
En sangre amancillado;
Del seno de la tierra brota ardiente
Envuelta en llamas abundosa fuente.

Elévase hasta el cielo
En inmensa columna el polvo vano,
Llevando allá del suelo
A las plantas del Padre soberano
Humildes restos del orgullo humano.

La ciudad espirante
Vuélvese al cielo y mírale angustiada
El ceño amenazante;
Naturaleza allí, presente, airada;
Cerca la Eternidad por Dios llamada.

¡Cuánto terrible estrago!
Cuánta escena de muerte! los gemidos
Llenan el aire vago,
Y sobre rotos techos abatidos
Cuántos miembros humeantes esparcidos!

El soldado valiente,
El niño, el sacerdote venerable,
La virgen inocente,
Juntos en un momento inevitable,
Devóralos la tierra inexorable.

¿Dónde en trance tan duro,
La tierna madre para el hijo amado
Asilo habrá seguro,
Si de Dios mismo el templo abandonado
Al furor de la tierra le ha dejado.

Y el ara sacrosanta
Yace en el polvo vil hecha pedazos,
Del sicario á la planta,
Hiena que aun rompe los divinos lazos
Buscando el cáliz con sangrientos brazos.

Oh Dios! cuán lastimoso
Es mirar la ciudad, playas y puertos,
Ayer pueblo dichoso,
Hoy ruinas humeantes, campos yertos,
Poblados de verdugos y de muertos!

Que el enemigo bando
Que no osó combatir la ciudad fuerte,
Su estrago celebrando,
Feroz, por contemplar su infausta suerte,
La mano sanguinaria da á la muerte;

Y en cuerpos mutilados
De terror confundidos y espirantes
Cébanse encarnizados,
Mientras que fieros buitres devorantes
De esta escena de horror huyen distantes.

Y cuántos ¡ay! robados
Así al descanso de la tumba fría,
Hoy gimen hacinados,
Anhelantes, llevando en su agonía
Cadena vil en la prisión sombría!

La tierra, el mar, el cielo,
Todo se junta á su contraria suerte;
Del destrozado suelo
Los despojos devora el crimen fuerte
Y todo cae en brazos de la muerte.

Así pasó al momento
Tu vida ¡oh Cumaná! llena de fama,
Cual ráfaga de viento,
Cual leve arista á quien el fuego inflama,
Cual de la nube la sonante llama.

Y la ciudad hermosa,
Caduca flor de dicha y de victoria,
Cuna de héroes famosa,
De libertad asilo, de la gloria
Augusto templo de inmortal memoria,

Sólo ofrece á mis ojos
En llanto, ¡ay! de acerbo sentimiento
Funerales despojos,
Ruina, desolación, polvo sangriento
Y, hacinados cadáveres sin cuento.

Y, tras inmenso velo
De polvo y de vapor oscurecido,
En el fondo del cielo,
Su último sol marchito, enrojecido,
Como un cuerpo sangriento suspendido.

¡Oh tierra destrozada,
Tumba de una ciudad, ruinas queridas
A la patria enlutada,
Donde vagan inquietas, confundidas,
Las sombras de tus héroes afligidas!

El despotismo osado
No más profanará con fiera planta
Tu recinto sagrado,
Donde la muerte entre miseria tanta
Su trono inmenso y fúnebre levanta;

Y en vano airado el viento
Dispersará tus restos destrozados,
Y el déspota sangriento
Con saña y miedo á pueblos alejados
Los restos de tus hijos desdichados;

Que tu laurel hermoso
Sobre tu ancha tumba floreciente
Crecerá gloríoso
En medio á los enojos del potente
Y fiero mar, y de la lava ardiente.



D. JUAN VICENTE GONZÁLEZ

D. Juan Vicente González y Vargas, vió la luz en Caracas el 28 de mayo de 1810.

Terminados sus estudios de filosofía y humanidades, aplicóse al de la jurisprudencia, que abandonó por el de

la medicina; y luégo, aun no terminado éste, se dió al de la teología que llevó á término y remate hasta alcanzar el grado de Licenciado. Dedicóse á la enseñanza y al cultivo de las letras, para las cuales poseía raras facultades, entre ellas una memoria singular. Fundó un Colegio que fué de los más notables que ha tenido Venezuela. Sus trabajos literarios le dieron merecida nombradía por el vigor y brillo del estilo y la erudición que los realzaba. La vehemencia de su acerada pluma era temible. Fué varias veces electo Diputado del pueblo, pero sólo en el cultivo de las letras pudo granjearse popularidad.

Murió en Caracas el día 1º de octubre de 1866.

AMOR Y PAZ

Ya inmenso se despliega
El estrellado velo;
Ya lenta, melancólica,
Viene la noche al cielo:
Todo animal reposa,
Y en calma pavorosa
Duerme la tierra, el mar.
Sobre el pensil cercano
Su escaso brillo lanza
La pálida luciérnaga,
Fugaz cual la esperanza;
Y por el campo vario,
Fantasma solitario
Se escucha suspirar.
En las civiles guerras
Protervo fué, inhumano:
Manchó, furioso, tálamos,
Y ensangrentó la mano:
Al llanto se abandona,
Y dice á Dios: "Perdona,"
Y Dios perdón le da.
Feliz el que olvidado
En su inocencia oscura,
Sueños de sangre, lúgubres,
No tiene en su pavura!
Cual inocente niño,

Sobre el cendal de armiño
La frente inclinará.
Mi Dios, tu sueño santo
Sobre el ímpio descienda
Sin que una queja insólita
A tu justicia ofenda:
Del fuego de tu infierno,
De tu abandono eterno,
Presérvale, Señor!
Sospecha indefinible
De duelo, de quebranto,
Sueños de muerte, imágenes
De perdición y espanto;
Esto, mi Dios, le inspira,
Y huyendo de tu ira,
Acójase á tu amor.
Del pobre los gemidos
Suspende y la fatiga;
El corazón del tímido
Bañe tu paz amiga:
Libra del mal, fecunda
Los que en feliz coyunda
Un fiel amor juntó.
De la llorosa viuda
Calma el dolor prolijo:
A la infeliz con lágrimas
No la despierte el hijo,
En convulsivo afán,
Pidiendo en vano el pan
Que un tiempo le sobró.
La suerte del proscrito
¿Cuándo, mi Dios, te toca,
Clavado, cual Encélado,
En esa dura roca?
Durmióse, y no despierta
La dulce esposa, yerta
De tanto padecer......
¡Cuántos, como él gimiendo
Van por ajena playa,
Pensando si instantáneo
El sol final los raya;
Y dejan desolados
Los hijos adorados,
La mísera mujer!

Mas tú, que odioso al hombre,
Como en la noche el lobo,
Vas con feroz anhélito
Tras la matanza, el robo,
Pára tu rabia cruenta,
Tu vuelo de tormenta,
Tu grito de terror.
Venganza inexorable
La áspera crin le aferra:
No espantan, no, patíbulos
Y roja está la tierra......
Con esa sangre ufanos,
Grabad: "Eran hermanos
Matado y matador."
Helado va en el lecho,
Que rojo polvo afea,
Manchado el rostro cárdeno
En sangre que gotea,
Ese adalid valiente,
Herido alevemente
Del plomo y del puñal:
Ninguna cruz indica
Su postrimer morada:
Murió; jurad unánimes
No perseguir airada
Venganza á los crueles:
Reposa en sus laureles,
No en sucio lodazal.
¿La proscripción á qué
Del uso cruel, impío,
Si por la patria mísera
Corre de sangre un río?
Siempre hay quien muere y llora,
Y la señal traidora
Da el odio á la virtud.
Señor, el tiempo trae
De amor y de bonanza;
Sonríanos benéfica
La celestial confianza;
Temple la risa al llanto,
Y de la paz el canto
Eleve mi laúd.

UNA TARDE EN CARACAS

Ayer ¡ Cuán tempestuosa
La nube ví que amenazó este prado!
Los valles y los montes humillaba.
La erguida frente, adusta, majestuosa,
El íris á su lado
Con indecisa luz iluminaba.
Del rayo armada, de furores llena,
Lánzase al cielo, truena, con sombría
Noche oscurece el reluciente día,
Y tiembla el hombre en angustiosa pena......
Más triste aun eres, pesarosa tarde;
Inmenso el azulado
Espacio brilla: el astro refulgente
Que en débil luz junto al ocaso arde,
A su fin se avecina lentamente,
Y su disco al tocar el horizonte,
El elevado monte
Mil sombras melancólicas envía.
Yo miro el rojo Oriente
Del color de la noche revestido,
Al vagar por los valles dulcemente
El triste adiós del moribundo día.
No la brisa los árboles menea;
La hoja no se mueve
Sino al fugaz rüido
Del céfiro que agita el ala leve
Entre las yerbas que el jazmín platea.
No con brillante lira
Heróicos cantos de valor y gloria,
Este silencio inspira;
Mas á llorar nos llama
De la existencia triste
Loca ilusión que nuestro seno inflama,
Del bien perdido la llorosa historia,
O el dulce afán del mísero que existe
En el recuerdo que infeliz adora.
Luz trémula y misteriosa,
Que de tu sol desprendida,
Por el aura vas mecida
Besando el rocío, la flor:

¿Dónde vuelas á esconderte
Mientras viene la mañana,
Que das esmeralda y grana
Al prado que hace mi amor?
Mas ay! cuando el sol la frente
Veló en el monte inflamado,
Nubarrón amoratado,
Yo ví que besó tu faz;
Y tal vez allá en su seno
Duermas la noche intranquila.......
Trasnochando tu pupila,
No te sorprenda falaz.
Juzgaba ¡oh luz! que de ausencia
A mitigar los rigores,
Buscabas entre las flores
Un seno donde llorar;
Y cuando al alba apuraba
El cáliz del blanco lirio,
De tu amoroso martirio
Soñaba el llanto gustar.
....
....
Tarde, ¡oh tarde! tu tristeza
Es tumba á toda alegría:
Es tu calma más sombría
Que en la noche el huracán.
A tu marmórea quietud,
Cual tristes apariciones,
Pesarosas ilusiones
Girando en la mente van.

A BOLÍVAR

Pueblos son tus pirámides triunfales,
Un bello mundo de tu genio el fruto,
Tu herencia gloria, libertad, anales;
Y la gloria es tu féretro: de luto
Mi patria ante las pompas funerales
Duelo inmenso te rinde por tributo.

EN EL CUMPLEAÑOS

DE LA SEÑORA ANA USTÁRIZ DE USTÁRIZ, EN 1841

¡MEMORIAS!

Zelinda, la más hermosa
Que de Granada en la Vega,
Boca de perla y corales,
Donaires y gentileza,
Breve pie, breve cintura,
Ojo negro, habla hechicera,
Gracia, candor y talento,
Con mil primores ostenta;
La adorada de su esposo,
La envidiada de las bellas,
El contento de sus deudos,
La amiga que yo más quiera,
Hoy los dichosos natales,
Con sus amigos celebra:
Cañas, fiestas y torneos,
En que brillarán empresas
De valientes caballeros,
Y su bravura y destreza,
Para obsequiar este día
Entre víctores se vieran,
Si tan generosos usos
Otra edad no destruyera.
Mas el que á sus ojos vaya,
Sepa ya como ha de verla.
Recoge guirnalda hermosa
Hermosas y negras trenzas,
Y sobre la pura frente
Mil bellos bucles ondean.
Soles son sus lindos ojos
Templados por la modestia,
Y sus mejillas de rosa
Negras pestañas sombrean.

Sobre ella benigno el cielo
Virtud é ingenio vertiera,
Que su esposo hace su gala
Y son sus dichos sentencias.
¡ Feliz quien goza á su lado
Sus miradas y ternezas,
Y la que de infancia el sueño,
Linda y graciosa como ella,
Duerme al sabroso concierto
De sus cariños y fiestas!
¡ Ay Dios! Que felices años
Entre hijos y esposo vea;
Y le brille generosa
En paz y dicha su estrella,
Cual conmigo ha sido escasa......
Si no es en llantos y penas.
  Esto Zaide suspiraba
De Zelinda ante las rejas,
La cual entre sus amigos
Ni le escucha ní desdeña.

D. FERNANDO ANTONIO DIAZ

D. Fernando Antonio Díaz Flores nació en Caracas el 12 de junio de 1810.

Estudió en Nueva York, y regresó en 1827 á su ciudad natal, donde se aplicó al Comercio y al Foro. Ocupó cargos importantes en la Administración Pública y fué redactor de varios periódicos políticos. Su casa fué por mucho tiempo centro obligado de los más notables literatos.

Murió en Caracas el año de 1883.

ELEGÍA

A tí, Señor, en mi dolor imploro,
A tu bondad ocurro en tanta angustia;
Oh fuente inagotable de consuelo!
Mis tristes ojos en amargo lloro

Velados, miran tenebrosa y mustia
La inmensa creación hundida en duelo.
En vano el sol con su esplendor radiante
Los horizontes dora, y vivifica
Con sus rayos ardientes
Millones de vivientes,
Cuya voz por doquiera resonante
El gozo del común vivir publica:
Herido y anhelante
Mi triste corazón esquivo huye
Del común alborozo, y ni aun percibo
Esa esplendente luz que á todo alcanza:
No oigo el rumor universal y activo
Que en toda parte fluye,
Expresión de placer y de esperanza.
Llanto sólo á mis ojos y á mi pecho
Hondo suspiro es dado, Dios clemente!
¿En dónde está el alivio á tal dolencia,
A tan acerbo mal y tan vehemente?
Tú me lo arrebataste en tan estrecho
Plazo, con tal violencia
De mí lo separaste, que el terrible
Golpe dejóme atónito, insensible.........
Aun miro al inocente, al tierno hijo
Cómo infelice gime
En padecer prolijo
De angustiosa agonía: con mano fuerte
El pecho allí le oprime
Inflexible la muerte.
Con fuerza alienta: fúnebre ronquido
Su pecho rasga, y en su faz sombría
Se asienta la congoja: y un quejido
Lánguido y melancólico, parece
El tiempo remedar en que vivía.........
Cada nuevo momento
Acorta el respirar y lo entorpece,
El aire que rodea
Todo este globo en próvida abundancia
A su anhelar ardiente se escasea.
Penosa contracción, rígido pasmo
Sus miembros tuerce en pertinaz constancia.
Cual horrible sarcasmo
Parece que la Muerte
Suspende el golpe de descanso, en tanto

Que bárbara sonríe, y se divierte
Con la escena de duelo y de quebranto;
Del hijo analizando la agonía
Con feroz alegría,
Retarda al padre apetecido llanto.........
 Angel que en esta terrenal esfera
Por ásperos senderos me acompañas
Venciendo las malezas de la vida:
Consuelo á mi dolor, fiel compañera,
Mi fuerza y esperanza y luz querida
En las vicisitudes más extrañas:
Pues por fin plugo al Dios de las bondades,
Mandando descargar el golpe cierto,
Terminar nuestras crueles ansiedades;
Mira de tus entrañas
Al hijo amado, ya cadáver yerto.
Tómalo entre tus brazos,
Estampa un beso ardiente
En su ya helada frente;
Tu corazón de madre haga pedazos
El agudo pesar: sacia tu alma,
Sáciala en el dolor, húndela en duelo......
Para que luego en religiosa calma
Puedas hallar consuelo
Resignada implorándolo del cielo.

AL TENIENTE–CORONEL

BLAS PAZ DEL CASTILLO

 Al frente de sus filas Blas Castillo
Sin otra perspectiva que la muerte,
Huír en fuga vergonzosa advierte
Al jinete sin orden ni caudillo.

 ¡Oh! cara Libertad! si el tosco grillo
Mi planta ha de arrastrar, si he de perderte,
Mil veces yazga en este campo, inerte,
Antes que empañe de mi honor el brillo.

Dijo, y blandiendo el rutilante acero
Opone el pecho á la enemiga pica,
De los suyos siguiéndole el postrero.........

¡Todos murieron! y la Fama indica
De un lado á Boves, en la muerte aun fiero,
Y del otro á las víctimas de Urica.

D. RAFAEL M. BARALT

Nació en Maracaibo el 2 de julio de 1810, del matrimonio de D. Miguel Baralt y la Sra. D. Ana Pérez. Pasó sus primeros años en Santo Domingo, de donde regresó á Venezuela en 1821. En 1826 se trasladó á Bogotá con su tío D. Luis Baralt, electo Senador de la República ; y allí hizo estudios de latinidad y filosofía, hasta graduarse de Bachiller. Regresó á Venezuela en 1830 é hizo la campaña de este año á las órdenes del Gral. Mariño. La revolución de 1835 le encontró empleado en el Ministerio de Guerra y Marina, de donde salió á campaña en defensa del Gobierno, el cual premió sus servicios con el ascenso á Capitán de artillería.

En 1841 hizo Baralt un viaje á París para dar á la estampa la *Historia Antigua* y *Moderna de Venezuela*, importante obra en que le prestó cooperación en calidad de historiógrafo el señor D. Ramón Díaz Flores.

Años después, en 1843, enviado á España para adquirir documentos relativos á la propiedad de Barima, usurpada por la Gran Bretaña, Baralt se avecindó en Madrid donde permaneció hasta su fallecimiento, acaecido el 2 de enero de 1860.

En Madrid, Baralt se señaló entre los más calificados hombres de letras. Fundó y redactó el periódico *El Siglo XIX;* fué redactor principal de *El Tiempo* y de *El Espectador*, y dirigió más tarde *El Siglo XIX* en su segunda aparición. En 1854 comenzó á publicar el *Diccionario Matriz de la Lengua castellana*, trabajo de grande aliento, que ocupaba su vida, en colaboración de uno de los más eminentes literatos de España. En 1855 dió á la estampa

el *Diccionario de Galicismos*, obra de gran mérito, á pesar de que, como todo trabajo humano, contiene errores y presenta como galicismos algunas voces correctas que tienen origen en el latín.

La mayor parte de sus trabajos literarios corren impresos en periódicos de Madrid y de las provincias de España. Parece que la Real Academia Española, á la cual pertenecía en calidad de Individuo de número, tiene el propósito de coleccionarlos.

Poeta inspirado, escritor correcto y castizo, Baralt es una de de las más puras glorias de las letras castellanas.

No pocos de sus sonetos son defectuosos, pero sus odas y sus madrigales bastan para reconocer la alteza de sus dotes poéticas.

Su oda *A Cristóbal Colón*, premiada por el Liceo Artístico y Literario de Madrid, es trabajo de elevado mérito literario.

A CRISTOBAL COLÓN

AL Sr. D. DOMINGO DEL MONTE

Venient annis secula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

(Seneca, *Medea*.)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿ Dó se lanza llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla ?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿ Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba ?

¿ No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra ?
¿ Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra ?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,
¿No ves cómo á deshora
Del Norte amigo y firme se desvía,
Y á Dios y á la ventura el leño fía?

Y el piélago elevado
¿No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cuál su furia crece;
Y el sol cómo entre nublos se oscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente:
¡Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Míra el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño:

Y cuál su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver á España!

¡Ay triste! que arrastrado
De pérfida esperanza, al indo suelo
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano á Mangi ardiente;
Ni de las hondas aguas de Oceano
Jamás verás patente el grande arcano.

Vuélve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colón! cláva la entena;
Corre, vuéla; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira!

Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento
En furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De sus pinos avíva el movimiento!

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo
Así das gloria á Dios y á España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!

El la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente,
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luégo de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada á tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Angel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz, vé aquí la guerra;
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones,

De ambos polos vecino
Entre cien mares que á su pie quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudo, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebata
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? Lléva á Europa
De tamaño portento alta presea!
Hiera céfiro en popa,
O rudo vendaval, que pronto sea.
Y absorto el orbe tu victoria vea!

El piélago sonante
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luégo,
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar al bramido
Unirá contra tí la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¡Piloto sin ventura! ¿á qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
O tal vez de las ondas libertado
¿Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De pérfido anhelar que vence, y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas ¿qué á tu fe del viento
Del rayo y la traición crudos azares?
Levánta el pensamiento,
¡Elegido de Dios! hiénde los mares
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guïada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierve ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón! exclama y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima
¡Oh rey de Lusitania! los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón rudos tormentos,
Airados ven tus ojos, y avarientos.

De tí y de tus iguales,
El anglio poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales
¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á sér divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?

Dílo tú, que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos
¡Oh sombra de alto ejemplo!
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos!

Mas no á la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que á tí fué abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria
A tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierras y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira:
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡Colón! El mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo á polo
Resuena el canto: extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

SUS LABIOS

MADRIGAL

Puros, rosados, frescos, relucientes,
Dulces á quien los mira; al tacto ardientes;
Y, si oprimidos, blando
Aroma y miel brotando......

Pétalos de una flor lozana y pura
Dirás que son, pero mi amor te jura
Que tus labios son esos,
Cuando, abeja de amor, los libo á besos.

LA INSPIRACIÓN

¡Inspiración potente!
Levántame del suelo en que me arrastro
Entre angustias y enojos,
Como el insecto vil corre entre abrojos
Sin dejar leve rastro
De su mísera huella entre la gente!
Lejos de mí la tierra y su quebranto,
Y lejos de mí el llanto
Que en todo vario clima, y tiempo, y lengua,
Cual tributo sin mengua,
El hombre al Hacedor contino envía,
De suspiros sin cuento en la armonía!
Lejos de mí los triunfos y la gloria
Que al oro vil da el mundo,
O al infame poder que en cieno inmundo
Vela su origen de infernal memoria,
Que si la tierra va á su carro uncida,
Como esclavo sin alma,
De libertad la palma
Quiero en mis manos mantener asida.

Virtud clama doquiera el hombre necio,
Y al crimen da por precio
De la misma virtud la esencia pura;
El oro es Dios, y la virtud el oro;
Amor es oro, y la amistad divina
Se vende al peso en cantidad mezquina.
¡Inspiración, inspiración potente!
Separado del suelo, á la alta cumbre,
Cabalgando en el viento,
En raudo movimiento,
Quiero del trono de Jehová fulgente
Con mis ojos mirar la viva lumbre,
Aspirar de su sér la diva esencia,
Y de su coro en el perenne canto
Aprender á alabar su nombre santo.
Vague yo en alas de feliz querube,
Traspase el alta cima, el alta nube,
El dominio del sol, y de los mundos
Que pueblan los profundos
Espacios invisibles, insondados,
Contemple los misterios ignorados;
Siga de los cometas rutilantes
Las luminosas huellas;
Cuente yo las estrellas,
Y vea en los espacios
De otros mundos y cielos los palacios.
Y nuevo Orfeo en la región precita
Al ángel ciego y su infelice bando,
Sereno vea, y de su sien maldita
El fuego eterno sin cesar brotando!
¡Albo lucero de sin par belleza
Que al alta diestra del Señor te viste,
Y que luego caíste
Al negro abismo en sin igual bajeza!
Mirarte cerca y contemplarte quiero,
Por ver si el dolor fiero
Que en tí ceba su garra penetrante,
Abate ó crispa tu infernal semblante.
¡Inspiración, inspiración potente!
El sacro numen pido
Y su divina aureola refulgente,
Aunque del grande Homero
Comparta el hado fiero,
Y, del trono de Júpiter caído

Ciego á la tierra, con acerbo llanto,
Limosna pida al entonar mi canto;
Aunque del vate que ensalzó de Gama
El grande esfuerzo y la feliz proeza
El hado sufra en su feroz crudeza,
Y se apague mi llama,
Abandonado de la patria mía,
Exhalando entre pobres mi agonía!

A UNA SEÑORITA

CON MOTIVO DE HABER ENTRADO EN RELIGIÓN

En la cándida frente el sacro velo
Muestras, como señal de la victoria
Que sobre el mundo y su feliz memoria
Consiguió tu virtud, hija del cielo.

Así burlaste mi amoroso anhelo
Palma inmortal labrándote de gloria:
Cuando, ausente de tí, será mi historia
Llamarte en vano y sin cesar con duelo.

Espíritu feliz! de la clausura
Del cuerpo desatado, alegre, altivo,
Libre de tu prisión miras la altura;

Mientras con mi pasión el alma enclavo
En este obscuro suelo, donde vivo
Del ya imposible amor mísero esclavo.

A UN PLAGIARIO

SONETO

Tranquilízate amigo: tus escritos
Libres están de crítica y censores:
Poco sabrá de clásicos autores
Quien, docto y fiel, no los aplauda á gritos.

Convienen de buen grado los peritos
En llamár á tus versos lindas flores;
Y añaden que recuerdan sus olores
A nuestros padres del Parnaso invitos.

Yo de mí sé decir que á Garcilaso
León, Rïoja, en tus escritos veo;
Y también á la estrella sin ocaso

Divino Herrera, el hispalense Orfeo.
¿Mas qué mucho, bribón, si á cada paso
Sus versos copias, y sus versos leo?

LA BATALLA DE AYACUCHO

"¡Mudo el cañón: del campo fratricida
"El suelo en sangre tinto: la bandera
"Que triunfadora el orbe recorriera,
"Por españolas manos abatida!......

"Oh Pizarro! oh dolor! si aquí blandida
"Tu centellante espada reluciera,
"Del suelo de Colón señora fuèra
"Y de mis propios hijos no vencida."

Así, sobre los Andes, real matrona,
El manto desprendido, adusto el ceño,
Con llanto de furor su mal pregona:

Y al ver un mundo en manos de otro dueño,
A la vencida tropa, por desdoro,
Lanza en pedazos mil el cetro de oro.

A UN INGENIO DE ESTOS TIEMPOS

Soy incapaz, Ernesto, de engañarte:
Adoro la verdad, que el bien inspira,
Y contra el vicio de falaz mentira
Hay en mi corazón firme baluarte.

¡Ernesto! ¡Ernesto! el corazón me parte
Tu inútil afanar: rómpe la lira
De cuerdas flojas! tu razón delira;
Te falta inspiración; no tienes arte.

Pero sírvate al menos de consuelo
Que, si ascender no puedes la escabrosa
Cumbre del Pindo en tu cansado vuelo,

Tienes en tus escritos una cosa
(Mira si de franqueza soy modelo)
Peor aun que tus versos,...... y es tu prosa.

LA ANUNCIACIÓN

Á MI AMIGO D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?

(D. Leandro F. de Moratín.)

Musa, al Numen implora!
La mansión del Eterno en nueva llama
Arde y brilla á deshora;
"Victoria!" el cielo clama
Y el tartáreo querub horrendo brama.

En canto, dí, süave,
Cómo Gabriel, en su veloz carrera
Más que del Arca el ave,
Hiende raudo la esfera,
Nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante
Las ígneas alas desplegando vuela,
Como en la mar sonante
Nave de inflada vela
En pos dejando nacarada estela!

Nunca vertió lucero
Más pura en la alta bóveda su lumbre;
Nunca midió agorero
Astrólogo en su cumbre
De cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,
Rey del cerúleo campo tachonado,
Héspero gloriöso,
No tan bello, inflamado,
Relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines
Cercado en torno, y de sus arpas de oro,
Alados querubines
En refulgente coro
Lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes
Leve, rápido, ardiente cruza y dora;
Mil angélicas huestes
Su marcha vencedora
Celebran desde ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,
Aromas, canto y luz al puro cielo
Desparce en su camino;
Y el flamígero vuelo,
Mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,
¿Del reino de la luz por qué declina
Tu marcha hacia la tierra.
Do la virtud camina,
Ausente de su patria, peregrina?

Téme, arcángel radioso,
Del ángel de Sodoma la ímpia suerte;
Al cielo presuroso
Los pasos ¡ay! convierte,
Y deja al hombre en brazos de la muerte!

Mas no; que va guïado
Por el que en noche oscura rige el freno
Del rayo desatado,
Cuando al fragor del trueno
Tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,
De Adán azote en la mansión serena,
Resplandece irritada:
Luce, de mancha ajena,
En la siniestra, cándida azucena.

Y entre vivos fulgores
Que de zafiro y púrpura y topacio
Multiplican colores
Y embalsaman espacio,
En pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso
Inclinándose á tí, dulce María,
Prorrumpe armonïoso
En canto que decía,
Igual al de tu voz en melodía:

"¡Salve! de mancha pura,
"De gracia llena y del Señor amada!
"Bendita crïatura,
"En la tierra apartada
"Para ser de Jesus Madre adorada"

Dijo; y los altos montes,
Las selvas y los antros repitieron
Su voz; los horizontes
En dulce llama ardieron;
Los demonios en ira se encendieron.

Las empíreas regiones
Flores envían; ondeante nube
De argentados vellones
Hierve, se esparce, sube,
Y púdico cendal viste al querube;

Y las auras rompiendo
Voz que á los hombres redención augura,
Doquier va repitiendo:
"¡Gloria á Dios en la altura;
"Paz en la tierra á la conciencia pura!"

¡Virgen que, coronada
De estrellas, junto á Dios reinas dichosa,
Sobre soles sentada;
Medianera piadosa,
Que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú que, del monstruo horrendo
Vencedora inmortal, con firme planta,
El dardo reblandiendo,
Oprimes la garganta!
De la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste
Absorta y muda sobre el suelo frío,
Y, purpúrea, exclamaste
En arrebato pío:
¡Cúmplase en mí tu volundad, Dios mío!"

Y no tan pronto ofrece
Salida el labio á tu divino acento,
Cuando el fulgor acrece
Y da su blanco aliento
La mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende
Las albas plumas sobre tí amorosa,
Y tal volcán desprende
Sobre la casta esposa
De fecundante llama generosa,

Que con la faz velada
Los ángeles se inclinan reverentes,
Y al ver la unión sagrada,
Que es salud de las gentes,
Baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida
Quedó la tierra al cielo y cesó el llanto
En que vivió sumida.
Forma el iris, en tanto,
En arco inmenso una diadema al SANTO.

Borre el hombre, infamante,
De la primera culpa el fallo escrito
En su frente arrogante:
Más que el de su delito
El raudal del perdón es infinito;

Del numen poderoso
Que no cabe en el tiempo ni en el mundo,
Y se encarna piadoso
En el seno fecundo
De casta Virgen con amor profundo.

Venciste ¡oh Dios! venciste!
Por frágil mano de mujer, victoria
De Luzbel obtuviste:
Cielo y tierra en memoria
Himnos le canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona
Ciñó á una sien la musa que descuella
En profano Helicona,
Que la que adorna bella
Su majestad de Madre y de Doncella.

¡Madre de la esperanza!
¡Pura estrella del mar que, en blando giro,
Anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
Y envuelto va tu nombre en mi suspiro.

ODA

A LA DESESPERACIÓN DE JUDAS

La luz serena el cielo
Y soles rutilantes encubría
Con funerario velo,
Y en palpables tinieblas envolvía
De las calladas selvas la espesura,
El sublimado monte, la llanura,
Y el mar inmenso que de horror mugía.
Sus alas replegaba
Con frémito medroso el rudo viento:
La tierra suspiraba
Con angustia y terror: y ronco acento
Cual de lejana tempestad ondosa,
Que estrago anuncia y muertes, espantosa,
Tal vez sonaba misterioso y lento.
Ni murmurio süave
Se oye de fuente en bosques ó en pradera;
Ni canto alguno de ave,
Ni clamor de torrentes ó de fiera.
Arden las nubes, hierven, se propagan,

Y en silencio relumbran, y se apagan,
Llamas doquier por la anchurosa esfera.
Y al fulgor de sus lampos,
Tremente el corazón, vieron mis ojos
En los desiertos campos
Desnudas rocas y áridos abrojos:
De vengadora cólera divina
Indelebles señales: y rüina
De la mano del hombre y sus enojos.
Y ví tus negros muros,
Triste Jerusalem, patria de llanto
Y corazones duros;
Y de nube sangrienta rojo manto
Sobre el excelso Gólgota pendiente:
Padrón de infamia á tu marchita frente:
Perpetua causa á tu inmortal quebranto.
¡Noche de hondos misterios
Cual la que en pasmo ayer y horror profundos
Sumió los hemisferios,
Cuando con férreos brazos iracundos
Al ungido, Sïón, crucificaste,
Y su sangre preciosa derramaste
Que en divino raudal bañó los mundos!
¿Llegó acaso el momento,
Maldecida ciudad, y la venganza
Que Dios acopia lento,
Menor que tu delito, al fin te alcanza;
Y sorda al ruego, de la Cruz en pago
Dolor te envía y funeral estrago,
Negada á tu clamor dulce esperanza?
Oh! duerme todavía
Libre, Sïón, mientras sus rayos Roma
Y su dogal te envía:
¡Mísera más que al perecer Sodoma!
Y al despertar, adorna en adulterio
Al ímpio tus doncellas, y el salterio
A Tito cante y al infiel Mahoma.
¿Cuál, pues, duro castigo,
Si el tuyo no, Jerusalem, se apresta
De Dios al enemigo?
¿Contra quién el Señor su brazo asesta?
¿O á nuevo crimen preparado el hombre,
Con su justicia que á la tierra asombre
Irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
Su rey sobre el abismo se levanta;
Blasfema del Eterno;
Y esperando su triunfo, altivo canta;
Y entre las voces del tartáreo coro,
Acento horrible de furor y lloro,
Jamás oído, el corazón espanta.
Al pie de árbol añoso
Que sin hojas, señero, se divisa
En alto pedregoso,
A la luz del relámpago indecisa,
A Judas miro: del desnudo cuello
Un lazo pende: mésase el cabello,
Y al cielo insulta con feroz sonrisa.
La luenga vestidura
En desorden está; muéstrase el pecho
Latiendo con presura
Cual onda brava en reducido lecho:
Salidos de sus cuencas, ambos ojos
En alto fija, con la saña rojos,
Y á Dios amaga en su infernal despecho.
El ala recogida
Junto á él de espaldas su custodio llora
Al alma ya perdida.
El arcángel rebelde vengadora
Llama dispone en el sulfúreo abismo;
Y el tormento de Judas en sí mismo
Doblado siente que su sér devora.
Y al apóstol perjuro
La vista tiende y mano fulminada,
Mientras el ángel puro
Sus ojos vela, y con la diestra alzada
Ultimo ruego al Hacedor envía,
Y triste, á paso lento, se desvía
De horror la mente y de piedad turbada.
Blanca, süave lumbre
Sobre el Calvario sacrosanto esplende,
Y triunfante en su cumbre
En luces mil el lábaro se enciende.
Como lluvia de sangre, roja llama
Sobre Siön horrenda se derrama,
Y á pueblo y valle rápido desciende.
Del arduo monte erguido
Cayó el traidor descoyuntado y roto,

Al lazo el cuello asido;
Y cual suele fragor de terremoto
Subir al cielo y conmover el mundo,
Así al caer, rodando hasta el profundo,
Gimió el empíreo y el confín remoto.
No á su presa más listo
Acude el tigre, que de mal sediento,
Al vendedor de Cristo
Luzbel sañoso con legión sin cuento;
Y allí le abraza; y en la torva frente
Su garra imprime, y el agudo diente:
Signo de alianza en el común tormento.
A la mansión precita
Luégo le arrastra del cordel atado
Con afrenta infinita;
Y al orbe como el trueno dilatado
Un acento infernal: *Maldito*, exclama;
Maldito el viento en los espacios brama,
Maldito el mar en ronco son airado.
Mientras el ángel bello
Las alas tiende hacia el Calvario santo,
Suelto el rubio cabello,
Mustio en el rostro y desceñido el manto;
Y allí, ante Dios, doblada la rodilla,
De la divina Cruz al pie se humilla
El suelo besa y lo humedece en llanto;
Y entonces sobrevino
Oscuridad mayor, y pavoroso
Silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
Enmudece temblando: en sus regiones
De cándidos querubes las legiones
Se estremecen al fallo temeroso.
Súbito el estampido
Del trueno horrisonante se desata,
Y el intenso bramido
De la tormenta al aire se dilata:
Rompe el rayo las nubes; piedra y fuego
Con él caminan; y en su furia ciego
Campos incendia y montes arrebata.



D. CRISTOBAL MENDOZA

Hijo del antiguo patriota D. Cristóbal de Mendoza y de la Sra. Dª Gertrudis Buroz, nació en Barinas el año de 1812.

Emigró á Cuba después de la revolución de 1848, y formó allí familia. En la revolución de la isla perdió á sus dos hijos Cristóbal y Tomás, muerto el uno en combate, y el otro ejecutado por los voluntarios.

Murió en la isla de Trinidad el año de 1873.

A FLAVINIO

MI ROSAL

Y dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

RIOJA.

Cual suele entre mil bellas,
De un festín al recinto congregadas,
Erguir alguna de ellas
El talle esbelto, airoso;
Y en formas y atractivos eclipsadas
Dejar las mil que en cerco numeroso
En torno de ella están; así el florido
Rosal que te embelesa en su hermosura,
Flavinio amado, en mi pensil descuella
Y ostenta su riqueza y su frescura.
Orgullo del vergel y prez de Flora
Es mi rosal querido.
Embalsamado aliento al pecho lleva,
A la par que los ojos enamora
Su abundante cosecha y olorosa,
Y cuantos la contemplan son rivales
Del céfiro, la abeja y mariposa.
Gloríese en buen hora
Pesto de sus rosales,
En buen hora celébrelos la fama,
Que Flora es mi rosal lo que más ama.

Ni, por sus rosas afamada, Pesto,
Ni los de Idalia bosques encantados
Vieron jamás su igual. Hijo de Febo,
Dan á la aurora envidia sus colores;
Y el alba, rico llanto aljofarado,
Más que virtió sobre las otras flores,
Sobre el rosal derrama bienhadado.
Contempla, amigo, admira
Sus variados primores,
Su simétrica forma: y hora mira
Cuán bullicioso céfiro y lascivo
Su follaje conmueve,
Y en rósea lluvia caen
Deshechas, deshojadas,
Cabe el paterno tronco desparcidas,
Las que en su pompa ayer miró la aurora,
Flores hoy fallecidas.
De pimpollos sin cuento engalanada
Luce esta aquí; como á una joven madre
Precozmente fecunda,
Crecida, infante prole la circunda,
Allí un ramo desmaya al dulce peso
De su fragante carga;
Acá y allá revuela,
O quédase en estático embeleso
Sobre una flor en delicioso beso,
El voluptuoso colibrí que esmaltan
El oro y la esmeralda y el zafiro
Y vive siempre en sus amores preso.
A Julia y á Cefisa,
Mis dos tiernas hermanas, que en su falda
Echando van las flores
Para dellas tejerse una guirnalda,
Contempla ahora. Escucha la contienda
Que entre ellas se suscita;
Aquel vistoso ramo
En una y otra excita
De llevarlo vivísimo deseo;
Y cada cual en su favor alega
El afán, el esmero
Con que el rosal cultiva agradecido.
Inocentes! Oh siempre, siempre el hado
Ansiedad más penosa
De vuestras almas cándidas aparte,

Y amantes de las flores
Jamás probéis ingratos sinsabores!
  Flavinio, ¡quién me diera
La magia del pincel!...... mas no, que en vano
Hechizo tanto trasladar al lienzo
Intentara tenaz, y me perdiera
Tras uno y otro repetido ensayo:
Y del arte al desmayo,
Desfallecido al fin me sometiera.
  Objeto de cuidados celestiales,
Rosal favorecido entre rosales:
Acariciado de las ninfas, vive
Para delicia eterna de mi alma
En el eterno abril de nuestro clima.
Dignísimo argumento
De la musa de Rioja, en dulce rima
El debiera cantarte; acepta empero
Este mi humilde canto
Que el labio ensaya á tu primor y encanto.
  Y tú, Flavinio amado,
Que en lazo estrecho, amigo,
De consuno conmigo
El culto de lo bello y verdadero
Profesas, ven y con el alma ansiosa
Goza conmigo de la planta hermosa.



D. RAFAEL ARVELO

Nació en Valencia el año de 1814. Nombrado su padre Diputado al Congreso de Colombia, pasó con el á Bogotá en 1823. Allí estudió hasta 1828, año en que regresó á Venezuela.

Desde 1838 hasta su muerte figuró en alta escala en la política del país, desempeñando los más elevados cargos, hasta el de Presidente interino de la República. Hombre de aguda y penetrante chispa, debe su popularidad literaria á sus improvisaciones satíricas, á las veces demasiado crueles.

Tenía como repentista extraordinaria facilidad; y aunque de ingenio inculto, no era enteramente indocto.

Publicamos en seguida sus dos más notables composiciones.

EN EL ALBUM DE ELENA

ANACREÓNTICA

Cediendo al dulce ruego
De la divina Elena,
El Amor, de sus ojos,
Dejó caer la venda;
Y al ver aquel prodigio
De gracia y de belleza,
Tributó á sus encantos
Propiciatoria ofrenda:
Rindióla el arco de oro,
El aljaba y las flechas,
Y aspiró á sus caricias,
Prosternado ante ella.
....
....
Lo cierto es que celosa
La altiva Citerea,
Sorprendió al niño alado,
En retozos y fiestas,
Imprimiendo sus labios
En los labios de Elena;
Y exclamó enfurecida:
Oh! qué traición, qué afrenta
Mi hijo, el que á los hombres,
Subyuga con mi fuerza:
El que los seres todos
A su poder sujeta,
Y cuyas dulces leyes
En el Olimpo imperan,
A una mortal se humilla;
A una mortal entrega
Sus dardos.........!

—Madre mía!
Tus iras encadena:
Diosa de la hermosura
Te aclaman Cielo y Tierra;
Y ya al abrir mis ojos
Hoy, por la vez primera
He visto y adorado
A la mujer más bella:
Que ella eras tú creía;
¡Y quién no lo creyera!
Ahora mismo te miro,
Y pienso que eres ella......"
—Perverso rapazuelo,
Que así me lisonjeas,
Dijo Venus: recoge
Tus armas y tu venda;
Y á esa gentil criatura
La manzana presenta
Que recibí de Paris
En la montaña Idea.
Escrito su destino
El áurea poma lleva:
"Para la más hermosa,"
Y yo la cedo á Elena.

AVE MARÍA

Rodaba triste el mundo,
De Dios abandonado,
Al lóbrego y profundo
Abismo del pecado,.
Cuando brilló la aurora
Del venturoso día,
En que te dijo el Angel:
DIOS TE SALVE MARÍA.
Hoy que el cielo te adora,
Detén, Virgen clemente,
La diestra vengadora
De Dios omnipotente!

Quebranta la cabeza
Al Leviatán del Asia,
Pues para obrar portentos
LLENA ERES DE GRACIA.
En cada oculto giro,
Con sed de sangre insana,
El infernal Vampiro
Diezma la especie humana:
Tú puedes libertarla
De tan fiero enemigo,
Porque, Reina del cielo,
EL SEÑOR ES CONTIGO.
Eleva, Madre tierna,
Nuestra contrita prez
A la mansión eterna
Del Soberano Juez!
Tú del amor divino
Alcanzas cuanto quieres:
Hija, madre y esposa,
DE DIOS BENDITA ERES.
La luna y las estrellas,
El sol que alumbra el día,
Son sólo cifras bellas
De tu nombre, MARÍA,
Grabadas en el Cielo
Por el Ser de los seres,
Desde que su elegida
FUISTE ENTRE LAS MUJERES.
A probar la vedada
Manzana del delito
Fué la mujer llevada
Por el dragón maldito;
Mas hoy la planta oprime
Al enemigo astuto,
Y eres árbol de vida
Y BENDITO ES EL FRUTO.
Tú, en fin, eres, Señora,
El arca de la alianza;
De tí el mortal implora
Consuelo y esperanza,
Pues de tí vino al mundo
La paz, la fe, la luz,
Cuando nació á salvarnos,
DE TU VIENTRE, JESUS.

D. JOSÉ ANTONIO ECHEVERRÍA

Vió la luz en Aragua de Barcelona el año de 1815, y niño aún se trasladó á la Habana con su familia, por no avenirse ésta con la revolución de Independencia. Hizo Echeverría sus estudios de Filosofía y Derecho en el Real Seminario de aquella isla, y se aplicó al cultivo de las letras, en las cuales ejerció, á una con Del Monte, señalada influencia. Su reputación se extendió en breve por España y las repúblicas americanas. Baralt dice de él que era uno de los escritores más elegantes, castizos y enérgicos de la lengua castellana. Murió en Nueva York el 11 de marzo de 1885.

Su obra más celebrada es la novela intitulada *Antonelli.*

ODA

A LA INFANTA DE CASTILLA

DOÑA MARÍA ISABEL LUISA DE BORBÓN

¡ Que calle yo cuando los buenos cantan !
V. DE LA VEGA.

¿ Qué entusiasmo, ¡ oh placer ! en desusada
Conmoción agitando el alma mía
Salva atrevido el valladar estrecho
Que aprisiona mi inquieta fantasía;
Y osa su vuelo alzar hasta do airada
Retumba la tormenta;
Donde el Señor su poderoso brío
Y majestad ostenta;
Donde el vate feliz alborozado,
Levanta altivo la radiosa frente
Y del rayo al fulgor canta inspirado!
¿ Quién ¡ oh lira! tus ya olvidadas cuerdas
En el silencio de la noche umbría
Pulsa invisible, y en mi pecho ardiente
Hace reinar la inspiración ?—¿ Acaso
Es el amor ?—¡ Oh no !—¿ Será que el día
Tan ansiado de Iberia en los clamores
Llega á ostentar sus almos resplandores ?

—Sí; vé su luz—¿Con qué progenie el cielo
Al trono de Fernando y de Cristina
Concedió?—¿Qué, no escuchas el sonoro
Rumor con que la España entusiasmada
Celebra á su Isabel?—¡Salve, divina
Estrella de la paz anunciadora!
Salve! Mi pensamiento arrebatado
En las alas del férvido deseo,
Lánzase, y pasa el reino inmensurable
Que hay entre el porvenir y lo pasado;
Y te mira contenta
Justa regir tu pueblo cual solía
Otra Isabel á quien España adora,
De quien la historia incorruptible cuenta
Acciones mil heroicas á porfía.
Inclitos vates que la hermosa Cuba
En su regazo aduerme,
Y del fértil, mansísimo Almendares
En el raudal sonoro
Bebéis la inspiración; las liras de oro
Armoniosas pulsad; y que á los ecos
De tropical, ardiente poesía
Al ir, volver y alzar sus crespas ondas,
Isabel digan los indianos mares,
Isabel vuelvan las heladas zonas,
Isabel, Isabel con alegría
Suene y suene sin fin desde do nace
Hasta do muere el luminar del día.
Pero antes escuchad, hijos del canto,
Los últimos concentos
De mi dichosa lira que ha podido
Cantar el nombre de Isabel querido.
Era la noche: la callada luna
Del quieto mar purísima se alzaba,
Y en las azules ondas retemblaba
La blanda luz de sus modestos rayos.
En el confín lejano relucía
Tal cual pálida estrella,
Linda como los ojos de una bella
Embriagada de amor. Sólo se oía
Del mar el són continuo, y el distante
Rumor confuso del alegre pueblo
Agitado cual él: cuando á la orilla
Del Almendar sonante

El noble Genio de la rica Habana
Solitario llegó. Tiende la vista
Por el inmenso piélago, y las ondas
Las índicas arenas
Bañar tan sólo vió: fugaz sonrisa
Por su rostro vagó, como en el cielo
Vagar suele agitada por la brisa
Cándida, leve, trasparente nube.
—« ¡ Cuándo, cuándo mi anhelo
Satisfecho veré! Tú, poderoso,
Eterno Dios que en majestad velado
Regulas este mundo, los clamores
Oye que de mi pecho fervoroso
A tu alto trono elevo. Antes que el día
Rompa en Oriente desparciendo albores,
Puedan mis ojos »... De la luna hermosa
Se eclipsó el puro disco; de la tierra
Los cimientos temblaron, y su seno
Una sombra lanzó, majestüosa;
Y á su vista, turbado
Almendares su plácida carrera
Contuvo.—« Noble Genio, ilustre Habana,
Salud, salud por siempre, ella dijera:
Te conocí mansión del indio rudo
Cuando alegre, glorioso y aclamado
En tu playa salté. Después te vide
De triunfos llena, rica, encantadora
Ser de la virgen Cuba la señora.
Mírame; soy Colón: el que atrevido
Hendiendo ignoto mar en frágil nave
Descubrí un nuevo mundo, que escondido
Al otro mundo estaba. Tus clamores
Acalla: *antes que el día*
Rompa en Oriente desparciendo albores
Verán tus ojos ávidos al pueblo
Gozoso rodear la nave, nuncio
De paz, y de consuelo, y de alegría.
Ya de Iberia el lamento
Oyó propicio el cielo, y apiadado
Progenie ilustre ha dado
Al trono de Castilla;
En él brilla radiante
El nombre de Isabel en grato agüero,
Como brilla triunfante

Tras fiera tempestad algún lucero.»
 Dijo: súbito trueno
Retumba en la alta esfera: la sagrada
Sombra se hundió: Almendares
Sigue su curso rápido y sereno:
De la luna plateada
Vuelve á brillar la luz: y el alto Genio
Desparece diciendo: «Alienta, Habana;
Y en tu recinto suene entre el contento
Isabel, Isabel.»—Y en la lejana
Colina, el eco trémulo, apagado,
De Isabel volvió el nombre idolatrado:
Y de onda en onda vaga repetido,
La sombra errante del valiente Soto (1)
La escuchó; y conmovido
Endulzando su fúnebre lamento,
Isabel, dijo en moribundo acento.

A UNA NUBE

I

 Nube cándida y alegre,
Entre nubes escogida,
De blando soplo impelida
Vas á ocultarte en la mar.
 Y yo, que al mirarte ¡ triste!
Ví en tu pureza á mi amante,
Quedaré solo, anhelante,
Buscándote en vano ya.

II

 El alerta marinero
Al verte en la lejanía,
Clamará con alegría,
"Una nave!—Vedla allí!"

(1) Alude á la notable coincidencia de llamarse también Isabel la esposa de Hernando de Soto, Adelantado de la Florida, y tercer Gobernador de la Isla de Cuba, muerto en la conquista de la Florida en 1542, y cuyo cadáver fue arrojado al agua dentro de un tronco hueco de encina para evitar que fuese profanado.

Te acercarás; pero viendo
Su vivo afanar burlado,
Se entristecerá el cuitado,
Como yo me entristecí.

III

¡Con qué placer el piloto,
Al alzar la mustia frente,
Te verá en el claro Oriente
Tras la fuerte tempestad!
Sus ojos ya en tí fijando,
Ya en la mar tranquilizada,
Con trémula voz, turbada,
Al cielo bendecirá.

IV

Ah! Si Dios me concediera
Del mundo vil ausentarme,
En espíritu mudarme,
Ir en tu seno á morar!......
En tí oculto, palpitando,
Viérame el luciente día,
La noche clara y la umbría,
La calma y el temporal.

V

En la alta noche, serena
Bajara al suelo adormido,
Cuando en silencio y olvido
Sepultado el mundo está.
Y en torno á mi dueño amado
Temblando revolaría,
Y aun tal vez me atrevería
Su pura frente á besar.

VI

Ilusiones!......ya del viento
La ráfaga voladora,
Nubecilla encantadora,
Del cielo te arrebató.
Así mi prenda adorada
Me arrebataron, impíos!
Pero fué á los ojos míos,
No á mi ardiente corazón.

RECONCILIACIÓN

De amor el fuego divino
Vuelva á arder, prenda adorada,
Que no es vida la pasada
Sin disfrutar del amor.

No escuches la voz mentida
Que á entrambos nos pinta infieles:
Quieren probemos ¡ crüeles!
En vez de gozo, dolor!

A mis ojos más que nunca
Pareces encantadora;
Sé por siempre la señora
De mi ardiente corazón.

Goza en paz el dón dichoso
De agradar y ser amada;
No deseches engañada
Mi respetuosa pasión.

Como el arroyo que corre
Por bajo fresca sombría,
Que apenas la luna fría
Lo vé ni la luz del sol:

Así nuestra vida oscura
Corra en secreto, ignorada,
Bajo la sombra encantada
De las alas del amor.

Y cuando la muerte corte
Nuestra amante alegre vida,
Y en nuestra tumba escondida
Crezca la flor sepulcral,

Al curioso vïandante
La triste gente inmutada
"Se amaron," dirá bañada
En tierno llanto la faz.



D. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

D. José Heriberto García de Quevedo nació en Coro el año de 1819. Fueron sus padres D. J. García de Quevedo y Dª Josefa María Druin de la Bourdonaie y Fernández de Peralta. A la edad de seis años fue enviado á Pto. Rico, donde moraban ya sus padres, á consecuencia de los acontecimientos políticos de aquella época. Perfeccionó sus estudios en Francia y en España, y viajó luégo por los demás países europeos y por América, Africa y Asia. Redactó junto con Baralt uno de los órganos mas calificados de la prensa madrileña; publicó varios dramas y novelas y numerosas poesías. Sirvió en la Guardia Real, se distinguió en la diplomacia española y recibió de la Corona honores y condecoraciones. Murió en París el 6 de junio de 1871, de resultas de una herida de bala recibida el 18 del anterior mes de mayo al pasar por una barricada de la Comuna.

A CRISTÓBAL COLÓN

CANTO ÉPICO

Blanca paviota, osada aventurera,
Que en ola azul al céfiro mecida,
La dulce deja atrás, patria ribera,
Por la inconstante mar desconocida;
Y acaso en la mitad de su carrera
Por desecha borrasca sorprendida,
Al primer rayo que hórrido retumba,
Halla en medio del mar líquida tumba:
Tal del inmenso piélago salado
En medio al rebramante remolino,
Brevísimo bajel va denodado
Por do ningún mortal halló camino;
Y así como divide el viento airado
Fugaz un fuerte pájaro marino,
No corta el mar, sino en sus ondas vuela
Veloz la empavesada carabela.

De pie un varón sobre el movible puente
Se mira en ademán meditabundo:
¿Qué pensamiento audaz traza en su frente
Ese surco de arrugas tan profundo?
Débil mortal, en su ambiciosa mente
Como si fuera un Dios sueña otro mundo:
Y aquél su sueño á realizar, gigante,
Osado busca al fin del mar de Atlante!
¿Quién es el noble espíritu alentado?
—Colón, el genovés esclarecido;
Aquél que el mundo aclamará asombrado
Por el mayor de cuantos han vivido:
El, de un siglo ignorante, calumniado,
De contraria fortuna perseguido,
Ora al través de las bramantes olas
Conduce las enseñas españolas.
Por él la Europa entera fué testigo
De á do pueden llegar el sér humano,
El infortunio y el saber: amigo
Un suelo no encontró ni amiga mano
En su ímprobo penar: como un mendigo
Holló el confín inglés y el lusitano,
¡Y al ofrecerles su inmortal presente
Iluso le llamaron y demente!
Doblado so la inmensa pesadumbre
De un pensamiento colosal, inclina
Aquella noble frente que la lumbre
Del genio con sus rayos ilumina:
Al través de la ignara muchedumbre
Solo con su valor, recto camina,
Y ni el peligro el pie veloz retarda,
Ni el sarcasmo del vulgo le acobarda.
Con fe tan pura en anteriores días,
Cuando á vencer al tártaro profundo
Murió sobre una cruz el rey Mesías,
Sumo holocausto al universo mundo:
Sobre naciones cultas y bravías
Desde la cima del collado inmundo,
Los apóstoles fuertes se lanzaron
Y su inmortal doctrina predicaron.
En tanto el inspirado peregrino,
Cuyo valor ningún peligro aterra,
Va recorriendo en áspero camino
Los más grandes imperios de la tierra:

Ya en Portugal, al reino más vecino,
Aunque agitado de intestina guerra,
Como un viandante se dirige, oscuro,
Con firme corazón y pie seguro.
  Que ciñen de Castilla la corona
Dos héroes que la luz de Dios inflama:
El moro por invictos los pregona,
El mundo por heroicos los aclama:
Sus altos hechos de una en otra zona
Publican las cien lenguas de la fama,
Y el católico mundo ama y venera
Su triunfante, católica bandera.
  Mas la cárdena envidia le combate
Allí también, y la ignorancia fiera:
Y á la fatiga del mortal embate
En la dura, asperísima carrera,
El fuerte corazón duda y se abate
Y acaso ya del triunfo desespera;
Cuando del alto solio castellano
Tendió Isabel su prepotente mano.
  ¡Isabel! ¡Isabel! Nombre querido,
Princesa digna de inmortal memoria,
Timbre español el más enaltecido,
Claro blasón de nuestra patria historia!
De cuantas glorias en el mundo han sido,
¿Cuál más pura y más santa que tu gloria?
¿Qué reina de sus pueblos más amada?
¿Qué fama de los siglos tan alzada?
  Ella tendió su mano al extranjero,
Acorrió al capitán menesteroso,
Y al resonar suavísimo y severo
En el mundo su acento poderoso,
Brío infundió al cobarde caballero,
Largueza al traficante codicioso,
Calló la envidia y de su vil jactancia
Se avergonzó la estúpida ignorancia.
  Muy pobre de tesoros mundanales,
Si tan rica en virtudes y laureles,
Sus vestiduras despojó, reales,
De preciados adornos y joyeles:
Abrió á Colón sus puertos y arsenales,
Y armas y oro, y marinos y bajeles,
Y aún más le dió que su poder alcanza,
Pues que le devolvió fe y esperanza!

Y el viajero partió de gozo lleno
Dejando atrás sus adoptivos lares,
De amargas dudas y temor ajeno,
Anhelando surcar ignotos mares:
Mas, ¡cuánto sinsabor, cuánto veneno,
Y fatigas y túrbidos azares
Reservaba maléfico el destino
Al intrépido nauta en su camino!
Serena está la mar. Blandas flamean
Al dulce soplo de espirante brisa
Las lonas, y los astros centellean
Sobre las olas de la mar sumisa:
Las naos suavemente se menean,
Su marcha prosiguiendo ya indecisa,
Cuando, de estrago présagos y horrores,
Llegan hasta Colón roncos clamores.
El rumbo á proseguir que mira incierto
Se resiste la chusma amotinada,
Volver ansiando al conocido puerto,
Al seno dulce de la patria amada:
Dudoso el triunfo, y el peligro cierto,
A la razón apela de la espada,
Y ya en abierta rebelión, vocea
Con amenazas de mortal pelea.
Que en el piélago azul, inmensurable,
Donde bogando van día tras día,
A cada nuevo sol, una, inmutable,
Ven ante sí la inmensidad vacía!
Y en vano sopla el viento favorable
Sobre el dormido mar; que á la agonía
Poco son, de temores impacientes,
Viento feliz ni plácidas corrientes.
Impávido Colón, con faz serena,
Cercado de la turba enfurecida,
Alza la fuerte voz de imperio llena
Que á los más furibundos intimida:
A éste persuade amigo, á aquél refrena,
Y á todos por igual sabio convida
A prolongar un tanto su esperanza,
Ofreciéndoles pronta bienandanza.
Mas de nuevo se oyó sordo rüido,
No ya de los soldados turbulentos,
Sino el confuso, atronador rugido
De recios mares y encontrados vientos:

Truena del rayo el lúgubre estampido,
Braman los desbocados elementos,
Y encubre en derredor tiniebla oscura
Los cielos y la líquida llanura.
Arrojan los iberos temerosos
Las inútiles armas homicidas,
Y á la maniobra acuden presurosos,
Unica salvación de tantas vidas.
Mas los mástiles ceden ponderosos,
Quebrántanse las jarcias sacudidas,
Y ofrece por doquier la cruda suerte
Lenta, espantosa, inevitable muerte.
Sepáranse las ondas espumantes,
Y al báratro descienden sumergidos;
Ya del cielo se ven menos distantes
Sobre diáfanos montes suspendidos:
Roncos rugen los truenos rebramantes
Entre lampos de sangre enrojecidos,
Y ayes de horror y gritos de amargura
Redoblan el conflicto y la pavura.
Mas de pronto, en sus iras fatigada,
Calla la ronca voz de la tormenta,
Y de la gente ibera acongojada
El desmayado corazón alienta:
La opaca lobreguez ya disipada,
De nuevo el cielo azul la faz ostenta,
Y ya en Oriente el mar y el cielo dora
Entre nubes de púrpura la aurora.
Y ven allá do el horizonte cierra,
Densas fajas de niebla blanquecina
Cual suelen elevarse de alta sierra
A la ribera de la mar vecina:
Y al alegre clamor de *Tierra! Tierra!*
La aguda prora el rumbo ya encamina
El sabio timonel, de gozo henchido,
En derechura al puerto apetecido.
Y entre víctores altos de alegría
Como al punto navegan más cercanos,
Cernerse ven en la región vacía
Pardos picos de montes soberanos;
Y á la fulgente luz del rey del día,
Como brotó de las eternas manos
La creación, del mar en pompa gaya,
Con lenta majestad surge la playa!

Y árboles mil de espléndida verdura
En espesa, amenísima enramada,
Ante la cual son árida tristura
Los cármenes felices de Granada;
Y cerca una feraz, amplia llanura
Por lejano horizonte limitada,
Do compiten las yerbas y las flores
En color y balsámicos olores.
Entre el ramaje de la selva umbría
Semivelada aún de pardas brumas,
Y en el valle feliz que alumbra el día,
Y del mar en las cándidas espumas,
Pueblan el aire en múltiple armonía
Canoras aves de variadas plumas
Do juntas brillan la amarilla gualda,
La púrpura, el zafiro y la esmeralda.
Y á dar vida á los mágicos verjeles
Que el Atlántico mar sumiso baña,
Entre rosas y mirtos y claveles,
Los fuertes hijos de la heroica España,
Ven brutos mil de tachonadas pieles,
De grandor desigual y forma extraña,
Leves triscando en la florida alfombra;
O de un árbol tendidos á la sombra.
Mientras del margen en la blanca arena
El húmedo dejando, caro asilo,
Con paso semejante al de la hiena
Resbala el verdinegro cocodrilo:
Y el cielo, el mar, y la campiña amena
Do alienta sólo el céfiro tranquilo,
En silencio dormitan y bonanza,
Plácidos cual la luz de la esperanza.
Mas súbito lanzó la hispana gente
Grito de admiración: apresurados
Se encaminan del mar á la vertiente
Espesos grupos de indios colorados:
Varones y mujeres igualmente
De prolijos cabellos adornados,
De recios miembros y de rostros crudos,
Altos, fuertes, esbeltos y desnudos.
Prosiguen los iberos bordeando
En sus frágiles vasos por la costa:
Puerto seguro á su valor buscando,
Por no arriesgar lo hallado á tanta costa;

Y al fin entre mil riesgos, enfilando
Tortüosa vereda cuanto angosta,
Hallan ledo remanso de agua pura
Ornado en torno de inmortal verdura.
  Mas con fiero ademán á la ribera
Los indios de aquel mundo habitadores,
Al són de ruda cántiga guerrera
Se acercan en tropel: los viajadores
Que no domó el terror ni el riesgo altera,
Al aire los pedreros bramadores
Disparan, y al insólito rüido
Huye el pueblo feroz despavorido.
  Y apenas fija en la menuda arena
El inmortal Colón el pie seguro,
Unánime cantar los aires llena
De ardiente gratitud y gozo puro:
Y allí brillando en majestad serena,
Signo de redención al suelo impuro,
La multitud saluda arrodillada
La cruz que fué en el Gólgota ensalzada.
  ¡Y en aquellas vastísimas regiones,
Del hondo valle á la empinada cumbre,
Sobre una y diez y cien generaciones
De la fiera, pagana muchedumbre,
Inflamará los rudos corazones
De nuestra santa fe la pura lumbre,
Y en cuanto ciñen dos gigantes mares
Se elevarán de Cristo los altares!
  ¡Salve, varón ilustre y generoso,
En valor y constancia sin segundo,
A cuyo pensamiento poderoso
Surgió entero del mar un nuevo mundo!
Si el cielo por arcano misterioso
Permitió que un viandante vagabundo
Después de tí su nombre audaz legara
Al triunfo que tu fe sólo alcanzara:
  ¡Paz á tus sacros manes, sombra altiva!
En el eterno libro de la historia
Página alguna que mortal escriba
Eclipsará el recuerdo de tu gloria:
¡Vencedora tu fama siempre viva
Cruza al través del tiempo y la memoria,
Y ardiente late el corazón del hombre
De amor y orgullo al escuchar tu nombre!!

¡A ITALIA!

ODA

Como en la azul atmósfera,
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto Océano
Y el mundo vé á sus pies;
Mas si flechero impávido
Tiro mortal le asesta,
Herida el ave ciérnese
Y luégo en la alta cresta
Ya moribunda abátese
Rendida su altivez:
Así caíste, ¡oh mísera!
De la sublime cumbre;
Y ora so el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La antes soberbia faz;
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,
Sin que haya un sér magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡Ni un campeón intrépido
Que ose por tí lidiar!
¡Que! ¿Sólo esclavos tímidos
Se nutren en tu seno?
¿La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detrás de sí?
Tú, patria de los Césares,
Camilos y Escipiones;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿No tienes ya ni mártires
Que osen morir por tí?

Cuánto en el alma inspírame
Honda piedad tu llanto!
¡Cuánto, oh matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto
Dolor infunde al férvido
Ansioso corazón!
¿Y á quién no mueve á lástima,
¡Oh Italia! tu amargura?
¡Ay! tus arroyos límpidos,
Tus campos de verdura,
¿Mas qué?... ¡tus mismas lágrimas
Libres tampoco son!
Raza de esclavos trémulos,
Nación degenerada,
De tus abuelos ínclitos
Osa empuñar la espada!
¿Qué esperas ya? — ¡Levántate!
¡No más esclavitud!
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola!
¿Hay en tus campos fértiles,
Hay una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud?
¡Sus! ¡Al combate! el ánimo
No os faltará, guerreros!
Brillen al aire fúlgidos
Desnudos los aceros!
Pueble el espacio el hórrido
Bramido del cañón!
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo
Y á la ardua lid arrójense,
Con brío sin segundo
Mil y mil dignos émulos
De Bruto y de Catón!
Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla:
¡Supremo Dios! ¡ayúdales
En la revuelta lid!
¡Sus! mis valientes ítalos,
Ilustres ciudadanos!

La Italia sus Termópilas
Tendrá y sus Espartanos!
Ya so la regia púrpura
Tiembla el tirano vil!
   Y si al romper impávidos
Nuestra servil coyunda
Morís, nunca del héroe
La sangre fué infecunda;
Que es el morir dulcísimo
Por patria y libertad!
Sabed nuevos Leónidas
Morir con frente altiva!
¡Dará á los sacros túmulos
Honor la siempreviva
Y al llanto de las vírgenes
El lauro crecerá!
   Mas ¡ay! el estro olímpico
El fuego sacrosanto
Del genio sumo fáltame
A tan sublime canto;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débil es...
¿Qué importa? El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!
   Tal vez la humilde cítara
Indigna de memoria
Mejor entone el épico
Cantar de la victoria.
¡Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!
Y si su gloria efímera
Con el cantar perece
¿Qué importa? Al vate bástale,
Como á la flor que crece
El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.
   ¡Sus! mis valientes ítalos,
¡Sus! al feroz combate!
Responda al rudo cántico
Del extranjero vate,

Responda el grito altísono
De libertad y honor!
Y cuando la vorágine
Del tiempo, en lo futuro
Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre oscuro,
Sólo una amiga lágrima
Os pedirá el cantor.

A PÍO IX

Fiat Lux . . .

Del más excelso trono
Que leyes dicta á la asombrada tierra;
De allí, donde sin iras, sin encono,
Lanzaste el grito de la santa guerra
Contra abusos tiránicos
Que el tiempo sancionó cual sabias leyes,
Ejemplo dando, altísimo,
A los pueblos á un tiempo y á los reyes;
Desde el sublime asiento
A do el Cielo ensalzó tu mansedumbre,
Do de saber y de virtud portento
Te admira la extasiada muchedumbre:
Oye, Señor, el cántico
Que por mi voz eleva hasta tu alteza
El entusiasmo férvido
De un pueblo admirador de tu grandeza.
Que en tí, Señor, reside
De Dios el almo espíritu fecundo
Que en el Cielo del sol la lumbre mide
Y agita el mar y fertiliza el mundo:
Cuya mirada fúlgida
Abarca el orbe y la estrellada esfera,
Y traza en orden rápido,
Su suerte al hombre, al astro su carrera.
Hízote el Poderoso,
Como al Profeta Rey, prudente y sabio;
Como al suyo, á tu acento sonoroso
Dióle la unción divina de su labio;

Nuevo Moisés, del Sinai
Celestial, remontándote á la altura,
Diste á tu pueblo un código
De amor y de esperanza y de ventura!
Hablaste. Tus acentos
Despertaron á un pueblo adormecido,
Y en las alas llevados de los vientos
Recorrieron el orbe extremecido.
Bajo el dosel espléndido
Los déspotas también los escucharon,
Y envueltos en su púrpura
Con el frío del miedo tiritaron.
Hablaste......y al sonido
De tu inspirada voz se extremecieron
Los restos entregados al olvido
De los fuertes varones que vivieron:
En sus modestos túmulos
Gimieron de placer los Escipiones,
Y en eco respondiéronles
Las cenizas de cien generaciones.
La sangre esclarecida
Hirvió de los egregios genitores
Y en las venas corrió con nueva vida
De los degenerados sucesores,
E interminables vítores
Saludaron al nuevo soberano
Del Tibre al Volga gélido,
De Europa hasta el confín americano.
Cual de la excelsa cumbre
Lenta desciende la gigante roca,
Mas luego, por su misma pesadumbre,
Ya corre, ya hacia el llano se desboca;
Y en su carrera rápida
Detrás de sí dejando inmensa calle
Trueca en desnudo páramo
El bosque, hasta llegar al hondo valle:
Tal contra el soberano
Impulso, que en tu amor al pueblo diste,
El mundo entero se opusiera en vano,
Que es misión que del Cielo recibiste.
¡Sigue, Señor, impávido,
No te arredre la lid, sigue adelante!
¿Qué temes á los déspotas,
Si pugna en tu favor el sumo Atlante?

De estragos y rencores
El tiempo fué. La lucha encarnizada
Del pueblo y sus cobardes opresores
Finará maldecida y execrada:
En vez del casco férreo
De los Julios, tu frente encanecida
Defienda el Santo lábaro,
Signo de redención y eterna vida!
Que el Salvador divino,
De luto y sangre, y de rencor y guerra,
No infausto nuncio al universo vino,
Sino de amor y paz nuncio á la tierra:
Y cuando allá del Gólgota
Le vió espirar la maldecida cumbre,
Rindió el divino espíritu
Entre acentos de amor y mansedumbre!
Hombres de entrambos mundos,
¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta
Y rica en bienes de virtud fecundos
De la alma libertad la egregia planta!
¡Ved cuál ocultan trémulos
Los tiranos la torva faz impía
Al ver el astro présago
De la unión, y la paz, y la alegría!
Y tú, Príncipe augusto,
Padre del pueblo, sacerdote santo,
Tú, que la gloria cifras en ser justo
Y enjugar de tus súbditos el llanto:
¿Al corazón magnánimo
Ya qué le falta para ser dichoso?
Ver en su amor al ítalo
Libre y feliz, y grande y poderoso!
Y lo será. Ya leo
Del hondo porvenir en los arcanos;
En solo un pueblo ante mis ojos veo
Los numerosos pueblos italianos:
Unido al de Parthénope
El romano y lombardo y el de Etruria,
Y el piamontés intrépido,
Y el navegante audaz de la Liguria!
De bárbaros confines
Veo acudir millares de paganos,
Acatando de Dios los altos fines,
A abjurar sus errores en tus manos.

"¡ Aqueste es el Pontífice
Del verdadero Dios: su fe es la santa !"
En inefable júbilo
Postrados clamarán ante tu planta.
¿ Y á cuál más pura gloria
Pudo aspirar en su ambición el hombre?
En el inmenso libro de la historia,
¿ Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?
La gloria, cual relámpago,
Cae del tiempo en el báratro profundo;
Pero tu fama altísima
Vivirá tantos siglos como el mundo!!!

ODA A LA LIBERTAD

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura,
O torpe iniquidad:
Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdón sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:
¡ Tal es la libertad !
Hija de Dios, de su bondad esencia,
Dón el más alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino
Al hombre se ocultó:
Negra ambición, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía,
Tal vez la encadenó......
Mas no puede morir: lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo:
Ni el hacha enrojecida del verdugo
Enerva su virtud!
Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,
Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!

Poco son á humillarla los tiranos,
Que el mundo ve y conoce sus derechos;
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos,
Mil émulos y mil;
Que so el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones,
Y hacen servir los pueblos y naciones
A su torpeza vil!
Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crimen y el error:
No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte;
Símbolo del perdón es su estandarte,
¡Su blando imperio, amor!
Y lidia, sí; pero en leal palestra;
Atacada, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora
Que es numen celestial;
Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza:
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!
¡Pueblos! No es el rencor ni la codicia,
Ni la torpe ambición ni la ímpia guerra,
Los símbolos que anuncien á la tierra
Que ya lució su edad:
Si veis orden y paz, amor, justicia,
Adunados reinar en grata calma,
Alzad entonces al Criador el alma:
¡Esa es la Libertad!

A CARACAS

En la falda de un monte que engalana
Feraz verdura de perpetuo abril,
Tendida está, cual virgen musulmana,
Caracas la gentil;

Y la corona de flotantes brumas
Que se cierne en la cima secular,
Parece un velo de nevadas plumas
Que Dios la quiso echar.
Reina feliz de tan hermoso suelo,
Patria de más de un célebre varón,
¿Por qué al llegar bajo tu limpio cielo
Se oprime el corazón?
¡Ay triste! Miro de la patria historia
Mustias hoy la belleza y majestad!
¿Será qué olvidas tu pasada gloria,
Tu antigua libertad?
¡No! Que aquí en derredor, el alma mía
Ve, rebosando en brío y altivez,
La generosa juventud que un día
Será tu orgullo y prez.
Noble plantel de heroicos ciudadanos
Que promete á tu gloria el porvenir,
¡Sin mancha el corazón, puras las manos,
Guardad hasta morir!
Casi extranjero en el solar nativo,
Peregrino y oscuro trovador,
Arde en mi corazón, empero, vivo,
El puro, patrio amor!
El inspira mi voz en tal momento,
Presta á mi alma brío sin rival,
¿Sordos seréis al dolorido acento
Del seno maternal?
¡No lo seréis, por Dios! Los ojos fijos,
Escrito leo allá en lo porvenir:
¡Madre que tiene tan heroicos hijos
No puede sucumbir!
Despreciando esta vida transitoria,
Por la justicia y por la ley pugnad!
¡Feliz quien lega perennal memoria
Á la futura edad!
Yo en la madre común, la heroica España,
Daré á cada virtud una canción,
Y al recuerdo será, de cada hazaña,
Altar mi corazón!

MEDITACIÓN

¡Noche callada, límpida, serena,
Cuán bella pasas á mis tristes ojos!
Mécese en el zenit la luna llena,
Y dorados manojos
De estrellas rutilantes, en su lento
Grandioso movimiento
Por la bóveda azul, blando rocío
De luz desparcen sobre tierra y mares,
Los límites salvando, seculares,
Del nunca hollado campo del vacío.
¡Cuántos sucesos, ay! cuántas edades,
Cuántos claros renombres,
Virtudes y maldades,
Y generosos y mezquinos hombres
Vuestros rayos castísimos miraron,
Que efímeros pasaron
Y á sumirse volvieron
En el golfo sin fin de que salieron!
Edades mil y mil generaciones
Contemplaréis aún: altas virtudes,
Torpes vicios, volcánicas pasiones,
Flacos y levantados corazones......
¿Mas será vuestra luz la luz eterna
O bien en la superna
Región donde os contemplo suspendidos?
¿Se apagarán también vuestros fulgores,
En los propios ardores,
Como los otros fuegos consumidos?
Escrito está que un día
Atravesando la región vacía
Con indecible pompa
De miedo y de terror y de amargura,
En la tiniebla oscura
Se oirá de un ángel la estridente trompa,
Alta de Dios la omnipotente mano
Secará el oceano,
Y llena hasta los bordes la medida
De cuanto á la existencia fue creado,

A átomos impalpables reducida
Esta masa de fango ensangrentado
Que tierra se llamó, caerá perdida
De la nada al abismo limitado.
Mas del libro en las páginas eternas
Leo también que vuestros dulces ojos
Se apagarán: la mano creadora
Del tiempo al resonar la última hora
Cerrará vuestros párpados amante
Cual cierra palpitante
De piadosa emoción, el triste anciano,
Con temblorosa mano,
Los ojos de la virgen sorprendida
Por la feroz guadaña de la muerte
En medio del tumulto de la vida!
La creación entera estremecida
A la voz de Jehovah, más alta y fuerte
Que el tremendo rugido
Que lanza el ancho mar, embravecido
So el rudo azote de huracán violento;
Del alto firmamento,
Poblando los abismos insondables
De la ignorada inmensidad vacía,
Oirá tronar en notas espantables
Que al fin llegó su postrimero día!
Como, en vano, los ojos tras la huella,
Ansiosos vagan de perdida estrella,
Rápida exhalación, hija del rayo,
En tibia noche del florido mayo:
Como, en vano, se ofuscan
Cuando afanosos buscan
La levísima gota desprendida
De una trémula mano
En el vasto raudal del oceano:
Colmada la medida
De los tiempos del mundo, el tiempo mismo
Se hundirá en el abismo
De la honda eternidad, madre terrible
Que el límite al pisar del crudo plazo
Ahogará á su hijo en un abrazo,
Dándole en sus entrañas tumba horrible!
¡De todo lo creado
No quedará ni sombra ni memoria!
¡De tanto padecer, de tanta gloria,

De tanto mal temido ó bien ansiado,
Ni un eco repetido
Ha de quedar, ni un lúgubre gemido!
¿Cómo puede, Señor, el débil hombre
Al pensar de esos soles en la muerte,
Necio, llámarse fuerte,
Soñar, impío, eternizar su nombre?
¿Cómo en su corazón, lodo mezquino,
Rencores amasar, sentir pesares,
Divinizar efímeros amores,
Aherrojar á sus plantas el destino?
Millares de millares
De siglos pasarán, los resplandores
Antes que apagues tú, de esas lumbreras
Que son en las esferas
De tu gloria elocuentes narradores:
Y siglos mil antes del sumo día,
Esta generación que alienta ahora
Y se agita y combate en lucha impía
Sobre este espacio oscuro, limitado,
De lágrimas y crímenes forjado,
Verá llegar su postrimera hora!
Y, empero, ciega, estúpida, opresora,
Pugna por alcanzar en la ardua liza
El premio del valor ó el del talento!......
¡Ceguera miserable!
¡Tan infando rencor, tal ardimiento,
Por lo que es vil ceniza,
Vanidad, ilusión, polvo impalpable!
¡Cuántos nombres ilustres, afamados,
Y ánimos levantados,
Generosas pasiones,
Viles, desenfrenadas ambiciones,
Rodarán confundidas,
Indistintas moléculas, perdidas,
En la vasta grandeza
De la madre común naturaleza!
¡Claros soles, inmensos reverberos,
Un día moriréis!......Y los humanos,
Crïaturas fugaces de un minuto,
Se persiguen arteros
Como hambrientos milanos
Recogiendo en sus odios carniceros
Llanto por galardón, sangre por fruto!

¡Señor, Señor! ¡Cuando afligido pienso,
Cuando en callada soledad medito
Lo que suma el mortal más encumbrado
Ante la inmensidad de lo creado,
Me humillo á tu poder sumo, infinito!
Átomo imperceptible en el inmenso
Piélago de los seres, ¿qué es el hombre?
–¡Cuando más un sonido, un soplo, un nombre!



D. JERÓNIMO E. BLANCO

En Caracas, el 14 de agosto de 1819, nació el Dr D. Jerónimo E. Blanco. Sus padres, D. Ramón Blanco de Uribe y Ponte y Dª María de las Mercedes Ribas y Galindo, le educaron con esmero. Obtuvo en la Universidad de Caracas el grado de Doctor en Medicina y Cirujía. Ejerció con crédito su profesión. Fundó y regentó varios Colegios en Caracas y en La Guaira. Médico del Ejército Nacional en diversas épocas, alcanzó el grado de General de Brigada.

Fué Individuo Correspondiente de la Real Academia Española y de Número de la Venezolana; miembro del Congreso Oftalmológico de Bruselas y Censor del Tribunal de la Facultad Médica de la República. Fué honrado con importantes cargos civiles y diplomáticos, entre estos con el de Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos del Norte y en el Brasil.

Inició la fundación de varios Cuerpos científicos y literarios, redactó algunos órganos de publicidad, y ha dejado importantes obras de Medicina, Filología y Literatura.

Murió en Caracas el 4 de julio de 1887.

RIBAS

FRAGMENTOS

"Conmemorar lo que es digno de la posteridad es misión que siempre honra. Si es cierto que pocos ganan la palma, también lo es que el no alcanzarla no desdora."

FERMÍN TORO

"Ribas, en menos de cuatro años de lucha, dió materia á romances que en el día de la posteridad, y á la lumbre del hogar, recitarán las madres á sus hijos para que éstos crean que son fábulas."

CECILIO ACOSTA

INTRODUCCIÓN

"Libertad! nuestros padres son tus mártires; osamenta veneranda, tus ofrendas; y la América, tu templo."

Cuando abrimos de Colombia
Los maravillosos fastos,
Y de sus hijos ilustres
Las proezas contemplamos:
Cuando á esa hija de héroes,
Vemos nacer, como el rayo,
Al estruendo de dos mundos
Que, ardiendo en ira, chocaron;
Nosotros, que ayer nacimos,
Cuando sus postreros lauros
Ceñían su frente noble,
Que brillaba como un astro;
Al verla súbito hundirse
Con su CAUDILLO afamado,
A quien tumba prematura
Le abrieron pechos ingratos,
Quisiéramos, de la tumba,
Rasgar el fúnebre paño
Que oculta el honor, la gloria
Y el orgullo colombiano:

Esperar que renacieran
Tantos varones preclaros:
De la libertad el iris
Con ellos ir tremolando;
Y al grito de "¡Gloria ó muerte!"
Y tras uno y otro asalto,
Hollar con planta segura
La cumbre del Chimborazo!
....
....
....
....
Esperanza engañadora,
Ilusión, deseos vanos,
Quimérica fantasía;
Delirios del entusiasmo!
Sol de Colombia, Bolivar,
La esclareció con sus rayos;
Colombia, luciente luna,
Tras el sol bajó al ocaso!......
Ah! La nación poderosa
De la libertad santuario:
La lumbrera de la tierra,
Que brillaba como un astro,
Con sus virtudes, sus glorias,
Su admiración y su pasmo
Y sus inmortales héroes,
Pasó...... para siempre acaso!
La historia de uno de ellos
Tiene prodigios tan raros,
Que parecen fabulosos
A los mismos colombianos.
Mas de Colombia, la egregia,
La que mil héroes fundaron,
Sólo guarda el mapa un nombre;
Y el mundo, recuerdos gratos.
A eternizarlos, oh Musa,
En pechos republicanos
Y en versos que no se olviden,
Fácil inspira mi canto.

CUADRO I

LA CUNA DEL HÉROE

"El origen del carácter se encuentra muchas veces en el linaje; y no pocas es la familia el pronóstico del destino."

LAMARTINE

El año mil setecientos
Setenta y cinco, lector,
Nació José Félix Ribas
En Santiago de León,
En esta ciudad famosa
Donde Bolívar nació
Para blasón de su patria,
Para ser libertador:
Donde han nacido mil héroes,
Donde otro tiempo vivió
CARACAS, indiano ilustre,
Guerrero de gran valor,
Cuyo nombre, el amor patrio,
Por ser patrio, prefirió
Al de Santiago, que tiene
Origen del español.
Eran los padres de Ribas
Ricos hidalgos de pro,
En cuya casa brillaba
Claro y antiguo blasón.
Tenían, por ser ilustres,
En la Córte, alto favor;
Y, por su genial llaneza,
Siempre el pueblo los amó.
Y los Ribas á la patria
Le dieron, por tal amor,
Cuanto en el mundo sonríe
Al humano corazón;
Que, por libertad y patria,
Quien es noble, vive Dios,
Da la hacienda y da la sangre
Sin reserva y sin temor.
RIBAS ya desde la cuna
Tan belígero fulgor
En los ojos reflejaba,
Según es pública voz,

Que la previsión materna,
Que jamás se equivocó,
Puso la suerte del niño
Bajo el amparo y favor
De la pura, Inmaculada,
Milagrosa Concepción,
De la Reina de los cielos,
Virgen y Madre de Dios.
Y es fama que desde entonces
La faz de RIBAS brilló
Con aureola divina
En todo lance de honor.

CUADRO II

EN LA QUINTA

"Por cualquier parte de la aldea que uno fuese, todo sabía á contento, placer y fiesta."

CERVANTES.

Al oriente de Caracas,
De buen camino á una legua,
Al pie del Ávila existe
Cercado de sementeras,
El pueblo más belicoso
De cuantos hay en la tierra,
Que del indiano Chacao
Brío y nombre á un tiempo hereda.
Junto al pueblo, en una quinta,
Que, lo que fué, bien recuerda
Por los deliciosos prados
Y cafetales que ostenta,
Diligentes y festivos,
Aderezando una mesa
Por los anchos corredores,
Pajes, con ricas libreas,
Al paso, con los curiosos,
Que, como á su casa entran,
Y les hacen mil preguntas,
Se cruzan, y se tropiezan,

Y platican, y se ríen;
Pero pasan como flechas,
Que aunque el dueño de la casa
Bien se ve que no está en ella,
También se ve que le sirven
Con extremada presteza,
Porque tiene tal carácter,
Que le aman y respetan.
Así, al paso que acomodan
Platos, copas y botellas,
Se asoman á las ventanas
Y se agrupan á las puertas;
Y al ver que no lejos se alza
De polvo una nube densa,
Y que ruido de corceles
Se oye, se calma la gresca;
Y lacayos y curiosos
Corren juntos á las rejas,
Y "¡es el amo,!" exclaman todos,
"El amo, que está de vuelta."
En medio á una comitiva
Que hacia la quinta se acerca,
En un alazán fogoso
Un caballero descuella.
Muy gentil es su apostura,
Noble su talla y esbelta,
Grave su voz y sonora,
Y gallardas sus maneras.
Con el tricorne saluda,
Y aquella su forma apuesta
Gana el afecto de todos;
Y que es hidalgo demuestra
Su traje á lo Luis dieziocho
Con recamos de oro y seda,
La espada de cruz al cinto
Y de oro las espuelas.
Sus grandes y azules ojos
Brillan como dos estrellas,
Y sobre su frente altiva
Luce undosa cabellera,
Castaña cual los mostachos
Que el rojo labio sombrean,
Y la tez rosada y blanca
Origen bretón revela.

Mancebo tan arrogante
José Félix Ribas era,
Quien, con parientes y amigos,
Á holgar á su quinta llega.

Es una tarde animada
De noviembre, clara y fresca:
El aire todo es aromas,
Y matices la floresta.
El rubio sol en ocaso
Cortinas de grana cuelga
En su lecho de zafiro,
De rubí, topacio y perla.
Alegre canta el aldeano,
Y la guitarra puntea,
Susurra el viento apacible,
Trina el jilguero en la selva,
El arroyuelo murmura
Serpeando en la pradera,
Y llenando sus panales
Zumba la industriosa abeja.
Trasparente vapor de agua,
Trocado en menudas perlas,
Del crepúsculo á los rayos,
Sobre las plantas rïela.
Y, en un suspiro de aromas,
La candorosa azucena
Tiernos amores descubre
Que su casto pecho encierra.
Todo era allí poesía:
Cada arroyo era una endecha;
Cada flor era una estrofa;
Cada pájaro, un poeta;
Cada insecto, un epigrama
Contra la orgullosa ciencia;
Y el armonioso conjunto
De la campiña un poema.
Se oye el són de las campanas
Que allá en la vecina aldea
Repican con entusiasmo,
Por que todo el mundo sepa

Que es don José Félix Ribas
El capitán de la fiesta
De la Virgen del Socorro,
Cuya advocación celebran.

CUADRO VI

IMPRESIONES DE UN PATÍBULO

> **"En este infausto día,**
> **Recuerdo á tanto agravio,**
> **Suspiros brota el labio,**
> **Venganza el corazón."**
>
> J. N. Gallego.

Caracas está sombrío;
Sus casas, como de luto;
Cerradas todas sus puertas;
Por dentro, sordo murmullo
De lamentos y plegarias
Que, en angustioso conjunto,
A la Virgen de Dolores,
Alza un pueblo gemebundo
Al triste són de agonía
Que, de amargo fin anuncio,
Tañen todas las campanas
En medio á un silencio sumo.
Ocupa la plaza de armas
Un fatídico tumulto
De toda clase de gente,
Que con el semblante mustio,
Hacia un arco del oeste,
Que antes levantó el buen gusto
En largo tiempo, y que luégo
Por tierra echó en un minuto,
Fijan ansiosas miradas
En un macilento bulto
Que lentamente se mueve
Impelido por un mulo.
Y es José María España
Que va sereno al sepulcro,
La vista en un Crucifijo
Y cercado por un grupo

De frailes y bayonetas
Que, á compás, van por el surco
Que, al apiñado gentío,
Respeto y miedo abren juntos.
Por delante un pregonero
Lee, con acento rudo,
La más bárbara sentencia
Del tribunal más estulto.
Llegado al pie de la horca
El reo con aire adusto,
Fray José Antonio Pineda,
Muy leal amigo suyo,
Y, en aquel solemne trance,
De sus compañeros uno,
Con paternales caricias
Un instante le detuvo
Para que haga penitencia
De los arranques de orgullo
Que, en los ojos le ha notado
Frente al suplicio desnudo.
¡Oh Religión del Calvario,
Quién no ha de rendiros culto,
Si en medio á tan hondas penas
Consuelos dais tan profundos!
Sube la escalera España,
Y, con la calma del justo,
Clava la vista en los cielos,
Y da el cuello al fatal nudo......

....

Cual enjambre de palomas
Que al pie de hojosos arbustos
Forman viviente mosaico
Picando el grano con susto,
Y, al sonar un tiro, vuelan
Todas por distintos rumbos,
Y sólo queda en el sitio
La que escaparse no pudo
Con cruel alevosía
Herida en lo más profundo,
Bañada en sangre inocente
Y con los miembros convulsos;
Así el inmenso gentío
Que fué á ver tal infortunio,

Ya se remueve, ó se empina,
Palpitante y taciturno:
Su propio aliento le espanta;
Y al ver á España difunto,
Al instante se disipa
Despavorido y confuso.
Deja desierta la plaza
E inmóvil, entre sus muros,
A un jinete que contempla
La víctima y el verdugo;
Y es el de azulados ojos,
El de los cabellos rubios,
Ribas, que, impaciente, observa
Cuál se disipa el concurso.
Sus miradas centellean
Al fuego de cinco lustros,
Viendo que tanta ignominia
En su amada patria cupo.
Vestido en traje de campo
Cabalga un potro cebruno,
Que, soberbio, tasca el freno,
Y piafa en el suelo duro,
Dando espuma por la boca,
Y por las narices, humo,
Que su ardor contiene apenas
De su dueño el recio puño.
Ser dirían aquel joven
Ya de Libertad el nuncio,
Ya de la venganza el genio,
Ya de borrascas augurio;
Pues por su pálida frente
Se ven pasar de consuno
Claridades y tinieblas
Como siniestros preludios.
Ya un tanto afloja las bridas,
Y un brinco hace dar al bruto,
Ya lo revuelve, agitado,
Ya lo refrena, ceñudo.
Lleva al fin la diestra al pecho,
Y, "Sacudamos el yugo,
Dice: que oprime á la Patria!......
¡Ha de ser libre, lo juro!"
Y al ver que su solo esfuerzo
Es, en aquel lance, nulo,

Exhala un hondo suspiro,
Y desaparece al punto.

Como entre nubes lejanas
Sobre un horizonte oscuro
Cruzar se ve una centella,
Y se oye un trueno confuso,
Al arranque de aquel joven
Siguióse un rumor profundo
Que por la ciudad se extiende,
Y llega hasta los suburbios.
Toda la gente habla quedo;
Y todos, de un mismo asunto:
—"Vaya un mocetón bien guapo
Y resuelto!" dicen unos:
"¡Qué miradas! Parecía
Quererse tragar el mundo
Al decir con arrogancia:
SACUDIRÉMOS EL YUGO!"
"¿Eso dijo?" responde otro,
"Pues lo cumple, no lo dudo,
Que son los Ribas audaces
Y de carácter muy duro."
Estas y otras tales cosas
Diciendo van con susurro
Los que, de terror transidos,
En la plaza estaban mudos.
Ya no hay silencio en las calles:
Por donde quiera un murmullo
Se oye: todos repiten:
"HA DE SER LIBRE: LO JURO"

EL TALENTO

(IMITACIÓN DE VICTOR HUGO)

Á MI AMIGO EL LICENCIADO D. CECILIO ACOSTA

¡Cuán desdichado es el hombre
En cuyo ser peregrino
Se ve arder rayo divino
Del espíritu de Dios!

¡Desdichado! Su existencia
Es la presa de la envidia;
Y en vano por ella lidia,
Noble él; ella, feroz.
  Si él es nuevo Prometeo,
Ella es buitre encarnizado,
Que castiga haber hallado,
En él, fuego celestial.
El ve á lo léjos la Gloria,
Fantasma que raudo vuela,
Y el poder funesto anhela
De su sonrisa imperial.
  Tal la cándida avecilla,
Viendo al águila altanera,
De su mirada hechicera
En vano pretende huír.
Si vuela de rama en rama,
Impelida del espanto,
Al fin, cediendo al encanto,
Víctima corre á morir.
  ¡Desgraciado, si no muere!
Si ve al fin brillar su aurora,
Si su frente al fin decora
El prometido laurel;
Que en sus días inmortales,
Ya la ignorancia insolente,
Ya la envidia, impunemente
Derraman amarga hiel.
  Para dar del infelice,
La Gloria, inmortal ejemplo,
Le admite un día en su templo;
¡Y allí le inmola en su altar!
Y por esa recompensa
Ser presa de la injusticia,
Del odio, que le acaricia
Cuando lo va á devorar!
  Ser víctima generosa
De una humanidad caída,
De una raza envilecida,
Por restituirla á su edén.
Que al precio de la desgracia
No querría ni un momento
Con la aureola del talento
Coronar su innoble sien.

Mas, ¿qué mortal que sintiendo
En su alma celeste llama
Que el tiempo, al volar, inflama
Sin turbar su claridad,
Morir prefiere en el seno
De las tinieblas, sin gloria,
A vivir en la memoria
De honrosa posteridad?
¡Ah, que unida á la ignorancia,
Cruel la envidia te persiga,
Y la calumnia te siga
Con su villano rumor,
Noble hijo de la Gloria!
Que elevado en alta esfera
Ninguna pasión rastrera
Podrá manchar tu esplendor.
Tal el ave de las cumbres,
Cuando á sus pies siente fría
Pasar la nube sombría,
Y la tempestad bramar,
Abandonando la tierra
Y su ruido tumultuoso,
En un vuelo majestuoso
Sube al cielo á reposar.

MAGNIFICAT ANIMA MEA

"La Virgen Santísima alaba al Señor por sus dignaciones infinitas. Elogia el poder del Señor, que ensalza á los humildes y abate á los soberbios."

SAN LUCAS, C. I.

¡Al Señor glorifica el alma mía!
Mi espíritu de gozo transportado
Está en mi Salvador, porque ha bajado
Su esclava á redimir.
Al ver en mi salud tanta alegría,
De hoy más me llamarán la venturosa
Luz de los cielos: esperanza hermosa
Soy ya del porvenir.

Porque un Dios de bondad y omnipotencia,
De mi sincera humillación, contento,
Hizo, en su sierva, singular portento,
Que el mundo admirará.
De uno en otro linaje, su clemencia,
Cual un inmenso y luminoso manto,
A los que teman su reinado santo,
Benigno extenderá.
De su brazo, el sublime poderío
Mostró al soberbio, que miró al momento
Deshecha en humo, que disipa el viento,
Su mente criminal.
Mas, á quien de miseria albergue umbrío
Humilde habita, levantó en sus brazos;
Del tirano, el dosel, hizo pedazos,
Cual fiero vendaval.
A los hambrientos convidó á su gloria,
Y allí encontraron celestial hartura:
Repeliendo al avaro, con tristura
Se retiró de él.
Presente siempre á su inmortal memoria
La raza de Abraham, quiere que vea
Su promesa cumplida: que yo sea
La gloria de Israel.

D. CECILIO ACOSTA

Nació en San Diego, pueblo de la antigua provincia de Caracas, el año de 1819. Fueron sus padres D. Ignacio Acosta y D. Margarita R. de Acosta. Estudió en los principales colegios y en la Universidad de Caracas hasta obtener la borla de Doctor en Jurisprudencia Civil y el título de Abogado de la República. Su afición al estudio le llevó á profundizar todos los ramos de las letras, en los cuales adquirió envidiable nombradía. Fué escritor correcto y castizo, orador académico y poeta delicado.

Perteneció á la Real Academia Española en la clase de Correspondiente, y á la de Bellas Letras de Chile en la de Honorario.

Murió en Caracas, el 8 de julio de 1881.

LA CASITA BLANCA

EN UN ÁLBUM

Luzcan tus tardes de zafir y grana;
Rosal disfrutes de tu mano ingerto;
Goces, en medio á perfumado huerto,
Las auras frescas de gentil mañana!
No insomnios turben tu tranquilo sueño;
No sombra empañe tus ensueños de oro,
De esos que suben hasta el almo coro,
O infiltran en la sien dulce beleño!
Palomas bajen á picar tu suelo,
Que al lado esté de tu casita blanca,
Y á poco veas que su vuelo arranca
La turba inquieta hacia el azul del cielo!
Mires cual sitio de encantada Ninfa
Tersa laguna cual á veces vemos,
Y ánsares níveos de pintados remos
Cortando lentos la argentada linfa!
Haya no lejos alfombrada loma,
Que se alce apenas á la tierra llana,
Y allí subas á ver cada mañana,
Si el alba ríe, ó cuándo el sol asoma!
Haya manto de verde y de rocío
En el momento que los campos dora
La pura luz de la rosada aurora;
Y en calle de naranjos que va al río
Y se abre al pie de la felpuda falda,
Césped encuentres para muelle alfombra,
Follaje rico para fresca sombra;
Y fruta en que el color es de oro y gualda.
Á un lado esté la vega; el campo raso;
Los ya formados sulcos por la reja;
El último que traza y detrás deja
La tarda yunta en perezoso paso:
Y montado en el sauce culminante
El canario gentil ser rey presuma,
Y, ajustando la de oro regia pluma,
Á vista de su imperio gloria cante!

La partida de caza vocinglera
La quinta deje al despuntar el día;
Ágil salga y festiva la jauría,
Atraviese del valle á la ladera,
Recorra sin ser vista la cañada,
Y tras de tramontar los altos cerros,
Saltando observes los pintados perros,
Entre alegres ladridos, la quebrada;
Y después de subir agrio repecho,
De la cima en los altos miradores,
Divisen los cansados cazadores
Alzarse el humo del pajizo techo!
Al terminar el día, el afán duro
Del campo cese, que el vigor enerva;
Llegue buscando la feliz caterva
Descanso en el hogar libre y seguro!
La parda luz de la tranquila tarde
Apague de la noche al fin el velo;
Á poco luzca en el remoto cielo
De las estrellas el vistoso alarde;
Y mientra el aura entre las hojas suena,
Haya para el placer bebida helada,
En barros de primor blanca cuajada
Y en medio á bromas mil rústica cena!
Cerca esté del cortijo la vacada
Que á las veces se sienta estar bramando,
Y al tiempo del ordeño, en eco blando,
Se queje la paloma en la hondonada!
Venga en *totuma* con su pie de plata
La blanca leche á rebosar la artesa,
Que el aire luego con su soplo espesa,
Temblar haciendo la movible nata!
Que el ave matinal tus pasos siga,
Vuele confiada á tu graciosa mano,
Y allí pique atrevida el rubio grano
Que tú propia tomaste de la espiga!
Que tengas frutas que en sazón maduren,
Y vayas con tu cesta á recogerlas;
Que tengas fuentes que salpiquen perlas;
Que tengas auras que al pasar murmuren!
Murmuren cantos bellos, celestiales,
Que sirvan á borrar fieras congojas,
De esos que forman al temblar las hojas,
O el arroyo al mover de sus cristales!

Ante el altar que en sacras llamas arde,
Por tí tu madre su oración eleve,
Que grato Dios hasta su trono lleve;
Y Él mismo en urna misteriosa guarde!
No la mía separes de tu historia;
No mis deseos más te sean ignotos;
Ni olvides nunca mis fervientes votos,
Ni me apartes jamás de tu memoria!

LA GOTA DE ROCÍO

POESÍA DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO Y SABIO COLEGA DON MIGUEL ANTONIO CARO

"No hay brillo como el mío,"
Dijo ufana la gota de rocío,
Al verse aclamar bella
En medio al campo en que el ornato es ella;
"Ni quien cual yo, galana,
Sea orgullo y primor de la mañana.
En globo pequeñuelo,
Sobre hoja que ya dora
La prima luz de la rosada aurora,
Soy breve suma del fulgor del cielo,
Que, en vastos horizontes,
Se ve en valles lucir, y se ve en montes.
Y soy también, para mayor decoro
De mi almo origen y mi cuna de oro,
Delicado vapor que en ondas sube,
Llega tal vez á la flotante nube,
Tal vez instable de la altura baja,
Y en el aire suspenso en perla cuaja.
Bordo á veces las flores,
Para de ellas beberme los colores,
Y en formas mil distintas,
Cada cual de por sí fijable apena
En el mudar de la movible escena,
Del iris tomo las variadas tintas.

El aura me regala
Con los aromas que el verjel exhala,
Y, por verme temblar, con ala leve
Jugando me conmueve.
Yo nazco con el día,
Tengo palacio en la arboleda umbría,
Y en aguas bellas de matiz cambiante,
Ya semejo al cristal, y ya al diamante."—
Así la gota en su discurso ciego,
Á tiempo que de ráfaga impelida,
De la hoja desprendida,
Llegó á caer y disiparse luégo.
Tal ví una vez en mi jardín acaso;
Y prueba así este caso,
Que el mundano esplendor es de un momento,
La vida nada, y el orgullo, viento.

EPITAFIO

SOBRE LA TUMBA DE UNA NIÑA

Lindísimo botón, partido en dos,
Hojas dió al mundo y el perfume á Dios.

A LA LIBERTAD

Brame el ponto de cólera irritado
Á empuje rudo de huracán horrendo;
Ruja y reviente en hervoroso estruendo
El ronco remolino arrebatado:

Desdichas dé como cosecha el hado;
Pavesas sólo el universo ardiendo;
Caiga el cielo á pedazos, y, cayendo,
Deje al orbe en sus ruinas sepultado!......

Silencio ya y terror!......Devoren penas
Lo que han de devorar después gusanos;
El resto acaben las feroces hienas,

Y haya sólo al dolor ecos lejanos:......
Ésto primero que arrastrar cadenas;
Primero, sí, que soportar tiranos!

MADRIGAL

Es el placer una apariencia hermosa,
De que es retrato fiel la mariposa:
Al despuntar el día
Se ufana entre las flores;
Á quienes vence en vívidos colores,
Imagen de variada pedrería:
De ella imitan cambiantes las espumas,
Su faja el iris, y el pavón sus plumas;
Recorre fuentes, montes, valles, ríos,
Hace al herirla el sol vistoso alarde
De gayos atavíos;
Y ya no existe al decaer la tarde.

EL VÉSPERO

Á MI SOBRINA LA SEÑORITA SOLEDAD ACOSTA ORTIZ,
EN SU ÁLBUM

En flamígero carro
Que en ejes lude en que restalla el fuego,
Y con vivo esplendor al orbe inunda,
Baja cual rey el sol, y cuando luégo,
Entre torrentes de su luz fecunda,
El áureo curso acaba,
Aun le quedan reflejos,

Morir queriendo con real decoro,
Para lucir de lejos
Y pintar cada varia, nívea nube,
Cuya belleza así realza y sube,
Con franjas de carmín y rosas de oro;
Hasta que al cabo en el supremo instante,
Ya vestido de púrpura esplendente,
Despídese el gigante
Y en el mar se sepulta de Occidente.
  No hay ya en el horizonte
El variado matiz ni el colorido
Con que dora la luz el arduo monte;
Sólo pálidas quedan blancas huellas
De un fulgor que ya es ido,
Y con silencio santo
Se extiende luégo el azulado manto,
Descubridor del mundo y las estrellas.
Este casto color que nadie nombra,
Por lo indeciso y vago,
Sino con formas de expresión distintas,
La ausencia muestra de vivaces tintas,
La lucha de la luz y de la sombra.
Baja la calma al suelo,
En lo alto reina la tranquila tarde;
Y en el azul del cielo,
Cual diamante engastado, Venus arde.
  ¡Oh Véspero inmortal! ¿Quién confidente
De secretos te hizo
Y amorosas querellas,
Sagrada para tí la menor de ellas?
Si acaso llama ardiente
De afecto bien sentido y mal pagado,
El ambicioso corazón calcina,
Tú arrancas al dolor la aguda espina,
Derramas miel en la doliente alma,
Y con callada voz que habla de lejos,
Envías tus consejos
Y restituyes la perdida calma.
¡Qué de veces también logré la mía
Contigo hablando!......Enfurecido el viento,
Sin velamen, sin jarcias y aun sin rumbo
La nave en medio del fragor crujía,
Yendo de tumbo en tumbo,
Y negra noche y negras brumas solas

Eran fúnebre palio de las olas
En el piélago inmenso: tal la imagen,
Tal fue el horrible temporal deshecho
Que una vez contrastó mi flébil pecho.
Y así de triste estaba,
Tánta era mi amargura,
Que alzando el ruego á la sublime altura,
Transido de dolor, por paz clamaba.
Y la hallé al fin en tu benigno influjo
Y en los suaves destellos de tu disco,
Que semeja en su luz á toda hora
La mirada de un ángel cuando adora.
Te ví tranquilo en el confín remoto,
Después de cien borrascas siempre inmoto,
Y al notar tu valor y paz serena,
Disiparse sentí mi amarga pena.
No me olvides jamás, astro divino,
Sé propicio á mi suerte;
Y cuando venga el viento airado, fuerte,
Á torcer en los mares mi camino,
Sé el piloto en mi rumbo y mi destino.

D. JUAN CRISÓSTOMO FALCÓN

Este insigne varón, Mariscal de la República, caudillo de la revolución federal y fundador de la Federación Venezolana, nació en la península de Paraguaná, antigua provincia de Coro, el 27 de enero de 1820. Hizo sus estudios en el acreditado colegio que en Coro regentó el ilustrado institutor D. Mariano Raldíriz, y alcanzó siempre la nota de sobresaliente. No sólo poseía un talento claro sino también una memoria prodigiosa, á la que debió más tarde variados conocimientos. Abrazó desde su primera juventud la carrera de las armas, en la que se hizo notar por su heroísmo y alcanzó el más alto rango y los mayores honores. Si en el combate era impetuoso, después del triunfo tendía el manto de la clemencia y amparaba al ven-

cido, por lo que aun sus adversarios políticos le han apellidado "el magnánimo." A tan noble cualidad alude el ilustre Yépez cuando dice en obsequio de Falcón:

Cuando entre odios insanos
Muerte daban los aceros,
Iban rompiendo sus manos
Cadenas de prisioneros.

"Felicito á Venezuela, dice Víctor Hugo, por tener en su historia un ciudadano como Falcón"

Falcón cultivó las letras y en especial la poesía, que le encantaba. Recitaba con placer cantos de poetas notables, y en sus ratos de ocio escribió algunas composiciones poéticas.

De su inspiración y gusto dará testimonio la que insertamos á contituación de estas líneas, dirigida á su caballo de batalla.

Este grande hombre murió en Fort de France (Martinica), el 29 de abril de 1870. Sus restos fueron trasladados á Caracas en 1874, y depositados con inusitada pompa en el Panteón Nacional.

D. Ildefonso Riera Aguinagalde, aquel egregio orador que llorarán siempre las letras patrias, decía:

"Si me exigiesen un epitafio para la tumba de Falcón, yo escribiría:

NO HIZO MAL Á NINGUN HOMBRE"

A MI CABALLO

Ven, mi noble corcel, fiel compañero
En la ruda fatiga y los combates;
Tú, que al sonido del clarín guerrero
La crin erizas y la tierra bates:
Ven, que al estruendo de opresora guerra
Ha sucedido bienhechora paz:
Ya no soporta la afligida tierra
Un vil tirano, un opresor audaz.
Ya de las balas al fatal silbido
Que el aura lleva con siniestro espanto,
Sucede de las greyes el balido
Y del feliz pastor el tierno canto.

El campo que agostó la ardiente llama
Hoy se cubre de flores y verdura;
Ven á pacer la fresca y verde grama
En la extendida y plácida llanura.
No temimos en ella al duro esclavo
Ni al hórrido estampido del cañón:
¿Cómo ahora temer al toro bravo
Cuando cabalgo en tí, noble bridón?
En la infinita pampa, en la pradera,
Más rápidos que el viento abrasador,
Caza demos al tigre, que es la fiera
Que infunde espanto al mísero pastor.
¿Qué le valdrán su fuerza no domada,
Ni de sus garras el agudo filo,
Si cual regio tapiz su piel manchada
Pondré á la puerta de mi hogar tranquilo?
Galopa, mi bridón, que allí reposa
La que amarguras ha sufrido tantas,
Y acaso de mi ausencia cuidadosa
Crée divisar el polvo que levantas.
Corre, noble corcel; quiero la vida
Distante del bullicio y la ambición,
De la amistad sin alma, fementida,
Que es muy leal mi ardiente corazón.
En paz tranquilo con mi tierna esposa
Despreciaré del déspota el furor,
Y de la envidia insana y tenebrosa
El odio injusto y el tenaz rencor.
Mas si el déspota vil con férreo lazo
Nos quiere al carro uncir de su ambición,
Dios nueva fuerza prestará á mi brazo
Para vencer la bárbara opresión.
Y á la muerte, al combate volarémos,
Apellidando guerra á los tiranos,
Y con sangre y dolor consagrarémos
De la patria los fueros soberanos.
Que en el suelo inmortal de heroica gente,
No podrá dominar tirano impuro,
Mientras el sol alumbre nuestra frente,
El sol del indomable Guicaipuro.
Mas si permite el Ser que al orbe alienta
Que alce aquí su pendón la tiranía,
Esta tierra de luz que nos sustenta
Reguemos con tu sangre y con la mía.

Vuela, corcel, que allá mi tierna esposa
La que amarguras ha sufrido tantas,
Me espera de mi ausencia cuidadosa
Y ya divisa el polvo que levantas.



D. FÉLIX SOUBLETTE

Bien que nacido en la Habana el año de 1820, tiénese por venezolano, como que de niño se trasladó á Caracas, donde hizo sus estudios, formó hogar y se ha dado á conocer como literato. Ha pertenecido á casi todas las asociaciones literarias fundadas en Venezuela; y la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, le otorgó el lauro en el Concurso promovido con motivo del Centenario del General Páez. Varón de vasta instrucción literaria, ha escrito con aplauso varios dramas y poesías, y no pocos artículos de costumbres.

LA GLORIA DE PÁEZ

CANTO ÉPICO

¡Divina inspiración luz que desciende
Del sacro olimpo á las triunfales pompas,
Mi palpitante corazón enciende
Con estro sacrosanto,
Y al ronco són de las guerreras trompas,
Mi numen diga en fervoroso canto
A la presente edad y á las futuras,
Heraldo de victoria,
La refulgente, inmarcesible gloria
Del inmortal león de las llanuras.
El mundo de Colón, mundo de flores,
Hijo del sol, amor de primavera,
Radiante de esplendores,

Los Andes por cimera,
Del campo bajo espléndidas guirnaldas,
Diamantes y esmeraldas,
En golfos de clarísimos cristales,
Cándidas perlas, púrpura en corales,
Todo vida, calor, luz, armonía:
En él ¡oh cruda suerte!
Niño infeliz, la humanidad dormía
El sueño de la muerte.
Silencio sepulcral. El pensamiento,
Cautivo del error en las prisiones,
Cadenas conteniendo el movimiento,
Temeroso el hogar, sin luz la ciencia,
Noche del fanatismo en la conciencia:
Por todo el vasto castellano imperio,
El silencio y la paz del cementerio.
Súbita voz, de libertad el grito
Conmueve el mar, la tierra, el firmamento
Con ímpetu inaudito;
En patrio ardor los ánimos se inflaman,
Libertad, libertad! repite el viento,
Libertad, libertad! los ecos claman.
Y al punto, como espigas
Que brotan de las índicas labranzas,
Doradas mieses del calor amigas,
Del hondo valle y la enriscada sierra
Brotan armados de fulmíneas lanzas
Los héroes de la tierra.
¿Son estos ¡oh ventura! los donceles
Cautivos del amor en el regazo?
Sin cascos ni broqueles,
Desnudo el pecho, fulminante el brazo,
Acometen con ímpetu iracundo,
Al vencedor del vencedor del mundo.
Así del hondo piélago en el seno,
Con hórrido aparato
Las tempestades tocan á rebato,
Ronco retumba resonando el trueno,
Y en raudos remolinos,
De encontradas corrientes al embate,
Por mundos de corales, cristalinos,
Acuden al combate
Gigantescos cetáceos submarinos.
¿Quién me dará decir la cruel braveza

En uno y otro contrapuesto bando,
De tantos corazones la fiereza?
Vivir venciendo ó sucumbir lidiando,
Exclama la osadía
En el furor de la feral porfía.
Y en campos de prodigios y portentos
En medio de espantosos huracanes,
Del globo retemblando los cimientos,
Al pie de ventisqueros y volcanes,
Atónitas contemplan las naciones,
Indómitos, altivos, arrogantes,
Con fuerza de leones,
Gigantes combatiendo con gigantes.
¿Quién es aquél? El grande de los grandes.
Por altas cumbres solitario avanza.
El rayo de los Andes,
Su formidable, portentosa lanza;
Rigiendo sus terribles escuadrones
Cual súbito relámpago aparece,
Y callan á su voz los aquilones,
La tierra se estremece.
Entre las llamas de la lid impera,
Los huracanes rugen en su frente,
Es la fuerza, el valor de la pantera,
La astucia sin ardor de la serpiente.
De su corcel audaz las herraduras
Resuenan con fragor de tempestades,
Alumbran castellanas sepulturas
Los rayos de sus rojas claridades.
¡Es él! Asombro humano
En la presente edad y en las futuras,
Prodigio y prez del mundo americano:
Es PÁEZ, el león de las llanuras,
Aquiles del valor venezolano.
Campos de luz del caudaloso Apure,
Testigos de sus ínclitas proezas,
Cantad al mundo la inmortal hazaña
De quien postró en el polvo las grandezas
De los bravos ejércitos de España.
Oíd. Bramando crece
Nocturna, horrenda lid. El firmamento
Con pálidas estrellas aparece.
Treme la tierra. Resonando el viento
En ráfagas de fuego resplandece.

Su roja luz que asombra,
En medio de espantosas tempestades
Alumbra la catástrofe en la sombra.
¡ Es él ! Mirad. Su lanza centellea
Donde más se encruelece la pelea.
En torrentes de fuego y torbellinos
De polvo y humo en las contrarias haces,
Envuelve al español en remolinos
De indómitos caballos montaraces,
Las filas retroceden espantadas
Y mueren alanceadas.
Como en la mar las ondas fulgurantes,
Así la espesa paja en la llanura.
Allí tremenda lucha. Los infantes,
Con española, indómita bravura
Resisten arrogantes;
Él ve, volcán atroz la ígnea masa
Que resistiendo insulta,
Y quema el campo, la llanura abrasa,
Y en rojo mar de llamas la sepulta.
Apure, el hondo Apure cierra el paso
Al Iris vencedor. En la otra orilla,
Sol rojo en el ocaso,
La sangrienta bandera de Castilla.
Al són de sus belígeros clarines
Transforma sus centauros en delfines,
Y combatiendo entre sangrientas olas
Rinde á caballo naves españolas.
Allá va como en vastas soledades
El genio de las grandes tempestades.
Detente, aguarda, espera,
Escudo de la patria y esperanza,
Detén del bruto la veloz carrera,
Depón del brazo la fulmínea lanza !
Inútil anhelar. A su alma fiera
Arrebata el ardor del heroísmo,
Y va de lid mortal á los volcanes,
Como nave que llevan huracanes
Al fondo del abismo.
¡ Oh grande, invicta hazaña !
Con escuadrón heroico de ginetes
Contra todo el ejército de España.
En inmortal denuedo y osadía,
Provoca, desafía,

Fuerza y valor de las falanges fieras
Que siguen las católicas banderas.
Estalla horrenda lid. La luz del día
Esplendorosa inunda el firmamento.
Es la nube luchando con el viento
De tempestad henchido,
La onda en impetuoso movimiento
Contra el furor del mar embravecido.
León hambriento que rugiendo avanza,
Su portentosa lanza
Rompe y rechaza hispanos escuadrones
Que envuelven y atropellan sus peones.
¡Oh virtud inmortal del heroísmo!
El español en torpe parasismo
Se turba, desordena,
El pánico renace de sí mismo,
Nadie la ciega confusión refrena,
Y retroceden á la audacia sola
De quien el Iris triunfador arbola,
Ovejas en redil ante leones,
Infantes y caballos y cañones.
¡Oh PÁEZ, tus períclitas proezas,
Prodigios de la historia,
Asombran con espléndidas grandezas,
Deslumbran con relámpagos de gloria!
Así del Ande altivo en la presencia,
Contempla con asombro el caminante,
Las cúpulas de altísima eminencia
Subir al cielo en esplendor radiante.
Y aun más allá del áureo circüito,
Cien cumbres más brillando refulgentes
En el éter azul del infinito.
En el silencio eterno y soledades
De tantas estupendas maravillas,
Pasmo y admiración de las edades,
Hondo estupor su espíritu estremece
Y cae de rodillas.
La presunción humana desfallece,
Las cúpulas retiemblan inseguras:
Es la sombra de Dios que resplandece
Por todas las alturas.
Carabobo está allí. Gentil palestra
Donde florecen palmas y laureles,
Del hispano león tumba siniestra.

¡Qué ruido! ¡Qué esplendor! ¡Qué movimiento!
Clama guerra el clarín. Ya los corceles
Enarcan la cerviz y dan al viento,
Que fragoroso estalla,
La enhiesta crín, y la empinada oreja
Al estridor violento
Que anuncia la batalla.
Dominan pavorosas eminencias,
Banderas de castillos y leones,
Infantes y ginetes y cañones.
Del sol la luz con esplendor fulgura
En armas y penachos y pompones:
Parece un mar de fuego la llanura.
¡Ay! que ya intenta el Capitán hispano
Cerrando con cañones la ancha entrada,
Que el campo colombiano
Descienda dividido á la llanada.
Un tercio ¡ay triste! con tremendo empuje,
De honda garganta que siniestra cruje,
Al paso estrecho la existencia fía,
Y brama el viento, el horizonte ruje,
Tiembla la tierra, se oscurece el día.
¡Horrísona explosión! Al punto, luego,
Del humo denso en la cadente gasa,
Lluvia de rayos, huracán de fuego,
Del bravo Apure la existencia abrasa,
Su luz y gloria atierra.
¡Oh catástrofe horrible de la guerra!
El Británico allí, de heroico pecho,
Clava rodilla en tierra,
Y da su frente al huracán deshecho.
Nada el lidiar ni el heroísmo valen:
De la garganta oscura,
La llanura devora á los que salen.
Volcán ardiendo en encendido llano,
Que abrasa el campo todo y la espesura,
Del antro horrendo que abortó la tierra
Brota el invicto PÁEZ lanza en mano,
Y contra el campo castellano cierra
Voraz ciclón que pasa,
Hiere, aniquila, arrasa,
Inunda en mar de sangre la palestra.
¿Quién osa contrastarlo?
El hierro tiembla en la enemiga diestra,
Las balas no se atreven á tocarlo.

Pálidas nieblas que en el campo nacen
Y al despuntar el sol se desvanecen,
Los tercios castellanos se deshacen
Y en ráfagas de luz desaparecen.
Allá van, como raudas golondrinas
Del vendaval huyendo amedrentadas,
En pos de las colinas
Que ven del mar las ondas sosegadas.
Entonces ¡oh dolor! la luz del día
Nubló su faz en púrpura sombría.
En hondo abismo y pavoroso empeño
Cayó lidiando el inmortal Cedeño,
Y Plaza, á quien amaba la victoria,
Dejó la vida y renació en la gloria.
¡Oh Carabobo! en tu horizonte brilla
La dulce paz y la afligida tierra,
Nave que llega á floreciente orilla,
Encadenado el monstruo de la guerra,
Descansa libre de mortal recelo,
Y canta el himno de la paz al cielo.
Ya PÁEZ, vencedor omnipotente,
Deja en los muros del hogar colgada
La redentora espada.
Ante el augusto Areópago, Senado
Del pueblo rey, se inclina reverente,
Sin el acero en el siniestro lado,
Depone el áureo casco y la armadura
De férrea dictadura,
Y aparece ante el mundo americano
Con la toga civil del ciudadano.
¡Oh grande, heroica, singular hazaña,
Más digna de memoria
Que vencer los ejércitos de España!
Brillará como el sol eternamente
En los cielos sin nubes de la gloria,
Astro inmortal de luz resplandeciente
En los siglos más grandes de la historia.

PASIÓN Y MUERTE

¡Oh Virgen, luz del cielo,
Faro de salvación, fuente de vida,
Doliente y sin consuelo,
Y sola y desvalida,
Náufraga nave en hondo mar hundida!
¡Qué penas no apuraste!
¡Con qué crueldad martirizada fuiste!
¡Qué muerte contemplaste!
¡Cuánto, Madre, sufriste!
¡Cuánto dolor en soledad tan triste!
Sacrílegos se irguieron
Contra tu hijo y Dios y blasfemaron,
Y sobre él cayeron,
Su rostro abofetearon,
De espinas su cabeza coronaron.
Y como hircana hiena,
Sayón feroz y vil con ira azota
La Luz de Gracia llena,
Y ya en la carne rota
Purpúrea sangre á borbotones brota.
¡Tened! ¡Piedad, oh crueles
Sicarios del furor, de faz siniestra,
A vuestro Dios infieles:
No más la infamia vuestra
Fulmine el rayo que estalló en la diestra!
Ya con feroz insulto
Los odios en tropel á la ardua cima
Lo empujan en tumulto;
Su pie el dolor lastima,
Y al suelo cae con la cruz encima.
Mares de eterno llanto,
Abismos de dolor, mundos de duelo,
No bastaran á tanto
Crimen, que espanta al cielo,
Oscurece la luz, conmueve el suelo.
Temblar se ven los montes,
En tinieblas ciudades y desiertos,
Claman los horizontes,
Y se levantan yertos
De sus fríos sarcófagos los muertos.

Horrendo, tremebundo
Fragor, conturba el mundo victimario:
El Redentor del mundo,
Jesús, de amor sagrario,
Espira con dolor en el Calvario.
¡Oh raza vil, en guerra
Con tu Dios y Señor, escarnecida,
Errante por la tierra,
Torpe nación deicida,
Del mundo execración será tu vida.



D. ABIGAÍL LOZANO

Lozano nació en Valencia el 25 de mayo de 1821. Fueron sus padres D. Gabriel Lozano y la Sra. Dª Mariana Arce y Diepa. De niño se hizo notar por su facilidad para la versificación. Andando el tiempo, el Sr. D. Antonio Leocadio Guzmán, que había tenido ocasión de leer algunos de sus bellos cantos, le llamó á Caracas y le encargó de la parte literaria del periódico *El Venezolano.* Mas tarde se afilió Lozano en el partido conservador, y sufrió persecuciones por la causa que había abrazado.

Fué diputado del pueblo, y desempeñó otros cargos públicos importantes. Fué Cónsul del Perú, y hallábase en Nueva York, de Secretario del General D. Antonio López de Santa Anna, cuando le sorprendió la muerte en julio de 1866.

À BARQUISIMETO

AL DISTINGUIDO LITERATO SR. JUAN VICENTE GONZÁLEZ

EN PRENDA DE AMISTAD Y DE SINCERA ESTIMACIÓN

¿Cómo está sentada solitaria
la ciudad llena de pueblo . . . ?
La princesa de las provincias
ha sido hecha tributaria.

JEREMÍAS

I

¡Virgen desamparada!
¡Reina del Occidente!
Alza la noble frente,
No te avergüences, no!
Si el Dios de la victoria
No coronó tu intento,
Grande en tu vencimiento,
El mundo te admiró.
Al són de tus cañones
Colombia despertó.

II

¿Qué importa que tus hijos,
Terror de los perversos,
Errantes y dispersos
Mendiguen paz y hogar?
¿Qué importa, si la Historia
Recogerá tu grito,
Y en bronce y en granito
Tu nombre ha de grabar?
Laurel inmarcesible
Supiste conquistar.

III

Ceñido el casco fiero,
Rompiste la coyunda;
Impávida, iracunda,
Volaste á combatir:

Y en tu pendón la sombra
Del héroe colombiano,
Con invisible mano
Trazó "LIBRE ó MORIR."
¡Guay! rábida leona,
Si tornas á rugir!

IV

Recoge tus banderas,
Intrépida Amazona;
Recoge tu corona;
Tú siempre has de reinar.
Enjuga, con tu manto
De emperatriz, los ojos;
Olvida tus enojos;
Enseña á perdonar.
Mas ¡ah! tú viste inermes
Cien hijos inmolar......

V

Tus vírgenes suspiran,
Y tus Matronas lloran,
Y el Dios que ellas imploran,
No escucha su oración:
Así también lloraron,
Del cielo abandonadas,
Ante el altar postradas,
Las hijas de Sïón.
El que lloró en sus ruinas,
Hoy llora en mi canción.

VI

Del Ávila los cuervos
Rasgaron tus entrañas...
Talaron tus campañas...
Gozáronse en tu mal...
Tus calles veo desiertas,
Sin luz tus incensarios;
Los bárbaros sicarios
Mancharon tu cendal.
Rivales hubo Atila,
Y su bridón rival.

VII

Como los fuertes muros
De la ciudad impía,
Caerá la tiranía,
De tu trompeta al són;
Y entonces la justicia,
Que huyó de nuestro suelo,
Descenderá del cielo
Cual teucro paladión.
Y aplaudirá la sombra
Del inmortal SIMÓN.

VIII

Las leyes ultrajadas...
Envuelto en negro manto
El libro sacrosanto,
Conquista del valor...
Y qué! ¿puede sin mengua
La colombiana gente,
Rebaño vil, paciente,
Sufrir un Dictador?
Cien negras cabelleras
Revuelve ya el furor.

IX

De tus valientes hijos
La indómita bravura,
Terror, honda pavura,
De nuevo infundirá;
Y allá en su negro alcázar,
De crímenes guarida,
El Déspota homicida
Cual liebre temblará.
De espectros negra fila
Su lecho cercará.

X

De Vásquez y Rodríguez
Las sombras indignadas,
Al fin serán vengadas;
Tiranos ¡guay! temblad!

Sobre las altas cumbres
Del Ande giganteo,
El estandarte veo
Que alzó la libertad.
Aurora de ese día
De redención, brillad!

XI

Las rígidas Matronas,
Las púdicas Vestales,
Con arcos mil triunfales
Tu albor saludarán.
Y trémulas de gozo,
Doblada la rodilla,
Al Dios que hoy nos humilla,
¡Hosannah! cantarán.
Los valles y montañas
¡Honsannah! volverán.

XII

Sí! sí! que hay almas libres,
Y de entusiasmo llenas,
Que gritos y cadenas
Sabrán al fin romper!
Y en su festín sangriento
Verá, verá el tirano,
Trazar oculta mano:
"Pasó ya tu poder."
Honor, y patria, y leyes,
Verémos renacer!

CREPÚSCULOS

(FRAGMENTOS)

Á MI QUERIDO AMIGO EL SR. EVARISTO FOMBONA

¡Silencio!...... Ya la tierra dormita perezosa,
Envuelta con su manto de flores y verdor;
Y ahogada en sus perfumes, murmura religiosa
Un himno, una plegaria de indefinible amor.

Las brisas de los bosques, los tumbos del torrente,
La música del aura vagando entre el rosal,
La voz incomprensible del pájaro y la fuente,
Son ecos armoniosos del himno universal.
El lánguido murmullo que suena entre las hojas
Cuando la luz espira en brazos de su Dios,
Suspiro es de las selvas, que imita las congojas
De pájaros y flores, que al sol dicen ¡adiós!
Entonces de sus grutas salvajes é ignoradas
Las ninfas del desierto saliendo en grupos van,
Y de aromosas flores las frentes coronadas,
Sus cantos vespertinos al aire mandarán.
Su templo las montañas, las rocas sus altares,
Su incienso los aromas de la silvestre flor:
Su música, del ave los fáciles cantares,
Y un árbol consagrado su culto y su señor.
El Ángel de los bosques levanta sus cortinas
De verde enredadera para asomar la faz;
Y enciende perfumadas y rústicas resinas
Al paso de ese bando fantástico y fugaz.
Las aves entre sueños preludian en sus nidos,
Cuando la noche tiende su lúgubre capuz,
Concierto melodioso de mágicos sonidos
Para cantar la vuelta del Ángel de la luz.

....

La tierra se despierta más joven, más hermosa
En su pintado lecho de púrpura y verdor;
El alba con su manto la envuelve cariñosa;
Y Flora le presenta su bello ceñidor.
¡Jehová!......sobre las ramas de un sauce deshojado
La cítara, empapada de lágrimas, colgué:
Tus mares, tus montañas, tu alcázar estrellado,
Tus valles y tus ríos tan sólo cantaré.

DIOS

Á MI QUERIDO JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

¡SEÑOR! en el murmullo lejano de los mares
Vibrar oí tu acento con noble majestad;
Oílo susurrando del monte en los pinares;
Oílo en el desierto cual ronca tempestad.

Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve
Que brota á los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra entre las aguas magnífica se mueve;
Tu sombra, que es tan sólo la inmensidad, Señor!
Tú diste á la esperanza las formas de una fada;
Purísima inocencia le diste á la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada;
Si hambre, dulces frutos de grata madurez.
Tu diste á la montaña su soledad augusta,
Su sombra gigantesca, su religiosa paz;
El estampido al trueno, que al corazón asusta;
Su brillo á las estrellas, reflejo de tu faz.
Tú distes á esas bellas, dulcísimas sirenas
(Visiones de tus sueños, con formas de mujer)
Las brisas por suspiros, las flores por melenas,
Corales para el labio de hermoso rosicler.
Y diste ál hombre acentos para cantar tu HOSANNA
Cuando la negra noche le pide una oración;
Mas calla el hombre entonces; — por eso en la montaña
Los pájaros te ofrecen universal canción.
Tú hicistes esas playas que ciñen los contornos
Del mar, que en vano intenta salir de su nivel;
Y diste al Cotopaxi sus inflamado hornos,
Que imitan los horrores del antro de Luzbel.
Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,
Porque jamás supieron ni sabios ni profetas
El inmortal arcano que en ellas se ocultó.
¡Jehová!...dicen las brisas; ¡Jehová!...dice el torrente;
¡Jehová! dicen los Andes, y el huracán, ¡Jehová!
Y todas las criaturas te llevan en su mente,
Porque doquier impreso tu santo nombre está.
Yo sé que tú inflamaste los soles del vacío;
Que sólo el derramado, sonoro y ancho mar,
Con sus gigantes voces podrá, no yo, Dios mío,
Al són de las borrascas tu gloria celebrar.
¡Señor! cuando en mis horas de soledad y duelo,
Se bañe en sus tristezas mi pobre corazón,
Aléja tú las nubes, mientras remonta el vuelo
Hacia tu santo alcázar mi férvida oración.

A LA NOCHE

El Angel de la tarde en la pradera
Con un beso de paz durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su cántiga postrera.
Huyó la luz... Las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Y vierten sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.
Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas
El Angel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.
El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el ronco torbellino,
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,
A su modo te rinden homenaje.
No es por guardar el sueño de la tierra
Que se apaga el bullicio entre la sombra:
Es porque envuelto en su gigante alfombra
Desciende el Dios que su misterio encierra.
Y esa inefable paz que nos regala
La inercia nocturnal de los sentidos;
Ese coro de mágicos sonidos
Que en la callada atmósfera resbala;
Son un dón celestial, un dón querido,
Que encontramos los hombres en la cuna
Para endulzar las horas sin fortuna
Que atosigan el pecho dolorido.
Entonces en el cáliz de los lirios
Las almas de las vírgenes se mecen,
Y aspirando su aroma, se adormecen
En celestes y púdicos delirios.
Tal vez en sus ensueños vaporosos
El recuerdo del mundo las despierta,
Y oyen un Angel que les dice: "¡alerta!"
Y vuelven á sus nichos misteriosos.
Esas gotas de límpido rocío
Que ornan del valle el manto de esmeralda,
Lágrimas son que derramó en su falda
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el Oriente
El alba de su lecho de jazmines,
Alumbra de sus blancos serafines
La fugitiva nube trasparente.
Tal vez murmura entre la brisa mansa
El eco de las arpas celestiales
Cuando el bando de genios inmortales
A su mansión beatífica se avanza.
Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio
La soledad augusta y religiosa;
Que eres la virgen pura y misteriosa
Que llora de la luz el cautiverio.
Yo sé que los quejidos que derrama
La vieja ceiba al despedir su hojas,
El eco errante son de tus congojas
Que resbala fugaz de rama en rama.
Y sé también que el pájaro salvaje,
La fresca brisa, el ronco torbellino,
Cuando emprendes tu lóbrego camino,
A su modo te rinden homenaje.
Mas yo el arpa tomé.... Tal vez mi canto
Interrumpió tu majestuosa calma....
Noche.... perdón! si en su delirio el alma
Profanó tu silencio augusto y santo.

JULIO ARBOLEDA

Á MI QUERIDO AMIGO EL DR. JOSÉ M. TORRES CAICEDO

Cayó el atleta, el adalid gallardo,
Del colombiano suelo prez y gloria:
Vertiendo llanto escribirá la historia
La leyenda del héroe y la del bardo.
Hirió su pecho traicionero dardo,
Que hizo vestir de luto la victoria;
Florece con el tiempo su memoria,
Fragante al corazón cual rosa y nardo.
No maldigáis su nombre los que un día
Luchasteis por vencerle: su alma grande
Vivió de libertad y poesía.
Tiranos os creyó, y os combatía:
Hoy que el acero aterrador no blande,
Insultarle en la tumba es cobardía.

LA BIBLIA

Á MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR LUCIO PULIDO

Yo he leído ese Libro misterioso
Que por el mismo cielo fue dictado;
Del Profeta y del Angel he escuchado
De nube en nube retronar la voz!
He asistido al festín de las ciudades,
Y de sus copas al hirviente ruido,
He escuchado el horrísono chasquido
De las llamas coléricas de Dios.
Mas ni el ángel, ni el fuego, ni el Profeta
Han dejado un recuerdo en mi memoria,
Como una triste y dolorosa historia
Que vive en ese Libro inmemorial.
Es la historia de un NIÑO que en el cielo
Durmió el sueño primero de la vida,
Y al abrazar una ilusión querida,
Despertó en este valle terrenal.
Mas despertó en los brazos cariñosos
De una Virgen purísima y divina,
Hermosa cual la estrella matutina,
Más pura que el radiante serafín.
Cada letra del nombre de esa Virgen
Es en el cielo un canto, una armonía:
La tierra misma al pronunciar MARÍA
Exhala el dulce aroma del jazmín.
A ese nombre, Luzbel en sus abismos
Tiembla, ve el cielo..... y brilla suspendida
En su pupila cárdena, encendida,
Una lágrima hirviente de dolor.
Porque ese nombre lo llevó en la tierra
Una mujer que alimentó en su seno
Al Dios que guarda entre la nube el trueno,
El relámpago, el rayo abrasador.
Del sagrado Jordán las aguas puras,
De aquel NIÑO la imagen retrataron;
Sus playas solitarias escucharon
El beatífico nombre de EMMANUEL.

A esa voz se inclinaron con respeto
Los árboles del bosque y las montañas;
Y del Jordán las olvidadas cañas
Humillaron su rústico dosel.
Aquel Niño creció......Mas unos hombres
Le escupieron el rostro, y le mofaron,
Y en sus hombros sagrados colocaron
Una pesada y vergonzosa cruz.
El la llevó hasta el Gólgota bendito,
Y en ella con furor le suspendieron,
Y de espinas, sacrílegos, ciñeron
La sien del genio que formó la luz.
La Madre estaba allí......y en su abandono
La salpicó la sangre del Calvario......
¿Quién enjugó sus llantos?—El Sudario,
Prenda de amor del Hijo que perdió......
La Madre estaba allí......Flor solitaria
Que brota en la maleza del desierto,
Y que cierra su cáliz entreabierto
Cuando huye el sol que su calor le dió.
Sí; ni el Angel, ni el Santo, ni el Profeta
Han dejado un recuerdo en mi memoria,
Como la triste y dolorosa historia
Que vive en ese Libro inmemorial.
Los siglos rugirán sobre las torres
Que levanta á las nubes el orgullo;
Mas su potente y colosal murmullo
Respetará esa página inmortal.

Á SOLEDAD

Era una tarde lánguida y hermosa:
Melancólico el céfiro gemía;
Su frente el sol entre la mar hundía,
Sulcos dejando de carmín y rosa:
Las ondas sollozaban en la arena,
Y con murmurio lúgubre espiraban;
Del pescador los cánticos vibraban
Perdidos en la atmósfera serena;

Brillaban en los bellos horizontes
De la amorosa estrella los reflejos,
Y sus rayos bañaban á lo lejos
La cumbre azul de los marinos montes.
Todo era luz, grandeza y armonía
En los campos magníficos del cielo,
Y en las llanuras del florido suelo
Brisas, murmullo, amor, melancolía.
Sentado en un peñasco solitario,
Cerró mis ojos deleitable sueño,
Y ví cruzar un serafín risueño,
Fugaz como la luz del incensario.
Sus alas sacudió sobre mi frente...
Ambar y claridades vertió en ella;
Y en mis mejillas estampó la huella
De un ósculo de amor puro y ardiente.
Yo desperté... Bellísima, radiante,
A mi lado te ví: con embeleso
Tu rostro contemplé... Fué tuyo el beso
Que resonó en mi seno palpitante.
De entonces tu suspiro es mi suspiro,
Tus lágrimas mis lágrimas... tu aliento
El celestial y voluptuoso viento
Donde las auras de la vida aspiro.
Cuando en mí la palabra se adormece
Bajo el ala del sueño lisonjera,
La que dice tu nombre es la postrera
Que cual són de una lira desfallece.
Y cuando el sol naciente reverbera,
Y forman voz á voz un torbellino,
Con un susurro virginal, divino,
Tu nombre se despierta en la primera.
De tus besos el eco melodioso
Duerme sobre mis labios dulcemente:
Si pienso en ellos... tímido, inocente,
El eco se despierta misterioso.
De los recuerdos el ciprés umbrío
Me da su sombra, al fulgurar la luna;
Cuento sus tristes hojas una á una,
Y en todas habla un pensamiento mío.
A veces un pesar crüel, profundo,
Roba á mi corazón su dulce calma,
Y con sus nubes amortaja el alma
Como un postrer afecto moribundo.

Miro de un valle las campestres galas,
Y la luz que se extingue hebra por hebra;
Mas siento que en mi pecho gime, y quiebra
La esperanza, al morir, sus blancas alas.
Entonces una lágrima furtiva
Rueda á perderse en mi abrasado seno,
Y como hirviente gota de veneno,
La ilusión mata, y el dolor aviva.
Mas... pienso en tí... Tu nombre entre la brisa
Vuela fugaz y manso hasta mi oído;
Y en el cristal de un lago adormecido
Me da tu imagen vaga una sonrisa.
Allí, sobre un peñasco solitario
Me vuelve á deleitar el mismo sueño;
Y el mismo serafín blanco y risueño;
Mece ante mí, jugando, un incensario.
Amo la vida entonces, porque te amo,
Suspiro junto á tí, porque suspiras;
Yo deliro también cuando deliras,
Y MI VIRGEN, MI SÍLFIDE te llamo.
Nido mi corazón de los dolores,
Se desangra tal vez, y desfallece;
¡Quién sabe si mañana!... me estremece
Pensar que tengan fin nuestros amores.
No hablemos de morir... La primavera
No ha perdido sus rosas todavía:
¡Amad! nos dice el aura noche y día;
¡Amad! nos dice la estrellada esfera.

NAPOLEÓN

AL SEÑOR DON FELIPE CORTÉS, EN PRUEBA DE AMISTAD Y GRATITUD

Después de Satanás, ni hombre, ni ángel, ni demonio han caído de tan alto.

BYRON.

I

¡Aguila del Desierto, cuyo nido
Meciose entre las roncas tempestades!
¡Flamígero cometa, suspendido
Sobre el cielo sin fin de las edades!

Tú que en las mismas aguas del olvido
Has lanzado tus regias claridades;
Dios caído del trono de los dioses:
¿Quién recibió tus últimos adioses?

II

No en verdad las Pirámides, que oyeron
Tus pasos de Titán, y retemblaron,
Ni el Nilo, cuyas Náyades te vieron,
Y, asombradas, tu nombre murmuraron:
No las grandes ciudades que encendieron
Sus torres, y en las noches te alumbraron;
¿Quién fué? ... ¡Silencio! ... Trémula, mi boca
Nombra apenas el mar ... nombra una roca...

III

La tierra y el Océano orbe estrecho
Eran para tu anhelo de gigante:
De tu imperial vivienda, regio techo
El firmamento colosal, flotante:
Diadema tuya el sol: ... tu postrer lecho...
....
El Ponto lo dirá con voz tronante...
Tu lápida ... ¿Es verdad, Titán del Sena?
El peñasco fatal de Santa Elena...

IV

Y así como retiembla la montaña
Al desprenderse el roble corpulento,
Se estremeció el palacio y la cabaña
Cuando caíste mudo y sin aliento:
El mar que ese peñón siniestro baña,
Tronó, dicen, con tétrico lamento,
Y que nube de horror, nadando en nieblas,
Derramó en Waterloo densas tinieblas.

V

El alma, de tu cuerpo desprendida,
Surcó el éter con vuelo majestuoso,
Y por tus viudas águilas seguida,
Al alcázar llamó del poderoso:

Del pórtico al umbral fué detenida
Por un brazo invisible y vigoroso,
Porque el cielo temió que, en tu demencia,
Fueses á conquistar la Omnipotencia.

VI

Mortaja del coloso de la guerra
Tú sola fuiste, Albión, del mar Señora.
¿Por qué?... Porque un pedazo de tu tierra
Fué á pedirte el Coloso en mala hora...
Y le diste un peñasco!... En él se encierra
Tu más horrenda página ¡traidora!...
Allí arrastra un espectro sus crespones,
Y te cubre de eternas maldiciones.

VII

Postrado ya el León, lo encadenaste;
Y, de lejos oyendo su rugido,
Tú, del mar la Señora, tú... temblaste.
Por el puñal de la traición herido,
Cayó á tus piés... Entonces respiraste,
Vencedora alevosa del rendido...
El Océano mismo no podría
Borrar ese padrón de cobardía...
....

VIII

Tú no eres tan culpable... ¿Dónde estaba
La poderosa Francia, la temida?
¿Por qué no le salvó?... Le contemplaba
Desde la alpina cumbre, sonreída...
¡Y ÉL, que la hizo tan grande!... Ella danzaba
Sobre sus mil trofeos;... y la vida
Del HÉROE-DIOS, volcán ya moribundo,
Lenta espiraba allá en el mar profundo.

XI

¡Eso es la Gloria!... ¡Napoleón!... ¡Bolívar!
Genios resplandecientes cual cometas,
Una copa de flores y de almíbar
La Diosa os presentó, grandes atletas;

Pero en el fondo emponzoñado acíbar
El destino guardaba;... y anchas grietas
Abriendo en vuestro seno, los pesares
Os ahogaron á orillas de los mares.

X

¡Eso es la gloria!... El Genio armipotente,
La homérica Deidad de las batallas,
Tú, Bonaparte, sol en Occidente,
Tumba entre rocas maldecidas hallas
En medio de los mares... Y esa frente
Que desafió mil nubes de metrallas,
Sólo Bertrand, el bravo Granadero,
La sostuvo en el trance postrimero.

Á VALENCIA

DEDICADA Á MI AMIGO EL SR. ADOLFO URDANETA

I

¡Tierra donde nací! yo te saludo.
¡Bendiga Dios tu cielo azul sin nubes,
Donde asoman el rostro los querubes
Cuando se oculta moribundo el sol!
¡Bendiga Dios las mieses de tus campos!
¡Bendiga Dios tus brisas perfumadas,
Y tus bellas auroras coronadas
De incomparable y nítido arrebol!

II

¿Qué á mí del hado adverso los furores?
¿Qué á mí los duelos de mi triste vida?
¿Qué á mí?... Si eres feliz, ciudad querida,
¿Podrá infeliz llamarse tu cantor?
Horóscopo sangriento me arrebata
De tu feraz y pintoresco suelo;
Así lo manda en su rigor el cielo;
Yo te dejo, al partir... todo mi amor.

III

Amigos que lloráis la desventura
Del mísero y errante prisionero,
¡ Adiós! Adiós!... En mis endechas quiero
Pintaros mi profunda gratitud.
Mas ¡ ay! ¿ qué digo?... La enlutada Musa
El plectro arranca de mi torpe mano;
Escuchad!... Es su voz: "Bardo, es en vano;
Rompe," me dice, "tu fatal laúd."

D. PEDRO JOSÉ HERNÁNDEZ

Vió la luz en Maracaibo el 29 de agosto de 1821, y murió en 1874 en el terremoto de Cúcuta. Fueron sus padres el señor D. Pedro Hernández y la Sra. D. Asiscla Moreno.

Diputado del pueblo, periodista, poeta lírico y dramático, Hernández fue un varón que honró siempre á la República.

QUERELLA DE UN TRISTE

Á MI AMIGO EL SEÑOR D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ

Mientras con soplo leve,
La embalsamada brisa, jugueteando,
La palma altiva mueve
Y pasa murmurando,
De la callada noche respetando
La majestuosa calma,
Y en el dormido lago se desliza
Y su linfa, al pasar, columpia y riza;
Y en el sabroso nido,
En mecedora rama al aire alzado,
Se escucha el dulce ruido
Que, en sueño regalado,

Ofrece el pajarillo descuidado,
Si el aura aduladora
Lo mueve y acaricia blandamente
Y él su contacto, sorprendido, siente;
   Fija en la azul techumbre
Del ancho mundo, límpida y serena,
Con honda pesadumbre,
Con devorante pena,
La mirada febril de llanto llena,
Un desdichado amante
Así deplora su infeliz fortuna,
La voz alzando á la argentada luna:
   —Ya vienes, fiel amiga
Del corazón que dolorido vela,
Vienes á que te diga
Que mi dolor te anhela,
Porque tu vista al infeliz consuela,
Y hasta el llanto embelleces
De quien en triste soledad suspira,
Si brillar á tu luz su llanto mira.
   Vienes veloz surcando
Del claro espacio el piélago sereno,
Por ofrecer, llegando,
Tu rostro de luz lleno
A los que duelos llevan en su seno,
Y en dulce compañía,
Mensajera de Dios al hombre enviada,
Trocar su soledad desconsolada.
   Y ni estorbos ofrecen
A tu infalible rumbo, en su alto vuelo,
Las nubes que aparecen
Raudas surcando el cielo
Y que ruedan en sombras por el suelo,
Si cruzan tu camino
Y un rayo de tu mágica mirada
Las hiere al paso en fuga apresurada:
   Ni que tus alas bellas
En lago y fuente y río y mar rïelen,
Impiden las estrellas
Innúmeras, que suelen
Antes lucir que sus fulgores velen,
Bañando la alta esfera,
Tus luminosos nítidos reflejos,
Tu grato arribo al anunciar de lejos.

¡Oh cómo el prisionero,
Por la alta reja de su estrecho muro
Al mirar placentero,
Desde su lecho oscuro,
Tu destello asomar, radiante y puro,
Revive en su congoja
Y, treguas dando al pecho la amargura,
A Dios bendice, que en tu luz fulgura!
Y el nauta que, alejado
De su playa y su amor, en la onda inmensa
Surcando va engolfado
Y en sus amores piensa,
Opresa el alma de zozobra intensa,
Sobre el mecido puente
Reclinado, recobra su alegría,
Si á tí su amor y su pesar confía.
Tal el proscrito alcanza,
Cuando en la playa hospitalaria gime,
Volver á la esperanza
Que del dolor redime
Con que la falta de la patria oprime,
Al ruido de las olas
Haciéndote la triste confidencia
De los recuerdos de su ingrata ausencia.
Y hasta quien llanto vierte
Sobre la tumba, al corazón querida,
Do le ocultó la muerte
Prenda de amor perdida,
Siente que das al alma entristecida
La calma indefinible
Con que tierna amistad brinda el consuelo,
Su tristeza hermanando y nuestro duelo.
Yo no lloro cautivo
Mi dulce libertad, ni en hondos mares
Entre zozobras vivo,
Ni gimo por mis lares,
Ni alimenta una tumba mis pesares:
Mas vivo en desventura,
De quien fué mi ventura ya olvidado
Y de tristes recuerdos agobiado.
Y cual en otros días,
Cuando gocé á su lado hora por hora,
En las delicias mías,
Alegre y brilladora,

Venías á gozar, vienes ahora
A que llore contigo
Mis horas de amoroso arrobamiento,
En que oí de su amor el juramento.
¡Luna, bendita seas!
Mas ¡ah! si, por acaso, penetrando
Donde á la ingrata veas,
Vieres que, reposando,
Mientras yo velo aquí, vive gozando,
Haz porque sepa, al menos,
Que, si es dichosa la que tanto adoro,
Tregua en su dicha encontrará mi lloro!—
Dijo, y del alto seno
Brotó abundoso el reprimido llanto;
Que en vano el pecho, lleno
Del bárbaro quebranto
Que halla en verse olvidar quien ama tanto
A quien su amor olvida,
Creerá encontrar consuelo á su amargura,
Si ella olvidando encuentra su ventura.

A LA MUERTE

DEL SENTIDO JOVEN

BR. JOSÉ ANTONIO JONES

PRIMER PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD LITERARIA
"ECO DE LA JUVENTUD"

"Cada instante nos vamos acercando al sepulcro; el hombre ignonora su última hora y cae en la red barredera de la muerte, como los peces en la del pescador ó las aves en las del cazador."

(ECLES. IX)

¿Qué anuncia á los mortales
Ese clamor que de continuo llega,
Doliente, al alma desde la alta torre,
Y mientras duelo y pesadumbres riega,
Lento á perderse en los espacios corre?

Es el adiós postrero
Con que al adiós responde lastimero
De quien voló á la Eternidad profunda,
La piedad del cristiano reverente.
¡Y era ayer un mancebo generoso
El que en la Eternidad ya hundió la frente...!
....

Del genio de las ciencias precedido,
Toca á las puertas del saber. Su anhelo
Lleva su vista al cielo;
De fe en el porvenir su pecho henchido
Por la esperanza animadora expresa,
Que sus resueltos pasos encamina;
Ya el umbral atraviesa,
Brilla en su frente ya la luz primera ...:
¡Mas la muerte le asalta en su carrera:
Le hiere, y cae, y su vivir termina!
Así el sediento cervatillo, ansioso,
En el calor de la abrasada tierra,
Baja de la alta sierra,
Enhiesto el cuello, el paso presuroso;
Así á la vista de arroyuelo manso,
Alegre y descuidado, á su corriente
Se llega sin descanso,
Hasta saciar la sed que ávida siente;
Mas ¡ay, cuitado! el cazador le asecha,
Velado del ramaje en la espesura
Y, cauteloso, descargar procura
En descuido mayor golpe más cierto;
Mientras en el susurro embebecida
Con que el agua serpea,
La víctima atisbada se recrea
En falsa soledad ... Súbito suena
El no esperado ruïdo. El aire hiende
El mortífero dardo, y en la arena
Rodar inerte el bebedor se mira,
Que ansiando vida, al saborearla espira.
¡Esa es la vida: en su razón el hombre,
Como en su instinto el bruto, caminando
El uno en pos de glorias y renombre,
La sed y el hambre el otro sustentando,
Se engolfan á porfía
Sin saber dónde van, dónde los guía
Su afanoso correr, incierto y ciego;

Y entrambos vacilando,
Por fin de su anhelar van, luego á luego,
El término á tocar de la existencia
Que Dios les mide en su inefable ciencia.
Si esa es la vida, en fin; si así fallecen
La halagüeña esperanza
Y el lustre y fama con que el genio alcanza
A coronar su generoso empeño;
¿Por qué, Dios soberano,
Ese anhelo de gloria al sér humano,
Y ese amor á lo bello que divisa,
Le diste aquí, do la esperanza es sueño?...
¡Oh! no llorara el corazón herido
Al ver de un golpe en el sepulcro hundido
Todo un glorioso porvenir risueño!
Ni ese llanto que vierte
La pesarosa juventud, regado
Sobre el despojo que dejó la muerte
Del que ayer sonreído contemplaba,
Corriera desatado
Para aliviar el pecho desgarrado
Por el dolor de la eternal partida;
Ni en funeraria pompa
Viérase una ciudad enternecida...
Mas es fuerza llorar, si amar es fuerza
Cuanto en el mundo nuestro amor cautiva:
Que perdemos un bien en lo que amamos
Y queda siempre viva
La memoria del bien que malogramos.

EL GEMIDO DE LA TARDE

Cuando baña el sol poniente
Los campos del patrio suelo
De su ya espirante lumbre
Con los pálidos reflejos,
Oyese allí, triste, vago,
Indefinible lamento,
Que el llanto remeda á veces
De una tórtola en su lecho,

O del amor de una virgen
El casto suspiró tierno,
O ya el gemido que un niño
Lanza en su cuna entre sueños,
O el eco dulce, armonioso,
De alguna flauta á lo lejos.
¿De dónde ese acento sale?
Fuéme difícil saberlo
Sin que alguien me lo explicara;
Y aunque otros, dicen, creyeron
Que era el eco misterioso
De ese voluptuoso beso
Que en nocturna despedida
Da á las flores del desierto,
Entre amoroso deliquio,
En sus corolas el céfiro,
O el halago que el follaje
Hace á la sombra en secreto,
O, á los sidéreos fulgores,
De la fuente los festejos,
Porque flor, fuente y follaje,
Con vago estremecimiento
Parece como que exhalan
Ecos de amor de su seno;
Es que flor, follaje y fuente
Tiemblan al mágico efecto
Del que *se oye*, *triste*, *vago*,
Indefinible lamento,
Que viene amargas memorias
A despertar luego á luego
De amores, dichas y goces
Que en duelos se convirtieron;
Profunda melancolía
Así en sus senos vertiendo.
Es fama que nunca escucha
'El melancólico acento
Quien de otro sér se acompaña
En sus campestres recreos;
Que de toda voz celoso,
Si la oye, guarda silencio.
Ni llega nunca al oído
De quien, mirando aquel cielo,
No pueda decir: mi infancia,
Mi juventud, aquí fueron.

Era yo niño: una tarde,
Tarde de tristeza y duelo,
Le oí al volver silencioso
Al hogar, brillando el héspero;
Y, curioso como niño,
Y, como curioso, inquieto,
"¿Quién es?" pregunté á mi madre,
Que ya le oyera primero
En sus tardes de tristeza;
Y dándome un dulce beso,
"Ese es," mi madre me dijo,
EL ANGEL DE LOS RECUERDOS.
—¿Dónde vive? — En el espacio.
—¿Qué hace allí? — Mirando el tiempo;
Ajenas dichas llorando
Y amores que un tiempo fueron,
Y de inconstancias y ausencias
Arroyos de llanto acerbo
Viendo correr.—Solo llora?
—Las almas de los que el suelo
Aman de la patria ausentes,
Atrae aquí con misterio,
Y aquí sus días pasados
Dulces, gozosos y bellos,
Les recuerda, porque lloren
Al eco de sus lamentos.
Pasaron breves los días
De los maternales besos
Y rodó mi tierna infancia
En los abismos del tiempo;
Y pasó mi juventud
Y con ella sus ensueños,
Y tuve *días pasados*,
Dulces, gozosos y bellos,
Y siempre escuché en los campos
Del querido patrio suelo
El gemido misterioso
Del ÁNGEL DE LOS RECUERDOS.
Y un día llegó en que supe...
¡Ah! ¿por qué llegué á saberlo?
Que quien su adiós da á la patria
Y respira en suelo ajeno,
En vano escuchar anhela,
De sus penas por consuelo,

En campos, valles ó selvas
El vespertino lamento.
¡Ay! desque vivo proscrito,
Jamás á escucharle he vuelto.

TUS OJOS

Si no has de amarme, niña,
Cierra tus ojos,
Que de amor, con mirarme,
Me vuelves loco;
Mas, si los cierras,
Reflexiona que el día
Queda en tinieblas.

El color de la pena
Dicen que es negro;
Yo, mirando tus ojos,
Digo que es cierto,
Pues con mirarlos
Comprendí que es la vida
Vivir penando.

Los bardos orientales
Mucho ponderan,
Como bellos, los ojos
De sus gacelas;
Mas tus miradas
A gacelas y bardos
Embelesaran.

Lástima, desde niño,
Tuve á los ciegos;
Mas hora, como nunca,
Los compadezco;
Que es más penoso
Que no mirar el cielo,
No ver tus ojos.

Si Dios, para ofrecerme
La dicha inmensa,
Preguntárame donde
Mejor me viera,
Yo le diría
Que en el mágico espejo
De tus pupilas;

Mas, ¡ay! como en la vida
Jamás de sombras
La dicha se ve exenta
Que el hombre goza,
Mucho me temo
Que de mi propia imagen
Tuviera celos.



D. CARLOS MENDOZA

Hermano de D. Cristóbal, de quien ya hemos hablado, nació en Caracas el 21 de enero de 1822. Se educó en los principales institutos de Caracas, y cursó luégo matemáticas en la Academia Militar, de la cual llegó á ser Director.

Hizo varias campañas, señalándose por su ciencia y su valor; en la acción y toma de "La Victoria" en 1859 perdió una pierna. La República premió sus servicios con merecidos ascensos, hasta el grado efectivo de Coronel de Ingenieros.

Desde muy joven cultivó con ahinco y fe las letras, y en especial la poesía.

Carlos Mendoza murió el año de 1880.

La siguiente composición dará á conocer el estilo y escuela de este poeta.

TEMPESTAD Y CALMA

Á A***

Todo es agitación; del Sol luciente
Perdió la brillantez el alto Cielo,
Y su inmensa extensión obscuro velo
De pardas nubes cubre por doquier.
Que rápidas girando en el espacio
Al encontrado empuje de los vientos,
Se chocan y se inflaman, y violentos
Van los rayos el mundo á conmover.
Sañudo el mar rebrama enfurecido
Romper queriendo su fatal barrera,
Y la mansión del hombre toda entera
En sus antros profundos sepultar;
Mas vano encuentra el temerario empeño,
Y sus ondas convierte en alba espuma,
Que evaporada luégo, en densa bruma,
Levántase, las nubes á aumentar.
Y con ellas auméntase el estrago,
Crece el terror, la lluvia se desata,
Y sus alas frenética dilata
Henchida de furor la tempestad.
A su contacto la elevada cumbre
Retiembla, conmovida el ancha base,
Y en débiles aristas se deshace
Robusta encina de remota edad.
La que del monte al valle descendía
En suelto aljófar, cristalina fuente,
Y límpida llevaba en su corriente
Arenas de oro y perfumada flor,
Ya raudal impetuoso airada baja,
En sus revueltas aguas arrastrando
Troncos y peñas, y tras sí dejando
Espanto y luto, y ruinas y dolor.
Fatigadas las aves y medrosas
En vano buscan el amado nido,
Y en oscura caverna, el león temido
Se agita y ruge de pavor también;

Crece la tempestad; y todo anuncia
Que el orbe de sus ejes se desquicia,
Teme el mortal del Cielo la justicia,
Y humilde inclina la soberbia sien.
 Mas súbito en las brumas resplandecen
Del Iris los bellísimos colores,
Aplaca la tormenta sus furores,
El trueno calla, el huracán pasó.
¡Signo feliz de paz y de ventura,
El hombre agradecido te adorara,
Si no fueras el lampo que dejara
El ángel que sus males conjuró!
 Que de Dios hijo, y como Dios clemente,
La esperanza reparte, y el consuelo:
El éter cruza, y en su raudo vuelo
Aroma y luces desparciendo va.
Las nubes á su aspecto se disipan,
El Sol fulgura su radiante lumbre,
Y desde el valle á la enriscada cumbre
Himnos y hosannas se levantan ya.
 Otras hay en la vida crueles horas
De borrascas también y de tormentos;
No chócan entre sí los elementos,
No se encrespa con furia el hondo mar,
Ni enturbia sus cristales la corriente,
Ni el bruto gime, ni las aves callan,
Ni los truenos terríficos estallan
Ni se mira el relámpago cruzar;
 Nada turba del mundo la armonía,
Todo respira en derredor la calma;
Pero de penas agobiada el alma
En vano las intenta combatir:
Que del dolor la maldecida garra
Lenta destroza el anheloso pecho,
Y el corazón en lágrimas deshecho
Se siente fatigado consumir.
 Así al embate de la suerte impía
En mi seno los males se ensañaron,
Mis ensueños de gloria disiparon,
Y la ilusión con su delirio huyó:
Sin patria, sin salud, letal tristeza
Me oprime el corazón, me arranca el llanto,
Que tras las sombras de su negro manto
El sol de mi esperanza se ocultó.

¡Se ocultó! ¿Pero nunca ante mis ojos
Relucirán del Iris los colores?
¿Calmará la tormenta sus furores
Al conjuro de un ángel bienhechor?
¡Sábelo Dios...! Su poderosa diestra
Mueva en mi amparo al fúlgido querube,
Y al disiparse la cargada nube
Acallaré mi lira de dolor.
Y á su flébil tristísima armonía,
Arrancada al compás de crudas penas,
Notas mil seguirán de fuego llenas,
En fácil y poético raudal,
A la Aurora primera que ilumine
De mi existencia el porvenir sombrío,
Mil himnos dando con ingente brío
Al ángel que disipe tanto mal.

D. FELIPE ESTEVES

Nació en la Guaira el año de 1822. Fueron sus padres el Ilustre Prócer Coronel D. Felipe Esteves, uno de los marinos más expertos y valerosos de la gran Colombia, y la Sra. D. Jacinta Valdés.

Es un literato muy instruido, autor dramático y periodista político. Desde muy niño abrazó la carrera militar, y ha llegado al más alto grado de la milicia, después de dilatadas campañas. Ha sido Diputado del pueblo y Ministro de Guerra y Marina, y ha desempeñado otros cargos importantes.

MIS TRES PERLAS

En una sola *concha*
Tengo tres perlas,
Blancas como la nieve,
Bellas, muy bellas;

No envidio al potentado
Con sus riquezas,
Que más que todas valen
Mis lindas perlas.

*

Cuando el descanso busco,
La paz serena,
En la apacible estancia
Donde amor reina,
Todo lo encuentro al lado
De Concha bella,
Que cariñosa guarda
Mis lindas perlas.

*

¡Hijas amadas mías,
Cuánta inocencia,
Cuánta bondad y gracia
Las tres ostentan!
¡Dichoso yo que olvido
Todas mis penas,
Cuando os miro extasiado,
Mis lindas perlas!

*

¡Oh nunca, nunca el hado
Funesto quiera,
Daros un solo instante
Llanto y tristezas!
¡Nunca llegue la suerte,
Contraria, adversa,
A quitarme ninguna
De mis tres perlas!

A UN AMIGO POETA

Canta poeta: tu laúd sonoro
La noble inspiración tiene del arte:
Justiciera Polimnia al escucharte
En tus manos dejó su plectro de oro.

Canta y espera que en luciente coro
Vayan entusiasmadas á admirarte
Las ninfas que del Pindo, al coronarte,
En aplausos te ofrezcan un tesoro.
No desmaye tu aliento en la carrera
Que en alas del amor y el sentimiento
A la región conduce de la gloria;
Tu espíritu mantén en esa esfera
Que del genio creador es elemento,
Y en ella clara brillará tu historia.

D. JOSÉ M. ORTEGA MARTÍNEZ

Nació en San Felipe el Fuerte el primero de julio de 1822. Fueron sus padres D. José María Ortega y Dª Trinidad Martínez. Hizo toda la campaña federal en la guerra de los cinco años, y ha servido puestos de importancia en las armas y en la política. Ha sido electo en la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, para ocupar el sillón vacante por muerte del Sr. Doctor D. Jerónimo E. Blanco.

LEY DIVINA

Cautivo el mar enfurecido estalla,
Implacable y tenaz en sus rencores;
Cuantos fueron del mundo moradores
Le vieron batallar cual hoy batalla.
De leve arena incontrastable valla
Opuso el Hacedor á sus furores,
Y del tiempo insensible á los rigores
Ni duerme.... ni sosiega.... ni se calla!
Enmudece la ciencia ante el misterio,
Y no concibe el pensamiento osado
Tanta soberbia en tanto cautiverio!
Dios dijo al mar sañudo y encrespado,
La linde al señalarle de su imperio:
De aquí no has de pasar.... y no ha pasado!

LA TARDE

A ORILLAS DEL GUAIRE

I

Por la puerta del ocaso
Que entre rojas llamas arde
Huye tímida la tarde
Con lento y lánguido paso.
Del sol el fulgor escaso
Vacila en la selva umbría,
Y en acento de elegía
La tórtola gemidora
En tristes notas deplora
La despedida del día.

II

Vaga la luz misteriosa
De los moribundos lampos
Sobre la ciudad, los campos
Y la montaña pomposa.
Versátil y caprichosa
A cada instante varía,
Imprimiendo en su agonía
Al fantástico celaje,
Y sobre el mustio paisaje
Profunda melancolía.

III

La monótona campana
En la catedral golpea,
Y allá el eco clamorea
Como una queja lejana:
Pregona que es pompa vana
La que ostenta el sol radiante,
Que ya en el cielo distante
Huye de la noche umbría;
Y es bella ilusión el día
Que apenas dura un instante.

IV

Con languidez perezosa
Se va la luz extinguiendo,
Y va la sombra creciendo
En densidad presurosa.
La lechuza pavorosa,
Desde un tronco carcomido,
Su fatídico graznido
Lanza en sus ayes al viento,
Cual desgarrador lamento
De un corazón dolorido.

V

Al través del saucedal
Pasa la brisa gimiendo,
La altas copas meciendo
Con majestad sepulcral.
Bajo el influjo letal
Del silencio y del nublado,
En alas del cierzo helado
Cual eco de voz doliente,
Llegan y pueblan la mente
Los recuerdos del pasado.

VI

¡El pasado...! en él se hundieron
Tiempos, sucesos y seres;
Y juventud y placeres
En polvo se convirtieron;
(De amados seres que fueron
De nuestras penas consuelo)
¿Qué ha quedado en tanto duelo?
Su recuerdo en la memoria,
Sus restos entre la escoria,
Y sus almas en el cielo.

VII

El pasado es un desierto
Que alumbrado por la historia
Resucita en la memoria
Un mundo caduco y muerto:
Es un libro siempre abierto

Que dice á la humanidad:
Todo es humo, vanidad:
Todo incierto, pasajero;
Sólo Dios es verdadero
Y llena la inmensidad.

Á MI QUERIDO AMIGO EL

Sr. D. DIEGO JUGO RAMÍREZ

Donde no está la mujer
Nada bueno puede haber.

Cuando hizo Dios la mujer,
Para gloria de su nombre,
Abrió una puerta al placer
Y también al padecer
En el corazón del hombre.
Estando el varón de arcilla
Dormido bajo una higuera
Dios le estrajo una costilla,
Y de ella ¡qué maravilla!
Hizo la mujer primera.
Con muy lucido intelecto
Le dió singular belleza;
Así que, sér tan perfecto
No tuvo un solo defecto
De los piés á la cabeza.
Y al velar con el candor
Sus mágicos atractivos,
Quedó ... que el mismo Criador,
Á ser hombre pecador,
Perdiera allí los estribos.
Sobre el cristal de una fuente
Luégo que estuvo formada
Como en espejo luciente,
La dulce niña inocente
Se contempló retratada.

Se miraba y remiraba
Con infinito placer;
Mientras más se contemplaba
Más de sí se enamoraba;
¿Cómo no, si era mujer?

¿Quién pudo de tal encanto
Sustraerla? Pues es obvio:
Habló el Espíritu Santo,
¡Que sólo Él pudiera tanto!
Y le dijo: busca un novio;

Y es excusado agregar
Que su instinto femenino
La llevó sin vacilar,
Al consabido lugar
Por el más breve camino.

Entre tímida y gozosa,
Palpitante de emoción
Llegó á la higuera ramosa,
Y halló á don Adán ¡qué cosa!
Durmiendo como un lirón.

Como lo encontró dormido,
Lo contempló á su sabor;
En tanto el feliz marido
Sobre la yerba tendido
Roncaba que era un primor.

Como ella era carne y hueso
De aquel animal barbado,
No pecaba por exceso
Viéndole con embeleso
Al descuido y con cuidado.

Despertó Adán bostezando
Cual estúpido mastín;
Mas luégo al punto observando
Que Eva lo estaba mirando,
Le hizo el corazón *tilín*.

El bruto se trasformó;
El amor brilló en sus ojos:
Eva los suyos bajó,
Y él con un beso selló
Sus labios dulces y rojos.

En el ameno verjel,
Cuando aquel beso se oyó
Brotó un arroyo de miel,
Rugió de envidia Luzbel
Y furioso lo escupió.

Cayó el licor nauseabundo,
Y desbordando el raudal
Lo convirtió en el inmundo
Piélago negro y profundo
Del pecado original.

Lo dicho de la manzana
Lo tengo yo por engaño;
Pues creer no me da gana
Que fruta tan buena y sana
Pudiera hacer tanto daño.

Vió Adán desaparecer
De aquel Edén las delicias:
Lloró hasta más no poder;
Y al quedarle la mujer
El Diablo se dijo ¡albricias!

Pero sea como fuere:
"Donde no está la mujer,"
Ríase quien se rïere,
Y ofendase quien quisiere,
"Nada bueno puede haber."

TÁNTALO

Es el ávido anhelo de la mente,
En la provecta edad, gran desvarío;
Las aguas que á la mar tributa el río
Nunca tornan del mar á la vertiente.
Del tiempo al raudo giro persistente,
Tras de la primavera y el estío,
Viene el invierno nebuloso y frío;
Que es todo, bajo el sol, inconsistente.

Rebelde á la razón batalla insano,
Como en estrecho calabozo el reo,
El espíritu inquieto del anciano.
Le acosa, como á Tántalo, el deseo;
Mas le ata el imposible, su tirano,
A la roca fatal de Prometeo.

D. JOSÉ M. NÚÑEZ DE CÁCERES

Es hijo del Dr. D. José Núñez de Cáceres, y vió la luz en Maracaibo el año de 1822. Estudió Jurisprudencia en la Universidad de Caracas, y se graduó en Alemania de Doctor en Filosofía. Posee ocho lenguas entre vivas y muertas; ha viajado por diversos países y publicado varias obras didácticas y literarias. Fué intérprete del Ministerio de Relaciones Exteriores bajo la Administración de Guzmán Blanco, y es miembro de la Academia Nacional de la Historia. Ha escrito mucho en verso, especialmente dramas, poemas y sonetos, pero no hace gran caso de la corrección del lenguaje ni de la pureza del estilo, como si escribiese siempre al vapor. Publicamos tres de las más notables composiciones que de él conocemos.

IDILIO

Feliz el hombre que apartado vive
De la ciudad donde el engaño mora
Oculto entre la púrpura y bullicio
Que el alma turba y la razón desdora!
Feliz, mil veces, quien de Dios recibe,
Con paz y bendición, el bien propicio
De ser en su servicio
Habitador constante
Del campo donde, amante,
Cautivo de la fiel naturaleza,
Recoge entre placeres y riqueza
El fruto que le ofrece en larga vida,
Con libertad, firmeza
De no temer ni muerte ni caída!

Riberas de la mar, montes altivos
Que dais á la esmeralda eterna plata;
Fróndosas selvas de misterio llenas
Donde el Favonio su correr dilata,
Con vuestros inefables atractivos
Del alma desterráis acerbas penas;
Y vuestras filomenas,
En los serenos días,
Con tiernas armonías
De la naturaleza el pensamiento
Solícitas despiden por el viento;
El margen del arroyo y claro río
Es perdurable asiento
De amores y de plácido albedrío.
Vierte el alba en el seno la alegría
Cuando al rayar las vocingleras aves
Canoras desde el bosque la festejan
Sus trinos despidiendo al aura suaves.
Despierta á los pastores la armonía
Del dulce canto y la cabaña dejan.
Activos se aparejan
A las faenas diarias
Después que sus plegarias
Dirigen fervorosas hacia donde
El ser habita cuyo amor responde
Con pruebas de bondad á la criatura
A quien jamás le esconde
La luz de sus verdades y ternura.
Del sol los claros rayos matinales
Desprenden de las hojas el rocío,
Del aura nocturnal claros despojos,
Y dulce llanto desatado en río
De primorosas perlas y cristales
Blandamente cayendo de sus ojos.
De bosques y rastrojos,
Saliendo van parejas
De cabras y de ovejas
El astro á saludar con sus balidos,
Y blancos nubarrones suspendidos
Cual etéreos gigantes sobre el monte,
Van lentos y tendidos
Con paso majestuoso al horizonte.
Y al través de la niebla reflejando
El sol con sus celajes relucientes,

Kaleidoscopio natural, retrata.
Del iris los colores diferentes
Va en arcos luminosos dibujando
Su pedestal de refulgente plata.
Inmensa se dilata
Su célica hermosura
Con pompa en la llanura,
Y enmelenado el rubicundo Febo
Al campo siempre grande y siempre nuevo
Del verde Junio hasta el florido Mayo,
El inmortal renuevo
Rinde constante de su ardiente rayo.
Allá á lo lejos en brillante cielo
Veloz airón con extendidas alas
El diáfano dosel cruza atrevido;
Y la gaviota en las celestes galas
De púrpura y jazmín tiende su vuelo.
Con prolongado, pertinaz graznido
Hacia el oculto nido
Regresa el empinado
Alcarabán airado,
Y de la selva á la marina ansioso,
Vecino á la ribera, el numeroso
Enjambre volador con presta pluma,
El reino tempestuoso
Bate evitando su engañosa espuma.
Oigo el bramido de la mar airada
Cuando en la orilla con fragor revienta:
Cuán sublime es la furia con que embiste,
Y su gemido al retirarse lenta!
La roca solitaria y elevada,
Inmóvil á su furia, la resiste;
Pero volviendo insiste,
Movida por el viento,
En su batir violento,
Y sigue en incesante sacudida
Lanzándose á la roca, embravecida.
Así del mar en el vaivén contemplo
La imagen de la vida,
De inconstancia y pasiones el ejemplo.
Y el sol radiante el dilatado espacio
Hinche de luces con su eterna llama
Los ojos deslumbrando de esplendores.
Parece que á su luz el mar se inflama

Llenando las distancias del topacio
Y tules de vibrantes resplandores.
Los vitales ardores
Que en su seno la tierra
Eternamente encierra,
Despide con amor, el aire hinchendo
De estiva agitación siempre moviendo
En toda la extensión del horizonte;
Del silencio al estruendo,
El mar, el llano, el empinado monte.
Silba en la altura desatado el viento:
El cielo de zafiro resplandece
Do cruza la nevada nubecilla
Que sola por momentos aparece.
O llega airado el vendaval violento
Del lejano confín hasta la orilla,
Donde su navecilla
El tímido piloto
Del Neptuno remoto,
Huyendo los peligros, pide al suelo
Amparo y protección, que al amplio cielo,
Hallar quisiera el pescador en vano,
Porque en su lento vuelo
Presa cayera del Eolo insano.
Las ondas van y vienen, se levantan
Y al descender en quejumbroso estruendo,
Cubren de blanca espuma la ribera,
Al grito de Neptuno respondiendo.
Las aves al fragor vuelan y cantan
Sus ayes dilatando en la alta esfera.
Su nave va ligera
Con alas majestuosas
Las ondas espumosas
Cortando y de melenas circundada;
Atrás deja á Cibeles retirada
Mientras fortuna y el clemente cielo
Condúcenla amparada
Hasta la orilla del opuesto suelo.
Allende por el mar sonoro el viento
Hinche la vela y canta el marinero,
Libre del huracán que le atormenta,
Y el fuerte bergantín que va ligero
Del mar parece y del correr contento.
Tranquilo el capitán las horas cuenta;

Pues ya no espera afrenta
De la nube importuna;
Mas sí que la fortuna
Propicia recompense sus cuidados,
En puerto guarecido de nublados,
De inesperada y solitaria muerte;
Y olvida los pasados
Tiempos de oscura y olvidada suerte.
  Mas ¿quién en el imperio proceloso
Libre se encuentra de Neptuno insano,
Si cuando muestra su falaz sonrisa
Más cerca está de la inclemente mano
Conque convierte en vendaval furioso
Y en hórrido huracán la blanda brisa?
La ráfaga improvisa
Con el fragor del trueno
El rostro antes sereno
Cubre de nubes y horrorosa niebla;
Lívido espanto, universal tiniebla
Anuncia con terrores al piloto,
Que ya de muertes puebla
La tétrica extensión el fiero Noto.
  Gritan los marineros al estruendo
Del implacable ponto enfurecido;
Levanta el aquilón con su pujanza
Líquidos montes en fragor temido.
El rostro de la muerte hace tremendo
La luz del rayo que rugidos lanza
Sin treguas ni esperanza,
La nave ya vencida
Mísero fin, hundida
Encuentra en los abismos ignorados,
Quedando para siempre sepultados
Hechos á un tiempo dolorosas presas
De los inícuos hados
La nave, marineros y riquezas.
  Pero el hombre del campo libremente
Respira en sus risueñas soledades
Bajo la sombra del samán frondoso.
El necio competir que en las ciudades
A ruina ó perdición lleva á la gente,
No le perturba en su feliz reposo
El eco bullicioso
Del torrente vecino,

En su correr contino
Anima sin cesar el raudo viento.
No ofrece el campo á la ambición sustento,
Viviendo el hombre con el bien conforme
Que da paz y contento
Sin los afanes de riqueza enorme.
Por selvas, montes, valles y pensiles,
Por cumbres de montañas eminentes
Camina el labrador siempre seguro
Del déspota en sus iras inclemente.
Señor de sus dehesas y rediles
Halla en la dicha de vivir oscuro
Impenetrable muro
Contra ruinosa lidia
Del lujo y de la envidia,
Sólo á Dios en el campo el hombre erige
Altar de adoración: no á quien aflige
Al pobre, con sarcasmo de salones
Donde el orgullo exige
Por amor y deber, humillaciones.
Son gloria de los campos los mastines,
Y place, de podencos y lebreles
Tener aparejada la jauría:
El triunfo es del trabajo: son laureles
Los frutos de la tierra: nobles fines
Amar la libertad en la armonía.
El campo cada día,
De Ceres en las artes,
Un triunfo en todas partes
Ofrece con amor, paz y ganancia;
Así goza el pastor en la abundancia
La vida hasta la vida venidera
De bienaventuranza
Que Dios promete al que en su amor espera.
Tendido sobre espléndidos javillos
Oigo en las auras misterioso acento
Que el ánimo adormece en ilusiones,
Y el corazón en terrenal contento;
Fragantes mejoranas y tomillos,
Del natural verjel agrestes dones,
En todas estaciones
Inspiran en el alma
El bálsamo de calma
Y paz y beatitud, sola del hombre

Que adora del Señor el santo nombre;
Y al dulce murmurar de manso arroyo
No hay muerte que me asombre
De Dios teniendo bendición y apoyo.
Cuán plácido el pastor con su familia
En la humilde cabaña está cantando
De doméstica dicha protegido,
Los dedos al rabel diestro aplicando!
Rústica voz el corazón concilia
Al tema del cantar entretenido;
El cerco atento oído
Le presta en sus canciones
De propias invenciones
Sólo en el campo oídas,
Sin ser en las ciudades recogidas.
Las horas en que goza y se recrea,
Jamás son perseguidas
Del tedio que á los príncipes rodea.
Y cuando la risueña primavera
Muestra en el bosque su primer retoño,
Que amante precursor de hermosas flores
Guardó el invierno tras dormido otoño,
Todo es felicidad que nada altera:
A tórtolas que cantan sus amores
Responden ruiseñores;
Pintadas mariposas
Cual voladoras rosas
Baten alegres sus pintadas alas,
Al sol mostrando sus brillantes galas:
Así viven el campo recorriendo
Pastores y zagalas
Lejos del fausto y mundanal estruendo.
Cuán tierno en el zarzal hiere el oído
De enamorada tórtola el lamento,
Intérprete de amor, que á la enramada
Como en alas del eco lleva el viento!
Cómo mueven el alma los quejidos
De cándida ovejilla en la majada!
Del bosque retirada
Con incesante vuelo,
Bajo el abierto cielo,
El alto campanario ó la colina
Recorre en su volar la golondrina;
Y, cual del huerto fugitiva rosa,

Incierta se encamina
Festiva de placer la mariposa.
¿No veis en la ciudad cómo se ostenta
Sin honra ni virtud un necio orgullo
Teniendo por honor ser vil esclavo
Del rico que durmiéndose al arrullo
De vil adulación, nada contenta?
¿Quién tiene en nuestro hogar á menoscabo
Que el hombre digno y bravo,
De pruebas al abrigo,
Cual verdadero amigo
Le trate en todos tiempos y mudanzas?
¿Quién pierde en nuestro hogar las esperanzas
Del Ser divino cuando humana suerte
Nos muestre en asechanzas
El rostro adusto de cercana muerte?
El frío invierno hasta el distante polo
Ya deja el campo, y los furiosos vientos
Cesan de resonar en la montaña.
Ya bullen suaves céfiros contentos:
Ceres, más bella cuando calla Eolo,
Sus dones riega en la feraz campaña;
Su calurosa saña
Depone el són airado;
De la esperanza al lado
Goza el hombre del campo de su cielo.
A dicha exento del amargo duelo
Perseguidor del infeliz que ansiando
El lujo con desvelo
Vive muriendo por gozar, penando.
....
....

SONETOS

A PETRONA

Siga el frigio pastor á su divina
Tindárida en infiel concubinato,
Y cause su adulterio y arrebato
A Ilión soberbia dolorosa ruina;

Siga Orlando á su Angélica heroína,
Abelardo á Eloísa en su curato;
Y siga cada Claudio de insensato
Haciéndole la córte á Mesalina.
Que allá busque Calixto á Melibea,
Reinaldo á la deidad que lo abandona;
Aquí Lisio infeliz á Galatea,
Allá Jove á Saturnia ó á Latona,
Que yo, diosa, mujer ó lo que sea,
Quiero sólo correr tras de Petrona.

Atónita la tierra silenciosa
Ante Alejandro se postró rendida;
Y la rosada aurora, á la venida
De Uriel desaparece vagarosa.
El sol en su carrera luminosa
Al mando de Josué prensó la brida,
—La biblia nos lo dice;—y abatida
La frente ante la mano poderosa
Se inclina el huracán al viejo Eolo;
El ponto proceloso ante Neptuno,
Ante Jove los astros, y ante Apolo
Pitón, á tantos pueblos importuno;
Mas de las diosas y deidades, sólo
Petrona no se inclina ante ninguno.



D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ

Yépez vió la luz en Maracaibo el 9 de diciembre de 1822. Su padre el Sr. D. Ramón Yépez, distinguido hombre público, le dedicó á la Marina con el objeto de corregir su indómita voluntariedad. En esta carrera dió á conocer sus talentos, energía y valor; y ascendió en largos años de servicio á Capitán de Navío y General de División.

Más de una vez fué Ministro de Guerra y Marina, y en tal cargo, y en los de Jefe de Escuadra, Comandante

de Apostadero y Capitán de Puerto, prestó señalados servicios á la República.

Pocos poetas han alcanzado en América tanta nombradía como este insigne varón, notable además por sus clarísimas virtudes.

En sus leyendas indianas *Anaida* é *Yguaraya* dejó asimismo testimonio de la galanura de su prosa, poética y sentimental.

Por fatal accidente murió ahogado en el lago de Maracaibo el 22 de agosto de 1881.

LA MEDIA NOCHE

Á LA CLARIDAD DE LA LUNA

En ninguna parte la Naturaleza nos penetra más del sentimiento de su grandeza: en ninguna parte nos habla más y más fuertemente, que bajo el cielo de la América.

Opacos horizontes,
Y rumor de airecillos y cantares,
Y sombras en los montes,
Y soledad dulcísima
En la tierra infeliz de los palmares;
Y allá lejos la luna que se encumbra,
Y un cielo azul de porcelana alumbra.
Y en el lago sin brumas
La onda medio caliente entumecida,
Coronada de espumas,
Soñando melancólica:
Y como tregua ó sueño de la vida
En el hogar del hombre; y como inerte
La creación, y el sueño como muerte.
La gran naturaleza,
O vacila ó se asombra, y muda y grave,
Pálida de tristeza,
Ve sus astros inmóviles...
Suspensión de la vida, que no sabe,
Maravillada el alma, si le asusta,
O le place por quieta ó por augusta.

Tal es, sobre su coche
Que silencioso por el orbe rueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas:
Así, al tañer de la campana, queda,
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.
Aquí empieza el imperio
De esas visiones sin color ni nombre
Que en inmortal misterio
Guardan las noches tórridas.
Aquí no alcanza á comprender el hombre
La cifra ó la razón de cuanto mira,
O si despierto está, sueña ó delira.
Tanta trémula estrella
Que de rubíes el espacio alfombra,
Tanta roja centella
Que con la luna pálida
Penetra y brilla en la nocturna sombra;
Causa son de terror, causa de duelo,
Si ya la media noche sube al cielo.
¿Quién sabe por qué crece
Entonces el penacho de esa palma,
Y el viento la remece
Y la despierta súbito,
Y á su voz el concierto y dulce calma
De la noche, se rompe cual si fuera
Hablando una palmera á otra palmera?
¿Quién sabe, por qué luégo
Se vuelven las conchuelas con la luna
Margaritas de fuego,
Y cuando boga rápido,
Sonriendo de su espléndida fortuna,
Nauta feliz que ansía por cogerlas,
Ni conchas halla ni radiantes perlas?
¿Quién sabe, quién alcanza
Por qué se cierne la nocturna nube
Con monstruosa semblanza,
Y envuelta en sombras tétricas
Desciende al llano, á la colina sube,
Para mostrar después, como un tesoro,
El plateado cendal con fimbria de oro?
Mentira! bajo el peso
De tanta maravilla, grita el mundo:

Acaso será eso......
Pueda que los fantásticos
Prestigios de la luz, tras el profundo
Rumor que alzan los vientos que campean,
Finjan visiones, y mentiras sean;
Pero algo está escondido
Que bulle y vive y lúgubre se extiende
Al solemne tañido
De ese cristiano símbolo.
Algún prodigio el hombre no comprende
En esas altas horas: algo existe
De indefinible, pavoroso y triste.
No es que la noche ayude
Los Genios á salir de sus recintos;
Ni la mar se sacude,
Ni murmuran los céfiros,
Ni del santuario los dorados plintos
Caen sonando, ni la sombra pasa,
Ni el trueno zumba, ni la luz abrasa.
Mas, con todo, á tal hora
Brota, se desvanece, canta, gime,
Brilla, se descolora,
Azota el aire trémulo,
Empaña el éter, la materia oprime
Una sombra, una luz, un sér ¡quién sabe!
Que llena el orbe y que en la chispa cabe.
Entre el hombre que piensa
Y los astros que alumbran se descorre
Como una cosa inmensa,
Impalpable, magnífica;
Y cuando la parduzca y vieja torre
Su postrimera campanada vibra,
De eso como infinito ¿quién se libra?
Sálve ¡augusto misterio,
Que encierras tan hondísimos arcanos:
En tu silente imperio
De sonidos insólitos,
Y de pálidas luces, y de vanos
Pavorosos fantasmas, todo es triste
Y se trasforma todo cuanto existe.
Mas la razón del hombre,
Al impulso inmortal del sentimiento
Instintivo y sin nombre,
Penetrará recóndita,

O explicarse querrá con noble aliento,
Ese mundo invisible que reposa
Oculto entre la noche silenciosa.
Soledad de desierto
Y rumor de airecillo en los fragantes
Limonares del huerto;
Y en el azul vivísimo
Rubias estrellas, fuegos vacilantes,
Y claridad de luna que se encumbra
Y hasta el sombrío limonar alumbra.
Tal es, sobre su coche
Que silencioso sobre el orbe rueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas;
Así, al tañer de la campana, queda,
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.

LA RAMILLETERA

Ramilletera de estos alcores,
Siempre vendiendo llenos de cintas,
De cintas verdes, ramos de flores;
Si ya vendiendo
Te siguen siempre los ruiseñores,
No es por las flores de gayas pintas,
Sí por el seno do van las cintas.
Del huertecito de los manzanos
Dicen que quieres, ramilletera,
Los olorosos lirios enanos,
¿Por qué los quieres
Cuando no hay lirios como tus manos?
No por la fama, que es volandera,
Sí por ser lindas, ramilletera!
Tienen tal magia tus ojos pardos,
Que el Dios con venda sobre los ojos,
Entre verbenas, mirtos y nardos
Guardó su venda,

Rompió la aljaba, rompió los dardos,
Queriendo sólo que en sus enojos,
Sirvan los dardos que hay en tus ojos.
Como andas siempre por los rosales,
Y esas tus trenzas son hebras de oro,
Dicen no hay otras trenzas iguales,
        Porque en tus trenzas,
A los suspiros primaverales,
Van ocultando como un tesoro
Las mariposas su polvo de oro.
Según repiten las zagalejas
Por las encinas de boca en boca,
Mientras dormías so las añejas,
        Altas encinas,
Posó en tus labios tropel de abejas,
Y, al despertarte, la turba loca
Panal del Hibla llamó tu boca.
¿Qué más? El día que en la junqueras,
Cogiendo flores, quedó tu talle
Preso entre juncos y enredaderas
        Llenas de flores,
Se dijo á gritos en las praderas,
Que entre los juncos del hondo valle
No hay junco verde como tu talle.
No, pues, te engrías, dulce paloma,
Vendiendo incauta tus ramilletes:
Es que no hay flores de tanto aroma,
        Como la incauta,
Que baja al valle, sube á la loma,
Dejando toquen sus brazaletes,
Mientras le compran sus ramilletes.

BALADA MARINA

SANTA ROSA DE LIMA

Del fondo de una tartana
Que cruza el mar turbulento
De la tierra americana,
Se alza en las alas del viento
        Horrible grito,
        Voz de pesar:

—"Dios bendito, Dios bendito,
Que nos traga el hondo mar!"—

Por la banda el palo roto
Hizo estopa la obra muerta,
Y la sangre del piloto
Ha manchado la cubierta.
La gente ansiosa
Clama doquier:
—"Santa Rosa, Santa Rosa,
No nos dejes perecer!"—

El cielo de horror se viste,
La noche llega inclemente,
El viento retumba triste,
Y el relámpago candente
De hito en hito
Se ve brillar......
—"Dios bendito, Dios bendito,
Que nos traga el hondo mar!"—

—¡Arrima, arrima á la bomba,
Que el agua está en la bodega!
¡Si revienta aquí esa tromba,
Hasta la popa se anega!
¡Tocad el pito!
¡Pronto á virar......!
—"Dios bendito, Dios bendito,
Que nos traga el hondo mar!"—

—Orza todo......! El brío sobra,
Que son marinos de España;
Pero al cambiar la maniobra
Rompióse timón y caña,
Nuevo conflito
Que hace exclamar:
—"Dios bendito, Dios bendito,
Que nos traga el hondo mar!"—

Por salvarse aquella gente,
(Que mucho el vivir se estima)
Le ofrece rico presente
A la patrona de Lima.
¡Suerte horrorosa......!
¡Trance fatal!
—"Santa Rosa, Santa Rosa,
Desvanece el temporal!"—

Las velas se han hecho trizas,
Y sus mojados jirones
No dejan correr las drizas
Mordidas en los motones.
¡Pica...! quebranta... !
¡Oh noche cruel!
—"Santa Rosa, Rosa Santa,
Ya cruje el frágil bajel!"—

De pronto el cielo se baña
En roja luz indecisa,
Y una aparición extraña
Se ve que las ondas pisa;
La nao se hunde
Del viento en pos......
—"¡Oh Santa! llega y difunde
La calma, en nombre de Dios!"—

Bajo aquellos resplandores,
De un cestillo campesino
La virgen saca unas flores
Que arroja en el torbellino.
Ronca, espumosa,
Zumba la mar:
—"Santa Rosa, Santa Rosa,
Tú nos vienes á salvar!"—

Y era así, que en el momento
Inmoble queda y sombría
La mar, mientras lleva el viento
Las rosas de Alejandría.
Velada, airosa,
Con tenue tul,
Se deja ver Santa Rosa
Aplacando el mar azul.

Rendido cual un gigante
El abismo muge sordo,
Y de hinojos suplicante
Llora la gente de abordo;
Al fin se anima,
Cobra valor.
—¡"Salve, patrona de Lima,
Virgen de paz y de amor!"—

Cuando la aurora clarea
Mete en viento la tartana

Cantando—" bendita sea
La virgen americana!"—
Del infinito
La gloria fué;
Tu poder ¡oh Dios bendito!
En Santa Rosa se ve.

LA CANCIÓN DE LOS SUSPIROS

ESCRITA PARA MI AMIGO OCTAVIANO URDANETA

La vida es el sueño de una sombra
PINDARO

¡Ay! cómo así me engañaron...
¡Ay! cómo así me mintieron...
Un tiempo á tí te contaron,
Alma mía,
Del mundo las regias glorias;
¿A dónde están? ¿Qué se hicieron?
Esperanzas ilusorias
Noche y día,
Las glorias, mentiras fueron.

Bajo la fúlgida alfombra
Del divino firmamento,
¿Qué es el mortal?—Una sombra
Que camina,
Una sombra que se lanza
En alas del pensamiento
Con la fe de la esperanza,
Mas se inclina
Al peso del sentimiento.

¡Ay, corazón! Tú me espantas
En estas negras mansiones.
¡Ay, corazón! Tú quebrantas
Mi albedrío.

¿Qué alcanzo, si en loco anhelo
Duermo soñando visiones,
Vivo esperando en el cielo?
¡Paz, Dios mío,
Que me abrasan las pasiones ...!

¿Quién á su influjo adivina
Cuanto el placer sin segundo
Nos amengua y nos arruina?
¿Quién comprende
Esta tremenda batalla
Entre el principio fecundo
Y la materia que estalla,
Que se enciende
Con el contacto del mundo?

Alma mía, si no acudes
En el naufragio que temo,
¡Ay de mis pobres virtudes!
¡Ay del hombre
Con tanta duda sombría
En este mundo blasfemo!
Acúde, acórre, alma mía;
Vénce en nombre
De tu principio supremo!

Y no soy yo solamente
Quien gime, se queja y llora;
No, la humanidad doliente
Que así vaga
Sin descifrar el dualismo
Del bien y del mal, implora
También, junto al negro abismo
Que le traga,
Una luz consoladora.

Si tal es el mundo, cierto,
Es bien triste, azás sombrío
Un tan árido desierto ...
¡Qué tortura!
¡Qué pesares! ¡Qué inconstancia!
Alma mía, ¿no es posible
Tornar á la bella infancia?
Por ventura,
¿La infancia no es preferible?

Ay! yo trocara el tesoro
Que me aplace y me consuela,
La lira de cuerdas de oro,
Por la vida
Que lleva el niño buscando
Ya la marina conchuela,
Ya el avecilla cantando
Sorprendida
En las flores de canela.

Diera los dulces placeres
Que hacen la existencia grata:
Música, flores, mujeres;
Todo, todo
Diera, sí, por el cariño
Que el destinó me arrebata
Hace tiempo, desde niño...............
¡De tal modo,
Así el destino me trata!

Mas ¡ay! que mi afán, mi ruego,
Son en vano y yo deliro...............
¡Volver á la infancia...ciego!
¿Cómo es tánta
Mi vanidad, mi flaqueza?
No: la armonía que admiro,
Esta gran naturaleza
No quebranta
Sus leyes por un suspiro.

Adiós, pues, casta y sencilla
Infancia: por tí llorando
Aquí estoy, cual navecilla
Bajo el ceño
De un mar revuelto y profundo
En la noche zozobrando,
Hombre sigo por el mundo,
Tras mi sueño,
Suspirando, suspirando..............

Canción, si el marino viento
Rompe del lago la calma
Y lleva tu triste acento;
Si en sus giros
Se apagan estos clamores,

Yo guardaré en una palma
Las notas de mis dolores,
Los suspiros,
Los lamentos de mi alma.

LA GOLONDRINA

Ave de las negras plumas,
Golondrina,
Que rasando las espumas,
Vas bebiendo en curso vago
El agua del patrio lágo
Cristalina.

Ave de rápido vuelo,
Que improvisas
Un viaje al azul del cielo,
Y al ver las campestres galas,
Vuelves al campo las alas
Indecisas.

Tú que cruzas de ola en ola,
Palpitante,
Sin que mire una vez sola
Con quién loca te entretienes,
¿Por qué alegre vas y vienes
Delirante?

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado
Que como tú, fugitivo,
También puedo alzar mi altivo
Pensamiento!

Siempre haciendo en raudo giro
Loco alarde,
Avecilla, yo te miro
Cómo bajas, cómo subes,
Ya en el viento, ya en las nubes
De la tarde.

¿Es por la luz que te alegras
Incendiaria?
Ave de las plumas negras,
Al ver la estrellada alfombra,
¿Es que la noche te asombra
Solitaria?

Tan pronto en verde paisaje
Te contemplo,
Como en el seco ramaje,
Como en la fuente que corre,
Como en la parduzca torre
De algún templo.

Ya visitando los muertos
Importuna,
Oyes los ruidos inciertos,
El rumor de las ciudades,
A las tristes claridades
De la luna.

Y si la flor campesina
Cierra el broche,
Tú te alejas, golondrina,
Por escuchar, la primera,
La campana plañidera
De la noche.

Saliendo á veces del monte
Sin fatiga,
Vas derecho al horizonte,
Con tal soltura y donaire,
Que no hay ave por el aire
Que te siga.

Y luégo allá de las nubes
Maravilla,
Después que tan alto subes,
Al ver que tus plumas ajas
Cierras tus alas y bajas,
Avecilla.

Tal, siendo niño, gozando
Mi desvío,
Divertíame arrojando

Las conchas que iba cogiendo,
Por verlas después cayendo
Sobre el río.

¡Ay! entonces mi fortuna,
Mis amores,
Eran el sol, la laguna,
Sus barquillas, y los nidos
En los ramos suspendidos
De las flores.

Con los niños compañeros
De mi infancia,
Trepaba á los cocoteros;
Y cuando en alto me vía,
Era grande mi alegría,
Mi arrogancia.

Que acaso yo de mil modos
Me pensaba
Que era más grande que todos,
Y de orgullo satisfecho
El corazón en mi pecho
Palpitaba.

Sueño sin luz y sin nombre,
Tan profundo,
Que lanza después al hombre,
Para realizar su instinto,
Por el ancho laberinto
De este mundo.

Sueño de ardiente cariño
Sobrehumano;
Porque es allá cuando niño
Que se abriga en la memoria
Ese sueño de la gloria
Soberano.

¡Ah! la gloria, es un delirio,
Luz soñada,
Que se convierte en martirio
De la frágil existencia,
¡Ah! la gloria! es la demencia,
Sombra y nada!

Lo sé; mas volar te veo
 Por las nubes,
Ave, y mi muerto deseo
Se aviva, y lloro, y me afano,
Y quiero subir en vano
 Cual tú subes.

Que si algo estimo esta vida
 Transitoria,
Es que en mi mente se anida
La esperanza, el loco empeño
De darle cima á ese sueño
 De la gloria.

Pajarillo entusiasmado
 Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado
Que á tu vuelo raudo, altivo
Es igual mi fugitivo
 Pensamiento!......

NIEBLA

LA NIÑA MARÍA LUISA ÁLVAREZ

Cogiendo flores en la campiña,
Más vaporosa que el aura leve,
Aquella dulce, risueña niña,
 Vió una mañana
Dos nubecitas color de nieve
Que se tiñeron color de grana.
"Quiero ser nube—dijo la niña—
Más vaporosa que el aura leve,"
Y con las flores de la campiña,
 Cintas y galas,
Y con sus velos color de nieve
La dulce niña formó sus alas.

Cuando en los huertos de la campiña,
Y al viento leve de la mañana,
La pobre madre buscó á su niña,
¡Ay...! en su anhelo
Vió que entre nubes color de grana
La dulce niña volaba al cielo.

HIMNO EPITALÁMICO

ESCRITO PARA IGNACIO PLAZA

No en esa estancia penetréis divina;
Sobre el ara de aromas,
Pálida de pasión, llevó Ericina
Sus risueñas palomas.
Atrás! ¿No veis que hasta el dorado plinto
Cae el flotante velo?
La diosa ha descendido á ese recinto
En un rayo del cielo.
Velad tanto esplendor, oculte Apolo
La luz de sus mañanas;
Que á la estancia nupcial penetren sólo
Las flores por galanas.
La Madre del Amor desciñe estrecho
El ceñidor de oro,
Roja la boca y palpitante el pecho
Del oculto tesoro.
Suelte temblando, al seductor desvío,
La crencha perfumada...........
¡Cuán divina estarás, rosa de Chío,
Así medio velada!
Fortunado amador, la diosa esbelta
Ya besa al dulce niño;
Mirad como el rapaz sonriendo suelta
Su túnica de armiño.
Silencio! Ni un suspiro en el imperio
De los castos amores;
No temáis que una flor rompa el misterio,
Que mudas son las flores.

TARDAS . . . !

Tardas ! y muere el día,
Y se acerca la noche, y desespero......
Tardas, Clemencia mía,
Porque no sabes tú cuánto te quiero;
Herido siento el corazón, y lloro,
Y tú tardas, Clemencia, y yo te adoro.
En silencio apacible
Se han venido los astros asomando:
Y tardas... ! Imposible
Es vivir como vivo agonizando,
Muriendo en medio de tan dulce calma...
Ay ! si vinieras tú, bien de mi alma !
Si vieras en mi anhelo
Cómo sufro esperando tu venida !
Cómo demando al cielo
La paz del corazón, ya que la vida
Eres, Clemencia, tú, tú que no vienes
Y aquí esperando sin piedad me tienes !
En zozobra tan triste,
Piénsalo bien, Clemencia, yo me muero:
Mi alma no resiste
El bien de la esperanza, si te espero:
El bien de la esperanza ! ¡ Cuán sombrío
Es ese bien, si tardas amor, mío !
Clemencia, bien lo sabes:
Mientras mi pobre corazón se abisma,
Solemnes son y graves
Nuestros destinos, nuestra vida misma......
Silencio, hermosa ! — Cuando así se quiere,
Palpita el corazón, estalla ... y muere.

PASTORIL

I

Para cantar al niño
Rey de los Cielos,
Me pides villancicos
De gracia llenos;

Cuenta, zagala,
Con estas canturías
De madrugada.

Yo sé que en las aldeas,
Por navidades,
Esa es costumbre vieja
De los zagales;
Mas por lo mismo
Yo sé de esas costumbres
Lo que me digo.

¡Un cantarcico pides!
No tal pidieras
Cuidando en los rediles
De tus ovejas;
¡Pero son pascuas
En que se cantan misas
Antes del alba!

Con ser la noche opaca
Te he visto anoche
Con rojas lumbraradas
Buscando flores
¡Como que ignoras
Que se encandilan aves
Con luces rojas!

Y bien en poco estuvo
Por esas misas
El convertirse en humo
Tus alegrías;
Dígalo el lobo
Que aullaba olfateando
Cercano al soto.

Desde que Alicio toca
Su caramillo,
Las más extrañas cosas
Dicen de Alicio.
¡Cómo se mudan
En hogaño los tiempos!
Bien dice el Cura!

No hay pastora en los prados
A la redonda,
Que á la misa de gallo
Veloz no corra.
De tanta prisa
Más de una zagaleja
Saldrá corrida.

Míra, pues, pastorcica,
Que temo mucho,
Tras esas alegrías
Tan de tu gusto,
No se te anublen
Los ojos, cual los cielos
Del mes de Octubre.

II

Guarda tus villancicos,
Ya no los quiero:
Claveles tiene y lirios
El Rey del Cielo.
¡Bien reza el Cura
Que ninguno está libre
De la calumnia!

Si, cual dices, lo sabes,
Que en las aldeas
Cantan por navidades
Las zagalejas;
¿Por qué te admiras,
Cuando, madrugadoras,
Vamos á misa?

Para zagal son tristes
Tus pensamientos,
Pues según lo que dices,
Tú tienes celos,
Y ves fantasmas
En nuestras canturías
De madrugada.

Si anoche salí al prado
Con luces rojas,
No fué flores buscando,
Sino palomas;

Dos montañeras
Que al niño con sus cintas
Llevé en ofrenda.

Y bien por nuestras luces
Estuvo en poco
Que Alicio el del adufe
Cogiera el lobo;
Pues escondido
Lo descubrió en la vega
De los olivos.

Desde que Alicio canta
Los villancicos,
Son, pastor, tus miradas
De basilisco.
Madre asegura
Que andas, como los lobos,
Aulla que aúlla.

En alcores y en prados
Y en luengas tierras
Al niño en su sagrario
Todos le rezan;
Y es una dicha
Cómo caen las lluvias
A maravilla.

Mira, pues, pastorcico,
Que vas zaguero
En el amor del niño
Rey de los Cielos:
Si no me escuchas,
Temo que tu garganta
Se quede muda.

A LA ESTRELLA DE LA TARDE

I

Campanita de plata
De tan gran templo,
Trémula y solitaria
Sobre los cielos;
Yo te diviso
Suspendida en los campos
Del infinito.

Cuando á la fin del día
La tarde asoma,
Eres la campanita
Que á duelo toca;
Así los ángeles
Saben allá en el cielo
Cuándo es de tarde.

Campanita te llamo
Siendo un lucero,
Mientras voy suspirando
Con mis recuerdos;
Es que así mismo
Te llamaba en mi patria
Cuando era niño.

Al perder mis fecundas,
Ricas visiones,
Dicen que se me anublan
Porque soy hombre
¿Será eso cierto?
¿Cómo, pues, me acompañan
Las que están lejos?

Porque tú eres ahora
Lo que en mi infancia
Cuando buscaba conchas
De playa en playa:
Chispa ó lucero,
Que entre gasas de púrpura
Brilla en lo inmenso.

Todo, pues, se reduce,
Tras luengos días,
A los sueños que se hunden
Llamar mentiras;
Y á los estables,
Aunque medie un abismo,
Llamar verdades.

Por eso mientras pasan
Cual viento y humo
Las dulces esperanzas
Que inspira el mundo,
Siempre conmigo
Van las santas visiones
Que sueña el niño.

Campanita, si el duelo
Tocas del día,
Tras mis dolores creo
Tocas á vida;
Mientras á gloria
Hay otras campanitas
Que también tocan.

II

Estrella, que despides
Al sol que muere
En lagos de rubíes
Resplandecientes;
Tú, que te inundas
En sus luces y sabes
Dónde es su tumba;

Estrella de las sombras,
¿Cómo es que siempre
A esta fiesta mortuoria
Te hallas presente?
¿Cómo es que sales,
Hija tú de la noche,
Siempre de tarde?

Entre risueñas nubes
Tú centelleas,
Como en aguas azules
Pálida perla.
¿Tendrán acaso
Las *aguas superiores*
Por perlas astros?

Atomo de ese polvo
Que en las alturas
Como neblina de oro
Todo lo alumbra,
Todo lo llena
De mundos rutilantes,
Soles y estrellas;

Tal vez se llegue un día
Que del espacio
Como una vieja cifra
Seas borrado;
Y el Rey del cielo
Brote acaso otros mundos
Y otros luceros.

Sí, los astros que existen
Son sueños, sombras...
Atomos invisibles
Ante su gloria;
Sí, todo muere,
Sólo el Dios infinito
Vivirá siempre.

Lejana campanita,
Cuando yo muera,
Recibe el alma mía
Tocando á fiesta.
¿Te pido mucho?
No, que las almas suben
Al cielo en triunfo.

A UNA SENSITIVA

Planta, ¡y te troncha inhumano,
Y da fin á tu existencia,
En su torpe diligencia,
El labriego podador!
¡Y no hay un sér en el mundo
Que le advierta ó le recuerde,
Que acaso tu ramo verde
Guarda una vida de amor!
En la escala misteriosa
De la gran naturaleza,
¿Quién puede saber dó empieza
El sentimiento inmortal?
¡Quién puede decir, juzgando
De la vida ó de la muerte:
—"Herid, la planta es inerte,
En ello ni bien ni mal!"
Con todo, el guerrero altivo
Y el miserable labriego
Te arrasan á hierro y fuego
Por pasatiempo y desdén;
Mas ¿qué mucho si éste mata
Por gusto la débil ave,
Y aquél, criminal, se sabe
Que mata al hombre también?
Sensitiva de los prados,
Yo no sé si por cariño
Bajo mis manos de niño
Trémula asaz te sentí:
Yo no sé, pero recuerdo
Que hasta del céfiro blando,
Temblando, siempre temblando,
En la pradera te ví.
Así la tierna zagala
Que pasa de amante á esposa,
Junto al zagal ruborosa
Se postra al pie del altar;
No de otro modo se arrullan
En las floridas praderas,
Dos palomas pasajeras,
Peregrinas de la mar.

¿Por qué te concede el hombre
Vida, savia y crecimiento,
Y te niega el *sentimiento*
Que es la vida del dolor?
Si te llama *sensitiva*,
Y de sentir le das muestra,
¿Por qué la inhumana diestra
Te arrasa del podador?
Esto es una inconsecuencia......
¿Una?... ¡El hombre tiene tantas!
No ya en las débiles plantas,
No ya en su vana virtud;
No ya en los pliegues recónditos
De su insondable egoísmo......
Es con su Dios, su Dios mismo.
¡Hasta en el negro ataúd!
Pudorosa sensitiva,
En las alas del deseo,
Mientras más medito, creo
En el error mundanal.
Tú vives como yo vivo;
Como yo siento, tú sientes;
Callas, empero ... y las gentes
Te dan muerte ó te hacen mal.
No es extraño, que en el mundo
Tiene un puesto distinguido
La gloria que es vano ruido,
La fama que nada es;
Y la virtud que en silencio
Con las penas se aquilata,
Camina por senda ingrata
Que le ensangrienta los pies.
Planta verde, planta verde,
Pudorosa sensitiva,
Por modesta y pensativa
A tu existencia dan fin;
Si tú, girasol ó rosa,
Fueras viento y luz buscando,
No te tronchara cantando
El podador del jardín.
Cuando en las pálidas noches
Tras los sotos campesinos,
Escucho los dulces trinos
Del nocturno ruiseñor,

Pienso que acaso en tu gloria
Su voz el ave levanta,
Y que enamorado canta
Solicitando tu amor,
Si eso á la tierra te apega,
Algo tu fortuna alcanza,
Que el sueño de la esperanza
Siempre es dorado y feliz;
Siempre, por más que al embate
De los mundanos empeños
Caiga el árbol de los sueños,
Arrancado de raíz.
En la escala misteriosa
De la gran naturaleza,
Nadie sabe dónde empieza
La vida, la sensación;
Nadie sabe si esta planta
Que á mi contacto se cierra,
Tiene, como yo en la tierra,
Amor, placer, ilusión.

D. JESÚS MARÍA SISTIAGA

El 19 de enero de 1823 vió la luz en Caracas el Doctor D. Jesús María Sistiaga, hijo del Dr. D. José de Sistiaga y la Sra. Dª Carmen Lovera.

En la Universidad de Caracas obtuvo el grado de Doctor en Jurisprudencia y en Filosofía. Figuró en altos puestos políticos y judiciales, entre ellos en el de Ministro de Relaciones Exteriores.

Era uno de nuestros más entendidos latinistas, y se distinguió en las letras como fabulista y escritor de costumbres.

Ocupó un sillón como Individuo de número en la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española.

Murió el 25 de mayo de 1889.

EL ARRIERO Y EL PEREGRINO

Por un camino angosto
Y bajo el fiero sol del mes de agosto,
Un arriero cazurro
Guïaba veinte mulos con un burro.
Iban todos ahilados
Y muy bien rabiatados,
Listos y quietecitos,
Al són de garrotazos y de gritos,
Reniegos, maldiciones,
Y pinchazos, pedradas y empellones.
El burro estaba tuerto;
Un macho rucio con el pecho abierto;
Las mulas más añejas,
Unas sin rabo, otras sin orejas;
En fin, la recua entera
Estaba de manera,
Que sólo al ver de un animal el cuero
Se adivinaba el genio del arriero.
Pero Dios que es muy grande y providente,
Hizo que se mostrara de repente
Un santo peregrino
Que caminaba acaso aquel camino,
Y esto precisamente en el momento
En que el pobre jumento,
Yo no sé por qué causa ó circunstancia,
Se soplaba un astazo de sustancia
Al són de interjecciones y bufidos,
Que eran para taparse los oídos.
El prudente varón
Dió al arriero su santa bendición
Y con voz reposada así le dijo:
—"Queridísimo hijo,
No es necesario que con modos tales
Maltrates á estos pobres animales;
Llévalos con cariño
Como se lleva un niño;
No les des tanto palo
Que eso es, hijo, muy malo,
Ni para nada sirven esos gritos
Que los hacen temblar, los pobrecitos,

Pues las mulas y potros
Son tan hijos de Dios como nosotros."
Oyó el arriero este discurso todo
Y al punto contestó con muy mal modo:
—"Mi reverendo padre,
Desde que al mundo me botó mi madre,
Si mi cuenta no falla,
Sé como se trata esta canalla,
Pero, por sus respetos,
Los voy á dejar quietos:
Gobiérnelos usted por el camino
Para ver cómo llega á su destino;
Yo no me meto en nada
Y trate como quiera á la manada."
Lo que el padre quería:
Toma el gobierno lleno de alegría,
Desata los ronzales
De aquellos animales
Y para arrear decía:
—"Arre, mulita mía!
Aquí á mi lado ponte!
No te tires al monte!
No te quedes, machito!
Anda más ligerito!
Camina, burriquito, con más juicio!
No vayas á caer al precipicio!"
Y los guïaba en fin, con tal ternura
Que aquello era en verdad vida y dulzura;
Y en consecuencia, sin hacerle caso,
Iba la recua aflojandito el paso:
Se echaban unos, otros desbandados
Se iban metiendo en todos los sembrados;
Uno tumba la carga,
Otro su par de coces le descarga;
El asno se revuelve
Y todo un zafarrancho se le vuelve.
El peregrino á todos atendía;
De uno á otro corría,
Llevando su heroísmo
Hasta hablarles de honor y patriotismo,
Porque no le dejase mal parado
En el encargo aquel que había aceptado;
Mas la recua insolente
Yergue por fin la frente

Y alegando á una voz su autonomía,
Dijo que no quería
Someterse á la ajena voluntad,
Sino vivir en plena libertad.
Con tanta impertinencia
Voló del peregrino la paciencia:
Les echa cuatro ternos,
Los manda á los infiernos,
Reparte bordonazos de lo bueno,
Y sale aquella recua que era un trueno,
Andando con tal prisa y tal ardor,
Que verla era un primor.
Entonces el arriero socarrón
Dijo al santo varón:
—"Muy buena es la dulzura, padre mío,
Mas, por amor de Dios, no se alborote
Si digo que á las veces más confío
En el temple tenaz de mi garrote."
Lo mismo que las bestias es la gente:
Aquellos que no entienden de razones,
Necesitan también en ocasiones
Reprimirlos mostrándoles el diente.

EL OSO HORMIGUERO Y LAS HORMIGAS

A una cueva de hormigas
Vino un oso hormiguero,
Extenuado de hambre
Y flaco por extremo.
La cueva estaba llena,
Mas en aquel momento
Ni una sola se vía:
Todas estaban dentro.
El oso se paseaba,
Se detenía perplejo,
Gruñía, se rascaba,
Y se aclaraba el pecho,
Hasta que al fin la reina,
Gorda y de buen aspecto,

Sacó la nariz fuera
Para observar el tiempo,
Y el oso aprovechando
El lance, con respeto
Así dijo á la hormiga
Del modo más atento:

EL OSO

Bella señora mía,
Mi encanto, mi embeleso,
De mi bosque nativo
Muy fatigado vengo,
Para ofrecer á ustedes
En prueba de mi afecto,
Un manjar delicioso,
El mejor alimento
Que puede á las hormigas
Proporcionar el cielo:
Vedlo! (y sacó la lengua.)
Ese gluten que tengo
Abundante y sabroso
Lo elaboro en mi pecho
A costa de fatigas
Y sudores sin cuento;
Mas por mi patriotismo
Y por mi amor intenso,
A vuestras reales plantas
He venido á ponerlo.

LA HORMIGA

Mil gracias, señor mío,
Le doy por sus deseos:
Con gusto aceptaría
Tan rico ofrecimiento,
Si al menos yo supiese
A qué atribuirlo debo.

EL OSO

Yo os lo diré, señora:
Ha tiempo que en mi pueblo
Supe las excelencias
De vuestro buen gobierno;

Y siempre decidido
Amante de lo bello,
Vengo á sacrificarme
Por el reposo vuestro.

LA HORMIGA

No tengo qué decir,
Si es que lo hacéis por eso;
Pero ... no miro el modo
De sacaros de adentro
El néctar, que decís
Es tan rico sustento.

EL OSO

Oh, no tengáis cuidado:
Marcháos allá dentro,
Que yo meto la lengua
Hasta el fondo si quiero,
Y todas os pegáis,
Y yo me estaré quieto,
Hasta que satisfechas
Abandonéis el puesto.
Fuese dentro la hormiga,
Y el oso muy contento,
Media vara de lengua
Soltó en el agujero,
Y al punto estuvo toda
Cubierta á tal extremo,
Que parecía forrada
En terciopelo negro;
Y como estaban presas
En el licor espeso
Que su lengua segrega,
Sólo para el efecto,
Sacóla al punto el oso,
Limpióla en el guargüero,
Dándose una panzada
Que lo dejó repleto.
Cuando un *patriota* guarda
Tantos comedimientos,
Y sin que se los pidan,
Ofrece sus esfuerzos

Para aliviar de penas
A pueblos ó gobiernos,
Saber primero importa
Cómo está de alimento,
Después mirar su lengua
Con precaución, de lejos,
Y al observar que pega
Mandarlo á los infiernos.

LA VIDA EN RIO CHICO

"Bello es vivir! la vida es la armonía"
Dijo un poeta que no estuvo aquí,
Porque el bribón la vida pasaría
Como suele decirse: así, así.
"Bello es vivir!" por cierto que lo creo,
Haciendo versos, respirando amor,
Saltando á la medida del deseo,
De pensil en pensil, de flor en flor.
"Bello es vivir!" si no hay otro tormento
Que fastidiarse en medio del festín,
Tomar la capa, si está helado el viento,
Y empaquetarse luégo en un quitrín.
Bello, muy bello, dividir las horas
Entre el prado, la ópera, el café,
En requebrar á niñas y señoras
Y dar después un paseíto á pie!
Convengo en que la vida es la armonía,
Si se vive gozando sin cesar;
Si uno puede decir: tengo por mía
Cuanta riqueza alcanzo á desear.
Pero venid ¡oh bardos! á Río-Chico!
(No quiero que paséis ni el Aguazal
Sino que, á guisa de veloz perico,
Volando atraveséis tanto andurrial.)
Echad, echad el ancla, desgraciados,
Y en la plaza mayor sentad el pie;
Mirad al frente, atrás, á entrambos lados:
Lo que después dijereis os creeré.

Verémos si encontráis inspiraciones
En ese río que no veis correr,
Ni da nunca al viajero tentaciones
De acercarse á su margen á beber;
Verémos si le halláis tan raudo y puro
Como el Tormes ó el manso Yurubí,
O si de vuestros cantos al conjuro
Sus aguas cruza celestial hurí;
Verémos si ese lodo que os circunda
Y que os habrá de salpicar al fin,
Os da también inspiración fecunda
Para hacer un cuarteto ó un sextín.
Yo os diré si es armónico y es bello
Que os persiga de plaga un escuadrón,
Y que desde la planta hasta el cabello
Os meta sin cesar el aguijón.
Es menester, caros compinches míos,
Antes de hablar del mundo tánto bien,
Zabullirse en el fango de estos ríos
Y sentir la ponzoña del jején;
Ver cómo reina aquí la calentura
Y la buba tenaz y el sabañón;
Contemplar tanta escuálida figura,
Tanto convaleciente barrigón,
Tanto perro que ladra y quita el sueño,
Tanto zancudo, en fin, tanto puyón,
Que á cabo llevan el tenaz empeño
De encajaros su incómodo aguijón.
Oh vates que habitáis la rica Europa,
Fastidiados de industria y de placer,
Que por pena tenéis cambiar de ropa
Y soportar un mes á una mujer;
Vosotros que arrullados por el cierzo
Y henchidos de champaña y chambertén,
Despabiláis un suculento almuerzo
Y os figuráis que el mundo es un edén;
Vosotros que viajáis por todas partes
Durmiendo, si queréis, en un sillón,
Que admiráis los prodigios de las artes
Y morís de vejez y consunción!
Venid, repito, aquí, venid, amigos;
Tomad la lira, el arpa ó el laúd,
Vuestras coplas cantad por estos trigos
Do reina toda especie de inquietud;

Donde el vivir es un vivir muriendo,
Donde todo es dolor y aflicción,
Donde viven su estrella maldiciendo
El pobre, el rico, el bueno y el bribón!
Y ya que el negro cuadro, aunque en bosquejo,
Con ruda mano me atreví á ensayar,
No vayáis á arrugar el entrecejo
Los que visteis la luz en tal lugar!
Que no es mi culpa ni la vuestra, hermanos,
Que no sea un país de promisión,
Ni que estén ocupadas vuestras manos
En matar el mosquito y el puyón.
Ni sospechéis que pienso de otro modo,
Si de otros pueblos yo quisiese hablar,
Pues, á mi ver, el territorio todo
Tiene un aspecto bien particular.
Es la América patria de caimanes,
De congorochos, sapos y cien-piés,
De monos, papagayos y tucanes
Y gentes con el alma de través.
Aquí viven y moran á su anchura,
El bachaco, la pulga, el temblador,
El morrocoy con su cubierta dura,
El tigre, la macagua y el condor.
Aquí nacen ministros á docenas,
Cada madre da á luz un General;
Tenemos reglamentos... ¡cosas buenas!
Y un gobierno ilustrado y paternal.
En lugar de caminos, hay montañas
Donde cualquiera puede, á su elección,
Buscar desaforadas alimañas
Y hallar de malas yerbas un millón.
Aquí tenemos grandes oradores,
Y puede decir misa un sacristán;
Tenemos comandantes y doctores
Como súbditos tiene un caimacán.
Aquí trabaja el bobo para el vivo,
Aquí es necio quien tiene ocupación,
Y no hay negocio, á fe, más productivo
Que conspirar y hacer la oposición.
Aquí llaman artista al artesano
Y al maestro de escuela profesor,
Ninguno habla en estilo campechano,
Ni se atreve á cantar, si no es tenor.

Aquí abundan los grandes literatos,
Soberbios escritores hay sin fin,
Aquí escriben en verso hasta los gatos
Y hasta los monos hablan el latín.
Y si quieres buscar hombres de seso,
Habitantes del mundo de Colón,
Aquí los hallaréis en el Congreso
Labrando el bienestar de la Nación.
Perdonad, pues, si al explanar mi idea
De Río-Chico tan sólo hablé yo aquí:
La tierra toda para mí es muy fea,
Desde *Caracas hasta el Potosí.*

LOS CACHICAMOS Y LAS LAPAS

Aunque bruto me llamen, yo proclamo
Que es un grande arquitecto el cachicamo.
Hace siempre su cueva de manera
Que ni reptil ni fiera
Le cojan descuidado;
Si invaden una entrada, al otro lado
Hay lista una salida
Que garantiza libertad y vida:
Esto, además de otras comodidades
Que también tiene en sus concavidades,
Y que atraen los ladrones
Que les envidian sus habitaciones.
Así se vió en la guerra,
En que salió expulsado de la tierra
Todo ese orden de pobres edentados
Por otros animales coligados;
Sus cuevas todas fueron invadidas
Por las lapas, ladronas conocidas,
Y allí los cachicamos las hallaron
Cuando del ostracismo regresaron.
Conducta tan traidora
Trajo otra guerra reivindicadora;
Vinieron cachicamos á millones,
Y sus acorazados batallones,

Valientes, y aumentados
Con todos los aliados
Que en la marcha triunfante
Se les iban poniendo por delante,
Tomaron posesión de su terruño,
Y todo el mundo se quedó en un puño.
Ya depuestas las armas, anhelantes,
Los cachicamos fueron como antes
A ocupar los hogares
Do estaban sus penates y sus lares;
Mas admire la gente que no es necia
La rara peripecia:
Al llegar á las puertas
Encontraron las lapas, que cubiertas
Con sus mismas divisas,
Entre burlas y risas
Dijeron á los dueños espantados
Que sus puestos estaban ya ocupados:
Al leer esta historia bien encaja,
Aunque es bien doloroso é inhumano,
Aquel refrán antiguo castellano:
Nadie adivina para quien trabaja;
Mas al lector sin duda no se escapa
Que es la excepción el pobre cachicamo:
Yo en su nombre la pido y la reclamo:
El sabe que trabaja para lapa.

LA ENFERMEDAD LOCAL

En un tobillo tenía
Una llaga Juan Pascual,
Que por lo grande y lo vieja
No era fácil de curar;
Y cansado ya de emplastos
Y cataplasmas de pan,
Que venga el Doctor decía;
Ya no puedo sufrir más.

Llega el galeno, y en tono
De gran superioridad,
Así formula al enfermo
De su curación el plan:
Unciones, paños calientes:
Es enfermedad local.

Muy luégo en la campanilla
Y en una fosa nasal
Dos nuevas llagas parecen
Y otra en la lengua además:
Vuelve el Doctor y repite
Lo que ha recetado ya:
Unciones, paños calientes:
Es enfermedad local.

Luégo viene la gangrena,
La caries y el no tragar,
En el hígado apostemas,
Y en el bazo infinidad
De punzadas que complican
El canal intestinal;
Mucho llora la familia,
Y el enfermo llora más;
Y el Doctor, imperturbable
Torna otra vez al refrán:
Unciones, paños calientes:
Es enfermedad local.

Sucede al fin lo de siempre:
El fin de la enfermedad,
Que cuando no es la salud
Es la muerte, claro está.

Encuentra el médico tieso
Al misérrimo Pascual,
Y con gran sorna repite
El cuento de no acabar:
"*Señores, este paciente*
No ha tenido novedad;
Nada ha habido de cuidado
Y la alarma está demás;
Su muerte la ha producido
Una dolencia local."

Los desolados parientes
Llaman tres doctores más
Para que digan la causa
De la muerte de Pascual;
Y estos como hombres de ciencia,
Y deseosos de acertar,
Practican la anatomía
Y declaran en verdad:
Que el susodicho difunto,
(Pues, el mismo Juan Pascual)
Falleció de autonomía,
Que es enfermedad local.

UNA CORRIDA DE TOROS

Yo que nací, señores,
Muy lejos de la tierra de los lores
Y que no soy tudesco, ni en mi porte
Muestro tener parientes en el Norte,
Pues en mi sangre siento
De la raza moruna el ardimiento;
Yo que, á decir verdad, tengo cumplida
Casi media centuria de mi vida,
Y que, por consiguiente,
Nadie puede tacharme de imprudente,
Ya que en aqueste tiempo turbulento
Por los años medimos el talento,
Pues nos basta ser viejos ó callados
Para ser unos sabios consumados,
Voy á llenar el mundo
De un asombro profundo
Cantando la terrible batahola
De los toros lidiados por la cola.
Era la tarde de un hermoso día
En que todo convida á la alegría;
El sol recoge un tanto
Su comburente manto
Y por los aires trina
Sus cantos lastimosos

En dejos amorosos
La tierna golondrina:
Mil bellezas galanas
Adornan las ventanas
De cuatro calles reales
Cercadas por los puntos cardinales.
Ello es que había novillos
Con lazos en los cuernos, amarillos,
Juntos en el toril, como en chiquero.
La tarde, lo olvidaba, era de enero.
  Pues, señores, al caso!
Veinte potros al paso,
Rucios, zainos, overos,
Van montados por sendos caballeros,
Llamados en la silla hacia adelante,
Con un aire triunfante,
Como que en tales sustos y tropeles
Han de segar manojos de laureles.
El uno allá en la esquina
Requiere una pretina
Y ajusta por entero
La robusta cintura con un cuero;
El otro que la cincha siente floja,
Del caballo se arroja
Y alzando la coraza con la frente
La aprieta fuertemente;
Que es cosa dura y de muy mal agüero
Salirse por las ancas de un trotero;
Cuál, viendo á su querida
Tras la reja escondida,
Ase del hierro con robusta mano,
Sobre un estribo, ufano,
Descuelga el cuerpo todo
Con garbo y de tal modo
Que escuche la querella
De su amorosa bella
Para que no se exponga de tal suerte
A recibir la muerte;
Todo con gran secreto,
Que es hombre el coleador asaz discreto.
Mas ¡ay!... que ya revienta,
Enhiesta la cerviz, alta la cola,
Cual bala de pistola,
Un novillo de cuenta,

Rasgando el aire con la hendida planta
Con tal velocidad, con furia tanta,
Que la calle despeja
Y todo el mundo ceja
Huyendo cual bandada de palomas;
Que la fiera, por Dios, no está de bromas.
Oh! si me diera el numen que me inspira,
La sonorosa lira
Con que del mismo infierno
Sacó un marido tierno
A su mitad querida,
(Gran maravilla de una edad que es ida)
O siquiera el salero
De Píndaro ú Homero,
Para que resonara la voz mía
En Rusia, en Australasia y en Turquía!
(Y no hablo aquí de chanza,
Que bien valen dos cuernos una lanza.)
¿Quién un toro que cuenta seis abriles
No contempla en la cólera de Aquiles?
¿Y arrastrando á un ginete,
No hiciera el toro al fin con el pobrete
Lo que el griego inhumano
Hizo por gusto al capitán troyano...?
Pues como iba diciendo de mi cuento,
Más ligero que el viento
Corría desalado
Un novillo encerado,
Y detrás, cual cohetes,
Un grupo de ginetes
Disputando con voces y con maña
La cola de la rápida alimaña:
Horrible trance, fiero,
Para el toro, caballo y caballero.
En ese crudo instante
No hay nada que no espante
A los espectadores,
Ni que arredre á los bravos coleadores,
Que para ver contentas á sus damas
Son hombres que se arrojan á las llamas.
Firmes en los arzones,
Recogido el aliento,
Sin compasión ni tiento
Aguijan sus bridones

Y aprietan las rodillas
Y crujen de los potros las costillas;
Que les va en su destreza
El puntillo de honor y la cabeza.
¡Oh Júpiter tonante!
Tú que, á más de ser Dios, fuistes amante,
Y amante tan ladino,
Que andabas de contino
Saciando tus pasiones
Con mil transformaciones;
Tú que, por más decoro,
Te convertiste en toro
Por libar del placer la dulce copa
Con la divina Europa:
Haz que mi musa tímida
Me inspire cantos épicos
Y encienda el estro bélico
Bajo apariencia insípida,
Para que el mundo estático
Halle versos magníficos,
Punzantes y dramáticos
Y un sí es no es satíricos,
Pues ¡por tu nombre! que llegó el momento
En que yo he menester tu valimiento!
Dejamos, cual azores
Tras el ave altanera,
Persiguiendo la fiera
A muchos coleadores.
Tres descuelgan los brazos
Expuestos á morir en mil pedazos;
Mas el que lleva el toro á la derecha,
La ocasión aprovecha
Y hace suya la gloria,
Porque mira segura la victoria.
Empuja su corcel, tiende la mano,
Toma la cola de que está sediento,
Y, lleno de ardimiento,
Jura entre dientes no soltarla en vano;
Y dobla la carrera,
Que llegan de la valla á los confines;
Ase con la siniestra de las crines
Que acarician las astas de la fiera,
Y con la fuerza ingente
De un semidiós potente,

Tira con tal empuje y tánto cierra,
Que va rodando el animal á tierra;
Y al estruendo que causa la caída
De la bestia vencida,
Un grito clamoroso
Resuena en aquel coso,
Proclamando al autor de tal coleada
El rey de la jornada.
En tanto el vencedor detiene el potro,
Mira á un lado y á otro
Y lo revuelve al paso
Al lugar del fracaso,
Mirando de soslayo
Los cascos de su bayo
Y flotante la negra cabellera;
Que el sombrero voló con la carrera.
No se detiene allí; sigue y pasea
La calle en que coleó, porque desea
Que quien le viera en tan temido instante,
Ora contemple su triunfal semblante,
O, más que todo, porque su Narcisa
Le regale al pasar una sonrisa.
Quede, pues, entre tanto
El fuerte coleador envanecido
Con el triunfo obtenido,
Y vuelvo yo á mi canto;
Que allá miro á sus otros compañeros
Convertidos ahora en rejoneros,
Pues tal fue la caída,
Que triste y abatida
Yace la res mugiente
Con el dolor que siente:
Zafadas las pezuñas,
No hay palancas ni cuñas
Que obliguen á la fiera
A lanzarse de nuevo á la carrera;
Mas, ¿qué importa que el toro lastimado
Yazga en el empedrado,
Desangrándose el mísero á torrentes,
Si quedan por colear aun otras gentes?
¿No fuera al hombre en mengua
Mostrarse compasivo
Al dolor excesivo
Que no expresa la fiera con la lengua?...

¡Alza! ¡arriba animal! gritan en coro,
Las turbas que se apiñan junto al toro;
Híncanle con mil puntas aceradas,
Y su saña inclemente
Hierve en imprecaciones y pedradas.
El animal paciente
Lanza al aire mugido lastimero;
Procura levantarse, mas en vano,
Que ya perdido su vigor primero,
No puede complacer á su tirano;
Y es mucho que no deje por despojos
Líquidos los cristales de sus ojos.
Vuelven, pues, al toril: sale un lebruno
Que al mismo destapar ensarta á uno;
Y es gusto ver entonces las ventanas
Cuajadas de levitas y sotanas
Y, salvando la piel en los zaguanes,
Damas acicaladas, ganapanes,
Ministros y manolas;
En fin, las calles solas,
Pues, como llevo dicho,
A todos infundió respeto el bicho.
El mísero corneado,
A una casa vecina trasladado,
Pide en su desventura
Los auxilios del médico y del cura:
¡Empeño vano! pues, por más que quiera,
No hay medio de salvar la talanquera.
En tanto las carreras y los gritos,
Los tambores y pitos
Y un chubasco de frases coloradas
Aturden las cabezas más templadas;
Y para hacer mayor la barahunda,
La gente vagabunda
Echa fuera del coso
Un torito barroso,
Bichito de cosquillas
Que un caballo cogió por las costillas.
En fin, la misma escena
Se repite mil veces;
Se rompen los jaeces;
La música resuena;
Aquí se vé un herido
Y más allá un contuso,

Pero no hay que asombrarse: ese es el uso
Y lo más halagüeño y divertido.
   Mas ¡oh dolor! del negro manto el broche
Va soltando la noche;
Ya suenan las viguetas desatadas
De las empalizadas;
Se llevan el ganado
Sangriento y aporreado,
Que al día siguiente en condiciones tales
Se engullirán los míseros mortales;
Y por postre y final se escucha el bando.
Cornetas y tambores,
Y voces y clamores,
Acompañados de instrumentos raros
Que llaman en la tierra *guaratares*,
Van por todas las calles proclamando
Los capitanes que en el día siguiente
Se han de encargar de divertir la gente.
Tres son nombrados para los novillos,
Y tres para la música y cohetes;
Luégo damas que adornen los ginetes
Con lazos colorados ó amarillos,
Y tres personas más, las más cuitadas,
Se encargan de poner empalizadas;
Dando por fin aquella chamuchina
Un viva, en cada esquina,
A los claros varones
Que han merecido tales elecciones.
¡Oh distracción preciosa,
La más grata y sabrosa
Que pueden contemplar humanos ojos!
Casi me dan antojos
De retar á los pueblos de la Europa,
Que marchan viento en popa,
A que digan si puede haber cultura
Donde no hay coleadura,
O si pueden marchar artes y ciencias,
Sin aquestas toruñas emergencias.
   Yo pues, que sólo he sido
Un narrador cumplido,
Doy gracias al Eterno,
Pues que, por su bondad ó su clemencia
Escribo aquí donde la misma ciencia
No vale tanto como vale un cuerno.

D. FRANCISCO ARANDA Y PONTE

Nació en Caracas, el 14 de septiembre de 1823. Sus padres, el ilustre jurisconsulto y hombre público D. Francisco Aranda y Zárate y Dª Agustina de Ponte y Peláez, diéronle en los principales colegios de Caracas una educación esmerada que realzaban su clarísimo talento y la nobleza de su corazón.

El brillo y bizarría de su prosa, llena de poesía y de pasión, y la elocuencia de su palabra, le granjearon desde temprano envidiable reputación. Sorprendióle la muerte en Bogotá el 6 de septiembre de 1856, en ocasión que desempeñaba la Secretaría de la Legación de Venezuela en la Nueva Granada.

ODA XXIII DE HORACIO

LIBRO I

(TRADUCCIÓN LIBRE)

Cuando barriendo el bosque trae el viento
El clamor de la caza que se avanza,
Temblando en su guarida se incorpora
El cervatillo, y el balido lanza.
Ni sabe donde huír, le asusta todo,
Todo ruido al terror le precipita,
El lejano latir de los mastines
Y el rumor de una hoja que se agita.
Del mismo modo, encantadora Chloe,
Si á tí se acerca tu pastor amante,
Tus pálidas mejillas, tus temores
Derraman sin disfraz por tu semblante;
Y trémulos tus pasos, y tus ojos
Hacia el suelo abatiendo la mirada,
Muestran bien las alarmas que en tu seno
Asaltan tu ternura conturbada.
¿Por qué esa alarma sin ningún motivo?
¿Por qué evitarme con terror tan vano?
¿Puedes pensar que mi pasión te ofenda?
¿Hacerte el mal acaso está en mi mano?

Cuando corre hacia tí tu zagal tierno,
Buscando apasionado tu presencia,
¿Huír Chloe, querrías de su lado,
Y mejor te creyeras con su ausencia?...
Menos pavor te inspiraría la vista
Del león rugiente de Getulia horrible,
Del jabalí salvaje de la Tracia,
O del lobo de Helvecia tan temible.
¿Por qué así, injusta, me rechazas, Chloe?
Calma, que no hay razón, terrores tantos;
Cálmalos por mi amor, y aquí en mi pecho
Ven en paz á dormirte en tus encantos.
Tranquila deja el maternal abrigo
Que ya te aguardan mis tendidos brazos:
No hay que llorar; tu madre, el mundo todo
Se olvida de tu amante en los abrazos.



D. JOSÉ MARÍA SALAZAR

Hijo legítimo del Ilustre Prócer colombiano Dr. Don José María Salazar, este brillante prosador venezolano nació en Caracas el año de 1823; y desde niño dió á conocer su irresistible vocación literaria.

Redactó varios periódicos políticos y publicó numerosos escritos literarios y poesías.

Desempeñó varios cargos públicos de honor y confianza, y murió el año de 1878 á la sazón que regentaba el Colegio Federal de la antigua provincia de Aragua.

AL MAR

DEDICADA Á MI AMIGO EL CIUDADANO GENERAL
JOSÉ FELIPE DE LA GUERRA

Ese es el mar: admiro el infinito:
De asombro lanzo al contemplarlo un grito
    Temblando de emoción.
Ese es el mar! Estático lo miro,
Y esa región inmensa de zafiro
    Adora el corazón.

¡Obra que cantas de mi Dios la historia
Alzando el himno de su eterna gloria:
En medio del rumor,

Que al cielo llevan tus soberbias olas,
Intento yo también alzarte á solas
Mi cántico de amor!

¡Prodigio que los siglos contemplaron,
Y que al pasar humildes veneraron
No obstante su poder,

Culto también te rinde el alma mía,
Y postrada ante tí mi fantasía
Te ensalza con placer!

¿A quién, á quién tu inmensidad no inspira?
Tú haces temblar las cuerdas de mi lira
Al par de mi estupor;

Y se sublima al verte el pensamiento
Cuál águila que vuela al firmamento
Bañada de esplendor.

Tu misteriosa soledad me encanta:
Y siento sobre tí de Dios la planta
Andar con majestad,

Cuando yaces ¡oh mar! en dulce calma,
De fe mostrando y de esperanza al alma
Radiante claridad.

Embelesado entonces tu grandeza
Contemplo con amor y con tristeza,
En santa adoración:

Y una gota de llanto se desprende
Que corre ardiente y mi mejilla hiende,
Opreso el corazón.

Mas cuando el Aquilón con furia brama,
Y en tus dominios el terror derrama
Rugiente tempestad,

Y de espectros fantásticos te pueblas
Hirviendo en medio de hórridas tinieblas
Tu airada inmensidad;

Cuando tu voz retumba como el trueno,
Y se conmueve de furor tu seno,
Y altivo en tu poder,

Romper pretendes la marcada valla,
Y desatado en cólera batalla,
Tu gigantesco sér;

Entonces tiemblo! La emoción me oprime,
Y, en mi entusiasmo, con ardor sublime,
Aduéñome de Dios,

Y el arpa pulsa mi agitada mano,
Y el Sér divino inmenso y soberano
Aliento da á mi voz.

Mi labio entonces religioso lanza
Gritos de fe, de gloria y de esperanza,
En mágica expansión;

Y al cielo abiertos los pasmados ojos,
Proclamo á Dios y su poder de hinojos,
Con férvida oración.

Y en sacra inspiración el alma mía,
Oyendo de tus ondas la armonía,
Te intenta celebrar...

Mas vanamente tu favor imploro:
Mi lira rompo ... mi impotencia lloro...
No sé sino admirar!

¿Mas qué te importa ¡oh mar! si mi mirada
Tu esfera azul abarca dilatada,
Gozando en tu extensión.

Si puedo ver tus bellos horizontes
Y tus remotos vaporosos montes,
Bajo la luz del sol;

Y espejo del divino pensamiento,
Rielar en tí brillante el firmamento
Con sus estrellas mil;

Y oír absorto en las nocturnas horas,
Esas voces de Dios, dulces, sonoras,
De tus ondas sin fin;

Y las naves que cruzan tus regiones,
Orladas de flotantes pabellones
De distinto color;

Audaces por la líquida llanura
Desafiando tu indómita bravura,
Sin miedo á tu furor?

Oh! cuán grande se muestra el genio humano
Cuando subyuga audaz el vasto oceano,
    Y le impone su ley;

Navegando sin susto en frágil leño,
De la borrasca y de los vientos dueño,
    Y de las aguas rey!

Yo la tierra y sus vicios abomino:
Mas vivir en la tierra es mi destino,
    Esa es mi maldición!

"Al mar, al mar!" la libertad me grita,
El yugo odioso de la tierra irrita
    Mi altivo corazón!

Que mecerse en sus ondas es ser libre,
Aunque la voz de la tormenta vibre
    Con hórrido fragor.

Patria es la *inmensidad* del pensamiento:
Atado, muere su divino aliento,
    Se eclipsa su esplendor.

....

....

¡Obra estupenda del Señor! El rostro
Aquí en la margen reverente postro
    En santa adoración.

¡Asombro colosal del Universo,
La audacia de mi numen y mi verso,
    Implora tu perdón!

Que el hombre es un reptil cuando te mira,
Y asorda tu estridor la humilde lira,
    Que himnos osa alzar;

Eres tú mismo el arpa de tu gloria,
Tu propia inmensidad, esa es tu historia,
    La creación tu altar.

CÉSAR

SONETO DEDICADO AL DISTINGUIDO POETA VENEZOLANO
JULIO CALCAÑO

Alta la frente, audaz, dominadora,
Radiante al sol el formidable acero,
Traspasa el Rubicón el gran guerrero,
Y el orbe en pasmo su poder adora.
Mas temblando del mundo la señora
Al ver del héroe el continente fiero,
Al vencedor del galo y del ibero
Se rinde, vil, y su ignominia llora.
El gran Pompeyo, en su terror profundo
De César huye, y en campal batalla
Por la alma libertad, lucha sin fruto.
Triunfante César encadena el mundo,
Y el mundo todo en su presencia calla,
Menos el brazo y el puñal de Bruto!

VÍCTOR HUGO

Cache ta vie et repand ton esprit.
VÍCTOR HUGO.

Es hombre ó Dios el prodigioso anciano?
Cuánta luz en su mente! y qué tesoro!
Qué excelsos cantos á la lira de oro
Del bardo arranca el plectro soberano!
Oíd, oíd su acento sobrehumano!...
A su ritmo los astros forman coro:
Que él de la humanidad condensa el lloro,
Que él de la Creación canta el arcano!
De déspotas terror en su pujanza,
Hacer del pueblo al inmortal poeta
Defensor inmortal al cielo plugo;
Y absorto el mundo escucha su enseñanza,
Que, instrumento de Dios, es el profeta
Del siglo diezinueve VÍCTOR HUGO!

EL PENSAMIENTO

Díme ¿qué intentas, Pensamiento mío,
En tanta soledad, qué piensas díme?
De este mísero mundo en tu desvío,
¿Qué ruta quieres transitar sublime?
Por qué agitas mi espíritu cansado,
Audaz batiendo las audaces alas,
En las célicas cumbres remontado,
Siempre buscando las empíreas salas?

....

Ascender para tí, esa es tu gloria:
Tu blasón aspirar á lo infinito:
Tu impotencia llorar, esa es tu historia;
Y *no saber*, de tu ansiedad el grito.
Bajar es tu ignominia, esa es tu afrenta.
Descender para tí, eso es la nada:
Tu esencia divinal la luz sustenta,
Y tiembla de mirarse degradada.
Y la luz es del cielo, allí fulgente
Eterna brilla y perennal derrama
Vida y calor á todo lo existente,
Que antorcha de los mundos es su llama.
Por eso aspiras sin cesar al cielo
De los astros amando los fulgores,
Y la triste región dejas del suelo,
Asilo del delito y los dolores.
Por eso aspiras, pensamiento mío,
A escalar toda cumbre, toda altura,
Y con sublime y poderoso brío
Te alzas de lo ideal á la hermosura.
Por eso amas lo incógnito y divino
Que vela el bello azul del firmamento,
Y en la región del éter cristalino
Tus áureas alas acaricia el viento.
Por eso intentas inquirir osado
El gran misterio de ese Dios profundo,
Por todas las naciones adorado,
Fuente del bien y Salvador del mundo.

Mas en vano te cansas, Pensamiento;
Inútil es tu afán, si bien laudable:
Baja, baja al terrestre pavimento;
A la razón es Dios impenetrable.
¡Bello es volar á la mansión divina,
Mas es finita la potencia humana:
La altiva frente, Pensamiento, inclina
Delante de la esencia soberana!
Refrena los trasportes de tu audacia,
El ímpetu reprime de tu vuelo:
Ah! de Icaro recuerda la desgracia,
Que se perdió sin escalar el cielo.

....

La tierra tiene abismos insondables,
Enigmas mil la gran naturaleza,
La ciencia sus secretos deleitables,
El arte hechizos de inmortal belleza.
La *Belleza* que embriaga los sentidos,
Edén encantador brindando al alma,
Al corazón dulcísimos latidos
De inenarrable amor, celeste calma.
La *Belleza* que brilla á nuestros ojos,
Cuál mágica visión que cruza el cielo,
Flor que luce entre estériles abrojos,
Iris de paz, celaje de consuelo.
De acento cuyo timbre es melodioso
Como el aura que plácida suspira,
Como el himno divino y vaporoso
Que encanto y languidez al alma inspira.
El *Amor* cuyo fuego sacrosanto
Inflama el corazón y lo extasía,
Imagen del placer, también de llanto,
Divina flor de la terrestre vía.
La *Gloria* con sus lauros inmortales,
Con sus templos magníficos, suntuosos,
Con sus arcos espléndidos, triunfales,
Con sus héroes y sabios más famosos.
La *Libertad* que en bélicas centellas,
Inflama el mundo, derribando solios;
Que en mil conquistas útiles y bellas
Alza á su genio humildes capitolios.
La *Civilización* que se derrama
En ambos hemisferios con presteza,

Iluminando el porvenir su llama,
Y augurando del hombre la grandeza:
  Altiva, como asiática sultana,
Al compás de los siglos va marchando:
El tiempo con sus triunfos la engalana,
De majestad su triunfo coronando.

....

  Desciende y deja la región del viento,
Surca conmigo la región del hombre:
Tal vez la gloria inspirará tu aliento,
Tal vez la muerte te dará un renombre.

D. JUAN B. CALCAÑO Y PANIZA

A fines del siglo pasado llegó á Caracas D. Juan Francisco Calcagno y Delfino, natural de Génova, y casó con Dª Juana Urayn de Castilla y Méndez, caraqueña, hija de padres vizcaínos. Establecióse como comerciante en la Guaira, donde promovió y fundó industrias que extendió á Puerto Cabello, Maiquetía y Río-Chico, para lo cual introdujo obreros italianos. Muerta su esposa en el terremoto de 1812, y sospechado por su neutralidad en la guerra, porque aunque su suegro D. Juan Urayn de Castilla era español y muchos de sus deudos servían la causa real, no pocos se señalaban en el ejército republicano, resolvió abandonar á Venezuela, y se fijó con sus hijos en Cartagena, donde murió, joven aún. En aquella ciudad casó su único hijo varón, D. Juan Bautista, con Dª Josefa Antonia Paniza de Ayos. De este matrimonio nacieron los Calcaños que constan en esta obra.

El Dr. D. Juan Bautista Calcaño y Paniza nació en Cartagena de Indias el 5 de abril de 1824.

Su padre, D. Juan Bta. Calcaño, proscrito de la Nueva Granada por su adhesión al Libertador, se trasladó con su familia á Maracaibo, de donde pasó á Caracas como Senador por aquella provincia.

En Caracas recibió Juan Bautista educación en los más notables Colegios, y en seguida en la Universidad,

donde recibió la borla de Doctor en Jurisprudencia. Abogado de la República, ejerció su profesión durante algunos años. Ha sido Cónsul General de Venezuela en Turín, Presidente de la Corte Suprema y de la Superior, tanto en Caracas como en Maracaibo, y ha desempeñado otros cargos y comisiones importantes.

Entre las obras que ha escrito cuéntanse una Gramática Alemana y un estudio de los verbos castellanos que rigen preposición.

En la actualidad viaja por los Estados Unidos de Norte América.

¡QUÉ FELICES SON LOS MUERTOS!

Un apacible sueño
 Cierra los ojos;
Sonrisa de inocencia
 Se ve en los labios;
Ya no pueden los unos
 Mostrar enojos,
Ni los otros tampoco
 Decir agravios.

—

Ya no vibra en los tímpanos
 Grato sonido,
Ni anidan en el pecho
 Dulces amores;
Mas no se oyen denuestos
 Ni airado ruido,
Ni el corazón oprimen
 Los torcedores.

—

Ya los brazos no estrechan
 Al hijo amado,
Ni las manos se tienden
 Al pordiosero;
Mas ya no empuñan armas
 Con fin dañado,
Ni dan por medicina
 Tósigo artero.

Ya el pensamiento, inerte,
No filosofa,
Ni en delicados versos,
El amor canta;
Mas no forja calumnias,
Ni indigna mofa,
Ni sátiras medita,
Ni honra quebranta.

—

¡Qué felices los muertos
Dentro la fosa!
¡Qué paz y qué delicia
Durmiendo sienten!
Ni fantástica gloria
Su pecho acosa,
Ni engañosas bellezas
Placer les mienten.

—

¿Por qué anhelar la vida
Con tanto empeño;
Por qué mirar la muerte
Llenos de espanto,
Si ésta nos guarda amiga
Dulce beleño,
Y aquella sólo ofrece
Perenne llanto?

—

Y si al morir se extingue
Del sér la esencia;
Si para tanto duelo
No hay esperanza;
Acabe el triste paso
De la existencia
Y, del no ser, que venga
La bienandanza!

¿SABES QUIEN ES?

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA
D. DOMINGO R. HERNÁNDEZ

No es una voz, ni un eco; no hay sonido,
Ni aparecen palabras, ni señales;
Pero siente el espíritu abatido
A alguien allí que sufre en nuestros males.
Y es como tenue fluido nacarado
Que sólo el alma en la aflicción percibe;
Mas al estar de nuestro sér al lado,
Paz inefable el corazón recibe.
Y sin voz, sin palabras ni señales,
Con celestial amor nos aconseja,
Y para los pesares inmortales
Esperanzas dulcísimas nos deja.
Un instante no más nos acompaña;
Pero al dejar este luctuoso suelo,
Nuestra alma en santa fortaleza baña.
A ese Genio lo llaman en el cielo
El Angel del amor y del consuelo.

EDAD MEDIA

Stecchetti.

Era oscura la noche
Y todo en el castillo reposaba;
Mas allí preso un paje
Solo con su dolor, así lloraba:
" A demasiada altura
" Mi amor y mi esperanza he levantado!
" Amé del rey la hija
" Y vivo, ay Dios! aquí me han enterrado.
" Oh! si una sola lágrima
" Le hubiese hecho verter mi cautiverio,
" Este horrible sepulcro
" No lo cambiara yo por un imperio."

Cuando una blanca sombra,
De improviso, preséntase en la puerta,
Y tembloroso el joven
Le pregunta "Quién eres, pobre muerta?
"Muerta no soy," murmura
La aparición gentil, mírame, toca!...
"Sabes? La guardia duerme;
"Soy la hija del rey, besa mi boca."

DEL H. HEINE'S

LYRISCHES INTERMEZZO

Lejos, lejos, en alas del canto,
De aquí lejos te quiero llevar;
En los campos floridos del Santo
Ganges, sé yo un precioso lugar.
Allí un rojo verjel reverbera
De la luna á los suaves fulgores,
Y del loto la flor ya te espera,
Allí, hermana feliz de las flores.
Las violetas murmuran graciosas
Las estrellas que pasan, mirando;
Dulcemente se inclinan las rosas,
Perfumadas leyendas contando.
La gacela, al huír, su ojo humano
Vuelve pronta y se pára á escuchar;
Se oye, en ruido apagado, lejano,
La onda sacra del Ganges rodar.
Oh! Qué goces de amor nuestras almas
Libarán en las auras allá!
Soñarémos al pie de las palmas,
Y feliz nuestra vida será.



D. ELOY ESCOBAR

Nació en la Guaira el año de 1824. Sus padres Don Esteban Escobar y Dª Carmen Vasallo le dieron esmerada educación en los principales Colegios de Caracas, bien que no tan completa como deseaban, á causa de la precaria salud con que vino él al mundo. Esta misma circunstancia le obligó á viajar por Europa y especialmente por España, donde dió á conocer sus facultades poéticas y adquirió valiosas relaciones literarias. Nada afecto á la política, rara vez se le vió desempeñar algún cargo público. Consagró su vida al comercio y á las letras, y si el primero le dió bienestar, las segundas le granjearon admiración y aplauso por la corrección, gusto y sentimiento de sus poesías. Es uno de los mayores poetas elegíacos de la América española. Murió en Caracas el año de 1889.

LIRA

AL DUELO DE ANDALUCÍA

LEÍDA EN EL "TEATRO DE CARACAS" EN EL GRAN CONCIERTO DE LA CARIDAD

¡Oh tú del carro adusto
Con creciente rumor y aplauso alzada
Al magno templo augusto,
Ya del puñal armada
Y en el lúgubre manto rebozada!

Tu hogar concede pía
Al numen del dolor que en mí se ensaña;
Y rompa mi elegía
Con voz, si á el arte extraña,
Al duelo propia de la triste España:

Y tú, Piedad, venida
Del humilde pesebre al templo santo,
Acorre con tu egida
A quien regó en Lepanto
Su sangre, y á su Patria, hoy, con llanto.

¿No ves al flamëante
Alcides cómo se alza tremebundo,
Y en ira palpitante,
Desde el horror profundo
Cuál tiende el brazo á conmover el mundo? ...

¿Y cómo, ya lanzada,
Por la elíptica vía va ligera
La tierra desolada?
Ay! y en la zona ibera
Pára y retiembla con fragor la esfera!

Así del alto cielo
El carro rutilante resonando
Rompe con hondo anhelo
El tempestuoso bando,
Los mundos de los cielos quebrantando;

Y así Bética hermosa,
Derruida fué por el Alcides fiero,
Y toda España umbrosa
Al golpe lastimero
Cayó postrada sobre el orbe ibero ...

Ay! la Alhambra del moro!
Ay! la reina oriental glorificada!
Ascua de rayos de oro
Eras; y hoy, Granada,
Cual Niobe estás en lágrimas bañada! ...

Y tú, Córdoba altiva,
De Rómulo vestal, y de Mahoma
Sultana imperativa,
¿No ves cual se desploma
En tí de Arabia el muro y el de Roma? ...

Y tú que en la moviente
Ola que el tirio rige procelosa,
A tierra del Poniente
Y al resplandor de la Osa
Llegaste, y fuiste Málaga suntuosa:

¿No miras que en tu prado
Con lágrimas temblando está el rocío,
Sin pastor el ganado,
Tremente el caserío,
Disperso el pueblo y el hogar vacío?

Y el templo amenazante
Más que consuela tu dolor agrava;
Que á la faz del Gigante
Tu mismo Dios se acaba,
Ay! infeliz, Jerusalén esclava! ...

¿Qué no fué desconsuelo,
Hermosa, desolada Andalucía?
Si en tí como en el cielo
Que Ocaso triste enfría,
El sol desmaya y palidece el día;

El Betis, que tus flores
Regaba murmurando y tu verdura
Con perlas de colores,
Al mar lleva la oscura,
La onda de la mar de tu amargura;

Y lluvia y raudo viento
Te azotan en tu humilde mansedumbre,
La peana de tu asiento
Se inclina y la alta cumbre,
Y es silencio y terror tu pesadumbre!

Y tu pueblo está solo
En tu campo desierto, é inseguro
Vé con piedad al polo,
Y el polo yerto y duro
Le ataja y cerca de nevado muro;

Y el hambre cruel y el frío
La sangre hielan que la fiebre inflama:
Cúal pueblo cae al río,
Cúal otro á viva llama,
Y cuáles como tú, que fuiste, Alhama!

No más estrago horrendo
Sufriste el día en que el hercúleo pecho
De Océano, rompiendo
La roca del estrecho,
Dejó tu campo con fragor deshecho.

De oscuridad cubierta,
Y del sudario de la nieve helada,
Como Israel, ya muerta,
En tierra estás postrada!
Mas no de España, oh! triste, abandonada;

Que en la honda lontananza
Contemplo, de tu augusta dinastía
Al rey de la esperanza,
Y el monte alumbra pía
Del joven Rey la egregia bizarría;

Y al caballo revuelto,
La rienda afloja y el pretal dilata;
Y en ademán resuelto,
La ardiente cabalgata
Entre ruinas y escombros se desata;

Y avante discurriendo
Con paso audaz, sobre el solar temido,
Rosas de oro esparciendo
Del pecho real florido,
Va el Rey gentil y su escuadrón garrido;

¿ Mas qué del astro bello
Que cruza rielando tu comarca,
El fúlgido destello?
Ay, si tu duelo abarca,
Más que el escudo del gentil monarca!

Y más que Barcelona
Pudo con su real magnificencia.
Magna es la matrona!
Virtud, Beneficencia;
Pero aun es más, oh Arcángel, tu potencia!...

Y cierra el horizonte
La noche del dolor, Andalucía!
Y se oscurece el monte;
Ay, que en solemne día,
Se oscureció también la Patria mía! (*)

---

* El gran terremoto de Venezuela acaeció el Jueves Santo del año de 1812

Y el Ande giganteo
Retembló con fragor sobre la tierra,
E inmenso clamoreo
Sube, que el pecho aterra,
Con el ruido sonando de la guerra:

Y tú, Valencia fuerte,
Y Segovia la Nueva, y tú, Barinas,
Caísteis, ¡ímpia suerte!
De rodillas y en ruinas
Bajo las plantas trémulas andinas;

Y á tí, Caracas bella,
Reina oriental también y suntüosa,
En quien la luz destella
Rayos de oro y rosa,
Miro entre sombra triste y pavorosa:

Y tu pueblo en tumulto
Contemplo huyendo por el campo abierto,
Y abandonado el culto,
Y el templo descubierto
Y en él tu Dios sobre sus aras muerto!...

¿Qué más en duelo tanto
Pides, oh Musa, al estro que me inspira!
Mi voz ahoga el llanto,
Mi corazón suspira,
Y en mis manos muriendo está mi lira...

Ay! España la grande!
Del Sur un día madre y soberana!
Sabe que ésta del Ande
Tu hija americana,
Es hoy también en el dolor tu hermana.

Y tú, la sin ventura,
Bella como mi Patria, Andalucía!
Ay, que en tu honda amargura
Caiga la copa mía,
Y en tus brazos espire mi elegía!...

EL CASTILLO DERRUIDO

ELEGIA

Á LA SRA. Dª A. H. DE G. EN LA MUERTE DE SU ESPOSO

Las nubes en montones
Bajan y asombran la elevada sierra,
Y ya con roncos sones
El trueno llama á guerra,
Y los cielos se turban y la tierra;
Dobléganse las flores
Al soplo de los vientos, se estremecen
Los árboles mayores,
Las chozas se oscurecen,
Y las hojas volando desparecen;
Y la lluvia golpea
El monte, el llano y el pajizo techo,
Y el pastor acarrea
La manada al repecho,
Y el campo en turbios ríos va deshecho:
Ay! el alto castillo
De ronco trueno con fragor cercado
Y con siniestro brillo!
Y el rayo desatado,
Y el muro roto y su señor postrado!
Y al rededor, lamento
Y confusión y ruido y triste llanto,
Todo el vasto aposento ...
Y la tormenta en tanto
Crece, y las gentes huyen con espanto ...
Las horas lentamente
Pasan, y aquella tempestad sombría;
Y el sol en el oriente
Esparce el nuevo día,
Y el campo es todo flores y alegría:
La viuda sola yace
Bajo el crespón del duelo desolada;
Ay! su día no nace!
Que la noche pasada
Quedó sobre ella toda aposentada!

¿Y qué, si no procura
Nuevo sol para tí dulce reparo?
Desde tu noche oscura
Mira al común amparo,
¿No es el amor de Dios día más claro?

AL DÍA DE LA MUERTE DE MI AMIGO

ARÍSTIDES CALCAÑO

Cuántos cual sombras graves
Pasaron, dulce amigo, días largos!
Ay! cuántos que tú sabes;
Y cuántos vi yo solo más amargos,
Como éste que va suelto el manto umbrío
Y el cáliz lleno con el llanto mío!
¿Por qué del patrio suelo
Huíste, como el ave va emigrada,
Y no del triste hielo,
Hacia do el agua corre alborozada,
Sino del sol primaveral, alado,
A la región do vaga tan nublado?
Ay! no la rubia aurora,
Ni la fuente que corre borbotando,
Ni el campo que enamora
Huíste tú, ni el enemigo bando,
Ni la ambición, ni la crueldad de Marte,
Sino este indigno desamor del arte.
Qué solo y desvalido
Te ví yo, de las gentes olvidado!
Como aquel, elegido,
Con tu propia virtud atribulado;
Faro que alumbra viva luz y crece,
Y en su ardor se consume y desparece.
Tu huerto, qué alegría!
Todo era olor y luz y paz sabrosa,
Y el aura que rompía
Con música del arte deleitosa!
Y tú, infeliz, como el ciprés doliente
Al són doblabas la marchita frente.

Oh arte! cuál declinas
Del poeta al mortal, gracia y dolores,
Para éste las espinas
Y lauros para el otro y áureas flores:
Ay! cuánto al Tasso de crüel tormento,
Y cuánta gloria á aquel sol de Sorrento!
Que así, con varia suerte,
La ley del Padre en el Calvario alterna:
Para el hombre la muerte,
Y para el dios mortal la vida eterna:
Vive, pues, dulce alma, eterna vida,
Si mártir fuiste en la mortal corrida.
Que ya tu gloria vuela
Como un olor de flores por el viento,
Y en la onda azul rïela,
Y sube cual celaje al firmamento,
Y en esta noche de profundo duelo
Como estrella polar brilla en el cielo.

ELEGÍA

A LA MUERTE DE J. V. CAMACHO.

—

¿Por qué cuando los ojos
Volver solía
Donde vaga entre flores
La onda del Rímac,
El sol de Huaina
Ceñido de áureas rosas
Se levantaba?

—

¿Y ahora, cuando acaso
Los ojos vuelvo;
La onda no murmura,
Suspira el viento,
Y el sol inmoble
Ceñido está de nieblas
Como la noche?

—

Bien lo saben mis ojos
Que tienen lágrimas,
Y lo sabe, que tiene
Muchas, mi alma,
Como mi pluma
Que va cual sobre el mármol
De helada tumba.

—

¿A qué dones y galas,
Naturaleza,
Tu cielo azul, tus mares
Y tus estrellas;
Cuando la vida
Bajo la muerte pálida
Tiembla y espira?

—

¿Qué valen de tus vírgenes
Las sonrosadas
Flores que va entreabriendo
Festiva aura;
Si el aura fría
Las toca, y al tocarlas,
Caen marchitas?

—

¿Y qué, la blanda, trémula,
Encantadora
Voz, que á los aires vuela
Como la alondra;
Si en hora breve,
Ay! también los poetas
Callan y mueren!

—

Así tú, que moriste,
Mi dulce amigo,
Más allá de la linde
Del sol nativo,
¿Qué no volastes
Al seno que te abría
La pobre madre!

—

¿Por qué, cuando la llama
Palideciendo
Iba, la diste al soplo
De helados vientos,
Y no á la tierna
Brisa de amor que espira
La patria selva?

—

Patria selva, del niño
Tan conocida,
Cuando con él la Infancia
Vagando iba,
Y prado y monte
Ceñíanles con bandas
De alegres flores.

—

Dulces prendas, que pronto,
Tu estro divino
Cambió por verdes lauros
Y blando mirto,
Y la severa
Parca, por esa mustia
Fúnebre adelfa.

—

¿Quién dirá de infante
La hora festiva?
¿Quién del joven poeta
Los claros días?
Y ¿quién del hombre
Esta muda, solemne
Y eterna noche!

—

No á mí sino en las cuerdas
Del alma lira,
Herir estas que cantan
Las elegías;
A el aire dando
Honda voz de gemidos
Y voz de llanto.

—

Llorad, mis tristes ojos:
    Sensibles almas!
Derramad vuestro cáliz
    Lleno de lágrimas:
    Indianas musas!
Cubrid con mustias flores
    Su helada tumba.

A SAN VICENTE DE PAUL

I

¿Quién sobre el áureo trono
Del tiempo impera?
¿Quién remueve las gentes
Sobre la tierra,
Cual impetuosa
Brisa, del ancho bosque
Las leves hojas?...
Es el Numen del siglo
Que tiende el cetro,
Y á la dicha y la gloria
Andan los pueblos;
Y por qué entonces
El desierto no acaba
Y el sol se pone?...
Por qué la trompa bélica,
En lontananza
Suena, y acá en silencio,
Corren las lágrimas?...
Huestes convoca
La Ambición en tumulto...
¡Y la ley sola!
¿Por qué, como sucede
Cuando en el Ponto
Sopla el vibrante cuerno
El viejo Eolo,
Las populares
Ondas, alza y encrespa
Y azota el hambre?...

Los niños desfallecen
Y los ancianos,
Las madres y las vírgenes
Rompen en llanto;
Y la onda baja...
Ay, cual baja en el Etna
La hirviente lava!...
Y siguen los afanes
El nuevo día,
Movimiento y rüido
Y ansiosa vida,
Nubes humeantes
Vuelan, y el viento rompen
Carros y naves.
Aquí las artes nobles,
Y allá las Ciencias
Hablan, quiénes maldicen,
Quienes blasfeman,
Y Ciencias y Artes
Se embriagan con el vino
De sus altares.
Por doquiera se mueven
Las multitudes,
La alta torre resuena,
Golpea el yunque,
Cual sierpe silba
La máquina enroscada...
Y la Codicia!
Y en movimiento y ruido
Y ansia las gentes,
Como del mar, las masas
Suben y crecen,
Y en tempestades
Rompen; oh Señor, salva
La nueva nave!
¿No ves que el Numen fuerte
Con ansia loca,
Del mar humano empuja
Olas y olas,
Y en el conflicto
Se cierne el ímpio cuervo
Del egoísmo?
Los cielos oscurece
La cruel enjambre

De avarientas y duras
Necesidades,
Y desesperan
Señor, y con tumulto
Tiembla la tierra...

II

¿Mas qué luz resplandece,
Qué imagen casta
Bajo el arco del iris
Como iris baja,
El inflamado
Corazón como un bello
Cirio en la mano?
Tú, caridad divina,
Hija del Cristo,
Salva tus pueblos, madre,
Del hondo abismo,
Que ante tí sola
Cede la hirviente sirte
Tumultüosa...
Ya los campos se cubren
De espigas de oro,
Y en las éras, temblando
Fallece el monstruo,
Que en su cruel ansia
Vivió de amargos duelos
Y amargas lágrimas.
Y la verde mar rizan
Rompientes flotas,
Y los aires inundan
Blancas palomas:
Y la paz reina,
Y derrama sus arcos
Sobre la tierra.
Y las artes celestes
Brillan y cantan...,
Y á los cielos, las ciencias
Vuelven las alas;
Resuena el templo,
Y el éter claro nublan
Nubes de incienso.

Y cual de abejas ricas,
Ondas volubles,
Van con rumor de fiesta
Las multitudes,
Y entre ellas, solo,
Miro como un anciano,
Como un apóstol.
La caridad le alumbra
Bajo sus alas,
Y regando sus dones
El, anda y anda,
Y en su camino
Vagan, cual mariposas,
Cándidos niños.
Aquel lleva seguro
Ya al hombre puesto,
Y el que asió de la mano
Salta sonriendo,
Y al hogar santo
Viene ya de los huérfanos
Con pronto paso.
Miradle, él es, bendita
Tu imagen sea,
Tú, gran padre y apóstol,
Luz de la Iglesia,
Y sean gracia
Tu fe, tus caridades
Y mi esperanza;
Sí, yo espero que un día
De amor eterno,
Hermanas las Virtudes
De tierra y cielo,
Almas Potencias
Den, en el cielo gloria,
Gloria en la tierra.

A CARMEN

Cual suele la violeta
Bajo la rama del ciprés sombría,
O el arpa del poeta,
Llena de esta inmortal melancolía;

O cual turbada nube
Que en lágrimas deshecha, vaga y sube;
Así, ¡oh Carmen! fuiste:
Pálida, sola, gemebunda y triste.
Como la ardiente rosa
Que á el aire se despliega perfumada,
Cual lira sonorosa
En himnos celestiales desatada;
O cual niebla del río
Que el verde campo esmalta de rocío;
Así seas ahora:
Flor, perla y ruidos de la nueva aurora.

EL GENIO DEL LIBERTADOR

EN EL PANTEON NACIONAL

Severo el rostro, pálida la frente,
Del Ande retemblando giganteo,
El Genio baja, con luctuoso arreo,
Como la noche oscura, lentamente:

Contempla un punto la apiñada gente
Que en torno está del alto mausoleo,
Y en el dolor del fúnebre trofeo
La faz serena y el pensar doliente:

La ingratitud, la envidia, el temeroso
Furor civil y la ambición airada,
Ante él en grave grupo silencioso,

Póstranse mudos, la cerviz doblada:
Y el Genio augusto, como blanca nube,
Suelto el manto triunfal, al cielo sube.

ADIOS...

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llevalé mi triste acento,
Llevalé mi adiós á Lola,
Nube que vas por el viento!
Onda trémula del río,
Que vas tu amor murmurando,
Llévale ay! el llanto mío,
Tú que vives sollozando,
Onda trémula del río!
Avecilla cantadora,
Suelta las alas y vuela,
Y cántale, con la aurora,
Cántale mi cantinela,
Avecilla cantadora!
Y tú, dulce y tierno amor,
Díle á Lola desde aquí,
Cuál me tiene, amor, á mí,
Su dolor y mi dolor!
Que si tú te vas, dejando
Sola mi alma noche ó día,
La pobre alma se iría
Detrás de tí suspirando.
Díle qué cuando la lumbre
Del sol corona el ocaso,
Va conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre;
Y sobre el altivo monte,
Lleno de este dolor mío,
Miro las vegas y el río,
Blando Túy, al horizonte;
Y en el azul olëaje
De la inmensa lejanía,
Miro á Lola, Lola mía,
Como tímido celaje!......
Flores qué delante de ella
El cuello vais doblegando,
No lloréis, que amor es blando
Y es levísima su huella.

Bajo sus pies dulce olor
Suspirad, y nueva vida
Os dé mi Lola querida!......
No da la vida el amor?......
No hagáis como éstas que moran
Cerca de mí, que me miran,
Pobres flores! y suspiran
Y como suspiran lloran!
Que es Lola luz suave y pura,
Es amor, dulce alegría;
Y yo soy en mi agonía,
Dolor de la noche oscura.

Nube que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llevalé mi triste acento,
Llevalé mi adiós á Lola,
Nube que vas por el viento!

La Tarde, suelto el cabello,
Va, la ropa descogida,
Y á llorar y amar convida
El rostro pálido y bello.
Tú amas, Tarde, al sol que viste,
Que te deja triste y sola;
Yo ví también y amo á Lola,
Que me deja solo y triste.
Pues hay, Tarde, entre ambos hoy
Una inmensa simpatía:
Tú eres la melancolía,
Yo melancólico estoy.
Yo miro palidecer
La blanda luz de tu frente,
A medida que á occidente
Baja el sol á fenecer.
Mira tú, que el rostro mío,
Como va el celaje huyendo,
Va también palideciendo
Melancólico y sombrío......
En tu seno, murmurantes,
Como de lágrimas llenas,
Van las fuentes, inserenas,
Y las auras, suspirantes.

En mí murmura y espira
Fuente de inmenso dolor!
Y son suspiros de amor
Estas notas de mi lira!......
Mas ay! que la excelsa lumbre
Cayó al fin al hondo ocaso...
Ven conmigo, tardo el paso,
Mi doliente pesadumbre!...

—

Sombra que vas por el viento,
Como descarriada y sola,
Llevalé mi triste acento,
Llevalé mi adiós á Lola,
Sombra que vas por el viento!

ELEGÍA

UN DUELO DE LA GUERRA CIVIL

Qué á mí el dolor? no gime por ventura
Mi pecho dolorido?
Ay! ¿no volaron á la eterna altura
Los que en mi casa han sido,
Madre del corazón, hijo querido?
Sí; pero acaso el bien al hombre extraño
Tiene un límite estrecho,
Y nunca del dolor hierro ó engaño
Halló cerrado el pecho,
Si no es de la honda tumba en hondo lecho.
Por eso cuando al trueno resonante
Que ardió Mavorte fiero,
Tinto en sangre y aún amenazante
Cayó el joven guerrero,
Lancé un suspiro al aire, lastimero.
Ay! yo le ví... cual vasta catacumba,
Tiembla la tierra ardiente,
Y el Ande se alza sobre inmensa tumba,
Trémula el ardua frente,
Y los aires llenó clamor doliente.

Ay! yo le ví, que en medio á aquel tremendo
Dolor y horror profundo,
Alta la faz, pasó resplandeciendo
Entre el humo infecundo;
Ay! para no volver la faz al mundo!...
Sí, yo le miro aún ... la sien ceñida
De un puro lauro de oro,
La bella ánima va, de luz vestida,
En medio á el alto coro:
Y resuena inmortal eco sonoro.
Adiós! ánima ardiente, que enlutada
Dejas la patria mía,
Y con su propio triunfo conturbada;
Ay! y á la madre pía
Como la noche oscura, triste y fría!

A ORILLAS DEL MAR

Á MI AMIGO EL GENERAL ENRIQUE SILVA

Lira, que el llanto mío
Regó con vena silenciosa y larga,
Creíste ya de lágrimas vacío
El seno del dolor, al duelo pronto?...
Mira cómo en el ponto
Renace sin cesar la onda amarga!
Amarga, tumultuosa,
La crespa onda azul del mar caribe,
Oh tú, cuán veleidosa!
Tú envuelta en parda bruma,
Tú, que al triste que aun vive
Del dolor á despecho y el destino,
Bañaste en flores de rizada espuma
Y al ronco eco del rumor marino.

Ay! ¿dónde el ramo verde
Con que la sien florida coronaba,
Cuando, tendido el brazo,
En tu móvil regazo
Lleno de gozo juvenil vagaba?
¿La concha que se pierde
Bajo la linfa de cristal y surge
Con bulla sonorosa?
Y dónde la de azul ó ardiente rosa?
Y vosotros, dó estáis?... el tierno infante
Que conmigo en las ondas sonreía,
Esteban, y aquel corro borbotante
Que con la tropa juvenil venía:
Dámelos por piedad, oh mar de Atlante!
Dámelos por piedad, oh mar impía!
Aun pienso que los veo
Sobre la frágil tábula tendidos,
Los hijos de Nereo,
Entre la espuma de la ola hirviente,
Abierta en fluecos de cristal torcidos,
Volar radiosamente,
Hasta romper con la ligera quilla
La orlada en perlas sonorosa orilla.
Abre á mí, verde mar, el seno hermoso,
Y broten cual tritones,
En raudos circos de bullente plata,
Aquellos que lloré, ledos garzones
De la infantil olímpica regata;
Que vuelvan sólo un día,
Una aurora no más, un breve instante:
Dámelos, mar impía!
Dámelos por piedad, oh mar de Atlante!
Y luégo á guerra, con sonora trompa,
Llame el ábrego insano,
Y tu hondo seno tormentoso rompa
Más allá del confín venezolano:
Que ruede el ronco trueno,
Cual carro rutilante,
Con rayos encendido;
Yo moriré sereno,
Como suele bajel que se abre y flota,
Como herida gaviota,
Entre tus ondas con amor mecido ...

—

Inmensa soledad, y el nebuloso
Manto de oscura noche, bajo el cielo!...
Todo yace en reposo,
El sueño silencioso
La bulla inquieta de la vida embarga:
Sólo respiran con doliente anhelo,
Oh triste mar luctuoso!
En tu seno el rumor de la onda amarga,
En mi seno el dolor de amargo duelo.



D. DOMINGO NARCISO MARTÍNEZ

Vió la luz en Caracas el año de 1825. Hizo sus estudios de filosofía é idiomas en la Ilustre Universidad Central.

Martínez, para quien la vida no tuvo más que amarguras, fué uno de los más notables poetas que tuvimos en la época del romanticismo.

La composición que en seguida publicamos basta para dar idea de sus cantos inspirados y robustos.

Martínez murió el año de 1862.

Á HEREDÍA

Musa precoz, espíritu de fuego
Que cruzas con el viento y con las nubes,
Que habitas la mansión de los querubes
Y aquí retruenas con el ronco mar:
Genio de libertad, víctima infausta
Del corazón y de la suerte impía;
Heredia! Heredia!... escucha la voz mía
Que alza á tu nombre lúgubre cantar.
Primer vate de América divina,
De Cuba hermosa el pintoresco cielo
Cual matizado y trasparente velo
Sobre tu cuna fúlgido flotó:

El astro protector de un continente
Su fuego tropical vertió en tu pecho,
Te dió su aliento el huracán deshecho
Y el mar tus ilusiones arrulló.
Hijo de la borrasca, en la tormenta
Entre el furor del piélago marino
El rayo de tu fúnebre destino
Al soplo de los vientos se apagó.
¡Destino singular! tu ardiente numen
Brotó á orillas del líquido elemento,
Y al exhalar tu generoso aliento
El su seno terrífico te abrió.
Padre fué de tu genio prepotente,
El te inspiró tus fáciles cantares,
Y en la extensión inmensa de los mares
Ecos mil dió á tu voz de tempestad:
A él te lanzó la suerte; y en sus brazos
Al oprimir tu pecho agonizante,
Lloró un hijo la Patria sollozante,
Y un mártir la doliente libertad.
Tal es la alta misión, el fin augusto
Que señalan los cielos al poeta:—
Apóstol de su fe, valiente atleta
Contra la servidumbre y la opresión;
Y si en la lucha perecer le toca
Víctima de su instinto soberano,
¿Qué sepulcro mejor que el oceano,
Ese gigante y colosal panteón?
El mar! Imagen triste y funeraria
De tu agitada y borrascosa vida,
Terrible cual tu estrella maldecida,
Inmenso, libre cual tu genio audaz:
Te dió en su inmensidad lecho profundo
Cual tu sublime y postrimer suspiro;
Y sobre ese magnífico zafiro
Su vuelo alzó tu espíritu fugaz.
¿A dónde, á dónde fué? Su dulce lira
¿En dónde pulsa con celeste encanto?
¿En qué mansión su sonoroso canto
Entona con acento angelical?
¿En qué cielo de gloria y poesía
A nuestra vista mísera se esconde?
¿Dónde eleva su cántico? Responde,
Disipa, Heredia, este dudar fatal.

¿Es acaso tu voz triste y profunda,
Flébil como la voz del desgraciado,
El sollozo que el viento arrebatado
Lanza en la tarde en gemebundo són:
O el acento fatídico, doliente,
Que suspiran las brisas de la noche
Cuando ella avanza en su esplendente coche
Llena de majestad y de ilusión?
Tu voz es la del mar, que en blanda calma
Un suspiro nos miente de ternura,
Y un clamor doloroso de amargura
Cuando agita sus ondas aquilón:
El es tu perdurable monumento,
Da á tu genio inmortal inmenso trono;
Y allá en la noche en lastimero tono
Lanzas tu melancólica canción.
A tu voz calma el mar su movimiento,
Y sus Ninfas, Delfines y Sirenas
De sus grutas recónditas y amenas
Salen tu canto celestial á oír:
Entonces tú, cual Numen inspirado
Que avasalla los vientos y los mares,
Haces con tus magníficos cantares
Ondas, auras y sílfides gemir.
Yo también suspiré cuando tu canto
Resonó en los desiertos de mi alma
Como un gemido de la noche en calma,
Como un ay! que desgarra el corazón.
Fuiste cual yo infeliz, cual yo naciste
En el mágico Edén americano;
Acoge mi cantar: tú eres mi hermano:—
Nuestros dolores semejantes son.



D. RAMÓN ISIDRO MONTES

Nació en Ciudad Bolívar el 5 de septiembre de 1826, del enlace del Ilustre Prócer Coronel D. Juan Montes Salas con la Sra. Dª María de las Nieves Cornieles. Recibió en Caracas la borla de Doctor en Jurisprudencia. Fué Diputado y Senador de la República, y prestó señalados

servicios como institutor. Fundó y regentó un Colegio en Caracas, y por largos años fué Director del Colegio Nacional de Guayana, al cual dió duradera fama. Distinguióse como orador y publicó obras filológicas de mérito.
Murió en Ciudad Bolívar el 10 de junio de 1889.

EL BOTÓN DE ROSA Y LA ROSA

—

EL BOTÓN

—Dichosa tú, hermana mía!
Desplegada al aura leve,
Luces pompa y gallardía,
Mecida en el tallo breve.
Con el color de la aurora,
Con las perlas del rocío,
Tu sola vista enamora
Aura y cielo, prado y río.

LA ROSA

—¿Y tú me envidias, hermana,
Tú que hoy, joven, en capullo,
Serás al abrir mañana
Del pensil ornato, orgullo?
Espera: ya el sol de Oriente
Te dará su tibio rayo,
Y entreabrirá blandamente
Tu seno en muelle desmayo.
En él verterá la aurora
Sus lágrimas de rocío,
Cual un amante que llora
De su amada el cruel desvío.
Y lucirás gallardía
Mecida en el tallo breve,
Como al són de la armonía
Una bella el talle mueve.
El avecilla canora
Entonará tus loores,
Que serás como yo ahora
Soy la Reina de las flores.

EL BOTÓN

—Ah! reinar, ser la primera
Sobre todas, soberana!
Oh! cuánta dicha me espera!
¡Cómo he de ponerme vana!

LA ROSA

—Cuál, incauta, te alucinas!
El desengaño perdona:
Tu trono será de espinas
Y efímera tu corona.
Tan breve y mezquina suerte
No vale tanta alegría;
Reinarás, mas sólo un día;
Después... reinará la muerte!
Y tus hojas y tus galas,
Ludibrio de la fortuna,
Del viento irán en las alas
O á tierra irán una á una.
Y apenas vaga memoria
De tí quedará en tus ruinas,
Y el sepulcro de tu gloria:
Seco tallo con espinas.

EL BOTÓN

Ah! por qué suerte tan dura
Ha dado el cielo á las flores?
Qué les sirven sus colores?
Qué les vale su hermosura?
Nacer, brillar y morir
Habiendo apenas vivido!
Para tan corto vivir
Más vale no haber nacido!

Así en la vida enojosa
Vive en ansia el corazón:
El botón quiere ser rosa,
Y la rosa ser botón.
Nadie á su suerte se aviene;
No basta al rico un tesoro,
Y el pobre entre harapos tiene
Sueños de nácar y oro.

Sin ver para su consuelo
Que en este val de dolores,
Hay tormentas en el cielo
Y entre los abrojos flores.

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Nació en Cartagena de Indias el 21 de enero de 1827, y lo mismo que sus demás hermanos nacidos en aquella ciudad, es considerado como venezolano por haberse criado en Caracas, donde hizo sus estudios, vió la luz su padre y ha formado familia.

Estudió primeras letras en el Colegio de D. José Ignacio Paz del Castillo, y Matemáticas en la Academia Militar. En la Universidad Central cursó Latinidad y Filosofía, y dió comienzo al estudio de la Medicina, que abandonó por motivos de salud.

De niño dió á conocer su amor á las Letras y colaboró en los principales periódicos políticos y literarios. Fué corredactor de los *Ecos del Avila*, y fundador con D. Félix Soublette de *Las Brisas del Avila.*

Este insigne poeta, de los más calificados de la América Española, estuvo algún tiempo empleado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y desempeñó más tarde las funciones de Cónsul de Venezuela en Liverpool.

Ha escrito dramas, comedias, leyendas y numerosas poesías que, juntamente con su prosa, correcta y galana, le han granjeado sólida reputación.

Es Individuo Correspondiente de la Real Academia Española, y de número de la Academia Venezolana, en la cual ha ocupado diversas ocasiones el sillón de Director.

La Academia de la Juventud católica de Madrid le adjudicó el premio en el concurso público promovido con motivo de la celebración del Concilio Ecuménico. Fueron jueces en este Certamen D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, D. Manuel Cañete y D. Manuel Tamayo y Baus, Individuos de número de la Real Academia Española.

EL LOCO DE LA MONTAÑA

En el fondo de una selva
Entre el puerto y la ciudad,
Sepulta su humilde choza
Un montañés, viejo ya.
Marino dicen que fué
Desde niño, y que la edad
Le obligó á dejar las olas
Y á hacer en tierra su hogar.
Al hundirse en la montaña,
Contra tanta soledad
Buscó á un perro por amigo:
Y un amigo pudo hallar.
Así vive, y sabe el cielo
Cómo el sustento se da,
Pues sin hoz, bieldo ni arado,
Tiene allí por todo ajuar
Una lona remendada
Y manchada de alquitrán,
Un timón, y tres anzuelos
Al extremo de un sedal;
Sin contar que ya sus miembros
Empeñara por demás,
Que le rindé, mal su grado,
La pesada ancianidad.
Ya moverse apenas puede;
Pero bástale mirar
Apuntar un transeunte
Por el camino real,
Para salir á su encuentro
Lleno de ardiente ansiedad,
Unas nuevas demandando
Que nadie le quiere dar.
¡Santas nuevas del ausente,
Nuevas de amor ó amistad!
¡Ay! nació bien insensible
Quien las tiene y no las da.
Mas según afirman todos,
Loco el montañés está;
Y ni á su voz dan oídos
Ni á verle vuelven la faz.

Dicen que es loco y que tiene
Una tema singular:
Ciego amor á una gran dama,
Que compara á una deidad.
Mas ¿amor hoy, cuando cuentan
Como caso sin igual,
Que á una mujer habló nunca
En su juvenil edad?
¿El, que siempre por las olas
En completa soledad,
Tocaba apena en las playas,
Como las aves del mar?
Y dicen que es para oírse,
Si su amor se da á pintar,
Cuál le inspira, cuál le exalta
Su fantástica beldad;
Y el delirio en que le enciende,
Y el lenguaje en que ideal
Describe sus perfecciones
Y su adorno más fugaz.
«¿Vais al puerto?» — Es la pregunta
Que hace á aquellos al pasar.
Á éstos es: «¿Venís del puerto?»
Según el rumbo que van.
Siempre el puerto; es en el puerto
Donde está su amor quizás;
Y ninguno le responde...
¡Oh agonía, oh soledad!
Y así van y vienen días;
Pero él no cede, tenaz,
Que no hay como el desdichado
Para creer y esperar.

—

Montañés! allá en la cuesta
Se ve un bulto blanquear...
Es un viajero... ¡al avío!
¡Ten fe! Ya llega — ahí está.
— ¿Vas al puerto? — El caballero
Tiene el paso á su animal,
Y, cruzándose de brazos,
Pónese al loco á observar.
¿Quién es él? ¿Y qué le mueve,
La Ciencia ó la Caridad?

Verémos — su porte es noble,
Penetrante su mirar.
Su rostro tiene ese adusto
Aire de severidad
Que de un corazón piadoso
Es casi siempre antifaz.
—¿Vas al puerto?
— Sí que voy.
—¡Qué feliz! á verla vas...
—¿A quién?
—¿A quién ha de ser?
¡Ah! (Y aquí rompió á llorar.)
Si la ves, díle, por Dios,
Díle todo... tú sabrás...
Cómo vivo, que ya muero;
Y mi llanto y mi pesar.
— Mas ¿podré reconocerla,
Si sus señas no me das?
Si su nombre no me dices,
Es inútil todo afán.—
Con el dorso de ambas manos
Seca el viejo su llorar,
Y un momento se recoge
A cobrar serenidad.
—¿Te habrán dicho que soy loco?
No lo niegues.
— Es verdad.
—¡Ah! tal dice el hombre, siempre
Que un dolor no alcanza á ahondar.
Mas ¿qué mucho que tal diga
Él de mí, si dice tal
De aquel que á Dios en sus obras
Rinde culto y alza altar?
¿Si loco titula al pobre
Que abrigo á otro pobre da
Y parte con él su lecho
Y con él parte su pan?
¿Si el más cuerdo es, á su juicio,
Quien mejor sabe engañar,
Y el que fragua con más arte
Más fecunda iniquidad?
Para ese el oro es todo:
Locura creer y amar:
Y él, y su oro, y su nombre,
Cieno es todo y nada más.

Soy yo quien le compadece;
Que él, en su sórdido afán,
Jamás, cual yo, vió en su alma
Luces del cielo brillar.
Este amor conmigo vive
Desde mi primera edad:
Dicen bien, que otro no tuve,
Y á ella sola supe amar.
Si la vieras, la amarías:
Mas, sí la has visto...
—No tal.
—¿No has ido al puerto?
—Cien veces.
—Pues cien la amas...
—Quizás:
—Cómo es ella?
—Como el cielo,
A quien no cede en beldad,
Que él no tiene joya alguna
Que ella no pueda ostentar.
No hubo reina, por más rica,
Que atesorara jamás,
Como ella guarda en sus cofres,
Tantas perlas y coral. . . .
El azul es su divisa:
Así su sien virginal
De zafiros y turquesas
Sólo ceñida verás;
Y el cielo mismo la envidia
Cuando el viento hace ondear
Los azules ormesíes
De su ancho manto imperial.
Me parece que la miro
Amorosa palpitar
Moviendo el túrgido seno
Con las brisas á compás;
Reír con el viento en trisca,
Y á los besos que él le da,
Puñados de blancas perlas
Sobre él festiva arrojar.
Ella es bella duerma ó vele,
Haga ó no su voz vibrar:
¡Qué gentil es dormitada
En sus horas de solaz!

Parece una garza azul
Que goza el aura estival
Con las alas extendidas
Y soñoliento el mirar.
Mas si suena en su palacio
Voz de extraña potestad,
Toma el cetro, salta, ruge,
Y se apresta á batallar.
Sus caballos espumosos
Relinchando al huracán
Y las crines hasta el cielo,
Ponen pasmo, hacen temblar.
Bella, altiva, manda entonces,
Soberana sin rival,
Y ni el cielo airado ostenta
Más solemne majestad.
¡Oh mi amor, oh reina mía,
A quién ya no veré más!
Díle tú mis desventuras...
—¿Con qué amas tanto la mar?
¿Eres marino?
—Pregúntale...
—¡Basta! entiendo: la verás.
—Qué?......
—Mañana en mi caballo
Al puerto te llevarán.—

—

Cumplióle el buen caballero
Al montañés como tal:
A la mar vió al otro día;
Mas no volvió á verla más.
Del caballero no quiso
El hospedaje aceptar,
Por dormir junto á las olas
Bajo un marino tendal.
Cerca de un peñón informe
Donde revienta la mar,
Fué su lecho el roto casco
De un bergantín colosal,
Que, ayer soberbio, hoy semeja,
Sin bancos ni tablas ya,
El descarnado esqueleto
De gigantesco animal.

Allí le halló el caballero
El nuevo sol al rayar;
Pero vano fué el llamarle,
Que á la voz de su piedad
Oyó responder tan sólo
El viento del cocotal,
Los aúllos de su perro
Y el retumbo de la mar.
En una playa desierta
Se ve una tumba blanquear:
El loco de la montaña
En ella descansa en paz.
Diósela el buen caballero;
Y al par que bueno cabal,
Grabó en su losa: *Aquí yace*
El amante de la mar.

A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HOMENAJE DE RESPETO Y GRATITUD

¿No véis? ¿no oís? ¡Qué confusión! ¡Qué estruendo!
¡Tiempos de prueba son, de error y espanto!
No con furia mayor negra tormenta
Las pavorosas alas extendiendo,
Anubla toda luz, ruge violenta,
Desata el huracán, el rayo impulsa
En fragoroso vuelo,
Hace del firmamento hoguera infanda,
Y colérica manda
Estragos á la tierra, injuria al cielo,
Que, en demente rugir y saña impía,
Las humanas pasiones
Sus furibundas huestes descadenan,
Cual precitas legiones;
Y eco de la tartárea rebeldía,
En blasfemo clamor el orbe atruenan.

¡Ay! ¡qué sólo el humano al cielo agravie!
¡Qué atente él solo á tanto!
Y ni el mísero pecho le intimida
Ver cuál presagia destrucción y espanto
Naturaleza toda conmovida!
El cielo, el mar, el viento,
Rugiendo enfurecidos,
Rechazan con horror el torpe acento;
Y la tierra indignada
Bajo el poder impío
De la planta procaz que la envilece,
Pavorosa rodando en el vacío,
Sorda temblar y rechinar parece;
Como, á merced del ponto abandonada,
Al estruendoso combatir bravío
De la marina gente rebelada,
Cruje mísera nave y se estremece.
¡Oh ambición de poder y de renombre!
¡Que al cielo olvides en tu loco empeño,
Y pongas tu victoria
En el aplauso mísero del hombre!
¡Ay, tanta sed, y el manantial un sueño!
¡Tanta batalla, y el botín escoria!
¿Dónde, torpe egoísmo,
Osas llevar el ala?
¿A dónde, orgullo humano,
Descadenado vas, sino al abismo,
Cuando para trepar pides ¡insano!
A la ignorancia y la soberbia escala?
Luminosa deidad, Ciencia divina,
¿Y qué es de tí? ¿Del orbe por afrenta
Yaces cautiva en ásperos breñales,
Y, cual despojos de su triunfo, ostenta
La Blasfemia tus alas inmortales?
Espíritu del Orco ¡ay! vanamente
Con olímpicas plumas te aderezas,
Y el vuelo al refulgente
Astro de la Verdad ciego enderezas!
¿Quién nubla el sol, quién contra Dios potente?
Bienhadado el mortal á quien lumbrera
Fúlgida presta el sol hermoso y claro
De la cristiana Fe; que en rumbo cierto
Al linde va de la vital carrera,
Como atento el piloto al dulce faro,

Fácil encuentra el suspirado puerto.
¡Feliz quien de la vida en el camino
Busca el deber; y la ventura hallando,
Vuélvese á alzar de bendición tributo
A aquel que supo dar el bien por fruto
A la santa virtud, árbol divino!
Así teje su nido el avecilla,
Y por el bien que prueba, en voz sencilla
A Dios bendice al modular su trino;
Así se huelga el tímido arroyuelo
De su propio frescor, que á otros reserva,
Y sus orillas, en ofrenda al cielo,
De flores viste y regalada hierba.
¡Bienhadados vosotros,
Dignísimos Varones,
Cuando á la sombra de este augusto techo,
Llena el alma de fe, de paz el pecho,
Os amparáis del mundo y sus pasiones!
No la que encienden la ambición, la ira,
Devastadora llama
Donde amor y esperanza se consumen,
Refleja en vuestras sienes y os inspira:
La que esplende al saber sólo os inflama,
El sagrado deber es vuestro numen,
Dulce vuestro afanar; y de las letras
Por el ameno campo discurriendo,
Como en éra florida,
Purificáis el néctar soberano
Que da al ingenio perdurable vida,
Y al par en la áurea copa reluciente
De las divinas musas,
La viva sed regala al diligente
Huésped cortés del Pindo castellano.
Tal la oficiosa abeja,
Maestra de virtud, de fe tesoro,
Cual santa desposada en su clausura,
Fuera bramar las tempestades deja;
Y humilde á Dios, depura
Su generosa miel en celdas de oro.
¡Oh grata, oh nobilísima tarea,
A Dios acepta, del mortal delicia,
Amor de la virtud, á quien recrea,
Honor y galardón de la justicia!
Contra la densa noche tenebrosa

Del error y los tiempos que ya fueron,
Las artes del saber todas os dieron
Brújula fiel y antorcha luminosa.
Y por vosotros, de ella rescatada,
Clara la noble frente
Vuelve á alzar la verdad, antes cautiva;
Cual burla la doliente
Cierva el poder de la opresora fiera
A quien pasma el fulgor de lumbre viva
Que súbito en sus antros reverbera.
Por vosotros las joyas litigadas
De los antiguos vates opulentos
(En rimero precioso
Por la mano del tiempo aglomeradas)
Tornan á sus gloriosos monumentos;
Y al relucir de nuevo en su corona,
En torno á los sarcófagos se siente
De sacras liras el tañer cadente,
Que himnos de amor y gratitud entona.
Por vosotros su prístina pureza,
Donaire y melodía
Guarda el romance popular; y el mundo,
Como en un tiempo cuando Dios quería,
Oye en sonante rima la alabanza
Del honor y la gloria, y el fecundo
Poder del Sér Supremo,
Y cuanto bien divino al hombre alcanza:
Ya la noche serena, con su cielo
« De innumerables luces adornado; »
Ya la campestre descansada vida,
De ansias ajena, libre de cuidado,
« De odio, de esperanza, de recelo; »
Ya las sentidas quejas
Del trovador que endecha sus amores,
Y el eco, que resuena en los alcores,
Del trémulo balar de las ovejas,
Y « el dulce lamentar de los pastores; »
Ya el cantar soberano
Que ensalza al Creador, que, en merecido
Castigo, hundió en el polvo al lusitano,
De cuyo altivo orgullo hoy sólo queda
« Voz de dolor y canto de gemido. »
Y por vosotros el adusto suelo
Donde es muralla el Ande al mar, y en donde

Hace el sol pernoctar su plaustro de oro,
Los himnos mueve de su amor al cielo
En culta frase y modular sonoro;
Y á vuestra voz responde
Como un eco de gloria, en las lejanas
Tropicales montañas guarecido,
De ese remoto, pero no en olvido,
Renombre de las letras castellanas.
¡Oh, si viniera del repuesto seno
De alguno de mis montes seculares
Un eco á mí también de los cantares
Que de Alcino sonaron y Tirreno!
O del cisne que vió Torrelaguna
En sus aguas nacer, y á la doliente
Tórtola querellando, juntamente
El rigor lamentó de su fortuna!
U oyera de tu pecho esclarecido
«Que del oro y del cetro pone olvido,»
Una endecha sonar, una armonía,
O divino León, delicia mía!
Tal vez probara á remedar su acento
En mi agreste laúd americano,
A templar mi rudez tan sólo atento,
No insensato á emular gloria tan alta,
Que aun ingenio mayor lo osara en vano.
Y pues destello de saber alguno
Ni á mí me acude ni á vosotros falta,
No en ímpetu importuno
Al templo de Minerva alzara el vuelo.
Del que arrancó á la mar Colón un día
Mundo de bendición, las no emuladas
Majestuosas escenas os diría:
Y aquí vierais sus fuentes cristalinas,
En cuyo seno el oro reverbera,
De sierras descender, al sol vecinas,
Tesoros á sembrar en la pradera;
Allí verde plantío
De hojosos y apiñados bananeros
En la tendida vega, á par del río,
Eterna proclamar la primavera;
La coronada frente
Acá alzar sus adultos cocoteros,
Con resonantes verdes abanicos
Fresco tornando el bochornoso ambiente,

Mientras en torno de su copa enhiesta
Néctar ofrecen y manjares ricos
Que el fuego templan de la ardiente siesta;
Y allá de sus jabillos y bucares
Entrelazarse con amor los brazos,
Sombra y amparo dando tutelares
Al árbol generoso que tu fama,
Bella Caracas, sin rival proclama,
Y colmando las ansias del deseo,
De mortales y dioses es recreo.
Vierais en verde vario sus piñales,
Y el fruto apetecido
(Como á augurar deleites al sentido)
El aire todo, desde el alta loma,
Embalsamar con su incitante aroma:
Sus huertos de maíz y algodonales
En cambiante ondear de nieve y gualda;
Sus flores, imitar las avecillas;
Sus mares, como pampas de azulillas,
Sus pampas, como mares de esmeralda.
Y al levantar vuestra mirada al cielo...
¡Oh Colón, Oh Colón! ¿en qué fecundo
Seno del infinito y con qué encanto
Tanta fúlgida joya hallar pudiste
Como, en gaje nupcial, prender quisiste
A tu virgen América en su manto?
¿Y ha de ser que sufoque el estro santo
En que la gloria de Colón me enciende,
Y con pausada nota
El numeroso verso sustituya
Que el pecho me alborota,
Y del trémulo labio
Como armoniosa lava se desprende?
¿Pues qué gloria jamás como la suya?
No es esa la que esplende
En el fulmíneo acero del combate;
No la que al mundo el retronar pregona
Del ronco obús, cuando el estrago extiende;
No la lleva el terror de zona en zona:
Su gloria está en el cielo americano
Escrita en caracteres rutilantes
Sobre vivo zafiro:
Aclama Orión su nombre soberano
Cuando de las distantes

Ondas del sur alza la sien de plata
Y en vívidos destellos se desata;
Lo aclama al Ecuador Cáncer ardiente;
Y allá en séptuple cifra centellea,
Donde al Bóreas el Ande se aproxima,
Cuando de este en la mole gigantea
Firme apoyo buscando,
Al través de las pompas de la noche
Llega la Osa espléndida, en su cima
A reclinar el fatigado coche.
No áureo papiro ni obelisco vano;
Página de su historia
Es la vasta extensión de todo un mundo,
Y el grandioso Oceano
El pregonero eterno de su gloria:
Cual de numen fecundo
En su cerúleo alcázar agitado,
Sonorosas, vibrantes,
Cual las cuerdas de un arpa de zafiro,
Sus infinitas ondas resonantes
Mueve, despide en incansable giro,
Y en voz solemne y santa
De Hornos á Béring su epopeya canta.
¡Oh ligur inmortal! Más que á ninguna,
De amor y admiración demanda ofrenda
A mi modesta lira tu memoria.
Tres voces oigo requerirme al canto,
Como quiso tres veces la fortuna
La rueda atar de mi ignorada suerte
Al plaustro de tu espléndida victoria,
Al plaustro de tu cuna,
Al plaustro noble y fuerte
En que á domar el piélago iracundo,
Nuevo Neptuno, te impulsó, en alarde
De su pujanza nunca contrastada,
El más glorioso cetro que hubo el mundo,
El que á Cristo, en Granada,
Postró la luna, como el sol más tarde,
Y hubiera las estrellas sometido,
Si contrarias también le hubieran sido.
¡Oh gloria de la Cruz! ¡Oh gran centuria!
Sí, tres voces, Colón, á tí me mueven,
De América, de Hesperia y de Liguria.
Y muéveme también la Fe cristiana

Que á tí los hijos de los Andes deben,
Llave que darles tu largueza quiso,
Al par con la del nuevo Paraíso
Porque el cielo también se abran mañana.
¿Quién jamás como tú sobre la tierra?
¡Y que no mire el hombre
El divino designio que se encierra
En la breve escritura de tu nombre!
¡Oh paloma de Cristo mensajera! (*)
Gózate de mi voz allá en tu esfera.
Y pues es menos fácil, el sentido
Regalar del mortal, y me va tanto
En segar un laurel que al nombre cuadre
De la que fué tu hija, y es mi madre,
Hoy aquí en este claustro esclarecido
Del arte del decir, donde florecen
Los granados ingenios á porfía,
Paga ese amor, oh sombra veneranda,
Prestando aliento á la flaqueza mía.
Que me dé un rayo de su lumbre, manda
Al sol que nuestros cielos atavía;
Al índigo y nopal, que sus colores
A mi paleta den; dé á mi garganta
Sus no aprendidos místicos loores
La devota avecilla
Que allí el nombre de Dios pronuncia y canta,
De las índicas selvas maravilla;
Y su gayo plumaje
Me den también las que en vistoso bando
Alegran la montaña, colorando
De samanes y ceibas el ramaje.
Así el hijo de América se ostente,
Ajeno á toda pompa brilladora,
Sólo de galas rústicas ceñido;
Que al que de Dios la humilde ley adora,
No le están bien coronas en la frente
Ni púrpura ni oro en el vestido.
Así destello ni matiz le falte,
Hoy bosqueje los cielos, hoy el río,
Los juncos nuevos ó el copey vetusto;

(*) Traducción literal de Christo-foro Colombo, legítimo nombre del inmortal genovés.

Que prestado atavío
No cumple mendigar ni ajeno esmalte
A quien tiene un minero en cada arbusto.
Así el amor del cielo, ardiente y pío,
De sus cantares destellar se vea:
Así su voz, de este recinto augusto
Y de América, digna á un tiempo sea.

LA HUMILDAD

Ve si mi mente, oh Dios, no se extravía,
Y huyendo el mal camino, el bueno yerra:
La grandeza esquivando, que me aterra,
He puesto en la humildad la ambición mía.
Mas si al humilde has de exaltar un día,
Tal como al grande derribar por tierra,
¿A la misma humildad no hago ya guerra,
La grandeza mirando á que ella guía?
Pues si en su sér se queda, aun más malicio
Que ha de ser de ambición grado supremo
El que toma por ínfimo mi juicio.
Que es por sí la humildad grande en extremo;
Y así temo, en lo mismo que codicio,
Hallarme codiciando lo que temo.

EL BAJEL Y EL POETA

AL INSIGNE POETA DRAMÁTICO DON TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ,
EN SU LLEGADA Á LIVERPOOL.

Cuando niño, en mis montañas,
Una vez ¡qué asombro el mío!
Me contaron de un navío
Mil aventuras extrañas.

Tal su poder se admiraba,
Y el fuego que despedía,
Y el penacho que ceñía,
Y el espacio que cortaba,
Que, con estupor profundo,
Más que un bajel, en mi idea
Ví un águila gigantea
Antes no vista del mundo.
Un sueño perenne tuve
Con aquel gran viajador;
Pujante avasallador
De la ola y de la nube;
Hasta que anunciarle oí
Rumbo acá del horizonte;
Y veloz pasando el monte,
Bajé al mar: ya estaba allí.
Ardoroso todavía,
Aun resoplaba violento,
Y gritos lanzando al viento,
Campo pedir parecía.
Pasmo indecible me balda;
Mas le miro encadenado;
Y sigo, y sigo pasando,
Y por fin trepo á su espalda.
Saltábame el corazón
Y estaba como en un sueño,
Porque era hablarle mi empeño,
Y saciar mi admiración.
Y fuí la mano á su frente
Muy cauteloso alargando;
Y, su cuello acariciando,
Díjele secretamente:
¡"Con que eres tú! ¡Con que es cierto
"Que aun sin descoger el ala,
"Ave ninguna te iguala
"En ese undoso desierto?
"¡Con que tánto en él descuellas,
"Que vas los cielos tocando,
"Y con tu mástil contando
"Una á una las estrellas?
"¡Con que es verdad que expedito
"La mar traspones de un vuelo,
"Y te pierdes en el cielo,
"Y atraviesas lo infinito......?"

Y temblé; porque le ví,
Al compás de la corriente,
Mover pausado la frente,
Afirmándome que sí.

—

Tal como al puerto el bajel,
Hoy te trajo aquí la suerte;
Y era igual mi afán por verte,
Al que me inspiraba él.
El que cielo y tierra y mar
A sus designios sujeta,
A una al bajel y al poeta
Dió por signo navegar.
El uno, lonas al viento,
Corta las ondas marinas;
Otro, con alas divinas,
La región del pensamiento.
Y á uno y otro, sorprendidos
Ven los hombres, que se siente
De uno y otro en torno, ambiente
De espacios desconocidos.
Tal me siento yo á tu aspecto;
Mas como el bajel anclado,
Hoy estás encadenado......
Con los lazos del afecto.
Así mi pasmo vencido,
Viendo en tí sólo al hermano,
En tanto estrecho tu mano
Decirte puedo al oído:
¡" Con que eres tú! ¡Tú el que llena
" Los corazones de encanto!
" ¡El que segó lauro tanto
" En la castellana escena!
¡" El que un triunfo á otro aduna,
" Tal, que parece que has hecho
" *Ad hoc* para tu provecho
" *La Rueda de la Fortuna?*"

—

Si el que cielo y tierra y mar
A sus designios sujeta,
Marcó al bajel y al poeta
Por destino navegar,

¡Bajel, leva! el mar te aguarda!
Su inmensidad señorea:
Descubrir es tu tarea
Cuanto en sus lindes él guarda.
Poeta! cruza en tu vuelo
Esas regiones sin nombre:
Tu signo es trazar al hombre
El derrotero del cielo.
Ni temáis: á ambos á dos,
Al bajel como al poeta
El tiempo mismo respeta,
Si sirven fieles á Dios.
No es naufragio su hundimiento;
Es el paso á un mar vecino:
La Inmortalidad, camino
A ambos abre á su elemento.
De su mar en la extensión
Ve así el mundo hoy navegar
La Pinta y La Niña, al par
Con el Dante y Calderón.

EN LA ORILLA DEL MAR

Á ELOY ESCOBAR

¿Ya, tan pronto partir? Detén el paso;
Presta á nuestros caballos jadeantes
Alguna tregua, y déjame en ocaso
Contemplar de la tarde los cambiantes.
Deja á mi alma que extasiada admire
La majestad del cielo y de los mares,
Y que mi enfermo corazón delire
Al susurro del viento en los palmares.
No sabes cuánta imagen bendecida
La presencia del mar vuelve á mi mente,
No sabes ¡ay! las horas de mi vida
Que él arrulló con su fugaz corriente.

Pregúntalo á esas brisas, á esas olas,
A esas espumas de rizado armiño;
De las playas te digan donde á solas
Latió feliz mi corazón de niño.
Háblales de ese tiempo; y si aun existe
Un recuerdo de mí, de ellas inquiere
Cómo murió tanta ventura ¡ay triste!
Y el corazón que la perdió no muere.

NOSTALGIA

Pasó, pasó el invierno,
La primavera asoma:
Reviste llano y loma,
Colora cielo y mar.
A todo infunden vida
Las auras en su giro:
Yo solo no respiro
Las auras del hogar.
Pasó, pasó la niebla
Que al alto campanario
Cual lúgubre sudario
Prestaba embozo ayer;
Ya limpia al cielo sube
La torre gigantea:
¡O torre de mi aldea,
Quién te pudiera ver!
Apíñanse las naves
Del Merse en las riberas,
De humeantes penacheras
Que á Albión orgullo dan;
Sus flámulas, del viento
Son fiesta y atavío:
¡O margen de mi río,
Tus palmas dónde están?
Cantando en su barquilla
Se ve al amante ufano;
De nuevo el tardo anciano
La vida siente en sí;

En el materno seno
Dormita el niño en calma:
¡Oh madre de mi alma,
Si moriré sin tí!
Amantes, prado, templo,
Barquillas, cielos, mares,
De Abril en los altares
Load al Creador:
Al viento en dulces notas
Mandad vuestra alegría:
¡O madre, O tierra mía,
Yo os mando mi dolor!

SOLA SPES

¡Oh vida de combate y de tristeza!—
Un signo ansiando que al mortal aliente,
A pedirlo á la gran naturaleza
Bajé á las playas de la mar silente.
Era una tarde plácida de Mayo:
A las olas lancé mi navecilla;
Pronto del sol al moribundo rayo
Ví envuelta en brumas la distante orilla.
¡Tierra, que oyes del hombre los gemidos!
¿Qué esperanza le das en su agonía?—
Un árbol con sus brazos extendidos
Una cruz á lo lejos me ofrecía.—
Espacio! ¿en esas tus etéreas salas,
Qué guardas tú para alentar su vida?—
Y ví en un ave y sus abiertas alas
Una cruz en los aires suspendida.—
¿Y tú, nada le ofreces, oceano,
Que á los cielos su espíritu remonte?—
La arboladura de un bajel lejano
Era una cruz allá en el horizonte.—
Tiende la noche al fin sus sombras lentas:
Vuélvome al cielo, implórole de hinojos,
¡Y en él la insignia redentora ostentas
Tú también, cruz del Sur, ante mis ojos!

EL TASSO

¿Quién te recordará, falaz tirano?
¿Quién sabrá de tus días ni tu nombre,
Si no ha de ser que lo revele al hombre
El dolor que me infliges inhumano?
Me arrancas á Eleonora! Pero en vano
Te ensañas con mi ingenio y mi renombre!
Hacer que al mundo tu maldad asombre,
Sólo el fruto será de tu odio insano.
Ves? De esta infecta, lúgubre guarida
Vuela alígera ya la fama inquieta,
Mi gloria á dilatar de zona en zona;
Que amor, y libertad, y ambiente, y vida,
Todo quitarle á un infeliz poeta
Puede un tirano: menos su corona.

LA SIEGA

Á DIOS

Tú eres el dueño, el mundo es tu plantío:
Tú eres quien siembra, el hombre es tu simiente:
Lo que quieras, lo soy humildemente,
Florecido rosal ó espino umbrío.
Pódame á tu placer, ¡oh, Señor mío!
Míname en mi raíz, hiere mi frente,
No me riegue la nube ni la fuente,
Dame por primavera el seco estío.
Mas cuando el campo á la zizaña vea
De tu segur caer al filo agudo
Y en haces ya para su fin postrero,
El día de tu siega, haz tú que sea
Un grano yo, siquiera el más menudo,
Del trigo que se guarde en tu granero.

NO ME HABLES DE LA VIDA

No me hables de la vida, mar sin norte!
Háblame de la muerte! apena hay hora
En que del árbol de mi amor no corte
Rama ó flor la impasible segadora.
No me hables de la vida! en balde rumbo
Quiero en ella encontrar, sin que lo acierte!
Esperanzas, amor, de tumbo en tumbo
Van al profundo abismo de la muerte.
Un paso, un dolor más, otra amargura
De la vida en el cáliz fementido,
Y en la fría insaciable sepultura
También mi corazón habrá caído.
Y esa hora será, sólo esa hora,
La que dé fin á mi pesar profundo,
A este intenso dolor que me devora,
A esta eterna agonía en que me hundo.
No me hables de la vida! están colgadas
De adelfas tristes para mí sus puertas,
Y dejo atrás sus sendas tapizadas
De afectos mustios y esperanzas muertas.
O dí si el cielo el dón te ha concedido
De hacer la horrenda noche un vano sueño,
Y arrancar de mi alma y de mi oído
La voz que en balde en acallar me empeño.
Dí si puedes borrar de mi memoria
El horror de esas horas, que acrecía
La nieve que cual sábana mortuoria
Campos y hogares y árboles cubría.
Dí si jamás las aguas del olvido
Ni misterioso elíxir han sanado
Anima loca, corazón partido,
Entrañas que el dolor ha desgarrado.
Si ahogar de esa tormenta embravecida
El hondo trueno que aun en mi retumba
No puedes, ay! no me hables de la vida!
Háblame de la muerte y de mi tumba.

LA LEVITA NEGRA

Á LA EXCMA. SEÑORA DE VASCONCELLOS

(1888).

Todos los nardos que dan
Nuestras campiñas amenas,
Los claveles y azucenas
Del florido Galipán;
Las que él cría en sus alcores,
De lineamentos perfectos,
Flores que se hacen insectos,
O insectos que se hacen flores;
Todos los versos galantes
De la dulce poesía,
A pagar tu cortesía
No son, señora, bastantes.
Tu anhelo gentil enseña,
Al dar á las musas paso,
Jardín haciendo y Parnaso
La Legación Brasileña,
Que el sacro amor te domina
Que en olímpicos torneos
Valió tan nobles trofeos
A la inspirada Corina.
Oh! ¡qué honra nos alcanza!
¡Mover poética justa
Bajo la bandera augusta
De Don Pedro de Braganza!
El de las regias bondades,
De los ingenios Mecenas,
Desatador de cadenas,
Y atador de voluntades;
El que hidalgo verdadero,
Digno de su estirpe antigua,
Que sabe ser atestigua,
Antes que Rey, caballero;

El que más que en su renombre
El pensamiento en Dios fijo,
Hizo del vasallo un hijo,
Hizo del esclavo un hombre.
El que cruza entre su gente
Sin púrpura ni venera,
Y más *preside* que impera,
Emperador Presidente.
Feliz nación! Su ventura,
Jamás desconozca ingrata:
Así su frente no abata
La cólera de la altura.
Porque nunca ha perdonado
A ingratos pueblos el Cielo;
Lo mismo que fué su anhelo,
Castigo les vuelve, airado;
Y en su febril desahogo
Pásmalos súbito el brillo
De la espada del caudillo,
Del puñal del demagogo.
¡Ser de un pueblo el padre! ¡oh gloria!
De ese varón sin ejemplo
Guardo yo, como en un templo,
La imagen en mi memoria.
¡Recuerdo indeleble es!
Una mañana, en *Green Park*,
" *There's the Brazilian Monarch*,"
Me dijo un amigo inglés.
Ansia de verle me excita;
Mas ni una insignia real
Miro en redor......¿Cuál es, cuál?
—Aquel de negra levita.—
Y apuntaba hacia un anciano
Sin palaciegos ni córte,
Alta la talla, y el porte
El de un patricio romano.
¡Viendo estoy al gran Don Pedro!
¡Cuánta majestad de veras!
Emula á nuestras palmeras;
Emula al vetusto cedro.
Allí va en la multitud,
Sin dar de quien es indicio,
Cual pasa al lado del vicio
Ignorada la virtud.

El grave rostro le alegra
Expresión ingenua y franca,
Flótale la barba blanca
Sobre la levita negra.

—

¿Y el que ahí va, meditabundo,
Es el monarca (me dije)
Que imperio tan vasto rige,
Arbitro de medio mundo?
¿Pues dónde las reales fiestas,
Dónde los arcos triunfales
Con que á las testas reales
Saludan las reales testas?
¿No hay ya en los palacios pompa?
¿Se ignora su alteza suma?
¿Rompió la Historia su pluma?
¿Rompió la Fama su trompa?
¡Y aclaman, y dan insinia,
A una voz, sin controversia,
A un sátrapa de la Persia,
A un bárbaro de Abisinia!...
Es que él ve en la Libertad
El angel de luz del siglo,
En la autocracia un vestiglo,
Ley divina en la igualdad;
Su voz, cristianas lecciones;
Su gobierno es magisterio;
Y su poder, el imperio,
Lo tiene en los corazones.
¿Pues los Reyes ó Don Pedro,
Quién es, quién es el triunfante,
Don Pedro mirando avante,
Los Reyes mirando arredro?
¿Quién á los pueblos reintegra
El fuero que les asiste?
¿El que oro y púrpura viste,
O el de la levita negra?

—

Dijo un pensador profundo,
Ya Napoleón sepultado,
Que en alto su traje izado
Llamara á la guerra al mundo.

A la guerra...! ¿Hay bién mayor?...
Pues de él gozad ...y gran medro!—
La levita de Don Pedro
Llama á la paz y al amor.

LAS CAMPANAS DE LA TARDE

(DEL INGLÉS)

Ay! Cómo de mi infancia,
Campanas de la tarde,
Volvéis á mi memoria
Los plácidos instantes,
Mi hogar, y aquellos tiempos
Sin inquietud ni afanes,
Cuando encantado oía
Vuestro clamor süave!
¡Huyeron esas horas,
Huyeron ¡ay! fugaces!
Y muchos corazones
Que así movísteis antes,
Hoy mudos, solitarios
En el sepulcro yacen,
Y más no habrán de oíros,
Campanas de la tarde.
Así también un día,
Cuando á mi tumba baje,
La lira de otros bardos
Os alzará cantares;
Así cortará el viento
Vuestro clamor temblante,
Y yo no podré oíros,
Campanas de la tarde!



D. MANUEL NORBERTO VETANCOURT

Vió la luz en Cariaco, pueblo de la antigua provincia de Cumaná, el año de 1827.

Doctor en Jurisprudencia de la Universidad de Caracas y Abogado de la República, ejerció con brillo su profesión y se hizo notar en los Congresos como orador parlamentario.

Murió en Cumaná el año de 1870.

Á CUMANÁ

RECUERDOS

Orillas del Manzanares
De sus cocales ceñida,
Bella levántase erguida,
Sombreada de palmares,
Cumaná del mar querida.

Nunca levanta furiosa
Sus aguas el huracán;
Siempre tranquilas están;
Dulces gimiendó armoniosas
Á besar sus playas van.

Jamás nube de tormenta
Sobre su cielo se avanza,
Que el rayo jamás la alcanza;
Y si el vendaval revienta
Pronto á otro cielo se lanza.

Blanca perla del Oriente,
Cumaná la encantadora,
Cuando la baña la aurora
Alcázares de oro miente
Donde una hechicera mora.

Por tí es fama que olvidaron,
Cumaná, gentes extrañas
Las deliciosas montañas
Del Betis, y más amaron
De tus indios las cabañas.

Y tus valles perfumados,
Y los bananos frondosos
De tus bosques primorosos,
Donde crecen descuidados
Tus piñales olorosos.

Donde se mira silvestre
Sus racimos ostentando
La vid ramosa, formando
Como un pabellón campestre
Y hasta la tierra bajando.

Do sobre limpias arenas
Va corriendo el arroyuelo,
Derramado por el suelo
Entre lirios y azucenas
Tintas con azul del cielo.

Donde aún airosa marcha
Casi desnuda la indiana,
Y en su inocencia engalana
Con lindas flores de parcha
Su belleza americana.

¿Quién allí no olvidaría
De aquellos conquistadores
Las mujeres y las flores
De su bella Andalucía,
Los palacios y primores?

¿Mirando mares serenos
De frescas brisas surcados,
Valles mirando encantados,
Cielos de luz siempre llenos
En claras aguas pintados?

Por eso no suspiraron
Mas por su patria; y dichosas
Las cabañas voluptuosas,
En su entusiasmo anhelaron
Más que tus perlas preciosas.

Por eso fué que no alzaron
Cobardes y desleales
Contra el indio sus puñales,
Que su fiereza aplacaron
Las aguas de tus raudales.

Porque, patria, me parece
Que á la orilla de tus mares,
Se olvidan crudos pesares
Y que el alma se adormece
Al rodar del Manzanares.

Tú guardas la cumanesa
Más blanca que las espumas
De nuestros mares sin brumas,
La ves cuando te embelesa
En su chinchorro de plumas.

¡De quieta noche en las horas
Es tan sabroso escuchar
A tus marinos cantar
En sus barcas pescadoras
Que van jugando en la mar!

Tierra de vida y de amores,
Cumaná del mar querida,
Sobre el agua suspendida
Entre palmeras y flores
Te ostentas bella y erguida.

Yo también fuí, patria, un día
En tus playas venturoso;
Tu cielo puro y hermoso
No vió mi frente sombría
Con el dolor afanoso.

Horas de inocencia fueron
Que devoró el huracán
De la vida, y no vendrán
Más; que las dichas que huyeron
Otra vez no tornarán.

Cada sol en Occidente
Es una esperanza muerta:
Una fosa nueva abierta,
Y del mundo que nos miente
Una traición descubierta.

Cuando yo vuelva á surcar
Cumaná, tu mar querida,
¡Cuánta esperanza perdida
Tendré triste que llorar
En pesares convertida!

Mas puede, de tus palmeras
Que á la sombra olvide yo
La suerte del que dejó,
Por pisar otras riberas,
La tierra donde nació.

BERRUECOS

(4 de junio de 1830)

Es ya de noche en la fatal montaña......
No resuena en Berruecos ni un lamento
De fugitiva brisa......A paso lento,
Con faz que nube de tristeza empaña,
Camina el noble domador de España,
El héroe de Pichincha......Hubo un momento
De rumor en el bosque......Acaso el viento......
¡Aleve así la suerte nos engaña!
Mas Sucre no tembló. ¿Temblar podía
Quien ataba á su genio la victoria?
Truena de pronto la arboleda umbría,
Vela su faz el Numen de la Gloria,
Y consuma el Rencor su alevosía
Para asombro y vergüenza de la Historia.



D. ARÍSTIDES CALCAÑO

Mariano Arístides Calcaño nació en Cartagena de Indias el 8 de septiembre de 1828, y recibió educación literaria y filosófica en Caracas. Con motivo de una grave enfermedad abandonó el estudio de la medicina á que se había aplicado, y se dió al cultivo de las letras, para las cuales mostró desde niño la más decidida vocación. Ya á los diezinueve años había escrito su primer poema filosófico, intitulado *Fabián*, al cual siguieron numerosas le-

yendas y poesías sueltas. Sirvió en la guerra de los cinco años, en la que contrajo el mal que al fin le condujo al sepulcro en Marsella el año de 1876. Fué de los fundadores de los diversos cuerpos literarios que durante su vida se formaron en Caracas, y colaboró en los principales periódicos.

Por los mismos motivos que sus hermanos nacidos en Cartagena de Indias, Arístides Calcaño es considerado como natural de Venezuela.

MELODÍAS HEBREAS

PALABRAS DE ANEMA, ETHEA, QUE HABLÓ Á LOS HIJOS DE JUDÁ

I

En los días de Acaz, rey de Judea,
Que Israel combatió,
Vino luz del Señor á Anema, Ethea,
Y al pueblo aleccionó.
Vieja de muchos años era Anema
Y amante del Señor;
Por eso la adornó con luz suprema
De eterno resplandor.
Rodeada en el pórtico del templo
De inmensa multitud,
Alzó la voz y habló, para alto ejemplo,
Palabras de virtud.
—Oíd mi voz, oh pueblos de Judea
Que obráis la iniquidad;
Porque el Señor que vuestro amor desea
No os niegue larga edad.
Yo, Anema, Ethea, en el horror sin nombre
De nocturna visión;
Cuando un sueño profundo abate al hombre
Y enturbia su razón;
Fuí presa de terror, y gran quebranto
Se apoderó de mí;
Se chocaron mis huesos con espanto,
Y al tentador temí.

Ví pasar un espíritu fulgente
Con paso de aflicción;
Se erizaron los pelos de mi frente......
Tembló mi corazón.
Paróseme delante en unos tojos,
No conocí su faz;
Y su imagen delante de mis ojos,
Como niebla fugaz.
Sentí una voz como airecillo blando
Que sopla de través;
Entendí que el Señor me estaba hablando,
Y me abatí á sus pies.
Esto dice el Señor: "por cuanto en vicios
Igualáis vuestro rey,
Y ofrecéis en los altos sacrificios
Con burla de mi ley;
Yo os pondré como arista seca al fuego
Que arde con rapidez;
Quitaré á vuestras horas el sosiego
Y no hallaréis vejez.
Por cuanto amáis la holganza y la rapiña,
Hombres de aviesa fe,
Y á vuestro hermano arrebatáis su viña
Diciendo, Dios no vé;
Como tamo que barre de la tierra
Furioso el aquilón,
Así del mundo os barreré con guerra
De eterna perdición.
Porque soy el Señor de toda hechura;
Yo os dí el alma y el ser,
Y detesto el engaño y la impostura
Con todo mi poder.
Puso en mí su virtud, su confïanza
Vuestro padre Abraham,
Y establecí con él firme alïanza,
Sus lazos durarán.
Mas á aquellos que en burla y en desprecio
Juzgaron de su fe,
Cual humo que disipa un viento recio,
Así los disipé.
¿Por ventura sois más que lo fué un día
Mi servidor David?
¿Y no cayó del trono y no gemía
Como un niño, decid?

¿Qué os servirán los ídolos del monte
En la hora de aflicción,
Cuando miréis cubierto el horizonte
De innúmero escuadrón?
Vuestros falsos profetas la victoria
Tal vez os predirán,
Y al veros arrastrados en la escoria
Con miedo escaparán.
Como edificio que el incendio abrasa,
Tal vuestro hogar será:
Extranjeros seréis en vuestra casa;
Nadie os amparará.
Clamaréis al Señor en los pesares,
Y en vano clamaréis:
Cual rastro del bajel sobre los mares
Más raudos pasaréis."
Esto dice el Señor.—Dejad los vicios
Que manchan vuestro rey;
Ceñíos duramente de cilicios;
Volvéos á su ley.
Ensalzad al Señor piadoso y fuerte,
Su nombre es inmortal;
Él concede la vida, él da la muerte;
Su amor no tiene igual.
Como la luz del sol á los sembrados,
Así á el alma su amor,
Los gérmenes en ella fecundados
Florecen con vigor.
Preguntad á los cielos y á la tierra
Qué han sido y qué serán;
Quién rige al sol, la inmensidad qué encierra,
Y absortos callarán.
Sólo el Señor conoce y ve el camino
De un sér y de otro sér:
Suyo es lo terrenal y lo divino,
Inmenso es su poder.
Tesoro inagotable es la esperanza,
Fuente de caridad;
Quien pone en el Señor su confïanza
Vivirá larga edad.

II

¡Oh vosotras, matronas de Judea,
Recibid mi instrucción!

Porque el Señor que vuestras obras vea
Os dé su bendición.
Vosotras sois la cepa en que se abriga
El pimpollo sutil;
Amparadle al nacer con sombra amiga,
Y brotará gentil.
Bendiciones del cielo son los frutos
Del seno maternal
Que á la mujer piadosa da en tributos
El padre celestial.
El niño en la morada es como un día
De la estación feraz,
Doquiera vierte encanto y alegría
Su placentera faz.
Infeliz es la estéril cuyo seno
Jamás fructificó;
El Espíritu Santo de amor lleno
Jamás la visitó.
Sus días, como noches sin estrellas,
No tienen claridad;
Doquiera que en su hogar ponga las huellas,
Tiniebla y soledad.
Mas os digo, en verdad, que más dichosa
La estéril se ha de ver,
Que la mujer fecunda que insidiosa
Descuida su deber.
La que cría escorpiones en su seno
Mordida se verá;
Y abrasada la sangre en el veneno
De muerte, morirá.
La virtud de las hijas á los padres
Les sirve de esplendor:
Ellas serán esposas, serán madres,
Ungidlas con amor.
El nombre del Señor en su alma tierna
Como un sello poned,
Y al duelo será fuente sempiterna
Que aplacará la sed.
Toda gracia y virtud y santos dones
En la ley del Señor:
Ponedla en sus ingenuos corazones
Cual áureo ceñidor.
Fuerte de toda fuerza es el Dios nuestro
Y amante de su grey:

No caerá en red de cazador siniestro
El que adora en su ley.
Un pecho sin doblez y un alma pura
Deleitan al Señor;
Y el que lleva en paciencia la amargura
Atesora en su amor.
Enseñad el recato á vuestras hijas
En prenda de piedad;
Collares y arracadas y sortijas
Son lazos de maldad.
La mujer fastüosa es como el fuego,
Incendio y destrucción:
Quita al hombre la dicha y el sosiego;
Es mal de corazón.
Mas bella es la virtud que la riqueza
Y eterna en su raudal!
A la virgen le sirve su pureza
De espléndido cendal.
Como cuchillo en manos de insensato
La lengua en la mujer:
Juega con él un rato, y á otro rato
Lo sepulta en su sér.
Hay palabras que hieren como espada
Que asesta el matador;
Otras, como bebida emponzoñada,
Causan largo estertor.
Y abomina el Señor la lengua impía
En boca de mujer:
La que el ajeno mal descubre al día
Su faz nunca ha de ver.
A mujer revoltosa y de agrio acento
Niega el hombre su amor;
Pues ¿quién dará á panteras su aposento,
Y á sierpes su calor?
El afecto del hombre es como fuente
De instable manantial;
La mujer bondadosa es la vertiente
Que lo hace perennal.
Glorioso fué en su trono el rey Asuero,
Su amor puso en Esther:
Y su excelsa virtud le fué el lucero
De un bello amanecer.
Nada formó el Señor con desatino;
Todo á un fin lo creó:

A cada sér le señaló camino,
Y á todos su ley dió.
Dió al ave su amorosa compañera
Aun antes de nacer:
Su igual á cada uno dió en su esfera,
Y al hombre, la mujer.
Formad, pues, para el joven la doncella
Y á su amor será fiel;
Toda virtud que resplandezca en ella
Será freno de él.
De la afable modestia de su pecho
La esposa se adornó,
Y presa en ella, como en lazo estrecho,
El esposo vivió.
Antorcha puesta en alto es la matrona
Que á sus hijas da honor.
"Yo le guardo en los cielos su corona,"
Esto dice el Señor.

MIS GORRIONES

Tras el límpido cristal,
El cristal de mi ventana,
Tenía yo en la mañana
Siempre, un rico festival.
Que entre las ramas frondosas
De un álamo, y al calor
Del Otoño bienhechor
Que alegra á las mariposas,
Una banda de gorriones
Posóse á labrar sus nidos
Y á deleitar mis oídos
Con no imitables canciones.
¡Cuánto batir de las alas,
Girar, bañarse en la luz!
¡Cuánto lucir al trasluz
El rosicler de sus galas!

¡Cuánta ingenua travesura
Entre el tupido ramaje
Y unir, rizando el plumaje,
Los piquitos con ternura!
Y ¡cuánto embeleso un día
Cuando al clarear el cielo
Pïó su primer polluelo!
¡Qué gozo! ¡qué algarabía!
Y luégo, aquel ir cantando
Siempre, y en grata fatiga,
Aquí el grano, allí la miga
Para los hijos buscando.
Y aquel apresuramiento
Con que, entrándose en el nido,
Al impaciente nacido
Daban el blando sustento!
Y el saltar de rama en rama
Como temiendo alejarse,
Y, á verlos aún, tornarse
Con el temor de quien ama.
Y aquella audacia en la empresa
De abastecerles el ruego,
Que en mi hogar se entraban luego
Á hurtar el pan de mi mesa.
Y aun era cosa de ver
La inocente felonía
De su entrada, y la alegría
Logrado ya su querer!
Mas yo, en viéndolos llegar,
Acallando todo ruido,
Me les fingía el dormido
Para dejarme robar.
Y ¡cuánta solicitud
Cuando el incauto polluelo
A ensayar su primer vuelo
Dejó el nido! ¡qué inquietud!
Y aquel andarle en seguida,
Pío á pío contestando,
E irle, al paso, enseñando
Las prácticas de la vida.
A vuelta de algunos días,
Adultos ya mis gorriones,
Tuve más amplias canciones,
Y coros, y sinfonías.

Tales, que hasta me soñaba
Ser yo un príncipe oriental
A quien su córte real
Con músicas festejaba.
Mas ay! que á poco las hojas
Del álamo amarillearon
Con las brisas que anunciaron
Las invernales congojas!
Luz, perfumes, ruido, encantos
Fenecieron, pompa y fiesta!
Quedó yerma la floresta!
Yo, solitario y sin cantos.
Que con pavor de los fríos
Mis gorriones, á otro suelo
Llevaron raudos el vuelo!
¡Y yo los llamaba míos!
Sólo en las ramas desnudas
De un árbol, un pobre nido
Quedaba, mal guarecido
Contra las ventiscas rudas.
Era una madre amorosa
Que retardada en la cría
A cuidar permanecía
Su prole menesterosa.
Partir, par á par, miró
Los compañeros de viaje;
Pero en el mustio ramaje
Junto á sus hijos quedó.
Y sopló el cierzo inclemente;
Hubo días de terror!
Y su materno fervor
Fué más y más diligente.
¡Qué vivir tan afanado!
Su canto era una querella.
Ah! pobre avecilla! En ella
Puse un cariño extremado.
Huésped asiduo á mi mesa,
Calentábase á mi hogar
Primero, y luego al pasar
Tomando el pisto de priesa,
Con instinto previsor
En un vuelo sostenido
Iba á llevar á su nido
Algo de pan y calor.

Y cuanto en furia el invierno,
En ella el afán crecía,
A sus hijos cada día
Mostrando un amor más tierno.
Una noche, airado esfuerzo
Contra el mundo el viento hizo;
Los techos golpeó el granizo,
Heló las fuentes el cierzo;
Vino sin luz la mañana,
Y alzándome de repente,
Corrí con mano impaciente
El cristal de la ventana.
Por entre la niebla yerta
Tendí la vista......¡oh Dios mío!
Estaba el nido vacío!
La avecilla en tierra, muerta!
Alcé los ojos al cielo
A preguntarle "¿por qué?"
Que á veces nubla á la fe
En el corazón, el duelo.
¡Santo, maternal cariño
Que hasta el sacrificio sabes!
Al ver el nido sin aves
Lloré, lloré como un niño.

MADRIGAL

La Rosa que, fragante,
Llena de lozanía,
Sobre tu seno amante
Rico perfume y esplendor vertía,

De tu mano adorada
Vino á mí, mensajera,
Trayendo vinculada
De tu inocente amor la fe sincera.

Mas un sol no ha pasado
Y ya, pálida y triste,
Mira, se ha marchitado......
Pero tu tierno amor; tu amor existe!

—

Y á su precario brío
Dice tu fe ardorosa,
Que no siempre, amor mío,
Imagen es de la mujer la Rosa.

LAS NUBES

Cruzando van las nubes
Como bandada
De blancos pajarillos
Que el viento arrastra;
Y tú las sigues
Con ojos que revelan
Cuánto te afligen!

—

Díme ¿piensas acaso
Que en tal manera
Pasará por mi alma
Tu imagen bella,
Ay! arrastrada
Por el viento que hoy, triste,
De tí me aparta?

—

De la sierra nativa
Las nubes toman
La imagen que en su vuelo
Llevan á otras,
Y así en mi alma
Guardaré yo la tuya
Siempre adorada.

—

Ellas parten ; mas vuelven
Con albas nuevas,
La imagen que llevaron
Trayendo en ellas,
Y así en mi alma
Traeré impresa tu imagen
Siempre adorada.

VISIÓN

La noche estaba oscura : el cierzo helado
Soplaba temeroso, y un acento,
Como de un sér que va desesperado,
Cruzaba en las tinieblas con el viento.

Y al par graznaba el cárabo ; los perros
Aullaban con terror ; en las praderas
Revolaban las aves ; en los cerros
Se escuchaba en tropel bramar las fieras.

Y los niños lloraban en su lecho :
La tierra toda con pavor temblaba :
Me detuve á mirar, opreso el pecho :
Era el Remordimiento que pasaba.

DESALIENTO

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA INÉDITA

¿Te hallaste, por ventura
Solo y cruzando, al sol del mediodía,
Con paso de tristura
Por fértil espesura
Llena de fresco y sombra y armonía?

¿Respiraste su aliento
Que el fatigado corazón restaura,
Dejando el pensamiento
Subir al firmamento
Sobre las alas trémulas del aura?

Bajo una umbrosa palma
¿No entregaste sin término la vida,
Y con la vida el alma,
En brazos de esa calma
Con que la agreste soledad convida?

¡Cómo en su hogar amigo,
Lejos del ruido y la mundana pompa,
Da al corazón abrigo,
Sin que duelo enemigo
La grata paz de sus ensueños rompa!

Al rumor de la hoja,
Al crujido del árbol que se mece,
Al són que el agua arroja,
Del ave á la congoja
El cuerpo fallecido se adormece.

Y el alma se levanta
Su Dios buscando en la celeste altura;
Y en sus obras se encanta,
Y su grandeza canta
Con notas de dulcísima ternura.

Y si acaso un gemido
En el fondo del pecho se despierta
Del corazón herido,
Se ahoga entre el rüido
Con que su voz la soledad concierta.

De la mundana gloria
La ansiedad ambiciosa y loco empeño,
De la amorosa historia
Las sombras, la memoria
Confunde con las sombras de su sueño.

Esas bellas visiones
Que adora la pasión porque son puras,
Sin dobles corazones,
Que exigen oblaciones
Al ídolo falaz de sus locuras.

¡Vanidades del mundo!
¿Qué vale tanto afán en las ciudades?
Su piélago profundo
Con ímpetu iracundo
Lleva el alma en continuas tempestades.

¡Bendito el aislamiento
Que en la campestre soledad impera,
Donde el humano acento
No turba el sentimiento
Que alivio sólo de la muerte espera!

¡Dichoso el eremita
Que sólo en Dios su corazón coloca,
Con humildad bendita
Levantando su ermita
Como un nido de alción sobre una roca!

Suyas son las bonanzas
Mientras braman al lejos las tormentas;
Suyas las esperanzas
Que imparten confianzas
A pobres almas de piedad sedientas.

Suyas las oraciones
Que del réprobo apartan el castigo;
Las santas oblaciones
Que allegan bendiciones
En retorno del mal á su enemigo.

Vida de paz divina
Que, con la antorcha de la Fe en las manos,
Por el erial camina,
Apartando la espina
Que hiere el corazón de sus hermanos.

De ellos que en el tumulto
Que el pecho al odio y al rencor ensancha,
Jamás dejan inulto
El equívoco insulto
Que sus precarias afecciones mancha.

Y en infernal tormenta
Luchando con el hombre y con la suerte,
La fe se desalienta
Y el corazón revienta
Antes que llegue en su favor la muerte.

DOLORA

Cuando la luna en el Oriente brilla
Duerme la tierra, se entristece el alma,
Busco del mar en la desierta orilla
Plácida calma.
Miro á lo lejos centellear la ola;
Miro en los aires revolar la bruma;
Y oigo en la arena que murmura sola
Cándida espuma.
Todo apacible, somnolente y leve
Yace al amparo del nocturno velo;
Ni ansiosa mi alma á rebullir se atreve
Férvido anhelo.
Mas si, cual ave que lejana vuela,
Nave perdida al horizonte miro,
Lanzo del pecho, á perseguir su estela,
Flébil suspiro.
Ella en lo inmenso de la mar navega,
Yo cruzo el valle de dolor sin vado;
Solos y errantes, con nosotros juega
Pérfido el Hado.
Ella la orilla, la quietud mi alma
Busca, y prosiguen su fatal recelo:
Como ella el puerto ¿encontraré la calma?
Quiéralo el Cielo!

BARCAROLA

(IMITADA)

Dime, hechicera zagala,
¿Hacia dónde quieres ir?
Ya la barquilla abre el ala,
Ya la brisa va á venir.
Concha de nácar preciosa,
De marfil los remos son;
Es de alas de mariposa
La vela, de oro el timón.

Despliega por gallardete
Un celaje matinal;
Lleva un ángel por grumete,
Por lastre lleva un coral.

—

Díme, hechicera zagala,
¿Hacia dónde quieres ir?
Ya la barquilla abre el ala,
Ya la brisa va á venir.
¿Al Báltico vas acaso?
¿Vas al Pacífico, al mar
Dónde el sol tiene su ocaso,
O dónde empieza á brillar?
¿Vas á la yerta Noruega
La flor de nieve á coger,
O al valle que el Nilo riega
La antigua Tébas á ver?

—

Díme, hechicera zagala,
¿Hacia dónde quieres ir?
Ya la barquilla abre el ala,
Ya la brisa va á venir.
—Yo no sé cómo se llama
El puerto; escucha: es aquel
En donde siempre se ama,
Y siempre el amor es fiel.
¿Por qué asombrado te advierto?
—Ay! estás en un error:
Nadie conoce ese puerto
En el país del amor.

ADIOS!

Nave que sobre el mar no deja huellas,
Eso fué tu pasión:
Y triste, como noche sin estrellas,
Está mi corazón.
El olvido! ese mar ilimitado,
Se extiende entre los dos:
Ni una palabra más de lo pasado;
No! Ni un suspiro! Adiós!

LUZ Y TINIEBLAS

Lanzando de los cielos á la tierra
Satán batalla aún con el Eterno:
Suyas son las tinieblas y la guerra,
Y en donde pone el pie, ruge el infierno!
Mas el ángel de luz su audacia aterra,
Opone á su impiedad un amor tierno,
Y aunque en la lucha el mundo bambolea,
Cuando Satán destruye, el ángel crea.
¿Un relámpago veis? ¿Oís un trueno?
Es el cañón!—cadáveres, gemidos,
Ruina, desolación, un campo lleno
De palpitantes miembros esparcidos......
Por allí va Satán!......Cruza sereno,
Orlado de laureles florecidos:
Triunfó!......mas triunfo atroz, fatal proeza
Que la virtud no acepta sin tristeza.
¿Oís una celeste melodía
Que hace extasiar de gozo las naciones
Y alzar, al resplandor de un claro día,
Capitolios, basílicas, panteones?
El ángel viene allí!......su mano fría
Trae la antorcha de santas bendiciones
Que, como un sol de eternas claridades,
De siglo en siglo alumbra las edades.
Es hijo de Satán el pueblo fiero
Que en crüentas hazañas se recrea;
Su carroza triunfal siempre el guerrero
Entre espirantes víctimas pasea!
Su imagen guarda el tiempo, mas severo
Tras un cendal siniestro que lo afea;
Y su gloria los ojos de repente
Hiere, como una chispa escandecente.
Hijo del Angel es el pueblo sano
Que inciensa á la virtud en sus altares;
Que mira al extranjero como hermano,
Las artes como excelsos luminares;
Que del saber eterno el hondo arcano
Rastrea por la tierra y por los mares
Y honra siempre, con noble reverencia,
Después de Dios, la humana inteligencia.

Oh Grecia! Italia! con amor profundo
Conmueve el corazón vuestra memoria!
Más grande ante este siglo lidiabundo
Por adorar las artes y la gloria,
Que por llevar la libertad del mundo,
Atada al carro audaz de la victoria!
Cuando Homero y Praxísteles parecen,
Césares y Alejandros desparecen.
Buscad en los egregios monumentos
De los pueblos antiguos la grandeza:
El artista, ese Numen, con portentos,
Triunfos, amor, virtudes, fe, pureza,
Que ilustran su centuria, los cimientos
Amasa de un trofeo y, en su alteza,
Con sello, como Dios, de eterna vida
Su historia al porvenir deja esculpida.
Allí está el Partenón en las desiertas
Colinas de Cecrops, de regias villas
Babilonia y Palmira en rocas yertas
Muestran al hombre aún las maravillas;
Y Tebas, la ciudad de las cien puertas
Que del sagrado Nilo en las orillas
Sus despojos espléndidos levanta,
La mente asombra, el corazón encanta.
¿No veis ese edificio giganteo
Que en el área de un pueblo estrecho viene?
¿Sabéis lo que es?—ese es el Coloseo!
Y ¿veis esa Basílica que tiene
La frente en donde el alma su deseo?
Es San Pedro! el empíreo la sostiene;
Es Roma que no cabe en las historias,
Osario inmenso de inmortales glorias!
Por allí pasó el Angel; son sus huellas!
Tras él llegó Satán; su ira ardiente
En vano, por borrarlas, sopló en ellas;
Que aún, desde su cúspide eminente
Que parece que toca á las estrellas,
Claman de siglo en siglo y gente en gente
Que la ciencia del hombre da á su hechura,
Como Dios una vida que perdura!......
Tú, que del mar Caribe en el ribazo,
Amazona gentil, tu prole anidas;
Tú, que del Orinoco al Chimborazo
Destrozando cadenas mohecidas

Al mundo, por la fuerza de tu brazo,
Diste cinco Naciones redimidas;
Tú, la amada del sol y de la gloria,
¿Qué has hecho de los timbres de tu historia?
Satán ha estado aquí!...Mustias praderas,
Odio, ambición, rencor, sangre, penuria
Atestiguan su paso; y por lumbreras
Que tu renombre amparen de la injuria
En la noche de edades venideras,
Ni un monumento ha alzado nuestra incuria!
Nave que en su derrota no vé un astro
Y, si la sorbe el mar, no deja rastro!
Invoquemos al Angel: los fulgores
De sus divinas alas vivifican;
Ellos al campo dan fecundas flores;
Virtudes á las manos que edifican;
Al mar bajeles, al pincel primores;
Toda esperanza noble beatifican
Y prestan entusiasmo y ardimiento
Para escalar el cielo al pensamiento.
Las artes nada más dan honra y gloria
En los días del tiempo á las naciones.
Son ellas las que graban de su historia,
Con un cincel eterno, las acciones
Que hallan eco del mundo en la memoria.
Con poemas, estátuas, panteones,
Miguel Angel, Praxísteles y Homero
Hablan desde su tumba al mundo entero.

D. ERMELINDO RIVODÓ

Nació en La Guaira el 7 de enero de 1829, del matrimonio de D. Juan Francisco Rivodó y D. Ana Palomino. Hizo sus estudios primarios en aquella villa, y se aplicó luégo al comercio hasta 1890 en que sus males físicos le obligaron á retirarse. Apasionado por las letras, consagróles sus ocios con tal ahinco y perseverancia, que ha llegado á ser uno de nuestros más entendidos literatos.

En estos últimos años ha viajado por Europa, y publicado en la villa natal un volumen de poesías intitulado *Hojas de un libro.* Prepara la publicación de otro intitulado *Armonías imitativas.*

A ORILLAS DE UN ARROYO

RECUERDOS DE SUSANA

¡Cuán dulce es ver, sentado
Á la margen de límpido arroyuelo,
Con pecho sosegado,
La palma que hasta el cielo
Yergue la cima en caprichoso vuelo!

¡Cuán dulce es ir mirando
Las aguas trasparentes ó espumosas
Que fluyen murmurando,
Ya lentas, ya afanosas,
Cargadas con esencia de las rosas!

Y allí ver dibujadas
Las hojas que movidas se estremecen
En lo alto, sustentadas
De las ramas, que crecen
A la fértil orilla que oscurecen.

¡Oh arroyo cristalino:
Cuántas veces aquí te he contemplado
Siguiendo tu camino;
Y cuántas he gozado
La paz que el infortunio me ha quitado!

Entonces yo adoraba,
Oh arroyo, tu misterio y tu frescura;
Y en tu orilla cantaba,
Sin dejos de amargura,
Feliz mi corazón con tal ventura.

Y en gusto silencioso
Pasaba junto á tí mis largas horas;
Y alegre ó caviloso,
Buscaba encantadoras
Las ninfas, de este valle habitadoras.
¡Cómo el tiempo que pása
Rápido, volador por las edades,
Sin compasión arrasa
Las locas vanidades
Del hombre, en sus terribles tempestades!
¡Ayer!......la poesía,
La fe de la niñez, las ilusiones;
En plácida alegría
Quiméricas visiones,
Luz en mi alma, fuego en mis canciones.
¡Y hoy!......¿Te acuerdas, oh río,
Cuando viste á mi amada en la espesura,
Bella más que el rocío
Sobre azucena pura,
Ostentando su gracia y hermosura?
¿Recuerdas cuando en calma,
Derramando placer, aquí venía,
Cómo elevaba el alma
A Dios, y me ofrecía
Que nunca de mi amor se olvidaría?
¡Y hoy!...¡cuán triste, arroyuelo,
Miro pasar tus ondas murmurando;
Y en temeroso duelo
Me aflige el viento blando
Que va por la espesura susurrando!
Y al recordar ¡ay triste!
Que de este valle en el fecundo lecho
Tú conmigo la viste,
Bajo el frondoso techo
De rosas puras y de acacias hecho;
Con ansiedad profunda
Suelta mi corazón lloro candente
Que mi semblante inunda;
Y en tanto, indiferente,
Pásas tú, gime el bosque, y nadie siente.

LA LUNA QUE ASOMA

Á VICENTE CORONADO

Casta diva ! . . .
Romani.

Pálida noche con celajes puros
Ciñe ante mí los vastos horizontes;
Y atrás de esos gigantes, de esos montes
Que el cielo van á abrir, torvos y oscuros,
Empieza ya la luna á alzar la frente.
¡ Cuán limpia y refulgente,
Con su disco romántico de plata,
En medio allí del cielo se dilata!
¿ Qué dicen, qué recelan sus fulgores
Si en trémula quietud caen y alumbran
Esos bosques de palmas, que se encumbran
Soberbios con sus frutos y sus flores?
¿ Qué secretea el aura en esa rosa,
Cuando al mover el ala vagarosa
Parece del silencio una sonrisa?
¿ Quién esa emanación, tenue, indecisa,
Es que en la noche ante la luna vuela?
Con las hojas se mece,
Luégo desaparece.:....
¿ Quién es? ¿ de dónde viene? ¿ dónde se halla?
Nadie responde: el aura tiembla y calla.
¡ Luna, tímida luna! ¿ qué revela
Tu blanca aparición, triste y radiante?
¿ Eres la compañera del amante
Que tu benigna luz, ansioso, anhela?
¡ Cuántos dulces recuerdos amorosos
Deben guardar tus rayos deleitosos!
¡ Cuántas lágrimas tiernas y abrasadas,
Habrán sido á tu vista derramadas!
¿ No es verdad que á tu amparo, en sus enójos,
Atala, virgen de la selva, un tiempo
Las derramó también, desvanecido
Al ver un ideal, ante sus ojos
Y á tu mágica lumbre concebido,
Yerta de su ilusión la flor más pura?

¡Pobre Atala! que en premio á su ternura,
Estériles abrojos
Coronaron su triste sepultura......
¿Son esos los recuerdos que te oprimen,
Oh simpática luna? Tu inflüencia
¿Se inclina, pues, de amor á la presencia?
¿Sufres, tal vez, por los que al peso gimen
De muy tristes memorias?...Luna amiga,
Si esto es así, permite que bendiga
Tu vago imperio azul, que ante las raras
Luces de tu belleza indefinible,
Mi corazón, ofrenda al Dios temible,
Preséntе, oh luna, en tus divinas aras.

LA FLOR DEL ABROJO

RECUERDO PARA AGUSTÍN VALARINO

Florecilla inocente,
Que olvidada en el suelo, al sol ardiente,
Columpias de la aurora hasta la tarde
Tus pétalos sencillos, Dios te guarde:
Y prolongue tu vida y tus olores
Ya que, la más humilde entre las flores,
Llenan dulce y sereno
Mi pecho, en que tu imagen atesoro,
De encanto y luces tus estrellas de oro,
De ámbar y dicha el cáliz de tu seno.
¿Quién, dí, su alfombra y su verdor procura,
Quién se alegra á tu nombre,
Cuando al nacer tendida en la llanura
Tu emanación fragante
Vivifica el desierto, y no se cura
De perfumar la habitación del hombre?
Y luégo, tan modesta,
Símbolo de la pobre vergonzante;
Y luégo tan amante
De esas tumbas sombrías, ya en la fiesta
Del mundo abandonadas,

Y donde al par de mí tanto te agradas,
Y donde al par de mí, yendo, reposas......
No al pie de las rüinas vienen rosas,
Cuya ufana hermosura
De amor feliz los triunfos interpreta;
Ni á su quietud secreta
Busca esconder la vanidad su enojo:
La mansión del olvido al mundo inquieta:
En élla vive el alma del poeta,
Y en élla reinas tú, flor del abrojo.

LAS DOS FLORES

SONETO

Nace ignorada flor en la espesura
Con la luz matinal, risa de Oriente;
Casta como la diosa de una fuente,
Hija adorable de la noche oscura:
Cuando ya el sol su término apresura,
Ella, herida, á espirar dobla la frente;
Dulce fragancia esparce en corto ambiente,
Y recibe en su tallo sepultura.
Imagen fiel de virgen candorosa,
Es tu destino, oh flor, su misma suerte,
Acaso un tiempo cruda y venturosa:
Nace, despliega el alma, aromas vierte;
Brilla un instante y un instante es diosa,
Y halla en su trono juntas vida y muerte.

EL ÁRBOL SECO

Doblado al peso de la edad se inclina,
Mustio en la selva, el árbol centenario;
Gala un tiempo, dulcísimo incensario
Del bosque, y ya pregón de su rüina.

Da las postreras flores; se ilumina
De un sol poniente al brillo funerario;
Y envuelto de su pompa en el sudario,
Queda, aunque seco, en pie; y así termina.
¡Y el bardo!...lira amante, sonadora,
Que de la gran naturaleza pudo
Los himnos repetir; pálido ahora,
Sin fuerza ante el poder del tiempo crudo,
Siente su voz ya helada; humilde llora,
Y queda, al fin, con su instrumento, mudo.

D. AMENODORO URDANETA

Vió la primera luz en Bogotá el 14 de enero de 1829. Fueron sus padres el Ilustre Prócer General en Jefe D. Rafael Urdaneta y Faría y la señora Dª Dolores Vargas y París. No obstante haber nacido en la Nueva Granada, es considerado como venezolano, por haberse educado en Venezuela, de donde era natural su padre, el cual fué desterrado de aquella República hermana por su adhesión al Libertador.

Amenodoro Urdaneta fué Presidente del Estado de Apure en la primera época de la Federación; ha redactado varios periódicos políticos y literarios, y publicado obras de historia y didáctica. Es Individuo de número de la Academia Venezolana, y Correspondiente de la Real Academia Española y de otras corporaciones extranjeras.

EL CAMPO

Oh! sol, tú, que das vida
Con tu suave calor al ancho mundo
Y cuya faz convida
Con su aliento fecundo
Al lazo fraternal todos los seres;
Oh padre de la luz y la armonía,
Vuelve á animar mi helada fantasía!

Vuelva la musa á dar vigor al pecho,
Inspiración al canto;
Que ya el aura respiro
Bajo el sencillo techo
Del albergue feliz de la inocencia,
Donde reinan la paz y el amor santo;
Do corre la existencia,
Cual mansa fuente de apacible giro,
Entre puras y amables emociones;
Donde llegan apenas las pasiones,
Cual las olas del mar, que murmurando
Ante la débil valla retroceden,
O como esos nublados que tu rostro
Velan, oh sol, y desparecen luego
Resueltos en benéficos celajes,
O en abundosa lluvia
Que benigna se esparce en dulce riego
Y los campos prepara
A recibir tu fecundante fuego.
¡Salve, mansión de amor, verdes collados,
Cándidas nubes, transparente cielo
Y venturosos prados!
¡Salve, plácidas vegas!
Y tú, que alegre juegas
En campos de abundancia, claro río,
Y en vago curso y cuidadoso anhelo
Su seno fertilizas y rïente
Ornas en flores su apacible frente,
Salud!—Bosque sombrío,
Montes, valles, salud!—Ya el pecho mío
Bebe la vida en vuestro fresco ambiente.
No importa que el dogal de la Fortuna
Siga oprimiendo sin piedad mi cuello:
Más vale una pacífica conciencia,
Y la amable quietud del hombre honrado
Que la ansiada presencia
De esa deidad, al triste inoportuna;
Más el parco sustento y el agrado
De honesta medianía que su falsa
Opulencia, do beben los hermanos
El veneno letal en copa de oro;
Y más que su belleza, fabricada
Por arte infiel ó por esclavas manos,
El variado tesoro

Que se guarda en el campo y se reparte
Con rica profusión, adonde nunca
Llegar le es dado á la expresión del arte.
  Éste en vano procura
Igualar la feraz naturaleza.........
¿Dónde la nitidez y la frescura
Del trémulo rocío?
¿Dónde el murmurio y las inciertas ondas
Del arroyo fugaz ó el sesgo río?
¿Dónde la suave esencia de las flores,
Y el querellante, imperceptible ruido
Del céfiro en los árboles dormido,
O cuando amante beso licencioso
Las leves hojas de la flor despliega;
Del Iris los colores;
Y la mullida alfombra con que en vano
Competir quiere el Asia voluptuosa;
O la extendida vega
Do el lebrel corre, el cabritillo juega
Y extiende su ramal la víd jugosa?
¿Y dónde las guirnaldas
De flores olorosas que se mecen
Presas en frescos lechos de esmeraldas?
¿Dónde la excelsa y varia perspectiva
De la montaña espléndida; los lejos
Del hermoso paisaje
Donde la mente activa
Roba la inspiración y el sentimiento
De la suma verdad, ya en los reflejos
De tu gloriosa faz, padre del día;
Ya en el blando oleaje
De las doradas mieses; ya en el viento;
Ya en el flotante, viajador celaje;
Ya en el vaivén de la arboleda umbría
O en la plácida calma
De la callada noche?......—¡Desdichados
Los que no conocéis la paz del alma!—
  Ella en el campo habita
Y al dulce ardor de una conciencia pura;
No en locos devaneos
De los fingidos pechos cortesanos,
Do en sus voraces llamas precipita
El engaño, los goces y deseos;
Donde miente la voz de la esperanza,

Y todo en su balanza
Lo fijan insensibles las pasiones,
Que hacen de los humanos corazones
Náufragos infelices en el hondo
Abismo de su furia incontrastable.
—Aquí todo es estable;
Todo se muestra con semblante amigo;
Ríe la paz, y el ángel cariñoso
De la inocencia agita con sus alas
El aura que circunda el grato abrigo
Del labrador feliz, á que dan sombra
Nubes de luz y campesinas galas.
¡Ay! ¿Y qué son los inseguros bienes
De la mísera tierra, comparados
A los que fiel contienes,
Augusta soledad?—De mil cuidados
Y amigos falsos y zozobras lleno
El poderoso entre opulencia vive,
Mientras que los guardados
Bienes de la alma paz yo libre gozo
Y de temor ajeno
Ya en la escondida selva me alborozo,
Sin que turbe mi pecho el vano orgullo
Del mundo fementido,
Ni su falaz murmullo,
Ni su doble amistad, su amor fingido,
Su ambición, sus furores,
Su angustioso desvelo.........
Y canto agradecido los favores
Que quiso darme generoso el cielo.
—Cifras de la verdad, claras y bellas,
Las fuentes, las cascadas,
Las nubes, las auroras, las estrellas
Me hablan mejor de la creadora esencia
Y más me satisfacen y aseguran,
Que no las intrincadas
Pobres razones de la humana ciencia,
Donde los hombres, pretendidos sabios,
Su loca insania y vanidad apuran.
El mismo sentimiento
Más puro se espacía, sin que tema
La voz que burla á la piedad y ofende
Al corazón sincero, ó que alardea
Profunda caridad y humilde viste

De santidad hipócrita librea,......
O bien la voz que infama
Al justo, premia al deshonor y ciega
Por vencedor aclama
Al que al oro se vende;.........
Que la virtud á vil traición entrega
O en torpe llama á la calumnia enciende,
Y que al valiente, que huye y se retira
De criminosa lid, llama cobarde;
Que apellida verdad á la mentira;
Apodos de baldón dá al heroísmo
Y venenoso incienso
Al arrogante, insultador cinismo.

....

—¿Y no eres más preciada, oh deleitosa
Soledad de ventura?—Otros se agiten,
Por conquistar el ímprobo trofeo
De la azarosa lid, y en combatida
Existencia, en un mar de afán palpiten:
Yo en grato devaneo
Quiero más bien mirar en la espesura
El arroyo espumoso que murmura;
Más quiero ver al apuntar el día
La débil luz que pálida colora
El blanco lecho de la fresca aurora;
Ver el herboso prado humedecido
Y entre impalpable niebla confundido;
Oír en dulce encanto
Del avecilla el armonioso canto;
Ver la dorada espiga estremecerse
Al leve impulso de sonantes brisas;
Las líneas indecisas
Con que van dibujándose las cumbres;
Al lejos los ganados extenderse;
Mirar por la ancha tierra
Tu fuego, oh sol, en ondas dilatarse
Esparciendo doquier vida y colores;
Ver bajar los sencillos labradores,
Patriarcas de la sierra,
Y al honesto trabajo prepararse.
—Más quiero ver las rústicas faenas
Y contemplar el cuadro providente
Donde su sér primero

El trabajo vincula, sér precioso
Por el mismo Señor santificado.
—Para que brote la feliz simiente,
Con fiel esmero sus hinchadas venas
La madre tierra próvida desgaja;
La fértil selva su ramaje inclina
Para rendir al regalado fruto
Que dulce néctar entre esencias cuaja;
Ríen las mieses, la corriente salta
Y con menudas perlas la vecina
Feraz orilla esmalta.........
Ver la mente imagina
Por el llano cruzar la rubia Ceres,
Diosa de los sembrados, bella madre
De los campestres, lícitos placeres.
  Allí la mansa esposa
Del toro bramador dócil ofrece
Níveo licor entre temblante espuma;
Al duro yugo rinden
La robusta cerviz los tardos bueyes;
Se abren los rectos surcos; y oficiosa
La gente campesina,
Bajo el amparo de las blandas leyes
Con que su amor y gratitud obligas,
Oh sabia agricultura,
Siembra el pingüe tesoro
Que en copia venturosa
Pródigo recompensa sus fatigas.
  Oh! cuán dichoso el que en tu seno abrigas,
Madre feliz de las antiguas gentes!
—No vieron ellas el humilde arado
Con altivo desdén, cual las presentes,
Sino con honra y velador cuidado
Entonces las ofrendas recibías
De manos soberanas
Y eras, oh generosa Agricultura,
De liberales artes la primera;
De tus bellas hermanas
La primera en ventura,
En asiento dorado te sentabas,
De do á tus pies mirabas
Varones de alta prez labrar la tierra;
Y hasta á los mismos reyes,
Arbitros del destino y de la guerra,
Viste cumplir y propagar tus leyes.

En tu seno fecundo
Nació la paz; las ciencias comenzaron
En él á revelar altos secretos
Del misterioso mundo;
Por tí fueron sujetos
Los días y los años y estaciones
Al orden que mantienen; se postraron
Por tí del mar las ondas enconadas
Al arrojo del hombre y le enseñaron
Mil sendas nunca holladas,
Por tí la hinchada tierra
Al sabio abrió su cariñoso seno;
Y todo cuanto encierra
La alma naturaleza, en fiel tributo,
A tu afanar brindó; tus blandos ocios
Artes, ciencias, virtud dieron por fruto.
Huyendo las intrigas y manejos
De las ciencias sociales, grata calma
Buscó en tí la moral sabiduría,
O quieta soledad; y los consejos
Con que sembró la perfección del alma
Depositó en tu hogar con mano pía.
Lejos del mundo y de su pompa lejos
Buscaron la verdad santos y sabios
Y sus ardientes labios
Sólo calmar pudieron en la fuente
Que nace en el altura y solitaria
Crece al favor de tu benigno ambiente.
—También, campestre Musa, tú repites
La sencilla verdad que amable canta
Naturaleza con su voz sublime,
Y con ella compites
En gracias y en amor......La voz levanta
Con grato són el épico del Lacio,
O el doriense cantor, y al punto, al punto
Miramos los pastores,
Tras de errantes rebaños, venturosos
Cantando sus amores;
Ya al tierno acento del divino Horacio
Vemos en Lucretil las dulces risas
De la zagala Tíndaris; mas luego
Trémulas besan sonorosas brisas
El cristal de Valclusa...... El blando ruego
Del amante de Laura; los encantos

Del loco de Sorrento ó del poeta
Que ya ilustró las aguas del Mondego;
El sabio plectro del sublime Herrera
Y de León famoso;
El dulce lamentar de Nemoroso;
De Batilo la voz, do suelen verse
Las encendidas llamas
Que en choza pastoril, oh amor, inflamas,
Y las ondas de luz estremecerse;
Y esotras inmortales armonías
Que en lira de marfil y oro cantaron
Los nobles atributos
De amor y libertad que el seno guarda
De la zona fecunda
Que en paternal ardor el sol circunda,
Sus ricas paoducciones, sus praderas
Llenas de mieses y variados frutos;
Sus constantes y alegres primaveras;
Y sus iguales y templados días,
Y el esplendor de las florestas mías......
—Todos esos acentos peregrinos,
Musa gentil, que pueblan el ambiente,
Son los ecos divinos
Que has recogido en la tranquila fuente
De vida y de belleza
Que ostenta para tí naturaleza.
  También de los sembrados
La Tragedia nació: fueron su adorno
Primero los festones de las viñas;
Su concurso las gentes del contorno;
Y su escena los prados;
Y sus cetros las palmas y cayados.
Y no fué en los palacios y salones,
Oh sol, ni en el Olimpo soberano
Do más feliz y enamorado fuiste;
Sino cuando cantaste, en plectro de oro,
La paz y los placeres de los hombres
En la región del venturoso Jano;
Fué solo cuando amabas
Errar por las tesálicas praderas,
Donde la bella Córonis reía
Y desdeñosa á tu presencia huía;
Cuando tu amor cantabas
Del Cefiso gentil en las riberas,

Y Clicie y Clímene, si un tiempo fieras,
Blandas oyeron tu laúd divino;
Cuando era tu destino
Vivir entre pastores,
—Huéspedes de la paz y la inocencia;—
Cuando las Musas con fragantes flores
Tus sienes coronaban
Y afanosas cuidaban
De su cantor la plácida existencia.
¿Y dónde puede el corazón, sediento
De amor y de verdad, beber su albura?—
Aquí, sin más testigos
Que las aguas, los árboles y el viento,
Al alma doy la celestial hartura
De la amable virtud.—Solos amigos
Que jamás nos engañan,
Salve, preciosos libros, inmortales
Luces que nunca tu esplendor empañan
Con aura de pasiones!.........
Aquí, bajo la sombra cariñosa
De augusta soledad, viendo cual pasan
De nuestra vida los instantes breves,
Como esas ondas leves
Que huyen ante mi vista murmurando,
—La imagen reflejando,
Ya de la juventud enardecida,
O de los dulces juegos de la infancia,—
Pasto doy abundante
A mi agitado espíritu en las hojas
Y en la suave fragancia
Y en las pintadas flores de ese amante
Huerto de eternos frutos; medicina
De humanales congojas;
Semilla que regaron
Con llanto de dolor la desventura,
Con su voz la experiencia,
Y la amistad con su inmortal dulzura,
El amor con sus castas emociones,
Con su vigor la ciencia,
Y el cielo con sus santas bendiciones.
También las sacras Musas
Alguna vez me brindan gratos sones,
Ofreciendo á mi mente las lecciones
De una sana y veraz filosofía

Y las nobles imágenes que en vano
Busca en el mundo insano
Del artista la rica fantasía.
—Ya en las espumas de la clara fuente
Me presentan ¡ay Dios! las ilusiones
De la triste existencia......
Ya en la tersa corriente
La imagen de la cándida inocencia,
Que nada turba si escondida vive;
Mas, luego que recibe
El peso atroz de envenenadas brisas,
Trueca en dolor sus goces y sus risas.
—Ya en el ala fugaz del aura leve
Que en tenue ruido ni á turbar se atreve
El nítido cristal, miro el encanto
Del maternal amor, que cuidadoso
Vela por la niñez y en grato empeño
Apena en tierno canto
Arrulla un punto el inocente sueño.
—Ya en la flor odorante
Me ofrecen la expresión de la hermosura;
Ambas deben sus gracias y primores,
Su encanto y su belleza
Tan sólo á tus favores,
Sabia naturaleza......
—Como al cristal la leve sombra empaña
Y ofende su tersura,
De tal manera el artificio daña
El rostro á la beldad, seca y deshoja,
Con mano cruda, impía,
Las frescas rosas que entre nieve cría.
—Ya en las brisas inciertas
Que con alas de luz roban y agitan
La esencia de los prados
Y en mi angustiosa sien la depositan......
Para volverla á arrebatar al punto,
Miro ¡ay dolor! las plácidas memorias
De las pasadas glorias,
Del pasado contento,
Que vienen á avivar mi sentimiento.
—Así mi mente vuela
De flor en flor, de cerro en monte, en llano,
En la áspera ladera, en la colina,
Ya bebe de tu lumbre los ardores,

Oh sol; y ya en la nube á tí vecina
Se remonta......Y en todo busca, anhela
Fecunda inspiración y digno acento
Para elevar al Ente Soberano
Noble, sencillo y puro pensamiento,
Al Sumo Ser que en providente mano
Derramó por doquier vida y contento.
—Mas ¡ay! mi lira en vano
Intenta arrebatar luz y colores......
¡Agotó su vigor la suerte cruda
Y ya no liba el néctar de las flores!
¡Ya no acude á tu voz, oh Poesía!
Y ya con mano ruda
Le aparta el rubio Apolo sus favores!
   Al menos, Dios del canto,
Dame habitar por siempre esta ribera
En medio de la paz y el amor santo;
Y cuando llegue el día
De entregar á la tierra mis despojos,
(Si he de vivir, para mayor tormento,
Sobre los seres que me son más caros)
Haz que la mano pía
De humilde labrador cierre mis ojos!
—Deme su amiga sombra
El lánguido festón de una palmera;
Silvestres flores sírvanme de alfombra;
Mi sueño arrulle plácida y constante
Del dulce Anauco la corriente mansa;
Y con tu fuego amante
Anima el sitio aquel, donde se escriba
Al pie de tosca cruz este letrero:
"Un corazón leal aquí descansa.—
"Piadoso pasajero,
"Una lágrima dad á su memoria
"Y en oración benéfica y sentida
"Pedid su eterna paz!—Queréis su historia?
"Infortunio y amor fueron su vida."



D. HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA

Este inspirado poeta nació en Caracas, el 28 de febrero de 1829.

Sus padres D. Tomás Martín de la Guardia y la Sra. Dª Ana Bolívar le proporcionaron instrucción literaria y filosófica en los más renombrados institutos de la Capital. Ha sido Diputado del pueblo y ha desempeñado otros cargos de importancia. Ha redactado periódicos políticos, escrito varios dramas y publicado dos volúmenes de poesías. La inspiración y el brío de sus odas le han dado el triunfo en tres distintos certámenes públicos promovidos en Caracas.

Pertenece á la Academia Venezolana y es Individuo Correspondiente de la Real Española.

AMÉRICA

Campos do en ola ardiente
La luz palpita y se deshace en flores!
Y al claro albor naciente
Ciñe la roja frente
En espléndidas gasas de colores!
Y tierras que visita
La nieve enamorada por vencerlas,
Do la onda que dormita
Niágara precipita
Y el ruidoso caudal desgaja en perlas!
Y mundo, que en las brumas
Del mar surgió de palmas coronado
Y trémulas espumas,
De flores y de plumas
Presas en redes de oro engalanado!
A tí la musa vuela,
Y á tus brillantes ámbitos se lanza,
Y va la clara estela
Del Dios que me desvela
Por los campos de luz de la esperanza.

Viaje la fantasía
De los bellos palacios de la aurora
Al de la noche umbría;
Y cruce de la fría
Región del polo á la que el sol adora:
Remueva el polvo oscuro
De la ya muerta edad, y los vestigios
Del templo y roto muro,
Y, luégo, del futuro
Se abisme deslumbrada en los prodigios!
Y ya de la Victoria
Estrépito triunfal mueva la lira;
Ya, de pasada gloria
Lamente la memoria
Campo sangriento ó vengadora pira;
La oculta luz rescate
Cautiva de la sombras, y su velo
Rasgando la arrebate,
Y, presto, audaz, desate
Con más arrojo al porvenir el vuelo!
Y al éter ya vecina
Vuelva, al fragor de la abrasada cumbre,
El ala peregrina,
Allí do el sol declina
En piélagos de púrpura, su lumbre.
....
....

Es ilusión?...... Deliro?
¿Es ésta nuestra América, la mía?
¿El mundo que hoy admiro
Del tiempo al vario giro
Habrá de ser la realidad un día?
....
....

Y......, dónde el verde prado?
De las agrestes selvas el misterio?
¿El torrente encrespado
Y el bosque aquel, callado,
Que dilataba al mar su vasto imperio?
Y...... ¿dónde sus señores,
El Nátchez no domado, el Inca altivo?
Los raudos cazadores......?

Las fieras y las flores,
Y auras fragantes y esplendor nativo?
Del Plata al que se atreve
Mackensia audaz, del Bóreas turbulento
A desafiar la nieve,
Triunfal su carro mueve,
Tesoros derramando, el pensamiento!
Y surge allí la idea,
Espíritu de Dios que el vuelo emprende:
Feliz se enseñorea,
Se esparce, centellea
Y en claridades diáfanas se extiende!
Y las que prefería
La soledad, moradas silenciosas,
Do América ofrecía
Al vivo amor del día
Virgen el seno, perfumado en rosas;
Emporios son, portentos,
Que ya la industria en claridad serena
Brillar hace opulentos!
La tierra, el mar, los vientos
El genio de las artes encadena!
¡Cómo al lucir la aurora,
Que en deslumbrante aljófar se desata,
Campos de espigas dora;
Que pródiga su flora
De seda en mantos móviles dilata!......
Ya en playas no desiertas
Sus gigantescos piélagos dormitan:
Y al porvenir abiertas,
Por las triunfales puertas
Los pueblos á su edén se precipitan!
Y luz, y fe y consuelo,
Virtud, justicia, amor, y culto y gloria
Son galas de su cielo!
Y en su ideal desvelo
Bendice el mundo la inmortal victoria!
¡De cuánta lona amiga
Cargados van sus ríos!......¡Cuántos dones
Generosa prodiga!
Y el mar! cuánta fatiga!
Y ¡qué tropel de pueblos y naciones!.........
....
....

Y ¿es esta la amazona
De flecha de oro y pintoresca aljaba,
De rústica corona,
Que en la encendida zona
Entre salvaje pompa dormitaba?
¿La que se vió cautiva,
Mas luego airada con ultraje tanto,
Y envuelta en lumbre viva,
Alzó del polvo altiva,
El roto cetro y desgarrado manto?
No es ilusión: es élla,
La providente América que avanza
Con venturosa estrella!
Y es hoy por libre y bella
La tierra prometida á la esperanza!
—Es élla!......sí!...... murmura
El Dios oculto que á la mente inspira!......
Y voz es de la altura......
Sobre la edad futura
Confidencias del alma y de la lira......
Fúlgido, ardiente faro
Que ofrece de los pueblos al destino
Cielo esplendente y claro;
Va América al amparo
Del anglo genio y del valor latino.
Ved: en su suelo ardiente
La no vencida México levanta
La noble altiva frente;
Con nueva fe se siente
Y en lira de oro sus destinos canta!
Y allá buscan hogares
Del Potomac feliz en las orillas
Los extranjeros lares;
Y en selvas, ríos y mares,
Sublime Libertad, tus maravillas!
Y, ved; por llano y sierra
Pasa el Dios de Colombia!...Va entre asombros
Y aplausos de la tierra
En su corcel de guerra!......
De Iris el manto en los hercúleos hombros!
Su herencia ya reclama
El mundo de la América!......tu sino
Es digno de tu fama:
El porvenir nos llama:
No faltemos cobardes al destino!

CAOS

¿Lo que miro es verdad ó son visiones
De mi dolor que el desengaño insulta?
—Van en tropel desnudas las pasiones
Del cuerpo que sus cóleras oculta!
Y las miro pasar, y aunque no ostentan
Forma real ni humana contextura,
A mis ojos absortos se presentan
Cual si tuvieran terrenal figura.
Y con espanto conocerlas creo
Y trémulo mi labio les da nombre,
Aunque nunca las vi como las veo,
Mezcla informe y sin par de fiera y hombre.
Y en muchedumbre abigarrada luchan
Con rabia, sin piedad en su impaciencia;
Ni al ruego atienden, ni al dolor escuchan
En su brutal, satánica demencia!
Y ante el infame cuadro, con profundo
Dolor, no alcanza á conocer mi empeño,
Si lo que miro es la verdad del mundo
O una ilusión fantástica del sueño!
El juvenil ardor no busca ciego
Al dulce amor ceñido de jazmines,
Presa de fiebre histérica en el juego,
Ebrio de vino en lúbricos festines.
Miro que el oro vil la antorcha enciende
Del ciprio altar en honra á la materia,
Que el vicio compra, la avaricia vende,
E inocencia y beldad van á la feria.
Contemplo la ambición, que va ondulante
Cínica imitadora de Proteo,
Noche en el alma, sombra en el semblante,
El labio falso y pérfido el deseo.
La envidia y la venganza cual reptiles
Entre la inmensa turba se deslizan,
Y como más cobardes y más viles
A las otras pasiones se esclavizan.
Y atropelladas con delirio loco,
Todo es terror, y confusión y duelo!
Y cuanto existe á su impaciencia es poco,
Y está demás á su ambición el cielo!

Y donde quiera que la vista llevo
Del terrible espectáculo sombrío,
Encuentro nada más que un horror nuevo;
Un cuadro más siniestro y más impío!
Allí el orgullo desafiando al cielo
Lo vil acoge y la verdad desprecia,
La vanidad llevando por señuelo
Y una cohorte despreciable y necia!
Va el interés, la frente nebulosa,
Y ya se impone audaz, ya vil halaga;
Y se humilla ó se engríe, teme ú osa
Por torpes ambiciones ó vil paga!
Y ni la angustia, ni el dolor, ni el crimen
Le hacen cejar, dejando en su desvelo,
Madres que ruegan, huérfanos que gimen,
Hogares tristes y almas sin consuelo.
Y marcha el odio cejijunto, torvo,
Seguido del rencor que el rostro vela;
Y ave de negra pluma y pico corvo,
Botín husmeando la codicia vuela.
Y gritos, carcajadas y lamentos
En fragoroso torbellino zumban,
Y en lucha al parecer los elementos
Los hogares y templos se derrumban!
Mas, en la infesta atmósfera en que ellas
Ya el manantial del sentimiento vician,
Cruzan á veces tímidas estrellas
Que el alma con sus luces acarician.
Y á cada rayo pálido que alumbra
Del circo ardiente la revuelta arena,
Sombras se ven que están en la penumbra
Los ojos tristes, mas la faz serena.
Y cuando al triunfador turba rïente
Aplaude necia y las pasiones cantan,
Ellas, con tierno afán, baja la frente,
Acorren al vencido y lo levantan.
Benditos sed, vosotros, que en la brega
Miráis como placer el sacrificio,
A quienes no turbó la pasión ciega
Y los despojos consoláis del vicio!
Sentimiento del bien! dulce ternura!
Y tú, á quien ángel la desgracia nombra,
Divina Caridad! vuestra hermosura
Es para mí más bella así en la sombra!

Mas ¿es la realidad lo que contemplo
O sueño, en fin, que la razón perturba?
En ruinas yace derribado el templo
E himnos sólo al placer canta la turba?
Dejad que pase la infernal cohorte,
Dejad que el corazón herido calle,
Y con rumbo á lo ignoto que es su norte,
La humanidad por la verdad batalle!
Dejad que entre la sombra la persiga
Ya que en la sombra á su ansiedad se esconde:
Y pues que sordo el cielo á ello le obliga
Que en las entrañas del misterio ahonde;
Y cuando todo ya mudez y escombro
Sobre la tierra envejecida sea,
En otro Horeb acaso con asombro
Oiga á su Dios y su semblante vea.

EL SIGLO PRESENTE

Oigo que te llama el mundo
Siglo de las maravillas,
Y va diciendo que brillas
Como un siglo sin segundo;
Mas yo con ardor profundo
Palpar tu grandeza ansío,
Y luego, con pesar mío,
Por más que en ver me concentro,
Sólo en torno de mí encuentro
El desencanto, el hastío!
Si en la mente hay una luz
Que del corazón me sube,
La envuelve pálida nube
Como sudario ó capuz:
Y en vano en eterna cruz
El alma tiende la vista;
Porque de tanta conquista
Como orgulloso pregonas,
Sólo miro que coronas
Al falso y al egoísta!

No te acuso ni desdoro
Por lo que pasa por mí;
Que acaso siempre fué así
La vanidad que deploro.
Con todo, siglo del oro
Llamarte, pienso que fuera
El título que dijera
Lo que eres con verdad:
Corrupción y vanidad,
Y el yo por sola bandera!
No miro el antro en que gime
La honradez ni el sacrificio;
Miro, vanidoso al vicio
Que con oro se redime;
Al poderoso que oprime;
A la lisonja que medra;
A esos ídolos de piedra
Que alza la intriga en sus hombros:
¡Tál noche, tántos escombros
Que tiembla el alma y se arredra!
¿Dónde están los ideales
Nobles que soñó el amor,
Y fueron gala y honor
En los castillos feudales?......
¿Dónde las castas vestales
Guardadoras del hogar?......
¿Dónde el templo y el altar?......
Todo es duelo, todo lucha:
¿Quién la voz de Dios escucha
En este revuelto mar?......

UNA NOCHE EN LA HABANA

Lloro al verte reír, porque tu risa
Es para mí más triste que tu llanto,
Y en tu alegre contento se divisa
Un profundo dolor que causa espanto!

Pálida está tu frente entre las flores
Que ciñes loca en la revuelta orgía;
Pues pagas tu opulencia con dolores
Y es un sollozo eterno tu alegría.
Esclava hermosa bajo el sol nacida
Que al ardiente ecuador presta su llama,
Sientes en torno palpitar la vida,
Tu sangre al fuego tropical se inflama.
En vano tus cadenas son de oro,
Falso y gracioso te corteja el vicio;
Para pagar las almas no hay tesoro,
Ni es el placer corona al sacrificio!
Cuando en tu parque ahuyenta la tiniebla
La luz del gas, y en férvido tumulto
Bullicioso tropel tus calles puebla,
A tu propio dolor haces insulto.
Buscando olvido entre tus ricas galas
Incendia el alma el odio sin sosiego,
Y ese aroma de amor que de tí exhalas
Enciende aun más tu atmósfera de fuego!
La noche es bella; cadenciosa orquesta
Suspira el ritmo muelle de la danza,
Que voluptuosa en la excitante fiesta
Es al par tentaciones y esperanza.
El amor y el orgullo la ancha vía
Cruzando van en desbordada tropa;
Bulle el arte en los templos de Talía,
Y el licor de oro en cincelada copa.
Y está el recelo allí, siniestro y mudo,
La mano espiando que se oculta aleve;
Que és el placer falaz, guarda y escudo
Del odio ardiente que las almas mueve.
Tierra hermosa de Cuba, ya aproxima
El instante solemne el cielo mismo,
La fe con el martirio se sublima
Y con la sangre se ensanchó el abismo!

NOCTURNO

Cruza la luna en alta noche el cielo:
¡Con qué serena calma
Puebla la soledad! y ¡cuánto duelo,
Y cuánto de inquietudes en mi alma......!
¿Qué busca? ¿Qué ambiciona?
¿No hay auroras, y luz, y canto, y flores?
¿No es cadena la vida, que eslabona
A sueños de dolor sueños de amores......?
¿Y cuánto al cabo la existencia dura
Para tánto afanar y lucha tánta......?
Gloria, poder, tesoros y hermosura,
¡Polvo son que levanta
La necia vanidad en su locura!
¿No hay en mí el pensamiento
Que, poderoso, ardiente, sin cadenas,
Puede con propio aliento
A regiones alzarse más serenas......?
Aquí...... solo, á esta hora
Solemne y misteriosa ¿á qué los ojos
Volver hacia la orilla tentadora,
Do vienen entre engaños los enojos......?
Fe que busco y ansío,
Llena mi alma en tu luz, y á tanto agravio
Burle el desdén del desencanto mío.
Y da voz á mi labio
Para cantar tu gloria y poderío;
Pues sólo ella á refrenar alcanza
El tumultuoso hervir de las pasiones,
Y ofrece á los heridos corazones
La divina ilusión de la esperanza!

FUEGO BAJO CENIZA

Negro y rizo el cabello, luz los ojos;
De nácar las mejillas;
Entreabierto botón los labios rojos;
Cintura y pie dos breves maravillas;

Así pasó ante mí; y tras de ella
Fueron mis ojos con ardiente anhelo,
Y al suave aroma que dejó su huella
El alma despertó: pensé en el cielo!
Mas ví después mi frente
De cuidados cargada y desengaños;
Y suspiré mirando tristemente
Cómo se van los juveniles años,
Y dejan la pasión y los afanes
En nuestras sienes sus cenizas luego,
Cual lava de volcanes
Do oculto vive inextinguible fuego.

LA AMÉRICA DEL NORTE

CON MOTIVO DE LA ERECCIÓN DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

A tí, cuya alta gloria,
Ejemplo al porvenir y maravilla,
Es ya vergüenza á la cobarde historia
Que ante los fuertes sin pudor se humilla,
Y con desdén é insulto
De la razón, al Dios de la victoria
Venal ofrece adoración y culto!
A tí, Nación de reyes,
A quienes da la Libertad bendita
Bajo el dosel augusto de las leyes,
No la corona secular, maldita
Que en las triunfales pompas,
Sobre el fulgente carro,
Ciñen al són de las guerreras trompas
Mentidos dioses, ídolos de barro;
Sino la noble inmaculada y santa
Que no el dolor, no el hacha del verdugo
Consagra á la demencia,
Sí para el alma y la virtud propicia
La humanidad levanta,
No sufre escarnio ó yugo;
Y timbre de justicia
Al hombre da ante el hombre igual asiento;

Y es amor, es clemencia;
La corona de luz del pensamiento,
La corona de fe de la conciencia!!

—

A tí puedo cantar.— Digno me siento
Con honrada altivez de tanta gloria;
Que no del oro me tentó codicia,
Ni la altiva grandeza transitoria
Me puso amor ó susto;
Ni ciega la injusticia
Que enardeció el despecho,
Ni el odio, ni el espanto,
Ni del poder soberbio el ceño adusto
Lograron nunca conturbar mi pecho,
Jamás pudieron inspirar mi canto!!

—

Tú, de los siglos á la eterna lucha
Ya término señalas,
Que en tí la voz del porvenir se escucha;
Se siente á la verdad tender las alas!!
Tú, de la nueva ley que al mundo asombra
Nuncio feliz, el sumo pensamiento
Dices de Dios y allanas el camino
Con inmortal portento
Al humano derecho en tanta sombra!

—

Por gala y poderío,
Y ejemplo y enseñanza,
Signo del triunfo en la feral contienda
Contra el poder de la ambición impío,
Y de la noble Francia justa ofrenda,
Se alza atrevida al cielo,
Promesa cierta ya de la esperanza,
Con culto alarde; de la mar señora,
Cual nuevo sol sobre el hermoso suelo
De América fecundo,
Que colma así el anhelo
De ocaso y de la aurora,
La Libertad iluminando el mundo

—

Radiante estrella de los pueblos guía
Que lleva á otras edades,
Anuncia en sus fulgentes claridades
Espléndido zenit de claro día!
Hora, que ansiosa, en impaciente empeño
La humanidad esclava á Dios pedía,
Cuando en dolor y despreciando el ceño
De la opresión airada,
Y el cadalso y los hierros y la pira,
Reclamó sus derechos con la espada,
Fulminó los tiranos con la lira!!

—

En el ámbito inmenso de la tierra
En que hacinaron tumba sobre tumba
Los genios tenebrosos de la guerra,
Que la ambición en su locura excita.
Se siente que el pasado se derrumba
De crimen tanto bajo el grave peso,
Y que el tiempo su curso precipita
A saludar la enseña del progreso!

—

Y esa luz por los siglos anhelada,
Cual rápido torrente
Que salta, se despeña, inunda el llano,
En irisadas hebras desatada
Irá encendiendo con su llama ardiente
Cóleras santas en el pecho humano!
Y se alzarán altivos,
Roto el dogal que su fiereza doma,
Los que sumidos en dolor y afrenta
Soñando libertad gimen cautivos!
Y ante el albor que asoma,
Con ira turbulenta,
El hierro empuñarán en la batalla
Pidiendo el odio á los tiranos cuenta!!
Y en la deshecha tempestad, que en hondas,
Convulsas iras con estruendo estalla,
A vano orgullo lastimoso ejemplo,
Habrán de sepultar las turbias ondas
El altar! y los ídolos! y el templo!!

—

Venciendo la espumante
Onda y fragor del férvido Oceano,
Tender la diestra puedes al gigante
Que desató sus venas
En holocausto del derecho humano,
Cuando brillaba apenas
Sobre la cumbre de la ley triunfante!
Que rompe sus cadenas
Y arroja sus legiones
De patrio amor y de entusiasmo llenas
Al Arno! al Rhin! al Vístula sombrío;
Que sobre las pirámides da al viento
Invictos sus pendones
Cantando libertad! — Bajo el impío
Caduco monumento,
Los viejos Faraones
Con estupor las dianas escucharon
Que anunciaban la luz en su tiniebla;
Y en su fondo, entreabierto
Al bélico rumor que el aire puebla,
Las momias regias con pavor temblaron!
Y el viento del desierto
Al cántico triunfal que el franco eleva
Llevó al índico mar la fausta nueva!

—

La Libertad bajo el hermoso cielo
A que da eterno brillo el sol de Francia,
Tánto valor cobró, tál arrogancia,
Que pudo alzar el generoso vuelo,
Despertar entre auroras á la tierra
Y lanzarla á la vida y á la gloria,
Las iras fulminando de la guerra
Ceñida del laurel de la victoria!
Y al eco que profundo
Sacudió el globo, sorprendió á la historia
Brilló la luz en la extensión del mundo!!

—

Después ¡ay Dios! en el festín beodas,
Licenciosas las turbas blasfemaron;
Y en criminales bodas
Con el terror, del cielo renegaron,
Y al carro entonces triunfador uncida

La gloria, á la ambición su fe quebrantan,
Y sobre el patrio amor que el alma anida
El poder de los Césares levantan!!!
Anatema y horror sobre el maldito
Que gloria y fe traiciona!
La sangre, al fin, que su laurel abona
Carcomerá los bronces y el granito;
Y al brillo funeral de su corona
Que lívido fulgura,
Extraño no ha de ser que envilecida
La mano airada, en la tiniebla oscura,
Blanda el puñal traidor del regicida.
Al escanciar en la espumante copa
Tanta sangre inocente la licencia,
Ahogarla pretendía la esclava Europa
En el nombre de Dios y la conciencia!
Mas, bajo los escombros
Palpitaban volcanes! En lo oscuro
Purificó su fe, creció en grandeza;
Y ved, cómo alza en los robustos hombros
El admirable mundo del futuro
Con nuevas galas y mayor belleza!

—

Mirad, cómo en la antigua,
Que ajó la esclavitud, tierra europea,
Retando los imperios, atestigua,
Que la sangre jamás ahogó á la idea!
Y no al fuego, no al hierro, no del oro
Al poder tentador vendió cobarde
Su celestial tesoro,
Ni extinguieron jamás caricia ó ira
La fe que en ella arde
Y que la dulce Libertad le inspira!!

—

Ya en los fecundos campos de tu gloria,
Que consagró la fama,
Al vibrante estridor de los clarines
Que «Libertad» proclama,
Escribirá la Historia
Cómo iberos y francos paladines
Probaron, desafiando á la fortuna,
Que aunque se dieron razas y naciones

Un nombre y sér diverso,
Hermanos son los fuertes corazones,
Es ley la Libertad del Universo,
Y es su fe, una, y su esperanza, una!

—

Allí el valor latino
Que fatigó con tanta heroica hazaña
Las armas y la historia,
Y el mundo y el destino,
Conquistó con su esfuerzo y tu victoria
A Galia aplausos y renombre á España!

—

Y tú, del virgen suelo americano
Que á completar el mundo, de los mares
Brotó á la voz de un genio soberano
A quien darán los tiempos culto, altares,
Desde esplendente altura,
Moderno Sinaí, de Dios en nombre,
Ostentando opulenta tu hermosura,
Otra sagrada ley dictas al hombre!

—

Hogar en que el derecho
Ampara y galardona,
Y que al anhelo de la tierra estrecho
Dilata el linde á su extendida zona,
Y otros emporios crea
Prodigios de la industria, que corona
Con su nimbo triunfal la santa idea:
En tí vive el severo
Espíritu indomable que dió á Roma
Imperio sin segundo;
Mas, la toga viril, no el rojo acero
Con brazo airado la conquista toma
En la obra inmensa en que se agita el mundo!
El manto de la ley de blanco armiño
Sus castas formas viste:
Fuerza de atleta y corazón de niño
A la piedad se inclina, al mal resiste.
La frente pensadora, el brazo fuerte,
No desprecia, no miente, no se abate,
Y su poder revela y su grandeza,

Violenta en el combate
Y tranquila y serena ante la muerte!
Y las que lanza innúmeras legiones
El globo á trasformar, y allanan montes,
Penetran en la tierra, vencen mares,
Y en fiebre generosa
Abriendo van más amplios horizontes!
Y al desierto dan vida, y Dios, y altares,
Las huestes son de guerra
Con que pretende esclavizar la tierra!!

—

Oh Libertad del hombre protectora!
Oh divina esperanza! Oh noble empeño
Del corazón que tu hermosura adora!
Tú eres verdad, no sueño,
¡Ya sobre el cielo azul brilla tu aurora!!

—

Ya se acercan los tiempos: lo revela
En su ascensión gloriosa el pensamiento!
Ya en el templo sagrado,
El hogar, el taller, el bosque, el prado,
El palacio y cabaña, onda del viento,
Mariposa de luz, penetra y vuela
De amor de libertad el sentimiento!
Todo á su gloria aspira:
Todo renace y vive con su llama;
Y tánto el pecho inflama
Al combatir adversa á la fortuna,
Que en fuego de volcanes se derrama
En las notas ardientes de la lira,
En la olímpica voz de la tribuna!!

—

Y habrá de ser.—La humanidad doliente
Tendrá su redención!—Himno sonoro
Saluda al nuevo sol,—y no es delirio:
El alma lo presiente!
—Prueba el crisol el oro!
Se depura la fe con el martirio!

PODER DE AMOR

Yo, amor, te juzgué un día
Sol de aurora no más y primavera,
El que en las nieblas de la tarde fría
Jamás, jamás impera.
   Juzgué el fulgor de tu candente llama
Débil del tiempo vario á la inclemencia,
Y la ilusión que tu ilusión inflama
Sin fuerzas á luchar contra la ausencia.
   Mas cuando ya seguro me creía
En la mentida fe de mis engaños,
Sentí que aun á pesar amor me hería
Del tiempo, de la ausencia y de los años.

GOTAS DE ROCÍO

   Lejos de mí las frágiles verdades
Que forja la pasión y me entristecen;
Lejos de mí las necias vanidades
Que sólo sueños de Luzbel parecen!
   Lejos de mí el engaño, el dolo artero,
El recelo traidor, la torva ira;
Que en el solaz de la esperanza quiero
Soñar al canto ingenuo de la lira!
   Y no es todo dolor, todo tristeza
De la existencia en el movible cauce;
Que hay la luz, lo ideal y la belleza,
Y el largo sueño bajo el triste sauce!
   Y hay para el alma en su misterio ignoto
Sueños, visiones que, del mundo lejos,
El lazo humano por instantes roto,
La arrastran de otro sol á los reflejos!
   Y hay los vagos recuerdos, la alegría
De aquellos tiempos para siempre idos,
Que en sus tristezas hoy, el alma mía
Evoca, y vuelven de esplendor vestidos!

Quiero así recordar; volver los ojos
Hacia esa luz que en lo pasado alumbra,
Dó el alma virgen, libre y sin enojos,
No aprecia el bien, ni al mal se apesadumbra.
Y me agrada pensar cómo de niño
Mi buena madre me llevaba al templo!
Me enseñaba la fe con su cariño!
La santa caridad con el ejemplo!
Pensar que entonces todo sonreía
Propicio á los antojos del deseo,
Y era distinto el mundo que veía
A este mundo siniestro en que me veo!
Y cuando luego por la vez primera
Irradia amor su luz vertiendo vida,
Y la emoción extraña, mensajera
De sueños es que el corazón no olvida!
Cuando en noche de insomnio el pensamiento
Parece oír que á una mujer se nombra,
Entre rumor de besos en el viento
Y quejas de suspiros en la sombra;
Cuando despierta el sentimiento y tiende
El ala audaz al cielo que le arroba,
Y al mundo su pasión decir pretende
Al modulado són de tierna trova;
Y fácil á su anhelo la palabra
En cadenciosas vibraciones fluye,
Y el pensamiento, aunque indeciso, labra
El verso alado que entre sombras huye;
Cuando la patria á combatir nos llama
Por su amor, por su dicha, por su gloria,
Y el generoso corazón se inflama
Con los altos laureles de la historia;
Oh! qué placer entonces! ¡Cómo vibra
Aun al recuerdo el corazón marchito,
E himnos de fe y amor en cada fibra
Responden á esa sed de lo infinito!
Oh! cómo siento palpitar las venas
Con sangre juvenil, sangre de fuego,
Y en la pálida noche de mis penas
Al muelle encanto de soñar me entrego!
Y entonces para mí ¿qué la opulencia
Que comprando el placer vive sin calma,
Sin un rayo de luz en la conciencia,
Sin un rayo de espíritu en el alma?......

¿Qué del orgullo vano los favores?......
¿Qué los placeres que abrillanta el vicio?......
¿Qué el pasajero aplauso y los honores
Que sólo ostentan esplendor ficticio?
Sí, dejadme soñar que, sobre el lodo
Que avergüenza ya el alma, existe un cielo;
Pues si este *infierno* que me cerca es todo
No vale el existir tanto desvelo!
Sí, dejadme pensar que, tras los montes
Que al mundo con su sombra empequeñecen,
Hay más bellos, más claros horizontes
En donde nuevos soles resplandecen!
¡Dónde hallará la humanidad un día
Esos sueños del bien á que se inmola,
Y que va con amor la poesía
Persiguiendo en su afán mendiga y sola!
Y si fuere ilusión no es egoísmo
Que espera tras el bien la recompensa:
Es generoso olvido de sí mismo
Que en la ventura de los otros piensa!
Sé muy bien que está lejos, sí, muy lejos!
El claro sol que sueño y que me atrae,
Pero despierta mi alma á sus reflejos
Cuando del mundo en los abismos cae.

NOCHE!

¿Qué esperáis ya los que soñáis amores,
Los que aspiráis al bien y sus placeres,
Que hallar queréis aromas en las flores,
Y sentimiento y alma en las mujeres?...
¿Qué, los que vais con afanoso empeño
Queriendo alzar la humanidad pigmea,
Cuando es su orgullo vanidad de un sueño
Que el hombre mismo á su capricho crea?
Mirad en derredor. La fe naufraga
En los brumosos mares de la duda;
Y del altar la lámpara se apaga
Bajo los arcos de la iglesia muda!

Si de la torre gótica aun los bronces
Recuerdan las creencias maternales,
Y el alma vuelve, sorprendida entonces,
Los ojos, de la vida á los umbrales;
Es con tristeza gemidora y honda
Que contempla su hogar en su agonía,
Pues á su voz no hay voz que le responda
Al hervir tumultuoso de la orgía!
Helada tempestad apagó el fuego
Que irradió sobre el alma claridades,
Y trasformado el mundo, sin sosiego
Buscando va más prácticas verdades!
Todo cambió bajo el impulso extraño
De la sed de la vida y oropeles;
Sin venda va el amor, y el desengaño
Corona ya al cinismo de laureles.
De su dicha hace alarde la opulencia,
La miseria en sus antros sufre y llora,
Mas se empeña en subir á la eminencia
Y el propio seno con furor devora.
Lo que importa es llegar!... ¿Cómo, y por dónde?
Fácil fué para aquellos el ascenso!......
Y el alma calla, y la conciencia esconde
La avergonzada faz en duelo inmenso!
Ya del Horeb en la abrasada cumbre
No desciende el Señor, ni su voz suena:
Ya pavesas sus zarzas no dan lumbre
Y está de olvido y de silencio llena!!
Y como en fiebre de dolor, sin calma
Va á Dios buscando con burlado anhelo,
Se siente ya sin él huérfana el alma,
Y ama la tierra por faltarle el cielo!
Mas ¿dónde la verdad?...... Ondas del río
Que sollozan ó rugen siempre en vano,
Y...... llegan, cuando es más su poderío,
A abismarse en el férvido oceano:
¿Qué saben del ayer? ¿Qué del mañana?
—Nacen y van al mar, sin que les diga
Esa ley inmutable, ley tirana,
Por qué á vivir y á perecer obliga!
Pasó de Siva y de Visnú el imperio,
Vence al délfico oráculo el Calvario,
Y hoy la razón las sombras del misterio
Quiere rasgar que envuelven el santuario.

Y en confuso tropel dogmas, creencias
El alma oprimen que lo cierto busca;
Y no escuchando á Dios ya las conciencias,
La fe vacila y la razón se ofusca!
¿A dónde desbocado, herido, incierto
Va el pensamiento sin la fe por guía?
¿A qué vivir si la esperanza ha muerto?......
¿A esta noche polar faltará el día?......

D. LUIS CAMILO CALCAÑO

Como sus hermanos mayores era natural de Cartagena de Indias, donde vió la luz el 22 de mayo de 1829. Doctor en Jurisprudencia y abogado de la República, ejerció su profesión y consagró sus ocios á la literatura, bien que nunca quiso publicar sus poesías, las cuales constan de algunas fugitivas y de una leyenda intitulada *Las Hijas del Sultán.* Ha dejado asimismo una excelente traducción en verso de la *Francesca de Rímini.*

Murió en Caracas el 14 de julio de 1859.

A UNA CONCHA

Concha, que del mar salado
Saliste con tanta sal,
Yo sé que el mar te ha dotado
De un talismán encantado
De perlas y de coral;

—

Mas dicen que el sol luciente,
Cuando te vió tal tesoro,
De envidia tornóse en lloro,
Y al derramarlo en tu frente
Trocóse en hebras de oro;

—

Y que al mirarte tan bella,
A contemplarte bajaron
Una estrella y otra estrella,
Y de su rumbo la huella
Para tornar no encontraron.

—

Que la azucena y la rosa,
Jugando un día contigo,
Te brindaron blando abrigo;
Y la brisa sonorosa
Un eco te prestó amigo.

—

Y más, me ha jurado un hada
Que nunca vió el mar azul
Una concha más salada,
Desde Java á Neo-Granada,
Desde Cumaná á Estambul.

—

Y si es verdad, si te asiste
De la natura el primor,
¿Por qué te miro tan triste?
¿Por qué tu brillo se viste
Con las sombras del dolor?

—

Ay! pobre concha inocente!
Que á otras mirabas rïente
Cuando en súbito embolismo
La mar con furia inclemente
Las sepultó en el abismo!

—

Y tú, en sus ondas llevada,
En otra playa te hallaste;
¡Pobre concha nacarada,
Que te viste desolada
Y tus perlas derramaste!

—

Por eso, mustia y sombría,
Te absorbes en honda pena;
Que arrastras memoria impía
De aquellas con que solía
Juntarte la onda serena.

—

Y hoy ¿por qué con tus pesares
Allá te tornas ligera?
Dime, tu ilusión ¿qué espera
Hallar de tus patrios mares
En la desierta ribera?

—

Sé que su cielo de plata,
Con celajes de tisú,
Tu memoria te retrata,
Mas si fué contigo ingrata,
Por qué no la olvidas tú?

—

Si al fin te negó su arrullo
Y te lanzó de sí lejos,
¿Por qué adoras con orgullo
De sus ondas el murmullo
Y de su sol los reflejos?

—

Es tu patria, bien lo sé;
Y yo, en mi delirio insano,
¡Sacrílego imaginé,
Con profanadora mano,
La antorcha ahogar de tu fe!

—

Que no ruja el mar feroz!
Séate propicio el viento,
Y al conducirte veloz
No acibare tu contento
Con los ecos de mi voz.

—

Florida encuentres la alfombra
Verde que ciñen tus mares,
Y cuando en nuevos pesares
Estés soñando, á la sombra
De tus risueños palmares,

—

Para templar tu amargura,
Los ángeles, con anhelo,
En alas de brisa pura,
Te envíen del alto cielo
Preludios de tu ventura.

—

Y si en tu asilo apartado
Te acuerdas de un infeliz,
No temas ya por su hado,
Que tu recuerdo ha bastado
Para tornarlo feliz.

RECUERDO

Á GRAZIELA

I

Hay un recuerdo que calma
De mis horas la ansiedad;
Oculto vive en mi alma
Como solitaria palma
De un desierto en la mitad.

Es la memoria encantada,
Oh Graziela, de tu amor;
Es tu imagen adorada,
De tanta dicha pasada
Despojo consolador.

Recuerdas? Un tiempo era,
Digno presente de un Dios,
Cruzábamos la pradera
Como la fuente ligera:
Eramos niños los dos.

Qué hermosas nuestras mañanas!
Qué radiantes nuestros días!
Aun las noches más sombrías
En nuestras almas tempranas
Derramaban alegrías.

Oh Graziela, tantas horas
De inocencia ¿á dónde fueron?
Nuestras dichas ¿qué se hicieron?
Para dejarnos traidoras
¿Por qué á encontrarnos vinieron?

Ay! los años voladores
Turbaron nuestro alborozo,
Y separaron traidores
De mis penas tus dolores,
De tus placeres mi gozo.

Y hoy!... tan sólo las memorias
Quedan de tantas venturas,
Y recuerdo como glorias
De mis pueriles locuras
Las dulcísimas historias.

Aun pienso verte dichosa,
Cuando vagando entre flores,
Cual dorada mariposa,
La más galana en colores
Me brindabas candorosa.

Cuando pasaba contigo
Las gratas fugaces horas
Sin importuno testigo,
Hallando en la mente abrigo
Locuras encantadoras;

Cuando en delicioso juego
Tus manos me presentabas,
Y burlando mi ardor ciego
Rápidas las apartabas,
Para ofrecérmelas luego;

Y eran los esfuerzos vanos
Con que burlarme quisieras;
Que siempre vencida eras,
Siempre quedaban tus manos
En mis manos prisioneras;

Cuando eran nuestros antojos
El mirarnos á porfía
Y en tus ojos me veía
Y era la luz de tus ojos
El luminar de mi día!

Cuando siguiendo tu huella,
Como bienhechora estrella,
Me la ocultabas crüel,
Y para volverme á ella
Mi corazón era fiel.

No hay voz en humano idioma
Que exprese la dicha mía,
Cuando contigo solía
Trepar por la verde loma
Con inocente alegría.

Y de alegres mariposas,
Que pasaban junto á tí,
Tras las alas vagarosas
Que te agradaban dichosas
Hasta alcanzarlas corrí.

Pobre niño! en loco anhelo
Sin saberlo te adoraba,
Incesante te buscaba
Y era tu imagen el cielo
Con que en mis noches soñaba.

Graziela!... ¿por qué tu nombre
Sombras vierte en mi memoria?
Ah! mis miserias de hombre
Por mis quimeras de gloria
Me hicieron borrar tu historia!

Corrí de la impura tierra
Tras los placeres sin tino,
Y hoy cansado de mi guerra,
Maldiciendo mi destino,
Me hallo solo en el camino.

¿Cómo de tí ¡desgraciado!
Pude un momento apartarme?
En mi vivir ignorado
¿Qué dicha puede aguardarme,
Si tú no estás á mi lado;

Si á tu presencia querida
Mi más horrible tristura
Miraba desvanecida;
Si era tu sola ventura
La ventura de mi vida?

II

Del mar á las orillas, de todo bien distante,
Me encuentro solitario, cual náufrago infeliz;
Doblada sin consuelo la frente delirante;
Del viento flor batida, sin brillo y sin matiz.
Las hojas arrastrando, la brisa airada zumba;
¡Ay! juntos otro tiempo las vimos resbalar...
Cuando oigas su murmullo tristísimo en mi tumba,
Graziela, deja en ellas tus lágrimas rodar!

MEDITACIÓN

En esta oculta y solitaria piedra
Que domina las ondas de ese río,
Quiero, postrado sobre humilde yedra,
Dar libre rienda al pensamiento mío.
Las auras que rizaron la corriente
Vienen de aroma y de frescura llenas;
En vano! los recuerdos de mi mente
Un volcán encendieron en mis venas.
Ayer no más, sediento de emociones,
Soñaba con la gloria y los placeres,
Y hoy sin dicha, sin fe, sin ilusiones,
Huyo del mundo los mezquinos seres.

¡Ay! ¿dónde están las bellas alboradas
Que alumbraron mi infancia fugitiva
Y me mintieron playas encantadas
Donde era sólo la desdicha esquiva?
¿Dónde tanta celeste criatura
Que miraba en mi senda alborozado?
¿Cómo á mi vista oscurecer su albura
Pudo de la experiencia el soplo helado?
Cuántos de dicha fúlgidos albores!
Cuántos de amor ensueños inocentes!
Mariposas sin vida y sin colores
Que arrastraron las ondas inclementes!
¡Quién me volviera la fugaz ventura
De aquella edad de célica inocencia,
Cuando ambicioso en mi pueril locura
Pisaba los umbrales de la ciencia!
Ciencia! laurel estéril que nos lanza
A buscarlo al través de la maleza
Y en la agostada frente que lo alcanza
Vierte su sombra funeral tristeza!
¡Ay! yo sondé del mar el hondo abismo,
Torné á sondar la bóveda estrellada
Y en el mar y en el cielo y en mí mismo
Con negro horror sólo encontré la nada!...
¿Qué ha osado pronunciar el labio insano?
Acento tal la humanidad condena;
Que ella pretende en su delirio vano
Ahogar el eco de su propia pena.
La humanidad! de un falso sol aurora;
Fugaz como las ondas de ese río;
Débil flor que al nacer se descolora;
Hojarasca que barre el viento frío!
Ah! yo envidio á la cándida violeta,
Al pez incauto que en las redes muere,
Y al alado cantor de vida inquieta
Que el triste fin de su vivir no inquiere.
¿Por qué no ha de correr hilo por hilo
El curso de mi vida vagaroso
Cual ese manantial que va tranquilo
Sin saber que le espera el mar undoso?
De hoy más en sus riberas escondidas
De su vida ha de ser mi vida hermana;
¿Qué me importan las dichas fementidas
Que envenenan la vida cortesana?

Y cuando al fin se empañen los fulgores
De mi cansado y ardoroso estío,
Con el polvo de insectos y de flores
Arrastrará á la mar el polvo mío.

EL CANTO DEL PRISIONERO

Yo era libre; libre, cielos!
Cuánta dicha tuve yo!
Y hubo un ángel que me amaba
Como el hombre nunca amó.
En mis horas de ventura,
¿Quién pudiera predecir
Que era en playas solitarias
Mi destino sucumbir!
Cuando atábanme, alma mía,
Dulces lazos junto á tí,
¿Quién pensara que estos hierros
Se forjaban para mí?
Oh, la guerra! Patria y dioses
Me llamaron á pelear;
Tinto en sangre ví mi acero
Mil cautivos libertar.
Cuántas veces á mis plantas
Al vencido contemplé!
Perdonaba á mi enemigo......
Sus cadenas llevo al pie!...
Patria, patria, cuánto llanto
Tu memoria me arrancó!
¡Ay! no sabe cuánto te ama
El que nunca te perdió.
Y mi madre!... ah! de su muerte
Tal vez causa fué mi acción;
¡Y no estaba yo á su lado,
No alcancé su bendición!...
Cuántos seres que yo amaba
Triste polvo serán ya!
Pero al menos sus cenizas
Una tumba guardará.

Y mi tumba...... las arenas!
Allí aguardan sin piedad,
Con sus vientos impetuosos
Y su horrible soledad!

D. MANUEL Mª FERNÁNDEZ

Vióle nacer Maracaibo el año de 1829. Fueron sus padres D. Manuel Mª Fernández y la Sra. Dª María de Jesús Vezga y Cangas.

Dedicado á la marina desde sus primeros años, sirvió en la Armada Nacional hasta alcanzar el grado de Capitán de Navío. Ha desempeñado mando de buques, Comandancias de Apostadero y Capitanías de puerto. En la campaña de 1848 recibió en el pecho una grave contusión que ha hecho precaria su salud y le ha privado en gran parte del sentido del oído. Durante veinte años ha sido Redactor del *Diario de Avisos*, periódico por él fundado en unión del Sr. D. Evaristo Fombona, y que vivirá aún largo tiempo dirigido por Fernández y Monasterios Velásquez.

Fernández es autor dramático y poeta satírico y festivo.

Ocupa un sillón como Individuo de número en la Academia Venezolana, Correspondiente de la Real Española.

PADILLA

BATALLA EN EL LAGO DE MARACAIBO EN 1823

Entre nubes de oro y grana
Desciende al Ocaso el día,
Reflejando sus fulgores
En las ondas cristalinas
Que blandamente se mecen
Al impulso de la brisa,
Y besan ledas las palmas
De mi ribera nativa.

Todo en el aire es reposo,
Todo silencio en la orilla,
Mientras en el pecho braman
Las pasiones encendidas.
Entre la tierra y el cielo
Alguien solloza y suspira,
Alguien maldiciones lanza,
Alguien venganza apellida.
Palpita en los corazones
Negra saña, cruda ira,
Y en los ojos centellea
El furor que el odio aviva.
En tanto, entre nubes de oro
Desciende al ocaso el día,
Reflejando sus fulgores
En las ondas cristalinas.
Allá, distante, á lo lejos,
Cual tromba que anuncia ruina,
Se vé la flota que luce
La bandera de Castilla.
En ella el bravo Laborde
Da voces, alienta, anima
A los bravos marineros
Que á sus órdenes militan;
Y ya van de popa á proa,
De la quilla á la perilla,
Poniendo en són de combate
Cañones, chuzos y espías.
El marino en los penoles
Las altas gavias alista,
Y el artillero en su puésto
La mecha muestra encendida.
Laborde, torvo, sañudo,
Airado tiende la vista,
Y cual si un rayo lo hiriera
Exclama: —"¡Viva Castilla!"
Es que descubre á distancia,
Cual banda de aves marinas,
Las blancas lonas que al viento
Dan las naves de Padilla.
Padilla, sol de Colombia,
Emulo del claro día,
Por el brillo de su espada,
Y el brillo de sus conquistas.

Las olas del manso lago
Rompen las cortantes quillas
De las naves colombianas
Que aquél al combate guía.
Flotando va en las cangrejas
La bandera que en Pichincha
Sobre campos de victoria
Lució sus franjadas cintas.
Cargada va hasta la boca
La luciente artillería,
Y los chuzos y las hachas
A la lumbre del sol brillan;
El coraje hierve en todos,
Que ya cerca se divisa
La flota que lleva en alto
La bandera de Castilla.
En la nave capitana
Padilla rayos fulmina,
Cual si Júpiter le diera
Su voz y mirada olímpicas;
Y "¡Viva la Independencia!!"
Con acento airado grita,
Y "¡viva!" repite el eco
Del lago en las claras linfas;
Y lo repiten las palmas
Que se mecen en la orilla.
Tras él van Joly, Beluche,
En sus naves aguerridas,
El duro acero en la diestra
Y en el contrario la vista;
Tritones que del mar brotan
Para asombro de Castilla,
Las sirtes no los espantan
Ni el ciclón los intimida.
Arrecia el viento: las lonas
Con fuerza mayor se hinchan;
Y mientras Padilla avanza,
Laborde espera á Padilla,
El ancla puesta en el fondo,
En la popa las espías,
El rencor en la mirada,
Y en el corazón la ira.
Ya las distancias se estrechan,
Ya los contrarios se miran

Frente á frente, cara á cara,
Con la luz del sol partida.
Al grito de "¡ viva España !"
Rimbomba la artillería,
Silba el mortífero plomo,
Espadas y chuzos vibran.
En tanto Padilla avanza
Sobre la flota enemiga,
Taciturno como el tiempo,
Y mudo como un enigma......
Al fin la voz de "¡ abordaje !"
Rompe la extensión vacía
Y sobre el bravo Laborde
Se lanza el bravo Padilla.
Penoles contra penoles
Se ven las naves unidas,
Y campos de sangre y muerte
Son combeses y toldillas.
Aquí hace estragos el plomo,
Allá destrozos las picas,
Y unos gritan "¡ por España !"
Y otros "¡ por Colombia !" gritan.
Ayes de dolor se mezclan
Con estertor de agonía,
Y votos y maldiciones
Lleva en sus alas la brisa.
Y en tanto el cañón retumba
Del lago en la onda tranquila,
Voces de triunfo resuenan
Por Colombia y por Padilla;
Y se ve flotar en lo alto
De las naves enemigas
El iris de luz y gloria
Que alzó en los Andes Bolívar!

LÍBREME DIOS!

Á MUCIO TEIXEIRA

Del candidato que grita:
"¡Patriotismo! ¡Abnegación!"
Y hace brillantes programas,
Y nadie le dice no;
Y después, cuando las riendas
Agarra de la Nación,
Las leyes pone en olvido
Y al pueblo que lo eligió;
¡Líbreme Dios!

De la que está en todas partes,
A pesar de no ser Dios,
Pujando donde hay mortuorio,
Bailando donde hay violón,
Coqueteando donde hay hombres,
Murmurando donde hay...... ¡oh!
De una mujer que gorjea
En tan ancho diapasón;
¡Líbreme Dios!

De aquel que se llama digno,
Dice que nunca aduló,
Que como Bruto es patriota,
Y abnegado cual Catón,
Y sin embargo se arrima
A donde calienta el sol,
Con desdén mira al caído
Y hace halago al que subió;
¡Líbreme Dios!

De la mamá que á su hija
Vigila si llega Antón,
Que es pretendiente de aquella,
Pretendiente *comm' il faut;*
Y luégo la deja sola
Cuando llega Don Melchor
A enseñarle lo que enseña
El que hipócrita nació;
¡Líbreme Dios!

De los jóvenes imberbes,
Que en el templo del Señor
No guardan la compostura
Que impone la educación;
Aplauden con el garrote,
Hacen mofa del honor,
El codo empinan y juegan,
Del crimen corriendo en pos;
¡Líbreme Dios!

De mujer que sólo sabe
Repasar el sí y el dó,
Darle sopa al falderillo,
Pintarse con arrebol;
Ir á la iglesia por lujo,
Escribir cartas de amor,
Y leer por complemento
A Zola y á Paul de Kock;
¡Líbreme Dios!

Del profesor infatuado
Que á todo le dice fo,
Aunque se trate de Verdi,
De Mozart y de Gounod;
Que sólo halla perfecto
Lo que su numen creó
Y aplauden los ignorantes,
Que abundan como frijol,
¡Líbreme Dios!

De la coqueta que vive
Jugando con el amor,
Como juegan los chicuelos
Con las bombas de jabón;
Al uno le guiña el ojo,
Al otro le da una flor,
A aquel un mechón de pelo,
Y al más pánfilo una coz;
¡Líbreme Dios!

Del magistrado que explota
La miseria y el dolor,
Encarcela al ciudadano
Que no le templa el bordón;

De la ley hace almoneda,
Y la justicia ¡Qué horror!
Convierte en ramera inmunda,
Y el derecho en un histrión;
¡Líbreme Dios!

De la novia que á su novio,
Hace protestas de amor,
Le llama "Mi bien, mi vida,
Mi cielo, mi corazón!"
Y cuando el desventurado
Le da su nombre y su honor,
Hace de su honor ludibrio
Y de su honra borrón;
¡Líbreme Dios!

De la que deja al marido,
Que es paciente como Job,
Encargado del aseo
De los niños y el fogón;
Y se va por esas calles,
Apenas despunta el sol,
A hacerles mimos á todos
Y menear el polizón,
¡Líbreme Dios!

Del marido que á la esposa
Abandona en un rincón,
Y se larga á picos pardos,
Sin conciencia y sin pudor;
Y cuando al hogar regresa,
Ebrio de inmunda pasión,
A su compañera insulta
Por que á visitas salió;
¡Líbreme Dios!

Del que se finge beato,
Cuando es el mismo Astarot;
Del que critica lo ajeno,
Cuando lo suyo es peor,
Del que la echa de sabio,
Cuando no sabe el Catón;
Del que ataque esta letrilla
Por haberla escrito yo;
¡Líbreme Dios!

CONSEJOS ESDRÚJULOS

Si no sabes de música,
No hables de ella,
Por que puede la crítica,
Causarte mella;
Y nunca es grato
Que nos zurre la estética
Con pizzicato.

Hermosa, con los líricos (*)
Sé muy prudente,
Por que tienen el hálito
De la serpiente;
Y en su maniobra,
Como aquella, arrastrándose,
Llenan su obra.

¿Quieres ser gran político?
Miente bastante,
Pon el semblante homérico,
Sé petulante;
Sólo así infiero
Que alcanzarás la cúspide
Del candelero.

Niña de rostro angélico,
Voz de arpa eolia,
Sé siempre pura y cándida
Cual la magnolia;
Que la belleza
No da goce al espíritu
Sin la pureza.

Deja, mozo, la crápula
Donde vegetas;
Huye de oscuros sótanos
Y de grisetas,
Que en la partida
Quedarás sin metálico,
Sin luz, ni vida.

(*) Palabra que en lenguaje caraqueño significa galanteador de oficio.

Torna, niña, al idílico
    Campo de rosas,
Donde jugabas cándida
    Con mariposas;
    De las mancillas
Deja la senda lóbrega
    Por donde trillas.

Vigile usted, Don Críspulo,
    Los ojos pele,
Porque hay humo en la atmósfera
    Y á cacho huele;
    Tenga cuidado
Que ese olor es mortífero
    Para el casado.

Si paseas en ómnibus,
    Prenda querida,
Vigila del á látere
    La sacudida;
    De esa manera
Te librarás del tráfico
    De algún hortera.

Si no entiendes de métrica
    Versos no hagas,
Pues te caerán innúmeras,
    Terribles plagas,
    La poesía
No es manjar para fámulo
    De pulpería.

Con la mujer impúdica
    No te solaces,
Mas si amor te da vértigos,
    Vé lo que haces;
    Que el matrimonio,
Cuando surge del báratro
    Lo hace el demonio.

No murmure del prójimo
    Doña Felicia,
Que usted tiene en sus páginas
    Mucha inmundicia;
    Del lodo ajeno
No debe hacer escrúpulos
    Quien huele á cieno.

¿Quiéres de tu periódico
Sacar partido?
Elogia al del pináculo,
Zurra al caído;
Pues es probado
Que aquí lo apologético
Da resultado.

Nunca os pintéis los pómulos
Niñas donosas,
Que las mujeres pálidas
Son más hermosas;
Y el colorete
Es del arte pictórico
Del caballete.

De los altos políticos
Vive alejado,
Si no quieres que el público
Grite: —¡arrastrado!
Que aquí la gente,
Aunque de buena índole
Es maldiciente.

De consejos esdrújulos,
Basta, señores,
Que ya tan largo fárrago
Me da sudores;
Punto redondo,
Que si no alzo la péñola,
Me voy á fondo.

MI CANDIDATO

Ya que ciudadanos somos
Los que el Distrito habitamos,
Y las elecciones vienen
Viento en popa, á todo trapo;
Es preciso que busquemos
Entre los mil ciudadanos

Que quieran ser lo que pocos
Pueden ser en este caso,
Un candidato patriota,
Un patriota *candidato.*
Ese que en club misterioso
Vive siempre conspirando,
Y vende gato por liebre,
Cuando no por liebre gato;
Ese que leyes discute
Cuando echa á rodar los dados,
Y ¡ Constitución! nos grita
Si otro le dice:—"¡ Barajo!"
Para tahur será bueno,
Mas no para *candidato.*
¿ Veis aquel de grave aspecto,
Con su carita de santo,
A quien comparan los miopes
Con el probo Cincinato;
Que retirado del mundo
Se oculta al género humano,
Por qué para él es bueno
Lo que para otros malo?
Es un ente misterioso,
Nulo para *candidato.*
—Aquí donde usted me mira,
Tengo el cuerpo hecho pedazos,
Pues combatí como fiera
En la guerra de cinco años:
En Santa Inés perdí un ojo,
En San Carlos quedé manco,
En Coro dejé una pierna......
—Está usted muy averiado
Para, en los tiempos que corren,
Soñar con ser *candidato.*
El que en todos los Gobiernos
Ha ocupado puéstos altos,
Aplaudiendo á los de arriba,
Deprimiendo á los de abajo;
El que no tiene otro credo
Que el que le dicta el olfato,
Ni más doctrina que el...... *frito*,
Ni querer sino el de su amo;
Será bueno para todo,
Menos para *candidato.*

Lo veis? En plazas y esquinas
Se la pasa perorando
Contra el Gobierno presente
Y los Gobiernos pasados.
¿Y sabéis por qué alardea
De independiente ese...... trasto?
¿Sabéis por qué halaga al pueblo
Ese orador de teatro?
Porque en su demencia aspira
A que lo hagan *candidato.*
Quien fue primero amarillo
Y más luego ultramontano,
Y más después se hizo azul
Y es hoy liberal rajado;
Quien siempre de inconsecuencia
Vive aquí lecciones dando,
Y sosteniendo que el tonto
Jamás podrá ver el *tanto;*
Será todo lo que quiera,
Pero no mi *candidato.*
Ese que amén dice á todo
Si de política le hablo,
Y silba cuando yo silbo,
Y aplaude cuando yo aplaudo;
Ese que en todo Congreso,
Cuando ha sido Diputado,
Apoyó siempre á los suyos
Y á los del opuesto bando,
Pues apoya por sistema,
No será mi *candidato.*
Muy sabio será don Cleto,
Muy valiente don Romualdo,
Muy liberal don Onofre,
Muy cortés don Ladislao;
Pero como en el Gobierno
Es mal consejero Baco,
Y ellos empinan el codo
Con fervoroso entusiasmo,
Aunque me doren, ninguno
Podrá ser mi *candidato.*
El que respete las leyes,
Acate á los ciudadanos,
Y los tesoros del pueblo
Maneje como hombre honrado;

El que estimule las letras,
Apoyo preste al trabajo,
Alce altares al progreso
Y al nombre venezolano;
Ese por digno y patriota
Ha de ser mi *candidato*.

EL SAINETE DE LA VIDA

Á MI AMIGO Y COMPAÑERO

EL SEÑOR D. JESUS M. MONASTERIOS VELÁSQUEZ

Está visto que este mundo
Es un contínuo sainete:
No es filósofo profundo
Quien á enmendarlo se mete.

BRETÓN DE LOS HERREROS

I

Hace tiempo que mi lira
Dejé de un sauce pendiente,
Porque ya mi voz doliente
En vez de cantar suspira.

—

Mas hoy preciso es reír
Cuando debiera llorar,
Que ya no es fácil medrar
Si no se sabe fingir.

—

No más ayes lastimeros,
Pucheros ni lagrimones,
Pues ayes no dan doblones,
Ni pucheros dan pucheros.

—

Aunque la ficción me cuesta,
Porque fingir me hace daño,
Para vivir del engaño
Vedme con cara de fiesta.

Que á nadie le importa un cero
Que yo entre miserias viva,
Pues ya solamente priva
En nuestro siglo el dinero.

—

Me reiré, pese á mis males,
A carcajada tendida
De los que corren la vida
Fuera de órbitas legales.

II

Reiréme de aquel petate
Que pasa y no me saluda,
Porque merced á una ayuda
Ha llegado á ser magnate.

—

De aquella linda sultana,
Que ajena á todo rubor,
Nocturnas citas de amor
Da al galán por la ventana.

—

Del literato gandul
Que escribe cajón con *k*,
Y pone acento á la *a*
De la palabra abedul.

—

De la que señas de amor
Hace en la iglesia al galán,
Probando que ni Satán
Ni Dios le infunden temor.

—

Del político marrajo
Que con dos barajas juega,
Y en un albur se la pega
Al de arriba y al de abajo.

—

De las niñas remilgadas
Que pudor fingen á todos,
Aunque dan por varios modos
Pruebas de amor reservadas.

Del poetilla Pedancio,
Que sin conocer la u,
A todo le dice mu
Y todo lo encuentra rancio.

—

De la dama de gran tono
Que va de aquí para allá
Levantando el farfalá
Para lucir el pie mono.

—

De aquel inflado escritor
Que sin el pienso no piensa,
Y dice que nuestra prensa
No tiene olor ni sabor.

—

De la que gasta aderezo,
Lleva lujoso prendido,
Mientras el pobre marido
Carga la soga al pescuezo.

III

¿Y cómo no he de reír
De la dama acaudalada
Que en su vida regalada
No sabe más que dormir?

—

¿Del logrero que va á misa,
En fuego de amor se abrasa
Y cuando torna á su casa
Deja al prójimo en camisa?

—

¿De la que puso al esposo
En los cuernos de la luna,
Y come, cuando él ayuna,
Y ríe, si está lloroso?

—

¿Del pedantuelo de pro
Que escribe en todo papel,
Lo que sólo entienden él
Y el padre que lo engendró?

¿De la cándida chicuela
Que en el templo me arrempuja,
En la retreta me estruja,
Y en el baile me flagela?

—

¿Del militar palaciego
Que con sus roncas asusta,
Y al oír balas, se ajusta
Las calzas de Villadiego?

—

Sí, sí, preciso es reír
Cuando debiera llorar,
Que ya no es fácil medrar
Si no se sabe fingir.
Es necesario seguir
En el sainete fingiendo,
Pues, según lo que estoy viendo,
Todo en el mundo es mentira,
Y á aquel que más lejos mira,
Lo dejan siempre entendiendo.

AL TRAVÉS DE LOS VIDRIOS

CHÁCHARA CARNAVALESCA Á J. J. BRECA

I

Al través de mi binóculo
He visto cosas magníficas
Que he de trasmitir al público
Aunque pierda la clavícula.

II

Pues no me gusta la táctica
Que se emplea en la política,
De callar lo que es patriótico
Para decir cosas frívolas.

III

Diré, pues, en verso esdrújulo,
A manera de filípica,
Lo que en asonantes métricos
Dicte mi musa satírica.

IV

No hablaré de los anónimos
Con que la señora Brígida
Lleva al apacible tálamo
La desconfianza fatídica;

V

Ni de los chismes insólitos
Que en esta ciudad perínclita
Siembra la gente diabólica
Para enredar á sus víctimas;

VI

Ni de candidatos cándidos,
Ni de elecciones empíricas,
Ni de electores eróticos,
Ni de mojigangas híbridas;

VII

Pues eso lo guardo *in péctore*
Para mi próxima encíclica,
Que hará efectos de cantárida
Entre la gente mefítica.

VIII

Ni habré de mostrarme áspero
Con los que cantan semínimas,
Y en las escalas cromáticas
Prueban sus fuerzas artísticas.

IX

Que para esos hay férulas,
Crónicas, jácaras, críticas,
Cuando son malos, y cánticos
Cuando su voz es olímpica.

X

Pero sí diré en mi cháchara,
Que nada tendrá de pícara,
Que hay aquí quien diga *cólega*
Contra las reglas lingüísticas.

XI

Que hay periodistas *in nómine*,
Generales de domínica,
Literatos sin retórica
Y sacerdotes sin ínfulas.

XII

Diré que hay maridos pánfilos,
Y esposas apocalípticas
Que viven vida caótica
En las regiones ilícitas.

XIII

Que aquí abundan los Demóstenes,
Los Nerones y Calígulas,
Y canta con estro homérico
La musa más paralítica.

XIV

Diré que hay grandes bucéfalos
Figurando en la alta clínica,
Y sobrenadan los zánganos
En la colmena política.

XV

Y periódicos miasmáticos
Escritos por gente cínica
Que bebe en las charcas pútridas
Sus concepciones mortíferas;

XVI

Individuos filarmónicos
Que van á las fiestas líricas
A reírse con lo trágico
Y á sollozar con la mímica;

XVII

Mujeres de alma diabólica
Que aparentan ser muy tímidas,
Niegan la mano á los cándidos
Y el pie le dan á los víboras;

XVIII

Libertadores anémicos
Cuya petulancia cívica
Raya en la región del cálculo,
Cuando no en la esfera empírica;

XIX

Críticos de formas bárbaras,
Que sin conocer la crítica,
Tratan de asuntos retóricos
Cual si trataran de gímnica.

XX

Y en resumen de resúmenes
Diré formando una elíptica:
Que aquí tercian los cuadrúpedos
Con las lumbreras científicas;

XXI

Escriben los antropófagos:
Es negocio la política;
Menudean los necrólogos
Y las langostas jurídicas.

D. JUAN VICENTE CAMACHO

Vino al mundo en Caracas el 8 de julio de 1829. Fueron sus padres D. Gabriel Camacho y Dª Valentina de Clemente. Estudió en el Colegio del Sr. Coronel D. Feliciano Montenegro y Colón, y en la Universidad Central de la República. Nombrado en 1853 Secretario de la Lega-

ción de Venezuela en Lima, fijó su domicilio en aquella ciudad. Desempeñó el cargo de Intérprete en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, y el Consulado de Venezuela en Lima. En 1866 regresó á la patria nativa como Agente Confidencial del Perú.

Murió en París el 4 de agosto de 1872.

Camacho era Individuo Correspondiente de la Real Academia Española.

LOS TRES ENIGMAS

ROMANCE CHINO (*)

ROMANCE I

LA PRINCESA HALEWA

Hay una tierra misteriosa, oculta
Largo tiempo del hombre á la mirada,
Donde con mano generosa el cielo
Pródigo fué de dones y de gracias.
Dió á sus vegas jardines deliciosos,
Hermosas flores y variadas plantas;
Rara fecundidad á sus risueños
Prados amenos, fértiles montañas.
Allí crece entre bosques de laureles
Del flexible bambú la frágil caña;
Cuanto produce la encendida zona,
Cuanto en la América se halla y en el Asia;
Cuanto el ingenio humano ha dado al mundo
De grande invento y producciones varias,
Se encuentra en esa tierra deliciosa,
Por la mano de Dios privilegiada.
Sus vegas dan la hoja deliciosa
Grata al inglés, y de virtud tan rara
Que su licor sabroso á un tiempo sirve
De medicina y de bebida grata.

(*) La idea de este Romance es del gran poeta alemán Schiller, y la comunicó al autor el señor Ramón Lecuna, joven inteligente en la difícil lengua de Gœthe. Los tres enigmas, que se hallarán en el Romance IV están vertidos literalmente del alemán y puestos en verso español, confiando el autor en la bondad de sus lectores.—NOTA DEL AUTOR.

Cercaron sus magníficas ciudades
De grandes y riquísimas murallas,
Y sus torres levantan hasta el cielo
Sobre bases de bella porcelana.
Afrenta al Vaticano, sus palacios
Con encajes labraron, y sus vastas
Riquísimas industrias al viajero
Con portentosas producciones pasman.
Ella supo sacar de vil materia
Fulminante la pólvora, y formaba
Proyectiles de guerra cuando al mundo
Cobijaba una nube de ignorancia.
Ella vivió feliz hasta que un día
El isleño atrevido que la planta
De Erín asienta en la fecunda sierra,
Y en las de Escocia fértiles montañas,
Audaz llevó su guerra desastrosa
Al corazón de la feliz comarca...
....
....
La China sucumbió, cedió indefensa,
A la Inglaterra abriendo sus murallas......
Pero ¿qué nos importa si, valiente,
Cedió cobarde á la nación extraña?
Yo os contaré la historia de sus hijos,
Y dejemos la guerra á plumas sabias;
Y al dulce són de mi canción seguidme
De la princesa Halewa hasta la estancia.
Sobre un diván de rico terciopelo
Con pinturas fantásticas y extrañas,
Sobre almohadón de púrpura y de seda,
Se mira muellemente reclinada
Una hermosa mujer: su frente pura
Oculta en velo de menuda gasa,
Y su veste riquísima desciende
Bordada en oro, de la blanca espalda:
Rasgados ojos, la color tan pura
Como el jarrón de rica porcelana
Que á su lado se ve, donde mil flores,
Faltas de vida y de calor, desmayan.
Con lánguido abandono tiende un brazo,
La frente apoya en la nevada palma,
Y se pierde en magníficas alfombras,
En estrecho chapín, la curva planta.

Lujosos pebeteros de oro y jaspe
Elevan una nube perfumada,
Embalsamando el aire con aromas
Que tiene China y que produce Arabia.
Con gayos abanicos le refrescan
Las ardorosas sienes sus esclavas,
Deshojando á sus pies lánguidas rosas,
Regando el suelo de olorosas aguas.
Pero, ¿Por qué la perla de los mares
A tan grande tristeza está entregada?
El bello tulipán de los jardines
Con sus tintas de fuego no la encanta.
Las aves con sus trinos halagüeños
Y sutiles canciones ya la cansan......
¿Qué tiene la princesa? Un vasto imperio
De extendidas regiones la idolatra:
Su anciano padre, que por ella vive,
En vano busca á su pesar la causa;
En vano con variados instrumentos
Distraerla pretenden sus esclavas.
La hermosa Halewa, cual la flor que vive
En estrecha prisión encarcelada,
Languidece, y se muere, y la tristeza
Ya sus pasiones juveniles marca.

ROMANCE II

EL EMPERADOR KAN RADJA

Entró en la estancia á paso mesurado
El viejo jefe del Celeste Imperio,
Y al verle, sus esclavas presurosas
Inclinaron sus frentes en el suelo.
Hizo salir al punto las esclavas,
Y al quedarse en silencio el aposento,
Con noble dignidad sentóse grave
Sobre el diván de blanco terciopelo.
Era un ilustre anciano: en su figura
Su mano destructora marcó el tiempo;
Hondas arrugas en la frente lleva,
Y como blanca nieve los cabellos.

Luenga la barba, en encrespadas ondas
Baja de sus mejillas hasta el pecho;
Tan sólo muestra en su mirada ardiente
Que del alma conserva el vivo fuego.
—Hija, dijo el anciano, ya mis hombros,
De largos años débiles al peso,
No pueden solos sostener la carga
Y los deberes del Celeste Imperio.
Ya la mano terrible del destino
Muestra á mis días el ansiado término;
Mas, al dejar el mundo, aquí abandono
Una hija querida y un gran pueblo.
La corona del mundo, de mis sienes
A las tuyas irá...... pero ¡ah! su peso
Oprimirá tu frente candorosa:
Tu débil mano tan pesado cetro
No podrá sostener. Busca, hija mía,
Registra los remotos hemisferios,
Y al ver un hombre de tu mano digno,
Dímelo pronto, que á tu sólo acento,
A tu menor capricho vendrá al punto
A unir su corazón al tuyo tierno.
Y si no es digno de llamarte esposa,
Y te lleva tan sólo el sentimiento,
Habla, hija mía: á tu menor palabra
Lo haré el más grande de mi vasto imperio.
—Padre mío, la hermosa le interrumpe,
¡Cómo sois para mí piadoso y bueno!......
Pero ¿por qué afligís mi alma tranquila
Con ese horrible porvenir funesto?
¿Por qué me habláis de muerte, padre mío,
Cuando os conserva bondadoso el cielo?
Porque sois el mejor de los monarcas
Y de todos los padres el más tierno!
Señor, dejadme en mi quietud tranquila
Y no esos lazos me nombréis que temo.
—Hija, dice el anciano, es necesario;
Lo demanda la dicha de mis pueblos;
Como rey absoluto te lo mando,
Como amoroso padre te lo ruego.
—Oigo la voz del padre que suplica,
Y del monarca á los mandatos cedo;
Pero dadme permiso, padre mío,
Para fijar la dicha del imperio

En un hombre que agregue á su nobleza
Las apreciables dotes del ingenio;
Al que viniere á pretender mi mano
De tres enigmas le daré el misterio;
Y al que saque del hondo laberinto
Lo que en su oscuridad expresan ellos,
Ese de Halewa llamaráse esposo;
Pague, el que no, su audaz atrevimiento
Con su existencia en afrentosa muerte.
—A tu menor capricho siempre cedo,
Interrumpe el anciano; voy al punto
A hacerlo pregonar de pueblo en pueblo.

ROMANCE III

EL PRINCIPE NORBUD

¡Cuántas veces las locas vanidades
Arrastran al mortal en su carrera,
Y entregado en sus vanas ilusiones
Sueña una dicha para siempre eterna!
Es cual la torre que levanta al cielo
Coronada de nubes su cabeza,
Desafiando las rudas tempestades
Que azotan sus contornos, y revientan
En torrentes de espuma, hasta que al cabo,
Del rayo herida, el huracán la asedia,
Y, rompiendo sus flancos azotados,
Cae con horrible pesadumbre á tierra.
De su antiguo esplendor ¿qué queda entonces?
Triste montón de ruinas que amedrenta
Al perdido viajero, y sus torreones
Son de lagartos y reptiles cueva.
El príncipe Norbud, que ante sus ojos
De un padre mira la copiosa herencia,
Que haciéndole monarca poderoso
Dé á sus sienes magnífica diadema.
¡Ay! no esperaba que la suerte varia
Se cambiara inconstante, echando á tierra
Sus sueños de ambición, y deshaciendo
Sus locas ilusiones de opulencia!

Jefe vecino de enemiga tribu
Le acosa furibundo en la pelea,
Y cambiada la suerte de las armas
A la venganza y á la fuga apela.
Ve incendiado el magnífico palacio,
En extranjera frente su diadema,
Esclavos sus vasallos, y él perdido
Con una vida infame por herencia.
Huyendo de enemigos poderosos
De China viene á las remotas tierras,
Y oscuro, y olvidado, y sin honores
Una existencia miserable lleva.
Llegó el rumor entonce á sus oídos
Que llama en torno de la hermosa Halewa
Al que aspirase á su belleza y trono
Enigmas descifrando que presenta.

ROMANCE IV

EL NUEVO EDIPO

La hija de Kan Radja, reclinada
De seda en sus magníficos divanes,
Rodeada de brillante comitiva,
De damas nobles, caballeros, pajes,
Alza los ojos, y del lindo joven
Los clava en el bellísimo semblante,
Donde marca el dolor sus tristes rasgos
Y sus lánguidos ojos los pesares.
—¿Por qué, incauto mancebo, te presentas?
Le dice entre halagüeña y arrogante;
¿Por qué te expones á la muerte cierta
Que te espera al salir de mis umbrales?
—Princesa, para mí la muerte amiga
Me ha negado la dicha de esperarle,
Y en vano busco su reposo triste
Como solo consuelo á mis pesares.
Hábla, no temas; si mi mente torpe
Tu misterioso enigma no alcanzare,
Renunciando al honor de merecerte,
Por tí á lo menos á la tumba baje.

—Generoso doncel, míra las gradas
De mi palacio tintas en la sangre
De incautos que aspiraban mi secreto
Al llegar á mis pies adivinarme.
Pero, pues tú lo quieres, oye y tiembla,
Que de ese muro tras la puerta frágil
Tal vez una corona te contempla,
O triste fin á tu altivez aguarde.

I

—"¿Cuál es el árbol sobre el cual los hijos
De la cansada humanidad perecen?
¿Cuál es el árbol que cargado de años
En su mayor vejez nuevo aparece?
"¿Cuál es el árbol que de un lado gira,
Y su follaje que la brisa mece
Se presenta á la luz, mientras el otro
Entre sombras oscuras se mantiene?
"Arbol que forma anillos infinitos,
Siempre cambiando sus pomposas flores,
Y que la antigüedad de cuanto pasa
El solo muestra sin trabajo al hombre.
"En su corteza eternamente verde
Un nombre siempre sin borrarse expresa,
Ese nombre se acaba cuando el árbol
Se seca, se deshoja, y se blanquea." (1)
El generoso joven se arrodilla,
Baña la luz del genio su semblante,
Y le dice:—"Princesa, el árbol bello,
Que nunca se marchita y siempre nace,
"Es el año: de un lado luminoso
Nos muestra el DIA de color brillante,
Pero en la oscuridad teniendo el otro
La triste NOCHE con sus sombras hace."
El carmín de la dicha las mejillas
Bañó de la princesa, y al instante
El otro le propone, que oyó el joven
En actitud humilde y anhelante.

II

—"Dí, ¿conoces un cuadro que apoyado
Siempre está en bases débiles y tiernas,

[1] Este desórden en la rima ha sido preciso para conservar la idea original.

De sí mismo sacando luz y brillo,
Siendo otro en cada instante, y siempre nueva
"Conservando su fresca lozanía
Que en reducido espacio se presenta?
El marco más pequeño cerca el cuadro
Y cuanto en este mundo te sorprenda
"De grande, de magnífico y brillante,
Por ese cuadro es fuerza que lo veas.
¿Conoces el cristal más apreciable
Á que nunca igualó preciosa piedra,
"Que brilla sin quemar, que absorbe todo
Lo que en el universo te conmueva;
Que en su admirable anillo al mismo cielo
Con sus radiantes luces representa,
Y que los rayos que de sí despide
A los del mismo sol causan afrenta?"
—"Princesa, en ese cuadro vaporoso
Se refleja la luz de tu semblante,
Y en tus ojos magníficos yo miro
Descifrado el enigma; el marco frágil
"Lo forman tus pestañas encrespadas,
Tus párpados hermosos; sus cristales
Que no iguala la piedra más preciosa
Los forma tu PUPILA, cuando hace
Que mi alma tiemble al encontrar en ellos
Tu mirada sublime y arrogante."
—"El triunfo vas logrando, hermoso joven;
Oye el último enigma.

III

"Dí, ¿tú sabes
Qué es lo que pocos en el mundo admiran,
Y sin embargo adornará la mano
De los reyes más grandes de la tierra,
De los más poderosos potentados?
"¿Qué es lo que nunca derramó la sangre
Aun cuando fuera para herir formado;
Que á ninguno despoja de su hacienda,
Ricos haciendo á muchos al contrario?
"¿Qué es lo que da la vida más tranquila,
Qué es lo que al mundo siempre ha dominado,
Haciendo los imperios poderosos,
Las más grandes ciudades levantando?

"Joven, prosigue Halewa, si no aciertas,
Evítame, infeliz, tu propia sangre;
Y el imperio dejando para siempre,
Huye, joven incauto, mis umbrales."
—"Princesa, vuestros altos ascendientes
Evitaron de guerra los afanes,
Porque el enigma que á mi ingenio fías
Supieron apreciar y respetarle.
"Es el ARADO; los dichosos pueblos
Que le fían su suerte......"—"Ya triunfaste,
Interrumpe el monarca; de mi Halewa
Te llevas el amor, y mis bondades
"Te ciñen la corona del imperio
Sin preguntar tu nombre ni tu sangre."
El príncipe Norbud refiere entonces
Su peregrina historia lamentable,
Y de la hermosa Halewa la alegría
Se pintó pudorosa en el semblante.
Poco tiempo después el gran imperio
Lloró al viejo monarca, cuya frágil
Existencia acabó. Seco ya el llanto,
Celebraron con pompas inmortales,
Al ceñir la corona del imperio,
De Halewa y de Norbud los esponsales.

ÚLTIMA LUZ

Poco me resta de vida!
Las fuerzas van decayendo,
Y el alma va presintiendo
La funesta despedida.
En mitad de mi carrera
Llegando al límite voy!
La luz que mirando estoy,
Es quizá mi luz postrera.
Rotos del cuerpo los lazos,
Por las ondas remecido,
Me voy á quedar dormido
Cual de una madre en los brazos.

Al frente mi esposa está:
¡Pobre niña, alma sencilla!
Lágrimas de su mejilla
Ocultándomelas va.
Llora ¡infeliz! tu quebranto
No será el postrero, nó;
Si llego á faltarte yo,
Amargo será tu llanto.
Si la vida transitoria
Se va, cual al mar un río,
Quita, por piedad, Dios mío,
A mi mente la memoria!
No asalte mi pensamiento
¡Ay! la imagen de mi hija,
Mi hora postrera no aflija,
Santo Dios, ese tormento!
Niña que al mundo despierta,
Y que á la vida se lanza,
Hallando de la esperanza
Cerrada, al salir, la puerta.
¿A dónde, á dónde las dos
Irán en duelo profundo,
Sin más amparo en el mundo
Que la voluntad de Dios?
Tú, á quien los buenos adoran,
Ten piedad de mi dolor,
Tú, que eres padre, Señor,
El padre de los que lloran.
Yo sufro en paz mi destino,
Heme humilde y resignado,
Como el viajero cansado
En la mitad del camino.
Jamás odio ni rencor
En mi pecho formó nido;
Mucho sufrí: estoy rendido
Bajo el peso del dolor.
Constante mi pena fué
Y á la tumba irá conmigo,
Como el perro del mendigo
Que muere del dueño al pie.
Hijita del alma mía,
Tu memoria placentera
Vaga por mi cabecera
En mi lecho de agonía.

Para mí no tuvo gloria
La vida, fulgor de un día,
Mañana sin mediodía,
Y recuerdo sin memoria.
¡Ay! si mañana mi prenda
Sedienta á una puerta toca,
Calmad la sed de su boca
De mi memoria en ofrenda.
Y si el viento del destino
Contra mi hija se levanta,
¡Ay! arrancad de su planta
Las espinas del camino.
Allá en orilla lejana,
Con alma pura de niño,
Me guarda tierno cariño
Una santa y noble anciana:
Es mi madre; ella también
Por el hijo ausente llora,
Porque la pobre me adora
Como á su perdido bien.
No le digáis ¡por piedad!
Que su hijo ya no existe,
Pues la infeliz no resiste
Pesar tan grande á su edad.
Madre, esposa, hija del alma,
Pedazos del corazón,
Rezad por mí; la oración
La angustia del pecho calma.
Al abandonar la vida,
Pienso en Dios y en ellas pienso,
Pues es mi amor tan inmenso
Cual triste mi despedida.
Llevo en paciencia mi cruz...
¡Oh Dios! que mi última hora
Bañe tu luz bienhechora,
Pues miro mi última luz!



DESDEÑOSA!

Me dices que sin amor
Pretendes morir con palma,
Que un marido te da horror
Y que te sobra valor
Para aprisionar el alma.

Que nunca en tono sensible
Has rezado á San Antonio,
Y que, en suma, el matrimonio
Es un censo irredimible,
Pura invención del demonio.

¿Pretendes, pues, escapar
De la amorosa tormenta?
Dios te la deje gozar;
Pero, chica, eso es sacar
Sin la huéspeda la cuenta.

No tengo intención á fe
De obligarte á desistir,
Pero siempre sostendré
Que es muy difícil decir
De esta agua no beberé.

El amor es navecilla
Que va surcando el Oceano
Por centro, costas y orilla,
Y no deja hueso sano
Adonde pone la quilla.

Doncella menor de treinta,
Aunque mueble de retablo,
Se recibe en buena cuenta;
Pero mayor de cuarenta,
Que cargue con ella el diablo.

El desdén, hermosa mía,
Está bien á los quince años;
Pero llega pronto un día
En que apura desengaños
La que se queda de tía.

Esos ojos hechiceros
Que tanto precian y halagan
Tus rendidos caballeros,

Mañana son reverberos
Què con el humo se apagan.
El que hoy loco los adora
Con amoroso deleite,
Mañana ¿qué hará, señora,
Si el uno vinagre llora
Y el otro destila aceite?
Esa boca purpurina
Que da enojos al coral,
Esa dentadura fina
De blancura alabastrina
En un labio angelical;
¡Ay! mañana, aunque te duela,
En vez de suaves ambientes
Tendrá perfumes de abuela,
Cuando se pique una muela,
Cuando se caigan los dientes.
En el trasparente y puro
Rosicler de tu mejilla,
Que no tiene de seguro
Ni un solo barro maduro,
Ni siquiera una espinilla;
Mañana ¡qué horror, señora!
Vendrá la peca traidora,
Y tras la peca la arruga,
Y una mancha pecadora,
Y á la postre la verruga.
De esos flotantes cabellos
Que en crespo suave y luciente
Se desprenden de la frente,
Cayendo sueltos y bellos
Sobre tu pecho turgente;
Tu mano, trémula ya,
Mañana al salir el alba
Un mechón sólo hallará,
Que apenas te bastará
Para cubrirte la calva.
En tus momentos felices,
El amor, niña, maldices,
Y en tanto el tiempo se aleja
Y la juventud nos deja
Con un palmo de narices.
¿O pretendes tú ser monja
Y con hábito bendito

Secarte como una esponja?
Para el claustro, sin lisonja,
No ha nacido ese palmito.
  Esos ojos donde va
Clavada de amor la espina
Y tánto daño hacen ya,
Ese cuerpo que no ha
Menester de crinolina;
  Esa redonda manita,
Ese pequeñito pie,
Ese pecho que se agita,
Que se levanta y palpita
En la prisión del corsé;
  Ese todo, niña mía,
De la gracia quinta esencia,
Jamás el cielo lo cría
Para que haga penitencia
Rezando el Ave María.
  No le pongas malecón
A la corriente del río,
Ni hagas al amor desvío,
Que oprimir el corazón
Es majar en hierro frío.
  Con todo, si al niño ciego
Temes tanto, desde luego,
Cada loco con su tema;
Pero no juegues con fuego,
Porque eso á la larga quema.

A MI HIJITA DE CINCO AÑOS

(IMITACIÓN DE TRUEBA)

Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría una hija
Sin saber para quién es.

Cantarcillo popular.

I

  Deletreabas á mi lado,
Hijita, el Cristo a, b, c,
Sirviéndote de puntero

Deditos de rosicler.
Te reías con mi risa,
Y con labios de clavel
En besitos me pagabas
Elogios á tu saber.
Yo suspiraba entre tanto,
Hija, sin saber por qué,
Y lágrimas me brotaban
Sin poderlas contener;
Y al pensar en tu mañana,
Funesto y triste tal vez,
Volví la vista á tu madre
Y con dolor exclamé:
Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría á su hija,
Sin saber para quién es.

II

Hijita del alma mía,
Dulce imán de mi querer,
De amor el único fruto,
Bendígate Dios, amén.
Estoy triste, prenda mía,
Triste sin saber por qué;
Ven, y tus palabras oiga
De divina sencillez.
Deja á un lado tus juguetes
Y en cambio te contaré
Un cuento muy divertido
De la reina doña Inés.
Esta era una reina hermosa
Que, yendo para Belén,
Habló con un peregrino
Que llevaba un niño al pie:
Iba la reina sedienta
Y el peregrino también,
Y el niño los contemplaba
Sonreído...... Pero ¿qué?
¿Te duermes? — Duerme, hija mía,
Y tu sueño arrullaré,
Diciéndote con acento
De infinita languidez:
Un rosal cría una rosa,

Y una maceta un clavel,
Y un padre cría á su hija
Sin saber para quién es.

III

ELLA: ¡Qué linda está nuestra hija,
Qué graciosa! ¿no la ves?
¡Cómo ha crecido!
YO: Sí, cuenta
Cinco años cumplidos.
—Bien;
Pero otros hay que no tienen
Tanta gracia y tanto aquél.
—Si te oyeran, se reirían
De lo que dices.
—¿Por qué?
¡Pedacito de mi alma!
—Que Dios nos la guarde.
—Amén.
¿Cuándo la verémos grande?
—Muy pronto, y antes tal vez
De lo que piensas: el tiempo
Se desliza sin querer.
Y ya me dirás mañana,
Cuando á alguno su amor dé:
¡Quién la viera chiquitilla
Como la vimos ayer!
—¡Jesús! ¡que no crezca entonces,
Que chiquilla está muy bien!
Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría á su hija,
Sin saber para quién es.

IV

Vamos, hijita, al paseo
Con tu traje de piqué,
Y el sombrerito de paja
Que mamá te compró ayer.
¿No ves cuánto niño salta,
Y aquellas chicas no ves,
Con sus ayas ó sus madres
Por entre flores correr?
¿Quiéres flores? Toma, hija,

Toma una rosa, un clavel,
Que son flores menos puras
Que la flor de tu niñez.
¡Que su cáliz de inocencia
Pueda contigo crecer!
Crece feliz, hija mía,
Y el día de la vejez
Sobre mis blancos cabellos
Corona me has de poner,
Que es el amor de los hijos
De los padres el laurel.
Mas ¡ay! mi pecho se oprime,
Hija, sin saber por qué,
Y exclamo con triste acento
De infinita languidez:
Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría á su hija,
Sin saber para quién es.

D. DOMINGO RAMON HERNÀNDEZ

Del matrimonio de D. Ignacio Evaristo Hernández y Peláez con Doña María M. Curvelo, nació este poeta en Caracas el 4 de agosto de 1829. Alumno del Colegio de Don José Ignacio Paz del Castillo, siguió luego un curso de matemáticas en la Academia Militar. Dedicado más tarde al comercio, hubo de abandonar esta profesión impulsado por sus aficiones poéticas y artísticas. La música y la poesía han ocupado la vida de tan popular poeta. Desgraciadamente hace ya cinco años que está ciego.

AL FIRMAMENTO

¡Salve, superna bóveda azulada,
Donde el Arcángel del misterio habita,
En cuya inmensidad que me anonada,

De soles tachonada
La gloria miro de mi Dios escrita!
  ¡Salve, palio triunfal, gasa extendida
En el confín del cristalino espacio,
Corona de la tierra, bendecida
Alfombra enriquecida
Del esplendente y celestial palacio!
  ¿Quién al mirarte en su ardimiento osado
No ha querido volar hasta tu seno?
¿Qué pecho al contemplarte no te ha amado,
Ya al verte en luz bañado,
Ya de mil nubes caprichosas lleno?
  Y en la serena noche ¿quién no ansía
Tus luceros besar desparramados,
Que fingen á la loca fantasía
Los ojos de María
En tu diáfano azul multiplicados?
  ¿Quién no admira los vívidos colores
Que en la muerte del sol y el nacimiento
Reflejan tus espejos brilladores?
¿Quién no ama los fulgores
Del carro de tu luna soñoliento?
  ¿Quién no se encanta al ver en tus regiones
La augusta majestad de los planetas
Que bordan de la noche los crespones?
¿Y á quién pavor no impones
Con la siniestra luz de tus cometas?
  Obra gigante de mi Dios, te adoro;
Yo me prosterno ante tu azul sereno,
Ya te ilumine el sol con hebras de oro,
Ya brame en tí, sonoro,
Tras breve rayo prolongado trueno.
  Ya en nubes de purísimos vapores
Envuelvas tus tesoros inmortales;
Ya el Angel de la luz y los colores,
Esparciendo fulgores,
Tienda el iris franjado en tus cristales.
  Siempre grande y sublime y portentoso
Te contempla extasiada el alma mía,
Al ver que nunca tu dosel pomposo
Mortal pisó orgulloso,
Tu brillo así manchando en su osadía.
  Ah! yo te creo la eternal barrera
Que por velar su espléndida morada

Alzó el Dios que mi espíritu venera,
Diciendo al hombre: "impera
Bajo esa tienda de zafir colgada;
"Te hago del mundo dueño soberano,
Mares y montes cruzarás contento,
Aunque te sean misterioso arcano;
Mas nunca con tu mano
Los globos tocarás del firmamento."
Así le dijo y se cumplió. Pasaron
Generaciones mil, y en su carrera
Sólo tus ricas galas contemplaron;
Que vanamente osaron
Rasgar el éter y escalar la esfera.
Si no, la gran Babel he allí atrevida
En su demencia amenazar tu velo,
Y luégo, como el águila, rendida,
Çaer al fin vencida
Y avergonzada de su torpe anhelo.
Nadie tu faz tocó, ni en su locura
Triste, irrisoria y mísera, ha podido
El menguado mortal medir la altura
Que hay de la tierra oscura
Á tu lumbroso pabellón tendido.
Y el sabio que levanta sus miradas
Al través de su vidrio en tí leyendo,
¿En qué invierte sus ímprobas veladas
Á tí tan consagradas?
Sólo el cálculo al cálculo añadiendo.
Que juzgándose dueño de un tesoro
De ciencia, ni comprende la fugada
Rápida exhalación, lágrima de oro,
Chispa de luz, meteoro
Que rueda por la atmósfera azulada.
Oh! cada chispa en tu extensión prendida
Es un misterio para el sér que piensa
Y te contempla en su ilusión querida;
Mas ¿durará la vida
Para admirar tu majestad inmensa?
¿Siempre habrá rayos que tu velo doren?
¿Siempre luceros bordarán tu asiento?
¿Nubes de tintes mil que te coloren
Y raudas se evaporen
Siempre tendrás, remoto firmamento?
No: cuando la trompeta pavorosa

El fin anuncie á cuanto el orbe encierra,
Tú has de quedar, pero con faz luctuosa,
Como la inmensa losa
Que las cenizas cubra de la tierra.

LA POESIA

A MI AMIGO BRAULIO BARRIOS

Del verde limonero se desprenden
Los blancos y olorosos azahares,
De las nubes aljófares descienden,
Se escapan del laúd nuestros cantares;
Así á impulso de fuerza soberana,
Derramando torrentes de armonía,
Luminosa entre lágrimas y ufana
Sale del corazón la poesía.
Sale, y remeda el gorjear canoro
Y el arpegio dulcísimo y ardiente
Del ave tropical, de plumas de oro,
Que se baña en la luz del sol de Oriente.
Truena cual desprendida catarata,
O atrás dejando al águila en su vuelo,
Penetra en el azul bordado en plata
Por emular los cánticos del cielo.
Rica, triunfal, del tiempo vencedora,
Es tánto su matiz, su brillo tánto,
Que encierra los destellos de la aurora
La más lúgubre nota de su canto.
Y hallan eco en su idioma que extasía,
La esperanza, el amor, la fe, la gloria,
La ambición, el pesar y la alegría,
Que forman nuestra herencia y nuestra historia.
Vanamente con fúnebres colores
Su palma deslustrar la envidia intenta,
Que del laurel no mancha los verdores
La sombra de la nube en la tormenta.
Y del mezquino mundo, ingrato y ciego,
Canta sobre las negras tempestades,
En rimas de oro y lágrimas y fuego,
El poema inmortal de las edades.

....

Sal de mi corazón, musa sombría,
Ya que en mi pecho te encerró la suerte,
Y en tí perdure la memoria mía
Cuando me envuelva en su crespón la muerte.

ARRULLO DE LAS PALOMAS

Á MI AMIGO JOSÉ RAMÓN YÉPEZ

¡Oh de mi vida memorias caras!
En otro tiempo, sobre estas lomas
Me divertía las noches claras
Con el arrullo de las palomas.
Yo las buscaba, yo las veía,
Mas ay! que entonces nunca creía
Que aquellas aves arrulladoras
Con que inocente me divertía,
De tantas noches encantadoras
Mi paz turbaran y mi alegría.
Yo era muy niño, y un buen aldeano
Con quien amenos días pasaba,
De estas montañas como baqueano,
Por todas partes me acompañaba;
Y en una noche ¡triste memoria!
Díjome: ¿quiéres saber la historia
De esos arrullos sentimentales,
Que, según dices, forman tu gloria
Por estas breñas y matorrales,
Bajo ese faro de luz mortuoria?
Sí, sí, le dije; y en un asiento
Blando, de espigas, yerbas y flores,
Mientras del fondo del firmamento
Daba la luna sus resplandores,
Tranquilamente me senté junto
Del pobre aldeano que empezó al punto,
Tras breve pausa y hondo suspiro,
La infausta historia, que es en conjunto,
Salvando alguna palabra ó giro,
Cual te la ofrezco su fiel trasunto:
"Aquí escondidas entre cujíes,
Altos magueyes y blandas cañas,

Indias de bocas como rubíes,
Puras vivían en sus cabañas.
Sus corazones tan amorosos
Los consagraban á sus esposos,
Daban caricias á sus hijuelos,
Y en sus pesares más angustiosos,
Gratos hallaban siempre los cielos
Y sus terrazgos siempre abundosos.
Cuando el sol nuevo rasgaba brumas
De aquellas lomas del Caricuao,
Ya con camazas, ya con totumas,
Agua cogían del Macarao;
Y á los arpegios y sinfonías
De aves mil, ricas de melodías,
Ellas mostraban por los verjeles,
Por las llanadas y serranías,
Vistosas plumas, manchadas pieles,
Sartas de conchas y de peonías.
Cuando en el zénit el sol radiante
Vibra sus flechas de ardiente lumbre,
Siendo cual fragua de luz llameante
Del agrio monte la altiva cumbre,
En lindos grupos se las veía
Del cerro huyendo que en fuego ardía,
Bajo los verdes cañaverales,
Mientras natura les ofrecía
Los frescos higos de los tunales
Y el dulce fruto que el jobo cría.
Cuando cerrados los horizontes,
Gimen los vientos y los reptiles,
Ellas danzaban en estos montes
Al són de gaitas y tamboriles.
Con estos goces que el bien aduna,
Las encontraba la nueva luna,
Libres de llantos y de congojas,
De negra envidia sin sombra alguna,
Viendo del árbol cambiar las hojas,
Nunca los astros de su fortuna.
De mil delicias así rodeadas,
Correr las horas de su existencia
Miraban ellas embelesadas,
Como las diosas de esta eminencia;
Y si rugiendo las tempestades
Lluvias bañaban sus heredades,

Como torrentes asoladores,
Aun de los rayos las claridades
Iluminaban frutos y flores,
Eterna envidia de las edades.
  Mas ¿qué hay estable sobre la tierra?
¿Qué sol no pasa, qué gloria dura?
¿Cuál de los seres que el mundo encierra
Nunca ha probado la desventura?
¿Qué ave olvidada, cautivadora,
Sobre los campos en donde mora
No halla alevoso plomo encendido,
Que le arrebata la luz que adora,
Sus verdes ramas, su blando nido,
De su garganta la voz canora?
  Así de impuras tierras lejanas
Presto llegaron conquistadores
Que se llamaban huestes cristianas
Siendo falanges de salteadores.
La noble raza que aquí vivía
Perdió por ellos en triste día
Patria y hogares, campos y frutos,
Y halló, donde antes tuvo alegría,
Miseria y pestes, llantos y lutos,
Robo y matanza y alevosía.
  Hijas y esposas en sus angustias
Ante ese cuadro de horror sangriento,
Sensibles doblan las frentes mustias
Y el alma exhalan en un lamento;
Pero, si muertas aquí quedaron,
Sus almas nunca de aquí volaron,
Y desde entonces, con sus dolores
Fúnebres quejas aquí lanzaron,
Cuando la luna brilla en las flores
De estos recintos donde moraron.
  Tal es ¡oh niño! la triste historia
De esos arrullos sentimentales
Que, según dices, forman tu gloria
Por estas breñas y matorrales;
Si tú al oírlos gozas dulzura,
A mí me brindan sólo amargura,
Pues me recuerdan que en esta vida
De eterna infamia, de guerra impura,
Ni de los bosques la paz querida
De las perfidias está segura!!"

¡Oh de mi vida memorias caras!
En otro tiempo, sobre estas lomas
Me divertía las noches claras
Con el arrullo de las palomas.
Yo las buscaba, yo las veía,
Mas ay! que entónces nunca creía
Que aquellas aves arrulladoras
Con que inocente me divertía,
De tantas noches encantadoras
Mi paz turbaran y mi alegría.
Que hoy paseando por estos montes
Lágrimas broto de sentimiento;
Cuando al cerrarse los horizontes,
De aquellas aves oigo el lamento......
Bardo, si acaso de mí te ríes,
Ven á estos montes, no desconfíes,
Que al mustio rayo del sol que vuela,
Verás palomas entre cujíes,
De pies y alas como canela,
De pico y cuello como rubíes.

ARÍSTIDES CALCAÑO

Cisne del manso Guaire, en cuya orilla
Cantabas tus amores.
Del astro rey que en el Oriente brilla
Bañado en los purpúreos resplandores;
Si por la patria en que á la luz naciste
Negra copa apuraste;
Si en sus tristezas su dolor sentiste
Y en sus placeres su desdén lloraste;
Si huyendo fuiste de ominosa estrella
Que en torno á tí giraba,
La que con tono de fatal querella
Tu plañidero acento lamentaba;
Y bajo el rayo de su misma lumbre
Diste el postrer suspiro,
Agobiado de inmensa pesadumbre,
De amarga soledad en el retiro;
Si del amor la lágrima ardorosa
Tu mármol no humedece,

Y ni un sauce su rama generosa
Sobre tu humilde cruz lánguido mece;
No del olvido en la región oscura
Dormirá tu memoria,
Que no puede tragar la sepultura
Los pomposos laureles de la gloria.

***

De tu fecunda y armoniosa vena
Brotó la poesía,
Como brota el olor de la azucena,
Cual se escapa del ave la armonía.
Y hallaron en tus fervidos cantares
La tradición colores,
Música de consuelo los pesares,
Aliento la virtud, la beldad flores,
La libertad su acento soberano,
Su luz la fe suprema,
Grito de maldición todo tirano,
Todo egregio varón digna diadema.
Oh! grato y puro y tierno y generoso
Y noble y grande fuiste:
Por eso entre los hombres, sin reposo,
Solitaria gimió tu ánima triste.
Y solo estás, y en su furor al verte
Mustio, en sus férreos brazos,
La reina de las sombras, la ímpia muerte,
Tu cítara triunfal quebró en pedazos.
Y cuando de la noche sosegada
Entre el luctuoso velo,
Por sorprender la terrenal morada
Desciendan los espíritus del cielo,
Al amarillo rayo de la luna
Contemplarán tus ojos
Sin dorada inscripción, sin flor ninguna,
La piedra que aprisiona tus despojos.
Mas ¿qué importa, poeta? aunque iracundo
Te condenó el destino
A llorar desengaños en el mundo
Y á morir desterrado en tu camino,
No del olvido en la región oscura
Dormirá tu memoria,
Que no puede tragar la sepultura
Los pomposos laureles de la gloria.

ALAS DE MARIPOSA

Ráfaga de luz y grana
Mostraba allá en el Oriente
El crepúsculo esplendente
Precursor de la mañana.
En los cálices silvestres
De reciennacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas campestres.
Un niño las perseguía,
Y arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.
Mostró el sol sus rayos de oro,
Y el niño alegre y ufano
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.
—¡Qué es esto! exclama al momento
El incauto simplecillo,
Viendo un ligero polvillo
Que se disipa en el viento.
—¿De qué te asombras, mi amor,
Clama su madre querida,
Si es polvo la humana vida,
Polvo la planta y la flor?
Ese despojo que vuela
Y que á tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela.
Calló la madre amorosa:
Y él en edad tan temprana
Vió escrita la ley tirana
Con alas de mariposa.

EN LA TUMBA DE AMELIA

Triste, á la luz con que la tarde brilla,
Vengo á regar con llanto de amargura
Esa flor que tan sola y amarilla
Se mece en tu olvidada sepultura.

No tienes otra gala en tu aislamiento;
¿Y qué otra gala conquistar podría
Quien tuvo por tesoro el sentimiento,
El bien por faro y la virtud por guía.?
Ay! la que sólo muestra su hermosura
Ceñida de candor, rica en decoro,
No espere, nó, que en su postrer clausura
Mármoles se alcen entre verjas de oro;
Y tú, que de las noches y los días
En tu labor contabas los instantes,
Si en tus bucles violetas te prendías,
No adornabas tu cuello con diamantes.
Al fin se marchitó tu primavera,
Cubrió la palidez tu faz de rosa,
Y la muerte voraz su garra fiera
Clavó en tu pecho y te arrojó en la fosa.
Mas no importa que el mundo indiferente,
Pasando huelle tu reliquia santa;
Que palmas ves lucir sobre tu frente
Y estrellas fulgurar bajo tu planta.
Duerme...! Á la luz con que la tarde brilla,
Vengo á regar con llanto de amargura
Esa flor que tan sola y amarilla
Se mece en tu olvidada sepultura.

Á UNA FUENTE

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir.

JORGE MANRIQUE

Fuente que así corriendo
Vas por la selva
Hasta que entre los mares
Hundes tus perlas;
Fuente intranquila,
Eres la propia imagen
De nuestra vida.

—

Ora entre frescas violas
Y madreselvas

Bajas el alto monte
Con ligereza;
Pintura viva
De la niñez alegre,
Dulce y florida.

—

Ora cual blanca sierpe
Salvas los riscos
Despreciando soberbia
Los precipicios;
Ay! fuente clara,
La juventud recuerdas
Con tu arrogancia.

—

Y si de tus cristales
Muere el reflejo
Con las túrbidas aguas
Del frío invierno,
También del hombre
Con la vejez perecen
Las ilusiones.

—

Ay! es muy triste, fuente,
Cabe tu orilla
Ver cómo al mar tus ondas
Van fugitivas;
Que en este mundo
Corre también el hombre
Tras un sepulcro.

—

¿Y de qué sirve, fuente,
Verte cercada
De pintorescas flores
Que olor exhalan?
¿De qué te sirve,
Si en insondable tumba
Corres á hundirte?

—

¿Y de qué sirve bajen
Blancas palomas
A beber arrullando
Sobre tus ondas?

¿De qué las palmas
Que sus penachos mueven
Sobre tus aguas?

—

Dime: ¿de qué te vale
Que astros y nubes
En tu cristal reflejen
Gasas y luces?
Fuente intranquila,
De nada...... eres la imagen
De nuestra vida.

EPÍSTOLA

Á HENRIQUE

Aunque lejos de tí, tu gloria siento,
Como siento tu pena y tu amargura
Cuando llega hasta mí tu sufrimiento.
Hoy por tu carta sé que la ventura
Te lleva á contemplar el soberano
Recinto de la paz firme y segura;
Que ya gozas la dicha del humano
Viendo árboles cuajados de rocío
Con frutas al alcance de la mano;
Que no te acosa el pertinaz é impío
Sueño de la ambición, ni ya te embota
La mente soñadora el negro hastío;
Que tu fácil palabra no se agota
Y que hoy escrita para mí, refleja
El nuevo edén que ante tus ojos brota.
Tienes razón: ya contemplar me deja
El manzano que al borde del camino
Te da su poma de color bermeja.
Y comprendo tu voz de peregrino
Con la cual le saludas en tu anhelo
De bendecir su pompa y su destino.

Que á tí de gratitud te dotó el cielo,
Por ser la gratitud rico tesoro
Que rara vez resplandeció en el suelo.
Mas ¿á qué repetir lo que ya en coro
Los que ahondaron tu espíritu repiten
Entre aplauso triunfal con frases de oro?
Basta de digresión, aunque me inciten
Los ardientes deseos de ensalzarte
Con versos que ante el orbe me acrediten.
No quiero más encomios prodigarte,
No vayas á juzgar de lisonjero
Al que bien puede errar, mas no engañarte.
Y digo que contemplo aquel sendero
Que lleva á la planicie coronada
Con la Ermita del santo á quien venero.
Y contemplo la vega dilatada
Y ya en las lomas las cabañas miro
Donde luce la teja colorada.
Ya las de palma cuyo techo admiro
Por la rara labor de su estructura,
Todas brindando plácido retiro.
Veo el río que baja de la altura
Por tenderse en los blandos arenales
Y correr entre marcos de verdura,
Que ya hileras de verdes platanales,
Ya el fleco de la nube, sombra ó brillo
Refleja en sus purísimos cristales,
Mientras alegre su cantar sencillo
Del aura entre el follaje á los rumores
Libre suelta el pintado pajarillo;
Y veo los ganados baladores.
Trepar la altura, descender al llano
Seguidos de los rústicos pastores.
Aldeanas bellas de semblante ufano,
En los cestos de mimbre recogiendo
Toda fruta en sazón y todo grano.
El paují que del bosque va saliendo
A saludar la matutina lumbre
Batiendo el ala y el penacho irguiendo.
De insectos la variada muchedumbre
Y de níveas palomas las bandadas
Que vuelan por el valle y por la cumbre;
Y nieblas por el sol tornasoladas,
Medio rotas sus gasas de colores,

Cual restos de banderas destrozadas.
  También contemplo de silvestres flores
Rico el matiz que tu ilusión completa
Y engalana el edén de tus amores.
  Junto al cáliz de cárdena violeta
El de la más preciada campanilla
Rosado, como sueño de poeta.
  Y esa escondida aldea ó maravilla,
De un sol de Mayo á las vislumbres rojas,
Aun más hermosa y deslumbrante brilla.
  Tonos le da la luz, rumor las hojas,
Tintes la flor, y en su aromoso espacio
Se adormecen del alma las congojas.
  No hay allí ni un diamante, ni un topacio,
Y encuentro en su conjunto más riqueza,
Más gala y esplendor que en un palacio.
  No llega á su recinto la vileza,
No impera la traición ni reina el dolo,
Todo es allí candor, todo pureza.
  Cual nuevo paraíso brilla sólo
Por dar placer al que perdió bregando
De la esperanza el suspirado polo.
  Mas ¿cómo si la dicha estás gozando,
Según lo que en seguida voy leyendo,
Ríes cuando infeliz te estás quejando?
  Ah! ¿crees que en vano analizar pretendo
Tu profunda moral filosofía?
¿Qué no podré explicar lo que no entiendo?
  Y ¿quién podrá negar que el claro día
Siempre habrá de ofrecer su áurea corona
Y la noche su chal de pedrería?
  Y prisma que á otro prisma se eslabona
Enlazadas mirar tus frases dejan
Cuánto tu bello corazón abona;
  Que hay séres que si males los aquejan
Rompen en estridente carcajada
Cuando en el alma lloran y se quejan.
  Por eso brota en tí mal simulada
Al describir la escena portentosa
Con que término das á tu jornada.
  Dices que un morador de esa dichosa
Tierra feraz, cabe el sonoro río,
Mordido de culebra ponzoñosa,
  Sentado en una roca, con sombrío

Rostro, clamaba en su mortal tristeza:
—San Pablo, ven, que en tu poder confío!
  Que en breve apareció por la maleza
El patrón milagroso de aquel punto,
Vestido como viste la pobreza;
  Que rezó, que bendijo, y en conjunto,
Para abreviar, que erguido contemplaron
Al que juzgaban ya medio difunto;
  Que las huellas del Santo allí quedaron
Por largos días en la roca impresas,
Y agregas que eso allí te lo contaron;
  Que te excita á reír, aunque confiesas
Que allá en tu pobre corazón devoras
Algo fatal que de sufrir no cesas.
  Es que sabes que el pueblo donde hoy moras
Muestra intacta la fuerza diamantina
De la creencia que perdida lloras;
  Y sabes que la gente campesina
Guarda como en oculto relicario
Dentro del corazón la fe divina:
  La fe que en ese campo solitario
De la impiedad de nuestro siglo huyendo,
Buscó un asilo y encontró un Santuario;
  La fe que un día en nuestro peho ardiendo
Ara y altar y templo iluminaba
Del Dios que al hombre redimió muriendo;
  La que en nuestros mayores fulguraba
Y el cristiano estandarte victorioso
De Salén en los muros tremolaba;
  La que salvó á Colón vida y reposo
Ante el puñal de amotinada plebe
De ánima vil y espíritu medroso.
  Ah! ¿quién habrá que como yo no lleve
Vivo el recuerdo delicioso y santo
De la niñez, por nuestro mal, tan breve?
  Y ¿quién, al recordar su dulce encanto,
Que no deje escapar con amargura
Ayes del pecho y de los ojos llanto?
  Lejos de aquella edad que poco dura,
Sobre este lodazal de la existencia,
Echo siempre de menos la ventura.
  Oh, edad! bendita edad de la inocencia,
En que mis tiernos padres me infundían
La rica de virtud santa creencia;

En que las horas rápidas que huían,
Si un girón de mi vida arrebataban,
Ni un rayo de mi fe desvanecían;
Y en que allá por las noches platicaban
Conmigo los espíritus del Cielo
Que mi oración á recoger bajaban;
¿Dónde llevó tu apresurado vuelo
Tan dulces glorias que persigo en vano
En mi ardoroso inextinguible anhelo?......
Henrique, no es la dicha del humano
Arboles ver cuajados de rocío
Con frutas al alcance de la mano;
Ni verlos reflejados en el río
Entre los flecos de la nube errante
Que cruza por el cóncavo vacío;
No es contemplar en fin ese brillante
Cuadro de la genial naturaleza
Que me pinta tu pluma de diamante:
Es tener en el goce y la tristeza
La fe que lloras por tu mal perdida,
Escudo de invencible fortaleza
En las crueles batallas de la vida.

AL RÍO CAURIMARE

Caurimare bullicioso
Que entre peñascos resbalas,
Entapizado de flores
Y coronado de palmas;
Si algún día, por fortuna,
Llega mi prenda adorada
A visitar tus orillas,
A refrescarse en tus aguas,
Dile que aquí en este sitio
Vine quejoso á cantarla
Con en el pesar en el pecho
Y la amargura en el alma.

Dile que bajo este puente
Donde otro tiempo á mirarla
Llegué por la vez primera,
Pura cual rosa temprana,
En tarde triste, á la lumbre
Del sol que al ocaso baja,
Inútilmente la llamo
Al lúgubre són del arpa.
Que sólo á mi voz responde
El avecilla que canta,
El vago rumor del viento
Y tu murmurio que halaga.
Que aun á la luz del crepúsculo
Medio teñido de grana,
Cercano diviso el techo
De su casita de paja;
Y está solitario y triste,
Más triste que mi esperanza,
Pues sus palomas huyeron
Desde que su dueño falta.
Dile que el toldo tupido
De cundeamores y parchas,
Bajo cuya fresca sombra
Mil veces la hallé sentada;
Y aquel granado silvestre,
Y el guamo aquel que inclinaba
Su copa llena de frutos
Tras de su humilde morada;
Y el sauce aquel tan querido
Bajo cuyas verdes ramas
Al resplandor de la luna
Trovas de amor le cantaba,
Y el jardincito oloroso
De cuyas flores preciadas
Para su frente de virgen
Tejí preciosas guirnaldas;
Todo cuanto ella quería,
Todo cuanto ella adoraba,
Se hundió del campestre rudo
Bajo los golpes del hacha.
Que de su rústico albergue
Así sucumbió la gala,
Mas, que de mi amor el fuego
Aun arde puro en mi alma.

Y si por fortuna ¡oh río!
Suspira y llanto derrama
Al recorrer de su historia
Tan triste y sensible página;
Ya que testigo tú fuiste
De mi ventura pasada,
Yo recogeré el suspiro,
Tu recogerás sus lágrimas.

A LA ESTATUA DE BOLIVAR

(EN SU INAUGURACIÓN)

El es! el grande! Al contemplarlo siento
El sacro fuego que al poeta inspira;
Arde como un volcán mi pensamiento
Y se estremece mi sonante lira;
Truena mi voz como huracán violento,
O como el aura en el ciprés suspira,
Pues columbro enlazados á su historia
Palma de mártir y laurel de gloria.
Héroe libertador, en cuya frente
Puso el Iris sus gasas de colores,
Insólita diadema refulgente
Con los variados tintes de las flores;
Espíritu profético y ardiente,
Que, bebiendo del rayo los fulgores,
Fuiste como centella desprendida,
Que alumbra, que colora, que intimida;
A tu soberbio esfuerzo de gigante,
Derramando su espléndido tesoro,
Sobre nube de púrpura y diamante,
Mostró la Libertad su veste de oro;
Y al resplandor de su gentil semblante,
Y de himnos mil al armonioso coro,
Nuevo Edén que forjó la fantasía,
Grande Colombia de tu amor nacía.

Ella se disipó como la espuma
Que los cambiantes reflejó del cielo:
Sobre tu alma, que el dolor abruma,
Cayeron sombras de profundo duelo;
Cegó tu vista sempiterna bruma,
Ciñó tus sienes tenebroso velo,
Y de tu noble corazón herido
Murió la llama, se apagó el latido......
Del hondo abismo de la oscura nada
Hoy tornas á la luz, sombra gloriosa;
Y aunque ya no chispea tu mirada
Y está tu boca yerta, silenciosa;
Aunque no blandes la fulmínea espada,
Envuelto en tu bandera victoriosa,
A tu aspecto de bélica grandeza
Levantarán los libres la cabeza,
No ha de tornar la horrible tiranía;
Y con júbilo patrio y ardimiento,
Hasta que trema el orbe en su agonía,
Saludarán tu insigne monumento.
Nadie recordará mi poesía;
A nadie inflamará mi pensamiento;
Mas á tu palma y tu laurel en tanto,
Bardo más digno elevará su canto.

LA NIEBLA

Á MI AMIGO JULIO CALCAÑO

Siendo la misma que la luz colora
Del matutino sol, niebla sombría,
¡Cómo me exaltas al nacer la aurora!
¡Cómo me abates al morir el día!
Cuando de los espacios del Oriente,
Ya de ricos colores esmaltados,
Entre los brillos del fulgor naciente
Bajas á las colinas y á los prados,

Y flotas por doquier á la ventura
Como leve cortina vaporosa,
Me dejas traslucir en la llanura
Junto á verde laurel purpúrea rosa,
Rosa y laurel! emblemas adorados
De amor, de gloria, de placer, de vida,
Por millares de lágrimas regados
Que engendra la ilusión desvanecida.
Y de gloria y placeres un tesoro
Soñé en la edad que la esperanza puebla!
Y fueron niebla mis ensueños de oro!
Y ví trocarse mi esperanza en niebla!
¿Acaso mostrarás de mi pasado
Un reflejo que el alma aun me ilumina
Cual fulgor de lucero entre un nublado,
Como rayo de luna entre una ruina?
¡Quién sabe! mas ¡oh niebla! mi memoria
Despiértase y se aviva y se dilata,
Y torno á ver de mi pasada historia
La imagen rósea en tu cendal de plata.
Mas si muestras tus velos extendidos
Del sol de Ocaso tras las mustias huellas,
Cuando apagan los céfiros sus ruidos
Y encienden sus guirnaldas las estrellas;
Al través de tu leve cortinaje
Sólo alcanzo á mirar en la llanura,
Junto á un árbol de lúgubre ramaje
Amarillo clavel de sepultura.
Y detrás de ese cuadro que entristece
Arrancando al espíritu un gemido,
Fatídica entre nubes aparece
La sombra del Arcángel del olvido......
Mi voz se extingue y á mis plantas rueda
El arpa que pulsé para cantarte,
Mientras mi mente cavilando queda
Y exclamo en mi dolor al contemplarte:
Siendo la misma que la luz colora
Del matutino sol, niebla sombría,
¡Cómo me exaltas al nacer la aurora!
¡Cómo me abates al morir el día!

CANTO DE LA GOLONDRINA

Dejé el alero donde vivía,
Crucé los mares, luégo torné;
Mas el alero ya no existía
Que fué mi cuna, que tanto amé.
Busqué otro techo donde abrigarme,
Y lo hallé rico; mas, ¡ay de mí!
Que yo no puedo nunca olvidarme
Del pobre techo donde nací.
Mis tiernos padres allí miraron
Por vez primera la luz brillar,
Y allí más tarde me acariciaron,
Fuerza me dieron y eché á volar.
Naturaleza me dió un tesoro
Que siempre avara gocé feliz,
Ya en el insecto volátil de oro
Ya en el rastrero, rico en matiz.
Y entre los brillos matutinales
Valles y montes atravesé,
Rocé mis plumas con los rosales
Y en los arroyos me reflejé.
Adonde quise llevé mi vuelo,
Entre horizontes, luz y arrebol;
Que en todas partes encontré cielo,
Y encontré nubes, y encontré sol.
Y si afanosa pasó mi vida,
Si me miraron todos pasar,
Cual ave errante que va perdida,
Volando á locas, sin reposar;
Fuéronme oasis los más seguros
Para el descanso reparador,
Las altas torres, los viejos muros,
Y el techo humilde del labrador.
Mas, hoy advierto, cansada y triste,
Que mi reposo me lo dejé,
Con el alero que ya no existe,
Que fué mi cuna, que tanto amé.

D. FRANCISCO G. PARDO

Nació en Caracas el 5 de noviembre de 1829, del matrimonio de D. Francisco de Paula Pardo y Dª Concepción Ezcurra. En la Universidad Central de Venezuela obtuvo el grado de Licenciado en Jurisprudencia. Abogado de la República, ejerció su profesión en 1858. De 1859 á 63 sirvió en las oficinas militares, como Ayudante de la Comandancia de Armas de Caracas y Auditor de Guerra. Por tal época, y luégo en 1869 y 78, desempeñó otros cargos públicos. Fué laureado en certámenes literarios efectuados en 1873, 75 y 78. Asiduo cultivador de la poesía alcanzó notable celebridad por la gallarda energía y galanura de su musa.

Murió en Caracas el 31 de julio de 1882.

ALMA MATER

ODA

Oh soledad sublime!
Cómo despierta en tí la mente ufana,
Ya que el pecho no gime
Con la pompa que oprime
Y la mentira y la ambición humana!
Madre naturaleza,
Yo soy feliz en tu recinto augusto;
¿Qué á mí vana riqueza,
Ni la encumbrada alteza,
Ni el torvo ceño del destino adusto?
En éxtasis bendito
Aspira el alma cuanto aquí presencio:
En torno lo infinito......
Y en la selva ese grito,
Voz de la eternidad en el silencio.
Qué cielos, qué colores,
Qué horizontes la luz recama inquieta!
Cómo tiemblan las flores!
Todo el campo es olores
Y el aire llena el himno del poeta.

¡Cómo su fantasía
Una edad y otra edad salva en su vuelo,
Rasga la noche umbría,
El ala tiende al día
Y entre rayos de luz toca en el cielo;
O baja á las regiones
Donde enmudece la eternal clemencia,
Y lee en sus corazones,
Y cuenta sus pasiones,
Y oye el grito inmortal de la conciencia!
Ora en los huertos vaga
Donde el sándalo cuaja sus aromas,
Do el céfiro se embriaga
En dulce olor, y halaga
El fresco valle y las floridas lomas.
Ya en languidez se aniega
Sobre el diván que orló seda morisca,
Mientra en su frente juega,
Y en ella amores riega,
El hálito sensual de la odalisca.
Ya en la pagoda indiana
Evoca al Dios sobre las aras muerto;
O con la caravana
En la bruma lejana
Ve surgir las palmeras del desierto.
Oh soledad querida!
Cuántas sombras de amor así, á lo lejos,
Miro surgir sin vida,
Del sol de la perdida
Primera juventud á los reflejos!
La rica primavera
Pasó, bajaron los nublados graves
De la estación severa,
Y á más dulce ribera
Raudas huyeron con la luz las aves.
Mas ¿qué á mí su abandono,
O el desamor del hombre ó su egoísmo,
Ni el enemigo encono,
Si aquí en tu excelso trono
Tu augusta inmensidad siento en mí mismo?
De aquí, de tu almo seno
Voy como en alas de veloz querube
A donde rompe el trueno,
O al claro azul sereno

Do juega el sol en la irisada nube.
Voy con el noto ardiente,
Que agita el mar en tempestuoso oleaje,
A climas de occidente,
Donde en ocio indolente
La flecha enarca el guaraní salvaje.
Voy con la fiel cruzada
Y á las batallas de la Cruz asisto;
Y ya la fe vengada,
En la arena sagrada
Beso el sepulcro vencedor de Cristo.
Y bajo con la aurora
A contemplar cuál brillan los caudales
De la marina flora,
Donde la perla mora,
Donde el ámbar perfuma los corales.
Rizar la espuma miro
La blanca ondina que en las aguas vela:
Con la sílfide giro,
Y abraso en mi suspiro
La salamandra que en la llama vuela.
Y nado en los fulgores
Con que hace de su luz Véspero alarde;
Y sé con qué colores,
En nácares y flores,
Dibuja el sol los cielos de la tarde.
Y en lengua nunca hablada
Murmuran á mi oído voz divina
La tórtola cansada,
El cisne cuando nada,
Y en el aire la suelta golondrina.
Do ver intenta en vano
Poderoso mortal de orgullo ciego,
Yo desde el polvo, ufano,
Miro la excelsa mano
Que al sol da luz y á la campiña riego.
Esos ruidos que espiran,
Esas palmas que lánguidas se mecen,
Estas auras que giran,
Yo sé por qué suspiran,
Y por qué en mi dolor bendigo al cielo.
Y sé por qué me diste
Alas ¡oh Dios! para tender el vuelo
En torno á cuanto existe;

Y sé por qué estoy triste,
Y por qué en mi dolor bendigo al cielo.
Que cuando de esa altura
Bajo á mi corazón y acaso siento
Nublarse la ventura,
Vuelve en la sombra oscura
A alzarse triunfador el pensamiento.
¿Y quién de la onda bebe
Que el alma ardiente del poeta aspira,
Si al Cielo numen debe,
Y el ángel es quien mueve
El plectro de oro en su inspirada lira?
Si en cambio á vanidades
De mísero esplendor ó torpe ejemplo,
Su luz son las verdades,
Amor, Fe, sus deidades,
Y tú, piadosa Soledad, su templo;
Ampárame en tu asilo
Del propio error y del sentir del hombre;
Que mientras corra el hilo
De mi vida, tranquilo,
Al són del arpa ensalzaré tu nombre.

PORVENIR DE AMÉRICA

PREMIADA EN CONCURSO DE 1877

Tendida en las espumas
Del crespo mar que inmenso se dilata
En rizos de albas plumas,
Del polo sur al que en redor desata
Aurora de carmín y de oro y plata,
Alzas tu sien, y en ella,
Joya engarzada á tu corona, envía
Su clara luz la estrella
Que en los escollos de la mar bravía
El rumbo al nauta entre las ondas guía.
Y del rosado oriente
Hasta do espira el sol entre esplendores,
La rica zona ardiente

Que Flora esmalta en vívidos colores,
Luces gentil por ceñidor de flores.
Y al beso estremecida,
De la onda azul del piélago sonoro,
Despiertas á la vida,
Te engalanas del índico tesoro,
Y abres al mundo tus veneros de oro.
En vano te aprisiona
De fuerte lazo la coyunda estrecha,
Que ciñes la corona,
Tiendes el arco y, en la lid deshecha,
Vibra en el aire tu salvaje flecha.
Lidias, hieres: tu encono
Responde al grito de invasoras greyes...
Tiembla del Inca el trono,
Sucumbe el de Anahuac... cultos y leyes,
Tus ídolos, tus dioses y tus reyes.
El vencedor altivo
Luégo en la red de su gentil belleza
Quedó á su vez cautivo,
Y nueva estirpe de indomable alteza
Fué el fruto de tu amor y su grandeza.
La estirpe fué que un día
Sobre el ala de triunfo, en ansia extrema,
Vuela y lucha á porfía,
Y el soberbio León que de ira trema
Arranca y rompe la real diadema.
Y ante la excelsa lumbre
Del ígneo sol del trópico candente,
Desde la erguida cumbre
Del rey del Ande á Atlántico rugiente,
Vió un mundo libre levantar la frente:
La enaltecida raza,
América inmortal, que á tu hemisferio
Nuevos dominios traza,
Donde alcance, ya roto el cautiverio,
Regir su cetro, universal imperio.
Y esa la augusta tierra,
Tierra del porvenir, del sol amada,
Con su gigante sierra
De entre áureas brumas hasta el cielo alzada,
Trono de vida y de la luz morada.
En ella entre huracanes
Donde baten sus alas los condores

Revientan sus volcanes,
Y su nieve, deshecha en surtidores,
Corre, baja y fecunda sus alcores;
Sigue y en la ancha vena
Hinche su almo caudal por nuevas zonas;
Y ya su onda inserena
Cubre Orinoco de flotantes lonas,
Y al Ponto vence intrépido Amazonas.
Y más allá, desiertos
De arenas de oro y trémulos palmares,
Campiñas que son huertos,
Conchas, joyeles de sus verdes mares,
Los cielos luz y el céfiro azahares.
Y más allá en la nieve
Que Bóreas cuaja y desbarata Estío,
Donde sus linfas mueve
Al estruendo del Niágara Bravío
Undoso Ontario y murmurante Ohío,
Sobre feraces campos
De ricas mieses que el verano dora,
Se cierne entre los lampos,
Reflejos vivos de eternal aurora,
El águila del Anglo vencedora.
Y bajo su plumaje
Rizado al viento, mira en sus regiones,
En férvido oleaje,
Surgir los pueblos, y llevar sus dones
La austera Democracia á las naciones.
Y aquí y allá más lejos
Lares dormidos de murmurios vagos,
Y claros como espejos
Que argenta el Sol con próvidos halagos
En red los ríos y en collar los lagos:
Y en su cristal sereno
De ricas naves opulenta flota,
Que atesorado el seno,
Su carga impele sobre la onda rota,
Del indio suelo á la región remota.
Tierra do aroma y galas
Del seno virgen desparrama el viento,
Donde con raudas alas
Vuela, de vida y ámbitos sediento,
En piélagos de luz el pensamiento;
Y salva el mar y el monte

Y arranca el velo al porvenir profundo,
 Y en inmenso horizonte,
Del Ande al Volga, al Eufrates fecundo,
Quiere inundar de libertad el mundo.
 Tal será tu destino,
Tierra del Sol, América galana!
 Y ya el triunfal camino
Abre á tu paso en la extensión lejana
La voz del cielo y la esperanza humana.
 Así el mar lo pregona
Que oro y corales en tus playas riega:
 El sol preso en tu zona,
Su luz que ya la inmensidad aniega,
Ya entre diamantes y esmeraldas juega:
 Tus montes de arduas cimas
Donde las palmas sobre el fuego nacen;
 Tus providentes climas;
Las greyes mil que en tus llanuras pacen,
Y tus campos que en frutos se deshacen;
 Y el varonil aliento
Que inflama de heroísmo á tus legiones;
 Y el generoso intento,
La gloria, el entusiasmo, las pasiones,
Herencia de tus ínclitos varones;
 Y el pabellón de gualda,
Carmín y azul que ondeando entre esplendores
 Cruzó la andina falda,
Y envuelto en sus eternos resplandores
El Numen que venció los vencedores.
 Temor no te amedrente;
Te escudan la Justicia y la Esperanza;
 Y en nimbo de tu frente
Tendida en arco sobre el cielo lanza
Promesa al mundo de eternal alianza.
 Y entre misterios guía
Tu carro Dios á la inmortal palestra,
 Y nuevo, eterno día
Al Universo redimido muestra
Bajo el pendón que al sol brota en tu diestra.
 No en vano galardona,
De cuanto el orbe en su grandeza crea,
 El cielo tu corona:
Ni en vano en tus dominios centellea
Más que el rayo del sol, el de la idea.

Escucha cual se agita
Del mundo antiguo el corazón ya frío,
Y cómo resucita
De tu aliento al calor con nuevo brío,
Y aclama ya tu egregio poderío.
Y mira en los escombros
Que aun son de su soberbia altivas marcas,
Cuál buscas entre asombros
Tribus, sectas, filósofos, monarcas,
Otra vida, otra luz, otras comarcas!
¿Qué tardas? vuéla, acúde,
Triúnfa del tiempo en tu veloz carrera,
La inmensidad sacude,
Y en la meta clavando la bandera
Funda, redime, glorifica, impera!
Ya de uno al otro polo
Al hombre miro en sus remotos lares
Rendir un culto sólo,
Sólo un Dios adorar en tus altares,
Y regir una ley tierras y mares.
Y una sola conciencia,
Un lenguaje no más, una doctrina,
Un código, una ciencia;
Y universal imperio que ilumina
De eterna luz la libertad divina.
Y tu allí, en el fulgente
Trono, cercada de grandeza tanta,
Oyes, cuál vibra ardiente
Y sube y al Empíreo se levanta
El himno excelso que tu gloria canta.

SOLEDAD

¿A qué tan dulces horas
Traer al corazón, Leonor altiva,
Si el sol de esas auroras
Ya pasó como lumbre fugitiva?
Callada está la ola
Del blando río; el aura no despierta;
Y mi alma está sola!
Y la tuya, Leonor......la tuya ¡muerta!

Míra el bosque, sombrío;
Mustio el ciprés; fatídica la nube;
Y tu suspiro, frío!
Como esa niebla que del lago sube.
De tanto amor, abrigo,
Allí está ¿no la ves? seca la palma
Que fué mudo testigo
Del amor de tu alma y de mi alma.
¡Iris de mil colores,
Que espléndido brillaste una mañana,
Te fuiste con sus flores
Y entre sus orlas de zafiro y grana.
Todo sobre la ola
Pasó del tiempo, con tu amor y el mío;
Y mi alma está sola!......
Y está sin tí mi corazón vacío.

LUZ DEL ALMA

Cuando miro en la noche las estrellas
Lentas cruzar en el azul vacío,
Y universos de luz contemplo en ellas,
En tí creo, Dios mío:
Cuando miro en el campo la avecilla
Que corre al nido en revolar ligero,
Llevando á sus hijuelos la semilla,
En tí, Dios mío, espero.
Y cuando vierte pálidos fulgores
Rayo de luz en el hogar sombrío,
Se abre mi corazón como las flores,
Y en tí, mi Dios, confío.

PÁEZ

ODA

Sobre corcel indómito
Que baña espuma hirviente
Cruza el desierto cálido
Jinete lidiador:

La lumbre del relámpago
Es su mirada ardiente,
La voz del trueno altísono
Su acento aterrador.
Su diestra empuña rígida
La ponderosa lanza,
Que un rayo fué de Júpiter
En la sangrienta lid;
Y absorta le ve América
Que triunfos mil alcanza
De la progenie indómita
Del valeroso Cid.
El es: ya el fuego horrísono
Cesó de heroica guerra,
Y en vez del eco lúgubre
Del bélico cañón,
El himno de las vírgenes
Se eleva de la tierra,
Del aura ondeando al hálito
Del iris el pendón.
El es: el héroe impávido
De Apure y Carabobo,
Do cual deidad olímpica
Potente dominó.
El es: los triunfos ínclitos,
Suspenso admira el globo,
Que en nuestras lides épicas
Su acero conquistó.
El es: desde las índicas
Florestas del salvaje
Hasta do espira trémulo
Atlante colosal,
Cruzó, condor gigántico
De espléndido plumaje,
Mecido con el ímpetu
Del ronco vendaval.
El es: desde las cúspides
Del Avila atalayas,
Hasta do la onda túrbida
Tiende Orinoco al mar,
Cruzó, raudal flamígero,
Las cumbres y las playas,
Y de su hirviente vórtice
Brotó la Libertad.

Mas ¿dó el hierro terrífico
Está de la pelea?
¿Dónde el arnés belígero
Del noble paladín?
¿Por qué el jinete intrépido
El arma no blandea
Lanzando el bruto rápido
Al eco del clarín?
Es que entre densa atmósfera
Su voz ya no retumba,
Y el numen que la eléctrica
Centella lanzó audaz
Ante las huestes íberas
Buscando gloria ó tumba,
Hoy es el arte présago
De la Concordia y Paz.
La frente nobilísima
Yergue que luz derrama,
Los Andes son tus símbolos,
Tu altar una nación:
De Libertad el lábaro
Tu espléndido oriflama:
Será tu excelso túmulo
El mundo de Colón.
Su Dios es la República,
Su nombre es heroísmo,
La Ley su santo código,
Su enseña la Igualdad,
Su fe la de los mártires,
Su gloria el ostracismo,
Sus sacrosantos ídolos
Son Patria y Libertad.

A MEJICO

ODA
A VICTOR HUGO

Why rise Heaven to set on Earth?
BYRON.

Ne faites point, de coups d' une bride rebelle,
Cabrer la Liberté qui vous porte avec elle;
Soyez de votre temps, écoutez ce qu' on dit,
Et tâchez d' être grands, car le peuple grandit.
VICTOR HUGO.

Hijos del Sur de América,
Hidalgos corazones,
De fúnebres crespones
Vestid la Libertad!
Sus pérfidos apóstoles
No por su culto abogan,
Que en lodo y sangre ahogan
Su excelsa majestad.
Del mejicano piélago
La ensangrentada ola
Rueda, desquicia, viola
La ley, la Religión.
Contra ese torpe escándalo,
Toda alma noble y libre
Tremendo rayo vibre
De eterna maldición!
¿Do están las glorias, Méjico,
De tu brillante liza......?
Tus timbres son ceniza,
Humo tu honor triunfal;
Tus defensores ínclitos,
De libertad sagrada,
Al envainar la espada
Blandieron el puñal.
De la extranjera cuádriga
Al destrozar el yugo,
El héroe fué el verdugo,
El vincto el vencedor,
Y de la turba estólida
Ante el feroz delirio
Divinizó el martirio
Al regio usurpador.

Teñido en sangre el lábaro,
Marchitas tus coronas;
Si libre hoy te pregonas
Del déspota imperial,
Caerás, oh tierra mísera,
Que el propio ser desgarras,
Entre las corvas garras
Del águila boreal.
De tu infantil República
Al erigirse el templo,
Dió á América alto ejemplo
De oprobio y de baldón.
Allí tu honor, tus títulos,
Tu nombre, tu hidalguía,
Manchó la cobardía
Con fúnebre borrón.
Ruge, Orizaba ignívomo,
Con iracundo trueno,
El humo de tu seno
Entenebrezca el sol;
El lóbrego patíbulo
En roja luz sepulta!
Allí á la muerte insulta
El bárbaro Ahuitzol. (*)
Colima, arde flamígero;
Tu tromba ígnea levanta,
Mientras la turba canta
De Hapsburgo en el panteón!
Así elevaba, al tétrico
Fulgor de inmensa pira,
De la pagana lira
Sus cántigas Nerón.
Oh Juárez! cuando indómito
Sobre el corcel salvaje
Guïaba tu plumaje
Tu raza á combatir,
Y bajo el iris fúlgido
De la inmortal bandera,
Tu noble enseña era
Triunfar allí ó morir.

(*) Jefe mejicano.—En 1486 sacrificó 72.000 prisioneros, y no obstante se le considera como el más liberal de todos.—Sánchez Bustamante, Historia de Méjico, t. II. p. 144.

Yo del laurel del Avila
Guirnaldas te ofrecía......
¡Ay! á su trono uncía
Tu carro el invasor;
Hoy de desprecio y cólera
Siento inflamarse el alma......
Si al héroe dí la palma,
Maldigo al matador.
No fué castigo al ínvido
Amago de los reyes:
Ultraje fué á las leyes
La torpe iniquidad.
¡Cuánta lección de crímenes
Ve el alma sorprendida,
Bajo tu augusta egida,
Oh santa Libertad!
Hugo! tu voz altísima,
Tu generoso acento
Se evaporó en el viento,
Como fugaz rumor;
Sólo á la noble súplica
Responde el eco "en vano,"
Y cruza el oceano
Vibrando gemidor.
Mas no en las verdes márgenes
Do el mar Caribe truena,
Cisne inmortal del Sena,
Tu voz ha de morir:
No, que del Sur de América
La estirpe heroica, enhiesta,
Dará al crimen protesta,
Dará fe al porvenir.
Lleva, sonoro Atlántico,
Mi canto en tus espumas
A las flotantes brumas
De la opulenta Albión;
Y dí al Poeta olímpico
Que esta indomable raza,
Los crímenes rechaza,
Si execra la opresión.

A LA VIRGEN MARIA

PLEGARIA

Á MIS AMIGAS A. E. Y M. C.

Eja mater, fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac, ut tecum lugeam.

María! luz del cielo!
Madre de Dios y el hombre,
Cuyo bendito nombre
Adora la creación:
Envíame un destello
De tu inmortal pureza
Que aliente la flaqueza
Del frágil corazón.
La luz de toda ciencia
El mundo te proclama,
La inextinguible llama
De fuego redentor,
La puerta del Empíreo,
El iris de la Alianza,
La flor de la Esperanza,
La estrella del Amor!
Feliz quien en tí fía,
Feliz el que te adora,
El que á tus pies implora
Un rayo de tu luz,
El que en tu gracia ungido
El alma á tí levanta,
¡Oh madre pura y santa
Del que murió en la cruz!
Flor del Jordán undoso,
Fragancia del Carmelo,
Que aromas das al cielo
Y esencias al Altar:
El poderoso germen
Que tu capullo encierra,
Fecunda el ancha tierra,
La inmensidad del mar.
Baña mi mente altiva
Que aura profana azota,
En una sola gota

Del manantial de Job;
Y subirá á tu alcázar
Mi súplica en su vuelo,
Tan fácil como al cielo
La escala de Jacob.
Tú eres la limpia y pura,
La de virtudes llena,
La que el impulso enfrena
Del mundanal error:
La que la gracia evoca,
La que la fe germina,
La encarnación divina
Del Verbo Redentor.
Naciste! y suspiraron
Los vientos gemidores,
Los cármenes de flores
Cubrieron su extensión;
Los astros con luz nueva
La tierra iluminaron,
Y en himnos mil vibraron
Las arpas de Sïón.
Moriste! y tu ceniza
La tumba apenas toca,
Cual conmovida roca,
Tembló Getsemaní;
Mas luégo al trono excelso
Volaron tus despojos,
Do lanzas de tus ojos
La luz de Adonaí!
Alfombra es de tus plantas
El éter de zafiro,
Donde en eterno giro
La luna va á tus pies:
Y allí la sien ceñida
De sacros resplandores,
Las culpas, los errores,
Del Universo ves.
Paloma bendecida
De las empíreas salas,
Que viertes de tus alas
La excelsa beatitud,
Esparce en el camino
De mis oscuras horas,
Las místicas auroras

Del sol de la Virtud.
Tú, cual la escarcha pura,
Cual la esperanza bella;
Tú, la adorada estrella
Que el alba sigue en pos;
Tú, del pudor santuario,
Tú, de virtud venero,
Tú, del amor lucero,
Tú, emanación de Dios,
Tú, á cuyo dulce aliento
De tierna poesía,
En su morada umbría
La sien dobla Satán;
Tú, ante quien muere el rayo,
Tú, ante quien calma el trueno,
Tú, á cuya voz, sereno
Se humilla el huracán.
¿Si de la fe eres norte,
Si eres de gracia el arca,
Si cuanto el mundo abarca
Te adora ¡oh madre! dí,
Con tan profanos labios
Cual los que tiene el hombre,
Cómo encontrar un nombre
Para ensalzarte á tí?
El muelle són del agua,
Del aura la armonía,
La tierna melodía
Del dulce ruiseñor,
El ruido del follaje,
El suspirar del viento,
Mezquinos en su acento
Murmuran tu loor.
Dame los dulces sistros
Del sempiterno coro,
Cuando á tus plantas oro
¡Oh Madre celestial!
Que para alzar mis ruegos
A tu suprema esencia,
No tiene voz ni ciencia
Mi corazón mortal.
¡Madre de amor! al náufrago
En la mundana ola,
Envía de tu aureola

Un rayo de zafir:
Generatriz fecunda
De gracia y de clemencia,
Protege mi existencia,
Ampárame al morir.

A LA LIBERTAD

ODA

Á ARÍSTIDES ROJAS

Aguila de la Gloria!
Mensajera invisible del Destino,
Que al Genio ó la Victoria
Ciñes por prez, en su triunfal camino,
El áureo manto y el laurel divino!
Tú, que sobre las brumas
De las pasadas éras ya remotas
Agitando tus plumas,
En los pomposos huertos del Eurotas
Diste á Homero y á Píndaro sus notas!
Tú, que del sacro Tibre,
Que al pie truena del regio Capitolio,
Haces que rayos vibre,
Para inmolar al universo libre,
Cada César que eriges sobre el solio!
De la región del viento,
De donde abarcas con mirar profundo
Tanto anhelar sediento,
Presta á mi numen soberano aliento
Para cantar la libertad del mundo!

I

La Libertad......! ¿y en dónde,
En dónde están su trono y sus altares?
Europa no responde......
Asia duerme, al arrullo de sus mares,
Sueño de esclavitud entre sus lares.

Las que argentaba el Nilo
Sacra Menfis y Tebas, la preclara
Tierra del Copto asilo,
Calla servil de su abyección avara,
Mientras ruge el simún sobre el Sahara.
Del Destino á la planta
Tiembla Grecia! la reina del Egeo
Su sien ya no levanta,
Ni á los himnos triunfales de Tirteo,
Ni al épico heroísmo de Teseo.
Su egregio poderío
Barrió el soplo de ardientes tempestades;
Del Partenón sombrío,
Maravilla inmortal de las edades,
Huyeron las olímpicas deidades.
En vano ofrenda viva
Fué de tu culto el Aventino monte:
La humanidad esquiva
Esa luz celestial que fugitiva
Ilumina del mundo el horizonte.
Su resplandor la ciega:
Y de Manlio inmortal la sangre en vano
El Palatino riega......
La cerviz del Areópago romano
Huella el carro del Júpiter pagano.
Y ese es el vasto imperio
Del Universo...... su señora es Roma,
Leyes da á un hemisferio,
Desde el Tanáis hasta do el Ebro asoma,
Del Cáucaso al sepulcro de Mahoma.
Mas ¡ay! que en ancha pira,
De sus tribunos al clamor infausto
Tanta grandeza espira!
Muere la Libertad! y el mundo exhausto
Rinde el cuello al sacrílego holocausto.
Y España enciende hogueras;
A Erín devora Albión; la sangre arropa
Las ítalas praderas;
Del Huno, el Moro, el Parto las banderas
Enlutecen los campos de la Europa.
El sol del Viejo Mundo
Con fatídico brillo centellea.
Voz de estertor profundo
La tierra abarca y por el mar pasea,

Y el espacio circunda, gigantea.
  Y en medio al torbellino
Que el orbe azota con su soplo insano,
Por salvar tu destino,
¡Oh Libertad! al porvenir humano,
Muere en la Cruz el Redentor divino.
  Sangre del Dios Mesías,
Del Gólgota al correr por las pendientes,
En las sandalias pías
Irá de los Apóstoles fervientes
A sembrar por el mundo tus simientes.
  En vano el férreo casco
Del escita corcel la arena inflama,
Y el hierro de Damasco
En el torneo el paladín reclama,
Muriendo por su honor y por su dama;
  En vano la Edad Media
Abre al *Juicio de Dios* circos impuros;
Y el caballero asedia
La beldad y el amor en hierros duros
Bajo el alcázar de arruinados muros;
  En vano en el abismo
De diez siglos, romance de la Historia,
Sepulta el Feudalismo
Artes y Leyes...... Religión y Gloria,
Tu excelso culto y tu inmortal memoria;
  En vano! que ya altiva
La clámide triunfal ciñen tus hombros,
Y en luz fecunda, viva,
La tierra de los bíblicos asombros,
Y el polvo de los góticos escombros.
  Tu vivífica aurora,
Las nubes al rasgar del pensamiento,
El porvenir colora;
Y tus alas inmensas sobre el viento
Amparan la justicia y el talento.
  Ya al arte diviniza
El sacro fuego del buril romano......
Y el rayo se esclaviza,
Y el genovés, de aliento soberano,
Otro mundo arrebata al Oceano.
  Y el Genio en su arrogancia
Los lindes escalar ávido intenta
Del tiempo y la distancia,

Y ufano de su triunfo al orbe ostenta
El vapor, y el telégrafo, y la imprenta.
  En tu sagrado nombre
El Leopardo de Albión firme defiende
Los derechos del hombre;
Y en los espacios que tu luz enciende
El águila del Norte el vuelo tiende.
  Con tu broquel se escudan
La Bélgica gentil, la Holanda austera,
Y libres te saludan
Cabe el Alpe cien pueblos donde impera
El poder de la Helvética bandera.

II

  Mas, tú, Estambul......! sultana
Que al brillo de la torva Media Luna
Te prosternas liviana......
Alza, combate, eleva á la fortuna
Tu estirpe sierva y tu manchada cuna!
  Y, tú, la de los Czares,
Raza que cubre la servil librea!
Desdeña paz y hogares,
Arroja tu baldón, sucumbe...... ó sea
El Kremlín imperial templo de Astrea!
  Polonia! de la tumba
Torna á la lid y á tus verdugos cava
Sangrienta catacumba!
De Kosciusko y del héroe de Pultava
Las sombras guíen tu robusta clava!
  Ampare á las Naciones
¡Oh sacra libertad! tu augusto manto!
Leonidas y Catones
Germinarán bajo tu soplo santo,
De la opresión para terrible espanto.
  Contempla allá entre el humo
Cuál Canarís sobre el bajel pelea,
Y con arrojo sumo,
Mientra el hierro en su diestra centellea,
En la otra agita vengadora tea.
  Mira á Vergniaud sublime,
Que ledo, heroico...... envuelto con tus galas,
La guillotina oprime,
Y vuela en triunfo á las etéreas salas,
De su martirio y su virtud en alas!

Y allá, sobre los hielos
De la que besa el mar y el sol colora
Con fulgurantes velos......
Entre el incendio de boreal aurora,
Ve de O'Cónnell la frente triunfadora!
Y más distante...... al lejos,
Coronada de palmas y de plumas,
Mira entre almos reflejos,
La que bañan del Hudson las espumas,
La que corona el Ande con sus brumas!
América......! que un día,
Para cubrir su sien con tus cendales,
En lid de gallardía,
Convirtió sus campiñas en eriales
Y en piélagos de sangre sus raudales.
Allí, como alto ejemplo,
De los prodigios que en su suelo expandes,
Guardan tu augusto templo
Wáshington......el Patriarca de los Grandes,
Y Bolívar...... el genio de los Andes.
Qué nombres! qué memorias!
Salva el uno á su patria y rinde ante ella
La espada de las glorias;
El otro la Fortuna ata á su huella,
Redime un mundo y sus destinos sella!
Y esos son tus atletas,
Que el martirio ó la gloria diviniza!
No los falsos profetas
Que el odio impele ó la ambición atiza
Sobre campos de fuego y de ceniza.

III

Tú ¡Libertad divina!
No eres el huracán que en ígneo vuelo
Truena, abate, extermina......
Virtud y Amor amparas con tu velo,
Y tu imperio es la luz, hija del Cielo!
No en cuádriga de llamas,
Ceñida de relámpagos la frente,
Las naciones inflamas,
En pos dejando en tu furor demente
De generosa sangre ancha corriente.
Profetisa celeste,
Tu dominio inmortal es la esperanza,

Y tu gloriosa veste,
Que el iris ciñe de la eterna alianza,
La humanidad á bendecir ya avanza.
En triunfo nunca visto
Llene tu voz el porvenir profundo,
Cumple la ley del Cristo,
Y el sol de la verdad, tu sol fecundo,
Alumbrará los ámbitos del mundo.

INTRODUCCION

DE UN POEMA INÈDITO, Á VENEZUELA

CARACAS

Venir vedrami al tuo diletto legno,
E coronarme allor di quelle foglie,
Che la matera e tu mi farai degno,

DANTE.—*Paradiso.*

I

Genios de luz de las etéreas salas!
Espíritus de amor y de armonía!
Aves canoras de encendidas galas!
Auras de Abril que en la arboleda umbría
Al són del agua adormecéis las alas,
Dad vuestra tierna voz al arpa mía,
Y el nombre tuyo, en generoso verso
Irá, ciudad gentil, al universo.

II

Ciudad del corazón! bajo tu cielo
Aun vagan mis primeras ilusiones,
De tanto amor las lágrimas, el duelo
Y el eco de mis tímidas canciones;
Aquí la voz del paternal anhelo
Me enseñó de virtud altas lecciones,—
Y aquí tu cuerpo bajo losa fría
Duerme el eterno sueño, madre mía.

III

Brisa fugaz que cuando el alba asoma

Bebes la esencia que en las rosas mana,
Azucenas silvestres que en la loma
El rocío aspiráis de la mañana,
Henchid mi corazón con el aroma
Que os brinda la floresta americana,
Y dirán mis cantares cómo brillas,
Emperatriz del mar de las Antillas!

IV

Diré cuál bajo sauces y palmares
Que entoldan el azul del firmamento,
Entre huertos de blancos azahares,
Do enamorado serpentea el viento
Y desatan las aves sus cantares,
Sobre florida alfombra alzas tu asiento,
Y del Avila al pie la frente inclinas
Tejiéndote guirnaldas sus colinas.

V

Diré cual se desatan bullidores,
En trenzas mil por la campestre falda,
Tus arroyos en limpios surtidores
Rodando sobre cuencas de esmeralda,
Hasta poblar tus cármenes de flores,
Que el sol matiza de zafiro y gualda,
Á donde agita entre olorosas brumas
La suelta garza sus nevadas plumas.

VI

Diré cómo en las aguas de esas fuentes
Que bajan de las cumbres susurrando
Con inquieto girar, en sus corrientes
Vivos iris de luz reverberando,
Sus tiernos picos y alas transparentes
Sumergen las palomas revolando,
Y al onda fían, de rubor ajenas,
Los talles de alabastro tus sirenas.

VII

Venid, las que á los rayos de la luna,
El cabello en flotantes espirales,
Al borde de la fuente ó la laguna,
Contempláis vuestra sombra en sus cristales;
Venid en mi redor, que la fortuna

Dió á mi laúd los himnos tropicales,
Que más que el agua en su corriente pura
Cantarán vuestra espléndida hermosura.

VIII

Venid las que á las danzas y alegrías
Impele el mundo y el deleite llama,
Hermosas que á la luz de las bujías
El seno dando que el placer inflama,
Al són de vaporosas armonías
El eco oís que vuestro amor reclama:
Yo os pintaré en mis cántigas de amores
El áspid escondido entre sus flores.

IX

Venid también en torno á mis canciones,
Fecundos bardos del solar nativo,
Los que buscáis indianas tradiciones
En viejos fastos de olvidado archivo:
Yo os contaré las guerras, las pasiones,
La indolencia, el amor, el ceño esquivo
De aquella raza que en la lid deshecha
Quebró en sus arcos la salvaje flecha.

X

Veréis, bajo los índicos cocales
Coronados de flecos cimbradores,
Sus vírgenes sin tocas ni cendales,
Desnudos los hechizos tentadores,
Que orladas de madejas de corales,
Tendidas en columpios de colores,
Sueñan bajo sus móviles cortinas
Al eco de las gaitas campesinas.

XI

Venid, veréis sus horas cuál corrían
Entre aromas y lánguida pereza,
Las plumas que del cinto se prendían,
Las flores que adornaban su cabeza,
Las sartas y aderezos que ceñían
Al cuello y brazos de gentil pureza,
Cuando al muelle rumor de sus festines
Danzaban sobre rosas y jazmines.

XII

Venid! para volar á esas edades
Fin encontrando á mi ambicioso anhelo,
Sus alas me darán las tempestades
O el cóndor de los trópicos su vuelo:
Y os diré cuál perdió sus libertades
La extinta prole y defendió su suelo,
Hasta rodar bajo el sangriento dique
De sus tribus el último cacique.

XIII

Cayeron sus penates y sus lares,
Se secaron sus ríos y sus huertos,
Cenizas son sus plácidos hogares,
Sus jardines estériles desiertos;
Que otra raza erigiendo otros altares
Sobre los huesos de los vinctos muertos,
Allí grabó de su poder las marcas
Con "la última razón de los monarcas."

XIV

Sacra ciudad! escritas en tu escudo
De ambas razas tú guardas las memorias,
Donde se admira cuál la errante pudo
De la culta á la par lucir sus glorias;
Mas si se odiaron con instinto rudo
Muerte y ruinas sembrando en sus victorias,
Luégo en una las dos su sangre unieron
Y heroica estirpe al universo dieron.

XV

Diré cómo en tu tierra ensangrentada
Tras tanto encono y odio tan profundo,
La de Europa á la índica enlazada
Esa progenie alzó, que árbol fecundo
Al subir por tu atmósfera abrasada
Fué á oscurecer el sol del viejo mundo,
Por frutos dando en su vigor potente
La libertad del nuevo Continente.

XVI

La Libertad! planeta esplendoroso,
Iluminó tus huertos y arenales,
Y de su disco al rayo generoso

Fueron mieses y flores tus eriales;
La Ley sobre su trono luminoso
Al siervo y al señor proclama iguales,
Y hollando las vetustas tradiciones
Deja en el polvo timbres y blasones.

XVII

La Virgen de la paz en tus comarcas
Posó su vuelo, y sacudiendo leda
Los gérmenes fecundos de sus arcas,
Pobló de aves canoras tu arboleda,
Tus anchos ríos de ligeras barcas,
Y en tus nopales á eclipsar la seda
De la púrpura asiática teñida,
El fúlgido carmín brotó á la vida.

XVIII

Entonces, en tus prados florecidos,
Más dulce el aura suspiró en las fuentes:
El cisne y las palomas en sus nidos
Murmuraron arrullos más ardientes;
Perlas dieron tus mares extendidos,
Corales sus abismos transparentes,
Tus argentinos ríos un tesoro,
Tus campos lirios, tus montañas oro.

XIX

Tu sol de fuego iluminó sus ojos
Con luz estiva ó resplandor sereno,
Según suspiran de placer ó enojos;
Nevó tu escarcha su turgente seno,
Tu múrice encendió sus labios rojos,
Y el aire blando de perfumes lleno,
Que en torno vaga á tu arboleda umbría,
Divinizó su tierna canturía.

XX

Y alarde haciendo de su encanto bello
Las ninfas de la estirpe americana,
Su talle esbelto y el ebúrneo cuello,
Su nívea faz que matizó la grana,
Los sueltos rizos del sutil cabello,
El pie ligero de estatura enana,
Eclipsaron la magia y el aroma
De las huríes que soñó Mahoma.

XXI

El tórrido fulgor de tus llanuras
Prestó á tus hijos varonil aliento;
De tus tinieblas trémulas y oscuras
Se elevaron las artes y el talento;
Y luz brotando tus doctrinas puras,
Libre, ya como el aire, el pensamiento,
Diste al mundo tus ínclitos varones,
Y de ciencia y virtud altas lecciones.

XXII

Tú diste cuna al vencedor atleta,
Cuyo circo triunfal fué el patrio suelo,
Genio inmortal que en su ambición inquieta
Hasta el trono del sol llevó su vuelo,
Y no encontrando á su carrera meta,
Fué á arrebatar el iris hasta el cielo
Que en ígneas orlas en su fuerte brazo
Las cumbres alumbró del Chimborazo.

XXIII

Venid á ver el sueño del Gigante!
Colombia la inmortal! Sobre su tumba
Saldrá á mi voz su sombra palpitante
Del seno de la abierta catacumba,
Y oiréis los ecos del cañón tonante
Que en su áurea cuna con fragor retumba,
Arrullando triunfal la ígnea corona
Que al universo su poder pregona.

XXIV

Venid! Voy á narrar la excelsa historia
Del suelo patrio á la futura gente;
Los hechos dignos de inmortal memoria
De la remota edad y la presente;
Y arrojando en la trompa de la Gloria
El soplo que me anima, alta la frente,
Con fuerte voz, mas sin cobarde insulto,
Rendiré á la verdad austero culto.

XXV

Venid á oír los himnos que otros días
Alzó á la gloria mi laúd terreno,
Que Dios para cantar las armonías,

Latentes, Patria, en tu fecundo seno,
Me dará sonorosas melodías
Y el ronco estruendo con que ruge el trueno......
Ya obedezco su voz, pulso la lira,
Y el hombre escuche lo que Dios me inspira.

D. ANDRES ANTONIO SILVA

Nació en Pampatar, pueblo de la isla de Margarita, el año de 1830. Fueron sus padres D. Andrés de Silva y la Sra. Dª María del R. Fernández.

Obtuvo en la Universidad de Caracas la borla de Doctor en Jurisprudencia, y ha figurado en alta escala en la política del país.

Es escritor de costumbres y gusta de cultivar la poesía.

EL RUISEÑOR A LA LUNA

Mi vida es la del bosque; y es mi canto
El canto del dolor, y mi tristeza,
La pena universal!
De las ramas el dulce movimiento,
El murmurio apacible de las fuentes,
La triste oscuridad
De la noche, y el ruido de las selvas,
Y el aire embriagador de las montañas,
Un tiempo supe amar!
Mas desde el sauce en que hora me columpio,
Busco tu faz esplendorosa ¡oh luna,
Oh luna tutelar!
Y si tu faz ocultas entre nubes
Y esplendores de fuego, mi cabeza
También debo ocultar,
Y la oculto gimiendo bajo el ala;
Mas si brillas tranquila allá en los cielos,
Escúchame cantar:

Pues sólo para tí preludios canto;
Para tí tengo notas de armonía,
Yo sé también amar!
Desde el fondo del bosque yo te sigo,
Y sueño con tus rayos nacarados......
Si pudiera llegar
A la región que ocupas esplendente,
¡Cuál fuera mi ventura, y cuánta dicha
En esa inmensidad!
Pero son las del pájaro mis alas;
Y el vuelo de la tierra á esas alturas
No puedo remontar.
Es la ley del destino!......A cada uno
Señala Dios su término y su ruta:
El águila caudal
En los espacios mora, y vuela y huye,
Huye á la humanidad;
Y el hombre, en tanto, que ama lo infinito,
Dotado de razón é inteligencia,
Bellísimo ideal,
Imagen del Criador, con alma libre,
Inspiración de un Dios omnipotente,
Jamás llega hasta allá.
Yo cantor de la noche, rey del bosque,
Con ardiente pasión te adoro triste
Y me esfuerzo en volar
Por subir hasta tí; mas todo en vano......
Antorcha de la noche, astro divino,
Resplandor celestial,
Oh! ¿porqué junto á tí, vivir no puedo?
Yo sufro, y tengo envidia hasta del aire
Que forma tu sitial!
Yo sufro, y tengo envidia de la nube
Que te sirve de lecho...... y de las flores
Que sabes platear!
Oh luna! hasta la virgen pudorosa,
Envidia tu castísima pureza,
Tu cándido cendal.
Mi misión es cantar; pero si canto,
Es el canto postrero del suicida,
El eco del pesar,
Lanzado por el alma acongojada,
Víctima del amor, que en su amargura,
Sólo sabe llorar.

Tu nombre es bendecido por el mundo,
Consuelo de los tristes, dulce luna,
Tu misión es brillar!
Y la mía es morir! morir amando
Amándote por siempre, luz del alma;
¡Oh, mírame expirar!
Mírame, bella luna; y cuando al suelo
Yerto cadáver ruede el cuerpo mío
¿Mi voto cumplirás?
Alumbra bondadosa mi sepulcro,...
Que tus rayos penetren en mis ojos......
¡Tu luz me ampará!

D. VICENTE A. RENDON

Por el año de 1830 nació en Barinitas, pueblo de la antigua provincia de Barinas, este apreciable literato. Educóle su padre político el Sr. D. Antonio María Chacón, y siguió estudios en la Universidad de Mérida. Viajó por la Nueva Granada donde comenzó á publicar sus trabajos literarios, y regresó á Venezuela por el año de 1876.

La muerte le sorprendió en Petare á la sazón que regentaba el Colegio Federal del antiguo Estado de Bolívar.

JEHOVAH

ODA

¡Autor del universo,
A quien rendido adora el alma mía!
Dame fuerza á que cante
Y mi labio hácia tí siempre levante!
¿Aquién le fuera dado
Hasta el trono llegar en que te asientas,
Y á la faz de tu gloria
Trocar su triste y mundanal escoria!

Pudiéralo, Dios mío,
Y entonce, al són de mi ferviente anhelo,
Depuesta mi rudeza,
Tu rostro miraría y tu grandeza.
Mas, leve gusanillo,
Ni mi ser deleznable yo comprendo,
Y sólo sé que existo
Y que de polvo y vanidad me visto;
Que por tesoros tengo
Una gota de llanto en mis pupilas
Y en la tierra, insegura,
El área en que cabrá mi sepultura.
Ni en la memoria mía
Encontraré una voz que te comprenda,
Pues sólo sé que te amo
Y que mi Dios y mi Señor te llamo.
Si, como el sol, pudiera
Con volcánica luz radiar tu esencia,
Que tu poder concibe
Y en el éter girando le describe,
Y luz y vida dando
Los mundos cruza en incansable vuelo,
Sujeto á tu obediencia
Y anunciando doquier tu Providencia!
La tibia y mansa luna,
Su faz rielando en el cerúleo lago,
Nos refleja tu cielo
Cual nuncio de ventura y de consuelo.
Los murmurantes mares
En sus cóncavos lechos retenidos
Entonan tu alabanza
Y su gigante voz al cielo alcanza;
Sentado á sus orillas
He escuchado mil veces sus rumores
Y al través de sus brumas
Bordado "Jehovah" ví en sus espumas.
La recia catarata,
La tempestad rugiente, el rayo fiero
De acento soberano
Obedecen á un signo de tu mano;
Y al emprender su vuelo
La avecilla también en el espacio

El adorado Delta
Rauda describe en su figura esbelta (1)
 Todos te temen y aman,
El magnate orgulloso y el labriego,
Y obedecen tus leyes
Desde el último insecto hasta los reyes.
 Si yo, Señor, te temo,
Mayor es el fervor con que te amo,
Por doquiera te veo
Y en todas partes tus bondades leo.
 Tú del átomo eres
El Dios, y autor de todo cuanto existe,
Desde lo más preciado
Al caracol que arrastra por el prado.
 Yo paso aquí mis horas
Tu creación mirando embebecido,
Y en este arrobamiento
Las horas van pasando y no las siento.
 Después ¡con cuánto celo,
En medio ya de las nocturnas sombras,
Te ofrezco mi plegaria
Al volverme á mi estancia solitaria!
 Tan solo Tú podrías
Oír el himno universal, sencillo,
Que la grata criatura
Te dirige, Señor, en su ternura.
 Acógelo, Dios mío,
Con sonrisa de Padre, y que en tu mano
Se convierta en bonanza
Y en símbolo de amor y de esperanza!



D. JESUS Mª MORALES MARCANO

Nació en Cumaná el año de 1830. Terminados sus estudios de filosofía en aquella ciudad pasó á la Universidad de Caracas, donde recibió el grado de Doctor en Jurisprudencia. Después de la muerte de su padre, acaecida

(1) Véase el ave llamada Isósceles.

en 1854 en la acción de Coduto, viajó por Francia y España. A su regreso á Venezuela, en 1858, fué electo Diputado á la Convención Nacional. Desempeñó en aquella época las carteras de lo Interior y Justicia, Hacienda y Relaciones Exteriores, y redactó como Plenipotenciario varios arreglos y convenciones diplomáticas.

Prosador y orador distinguido, cultivó con pasión las letras y ha dejado inéditas algunas obras, entre ellas la traducción de las odas de Horacio. De estas versiones insertamos en seguida algunas.

El Dr. Morales Marcano murió en Caracas el 17 de mayo de 1888.

ODA VII DEL EPODON

AL PUEBLO ROMANO

¿A dónde, á dónde os despeñáis impíos?
¿Porqué la diestra airada,
A empuñar vuelve la depuesta espada?
¿No ya bastante nuestros patrios ríos
Tiñó en sangre latina infanda guerra
Y tiñó el mar y enrojeció la tierra?
¿Y á qué tan cruenta lid? No á que el Britano,
Antes jamás vencido,
La vía Sacra descendiese uncido
Al triunfal carro de adalid romano;
Ni soberbios ¡Cartago! en pavorosa
Hoguera á hundir tus muros ¡envidiosa!
Mas ¡oh dolor! con parricida acero
A consumar la ruina
Con que imprecarte osó, Roma divina,
El odio de los Partos agorero.
No así el león, ni el lobo, en saña fiera,
Su propia raza extirpan carnicera.
¿Qué furor os arrastra? A qué influencia
Fatal rendís tributo?
¡O de un crímen quizá cogéis el fruto!......
Calláis......y á vuestros rostros la conciencia
Acusadora palidez asoma.
Vuestro estupor os vende, hijos de Roma!

De Remo vengadores irritados,
¡Oh pueblo de Quirino!
Penan en tí con mísero destino
Su fratricidio los Supremos Hados;
Que á esa sangre fatal cuanto inocente
Debes larga expiación, romúlea gente!

ODA V

A PIRRA

¿Quién es, Pirra, el esbelto adolescente,
Que, de aromas y esencias perfumado,
A tu seno se estrecha, en apartado
Sitio en que reina voluptuoso ambiente?
¿Tu cabello, por quién, rubio y luciente,
Con llaneza gentil llevas trenzado?
Ay! cuántas veces llorará el cuitado
En breve tu falacia, ante el potente
Dios del Amor, ya indócil á su ruego!
¡Con cuánto asombro encontrará bravía
La mar que hoy surca plácida, él, que ignora
Las perfidias del viento y que en tí fía
Extasiado en tu amor!...... Ay del que ciego
Se rinde á tu beldad deslumbradora!
Yo náufrago, á Neptuno agradecido,
Votivo cuadro suspendí en su templo
Y en ofrenda, de incautos para ejemplo,
Suspendí al par mojado mi vestido.

ODA XXXVIII

A SU CRIADO

Detesto, niño,
La pompa asiática;

No más coronas
Quiero anudadas
Con la del tejo
Sutil algara;
Ni ya solícito
Buscando vayas,
En qué verjeles
Las tan preciadas
Rosas tardías
Moran lozanas!
De hoy más apréstame
Por toda gala
Fresco arrayán;
Sólo me agradan
Del verde mirto
Simples guirnaldas,
De mirto, paje,
Que á entrambos cuadra,
A tí que añejo
Vino me escancias,
Y á mí que apuro
Copas-colmadas
Bajo la sombra
De espesa parra.



D. JUAN VICENTE MENDIBLE

Nació en Caracas el 6 de mayo de 1830. Fueron sus padres D. Luciano Mendible y la Sra. Dª Josefa María Torres. Es Dr. en Medicina y Cirugía de la Universidad de Caracas, donde ha sido catedrático de Gramática Castellana, Etimología y Sintáxis latina, é interino de Patología y Anatomía. Hace veintiocho años que regenta un Colegio. Fué laureado por la Facultad de Ciencias Médicas, en el certamen promovido por la corporación universitaria con motivo del Centenario de Bolívar. Mendible comenzó á publicar sus poesías en 1847, y todavía conserva la forma y el gusto de aquellos días del romanticismo, sobre que poco se cuida de la dicción poética.

He aquí una de sus mejores composiciones:

A LA MEMORIA DE MI ESPOSA

LA SEÑORA

CONCEPCION OSTIA DE MENDIBLE

No podré hablar?...... ¿La horrenda pesadilla
Que ha tiempo el alma en la mudez tortura,
Para dar desahogo á la amargura,
Ni un instante de tregua me dará?
¿Porqué no miro la ideal belleza
A quien cantó mi joven fantasía?......
¿Risueña en mis momentos de alegría,
Y llorosa en mis penas, dónde está?

—

¿No volverá la que de mí era dueño
Por su santa piedad y su inocencia,
Que á su humildad uniendo la indulgencia,
Con ternísimo amor me dominó:
La que cual aura que disipa el humo,
Con su sonrisa mi altivez deshizo;
Y en las veredas de insidioso hechizo
Del error sin saberlo me apartó?

—

¿Te fuiste ya porque elevaste mi alma
Al unir tu destino á mi destino;
Y al buscarte del mundo en el camino
Sólo hallaré tus huellas de virtud?
No volverás?...... Si oyeras nuestros hijos
Cómo prorrumpen en amargo llanto,
Si de la noche bajo el negro manto
Quieren buscar del sueño la quietud.

—

Pues hoy tal vez extrañarán el lecho
Que antes les hizo tu presencia blando;
Y al dormirse, de ménos van echando
El fervor maternal de tu oración:
Porque ellos entrevén la dura pena
Que á la niñez en la orfandad devora;
Y no pueden dormir en esa hora
Sin tu santa, materna bendición.

Mas dónde estás?...... Lo sé: no es pesadilla
La que me oprime con dolor profundo......
Es la terrible realidad del mundo......
¡La muerte de mi lado te apartó!
¡Oh...... Cuál se me ha grabado en la memoria
Aquella hora terrible de agonías,
En que al posar sus manos en las mías,
Sentí que en ellas el calor buscó!

—

Cuando poniendo con dudosa calma
En mí sus ojos con ternura fijos,
Exclamó: "quiero ver mis pobres hijos;"
Y los miró por la postrera vez.
Y su cuidado con profundo acento,
Me encomendó, tranquila y resignada;
Y no sé qué le respondí, turbada
El alma en dolorosa estupidez......

—

¡Ah...... Cuánta pena!...... Acaso tú pensaste
Que te pudiera sustituir un padre!
¿Quién compensa el cariño de una madre
Para pensar en reponerte á tí?
Mas ¡oh recuerdo!...... Tú, mi madre, escuchas?
Ya ver tu preferida no me es dado:
Si tú mirarla puedes á tu lado,
Ya en el mundo no existe para mí......

—

Si con gozo infantil la hubieras visto
Cual trocó del hogar en la confianza,
Su mente en luz de amor y de esperanza,
Su corazón en aras de la Fe!
Ya no irá más con religioso afecto
A prosternarse al borde de tu losa,
La que, abstraída, en torno de tu fosa
Con tus hijos orando contemplé.

—

Si hubieras escuchado sus palabras
En la última, suprema confidencia,
En que al valuar los dos nuestra existencia,
El resto de mi vida edificó......

Tú comprendiste bien cuán digna era!
¡Y he presenciado, madre, su agonía!......
Yo que la hice compañera mía,
Porque tu amor también la distinguió!

—

¡Cuán amargas las penas apuraba!
Mártir, postrada, en torno de su lecho
Aquellos niños que nutrió su pecho,
Desconsolados, viéndolos gemir.
Y si en la diestra contemplando el Cristo
Hubieras visto su imponente calma,
Dejando aquí los seres de su alma......
De lo eterno ignorando el porvenir!

—

No ignorando, que estaba bien segura
Con su fe, con su amor y su esperanza,
Que ha de gozar la eterna venturanza
El que sigue las huellas de Jesús:
Mientras que al ver las tumbas de sus hijos,
Y las guirnaldas que enlazó su mano,
Me asalta el duelo, porque pienso en vano
¿Quién les pondrá coronas en su cruz?

—

¡Oh madre! ¿escuchas...... oyes mis acentos?......
Es verdad que en la tumba se han hundido
Mi padre y tú, y que hoy ha sucumbido
La compañera que veló en mi hogar.
Me quedan, sí, los inocentes niños,
De quienes ella en el dolor postrero,
El fiel cuidado me encargó primero,
Y al bendecirlos los miró llorar......

—

Me quedas Tú, mi Dios Incomprensible!
Gracias, pues nunca me has abandonado:
Héme á tus pies; espero resignado
Para todos tu influjo protector;
Y aquí estás tú, la que ellos adoraban,
No nos dejes, escúdanos, María;
Reina del cielo, ruega, madre mía,
Por ellos y nosotros al Señor!

D. VICENTE CORONADO

Aunque nacido en Puerto Rico el 27 de octubre de 1830, es considerado como venezolano, tanto por ser de esta nacionalidad su padre cuanto por haber él crecido y educádose en Cumaná. Trasladado á Caracas en 1858, se hizo pronto de un nombre como escritor y poeta. Sirvió algún tiempo en oficinas militares, y ascendió en la carrera pública hasta desempeñar diversas Carteras de Estado. Es Individuo Correspondiente de la Real Academia Española, miembro de la Venezolana, y Director de la nacional de la Historia. Actualmente es Ministro de Hacienda.

EL CONDOR

En la empinada roca
Que los valles domina,
De enhiesta frente que á las nubes toca,
He allí el águila andina,
El soberbio condor, rey del espacio,
Pisar con altivez la excelsa cumbre,
Medir la inmensidad, bañarse en lumbre
Del etéreo palacio.
Alza el desnudo cuello
Y cresta y corvo pico luce ufano,
Y con ojos de vívido destello
Penetra la extensión, el bosque, el llano.
Bate las alas de potencia suma,
Arrójase á escalar el firmamento,
Devora espacio y á través del viento
Lleva rizada la morena pluma.
Atrás deja la nube
Donde el rayo se forja y brama el trueno,
Y en ondulante giro sube y sube
A las regiones del azul sereno.
La horrenda tempestad no teme altivo,
Ni el éter sin ambiente, ni la llama
Del astro abrasador—vívida hoguera
Que los mundos inflama—
Arrebatado en su triunfal carrera.

Nada este ardor ataja y osadía:
Inmensidad y luz busca en su anhelo,
Y luz é inmensidad le brinda el cielo
Y hacia el cráter del sol el rumbo guía,
Allá se cierne en estupenda altura,
Por los desiertos del espacio avanza,
Y un leve punto en la extensión figura
Que humano sér á distinguir no alcanza.
No más pronto del mar en lontananza
Alígero bajel corta la espuma
Y se disipa entre lejana bruma.
Ya es dueño altivo de la ardiente Zona
Y su ambición la intrepidez corona:
Ve orgulloso los vivos resplandores
En que se ciñe el luminar del día
Y debajo los mares luchadores
Y por doquiera la región vacía:
En esta soledad goza su pecho,
Rey de los seres que el espacio encierra,
Todo el azul para volar estrecho,
El sol delante y á sus pies la tierra.
Tal se encumbra el ingenio peregrino
Y á la gloria inmortal se abre camino.

LA ULTIMA LUZ

¿Del sol diré la inextinguible llama
Que aun más edades alumbrar aspira,
Y los almos tesoros que derrama?
Nó, por su encanto sonará mi lira
Cuando baja con pompa y regio paso
A su trono de púrpura y fulgores,
Y por última vez la tierra mira
Suspenso en el ocaso.
Apena adiós le dan aves y flores,
Que con letal desmayo
Al ocultarse quiebra
Tibio el fulgor de su brillante rayo
En ráfaga encendida, en áurea hebra
Sobre la nube, flotadora gasa
Que el aire lleva y deslumbrando pasa.

Ve forzoso el partir, pero vacila:
Parece que dilata la pupila
Admirando la tierra y su hermosura,
Y de más suavidad luce bañada
Su radiosa mirada,
Y que en su adiós más vívida fulgura.
Por fin desciende, al horizonte alcanza,
Y con las chispas que su disco lanza
Los varios grupos de las nubes pinta
En cien colores de preciosa tinta,
Y desparece luego
En mar deslumbrador de grana y fuego.
Yo canto la mortal melancolía
Que despiden sus últimos reflejos,
Perdidos á lo lejos,
Como los sueños en que el alma fía.
Postrer caricia de la luz errante,
Imagen del amor, brilla un instante
Y la interrumpe oscuridad sombría.
¡Se van así las ilusiones bellas!
Luto deja la luz, y luto ellas.

LA ROSA BLANCA

EN EL ALBUM DE LA SRITA. GERTRUDIS VEGAS SANAVRIA

Flor delicada y pura,
De primorosa faz y trasparencia
Y divina blancura,
Imagen de la cándida inocencia,
No cederás la palma de hermosura
Sin que aplauda mi lira
El embeleso que la tuya inspira.
Si á tu bella rival el cielo ha dado
El vistoso encarnado
Y presunción altiva
Y gentileza de que vive ufana,
Más tu modestia y sencillez cautiva.
¡Cuán preciosa despiertas

A la apacible luz de la mañana,
La nitidez por único atavío,
En guirnaldas las hojas y cubiertas
De brillador y trémulo rocío!
Si la mirada á contemplar se atreve
De tu agraciado seno la belleza,
Que recatan los pétalos de nieve
Y suave aroma envía,
Encantos luces de inefable alteza
Y ensueños dejas en la mente mía
De casto amor y angelical pureza.
Oh! blanca, pura flor, gala del suelo,
De dulce bien y suavidad modelo,
Contra el asalto de temible audacia
Guardada, no de espina punzadora,
Sino de inerme candidez y gracia!
De tí, copia divina
La naciente beldad encantadora
Que aun el rubor ignora;
Seráfico reflejo la ilumina,
En atractivos crece,
Al beso maternal la frente inclina
Y al dulcísimo arrullo se adormece,
Y ni el suspiro de profano anhelo
Osa manchar de su candor el cielo.
¡Bella rosa preciada!
A tí sólo, á tu cándida hermosura
Coronar á la virgen desposada
Y presidir su celestial ventura.
Otra busque la fama,
Con pesares y sustos adquirida;
Tú, emblema sé del corazón que ama
Y rinde en aras de su fe la vida.
Vé do la ninfa bella,
Tú eres la flor que á su guirnalda envío;
En tí hallará mi admiración por ella
Y en tí la luz del pensamiento mío.

LA LEY DE AMOR

(DE SHELLEY)

¿Ves, niña? La mansa fuente
Mézclase al inquieto río,
Y éste, en blando murmurío,
Rinde á la mar su corriente.
Vientos y auras dulcemente
Se unen con grato rumor;
Todo es lazo en tu redor;
A esta ley nada resiste:
Y yo suspirando triste
¿He de vivir sin tu amor?

Se besan montaña y cielo;
Se abraza ola con ola;
Ninguna flor está sola
Ni desdeñada en su anhelo,
Aquí el alba ciñe al suelo
Cual enamorada hurí;
Al dormido lago allí
Besa la cándida luna......
¡Tanta caricia! ¿y ninguna
He de alcanzar yo de tí!

LA REVELACION

Yo te busqué, Señor, en los acentos
De airado mar, de tempestuosos vientos;
En el grave silencio de las ruinas
Y los arcanos que la tumba encierra;
Yo te busqué en las gracias peregrinas
De la beldad risueña y seductora,
El dón más dulce que el mortal adora
Y á cuya vista floreció la tierra;
Te busqué en los placeres,
En el delirio de la humana gloria,

En las verdades que dejó la historia,
En la infinita variedad de seres.
Yo te busqué, Señor, de polo á polo;
Do quiera ví tu mente y poderío,
Do quiera te admiré...... pero tan sólo
En el dolor te conocí, Dios mío!

EL LAUREL DE LA DISCORDIA

Sonó la hora: formidable avanza
Legión contra legión: el bronce truena,
Un mar de fuego los espacios llena:
¡A vencer ó morir! á la venganza!
De bando y bando intrepidez, pujanza;
Luchan, se embisten con furor de hiena;
Muerden mil bravos la tremante arena;
Lo que el plomo perdona, el filo alcanza.
No hay ceder, no hay respiro: estrago, muerte,
Sangre do quier...... horrísono fulmina
El campo todo; incierta la victoria.
Injusto lauro al fin ciñe el más fuerte
Y aplaude el odio y la ambición domina.
¡Y esta barbarie cruel se llama gloria!



D. EDUARDO CALCAÑO

Como sus hermanos José Antonio, Arístides y Luis, Eduardo Calcaño es de Cartagena de Indias, donde nació el 10 de diciembre de 1831. Recibió educación literaria y científica en los colegios de Castillo y Montenegro y en la Universidad de Caracas hasta alcanzar el grado de Doctor en Jurisprudencia Civil y el título de Abogado de la República.

Ha tomado parte importante en la política; ha re-

dactado varios de los más acreditados periódicos, y desempeñado diversos Ministerios de Estado, los cargos de Diputado y Senador, y la Plenipotencia de Venezuela en España, lo mismo que otros cargos diplomáticos importantes.

Es individuo Correspondiente de las Reales Academias Españolas de la Lengua, de Jurisprudencia y Legislación, y de la Historia; de la de Buenas Letras de Sevilla, de la Hispano-portuguesa, de la Sociedad Geográfica de París, y de otras sociedades sabias. Individuo de número de la Academia Venezolana, ha ocupado distintas veces el sillón de Director.

Es orador de fama, poeta y prosador distinguido.

CARIDAD

Da limosna, hijo mío. El mundo todo
Sobre la ley de caridad se asienta;
Todo tiende la mano: todo vive
Del favor que recibe;
Sin el amor ajeno ¿quién alienta?
Limosna de su luz el opulento
Soberano que el cielo señorea
Da á la turba mendiga del espacio
Que cérca su palacio
Y, de ese dón á influjo, vive y crea.
Y limosna también, hasta á los antros
De tenebroso y derrüido escombro,
Lleva á su hermano la oficiosa hormiga
Que, llena de fatiga,
Cruza desiertos con la carga al hombro.
Favor es de las nieblas el rocío
Que á la abatida flor rejuvenece;
Favor la miel que la naciente rosa
A la abeja acuciosa
En copa de coral próvida ofrece.
Caridad de la brisa es la frescura
Que el fuego abrasador templa de estío;
Caridad la de Febo cuando ardiente
Aparece en Oriente
A ser escudo contra el Bóreas frío.

¿Quién no da su limosna? El río al prado,
Al sediento terruño, cielo amigo;
Abre su seno, que riquezas cuenta,
A la avecilla hambrienta
La espiga noble del fecundo trigo.
Equilibrio el amor del mundo todo,
La vida universal es solidaria.
¿Para quién el vivir no es ser mendigo,
El dolor, enemigo,
Incierto el porvenir, la suerte varia?
Mendiga el néctar del materno pecho,
No bien nacido aún, el tierno niño;
Y la madre, con más avara prisa,
Mendiga su sonrisa,
Que no puede vivir sin su cariño.
Mendiga el hombre amor sin darse tregua
Cuando la vida en la ilusión le mece;
Y el que encorvan al fin años prolijos,
El calor de los hijos,
Que de ese invierno sólo le guarece.
Caridad es el eje de los mundos;
Sin su virtud la creación zozobra;
Dios quiso hacer de la piedad el lazo
Que uniera en santo abrazo
Las partes todas de su inmensa obra.
¿Qué de los mundos que el profundo abismo
Pueblan del infinito inmensurable,
Si fraternal socorro no cambiaran
Y el mútuo esfuerzo aliaran
Por hacer su existencia perdurable?
Vivimos todos, hijo, de limosnas;
Socorrer es pagar lo que se debe:
En el santuario del honor humano
Quien no alarga la mano
Al sacramento del honor se atreve.
Mira á la luz: su generoso efluvio
Dones sin cuento por doquier derrama:
Da nieve al lirio, púrpura á la rosa,
Oro á la mariposa,
Y al escondido pez plateada escama.
A la enfermiza flor de vida exhausta
Vigor le presta y su matiz enciende;
Y cuando ciegas iras cruda guerra
Le mueven á la tierra,

Arco de paz sobre los cielos tiende.
  Así tu amor de próvido blasone,
Y de ingeniosas formas revestido,
Al hambriento sea pan, brazo al anciano,
Para el caído, mano,
Al huérfano, regazo; al ave, nido.
  Limosna de perdón al labio impuro
Que con calumnia vil manchó tu nombre;
Y á la traición de pecho fementido
Tu limosna de olvido
Que magnifica el corazón del hombre.
  Hijo ¿y á mí? También yo necesito
Que con piedad filial á mi alma ayudes:
Al Señor de los cielos invocando
Y á tu puerta llamando
Una limosna pido: tus virtudes.

VOX POPULI

  Ahí tienes, pueblo, elige ¿á quién la muerte?
Barrabás ó Jesús ¿quién va al suplicio?
Marche el uno al sangriento sacrificio
Y alcance al otro del perdón la suerte.
  Aquél te roba y te asesina: advierte
El ceño que en su faz imprimió el vicio;
Te ama Jesús, y á tu dolor propicio
Las miserias en gloria te convierte;
  Ciego, te da la luz; muerto, la vida;
Su amor á tí supera lo imposible......
—Muera Jesús!
                —Al cielo te convida.
—Muera Jesús!
                —No esperes que me asombre:
¿Piensas que extrañe en tí nada de horrible?
Tiempo ha que te conozco: eres...... el hombre.

EL ROCÍO Y EL LODO

ALEGORIA

Junto á negro lodazal
A las orillas del río,
Brillaba sobre un nopal
Una gota de rocío.
—Nada ganas con brillar,
Le dijo sañudo el lodo,
Siempre me ha de respetar
A mí más el mundo todo.
Pasa el hombre y te sacude
Con suprema indiferencia;
Si llega á mí, pronto acude
A rendirme reverencia.
¿Cuál es tu poder? ninguno;
Ni prometes ni amedrentas;
¿Sirves de amenaza á alguno?
¿Hay quien tema tus afrentas?
Una sola gota mía
Pone turbio el manantial,
Y ciento de tu valía
No le vuelven su cristal.
En el mundo en que vivimos,
No te engañes, vélo bien,
Uno y otro recibimos:
Yo, respetos; tú, desdén.
—Eres gran señor, lo sé,
Respondió al lodo el rocío,
Tu reino no disputé;
Este mundo no es el mío.
Aquí vine con la aurora
Entre nacarados velos;
Desterrado, vivo ahora
Siempre mirando á los cielos.
El rayo de luz se aplace
En decirme sus amores,
Y en requiebros se deshace
De bellísimos colores.
El colibrí se recrea
En mi espejo cristalino,

La alondra, al verme, gorjea
Su más amoroso trino.
En mi cristal no hay falsía,
De mí nadie hubo recelos;
Vive mi seno á porfía
Lleno de azul de los cielos.
Para el hombre eres gran pieza:
La tierra á la tierra alaba;
Pero mi reinado empieza
Donde tu reinado acaba.
Lodo en tierra se resuelve;
Serás mañana lo que hoy;
Todo á su origen se vuelve:
Yo vine del cielo, á él voy.
De este follaje al trasluz,
Dejándote en tus venturas,
Subo en un rayo de luz
A las celestes alturas.
Y cuando anheles llegar
Al noble destino mío,
Tienes, lodo, que empezar
Por ser gota de rocío.

LA DONCELLA DE ORLEANS

De hinojos ante Dios, bañado en llanto,
Gracia pide Voltaire en voz sumisa,
Trocada en mueca la mordaz sonrisa
Que escarneció el honor y el culto santo.
Surgiendo van á su redor entanto
Seres de celestial forma indecisa,
Que, la alta culpa dando por remisa,
Ruegan á Dios le cubra con su manto.
Llegó á su vez angelical criatura,
Vestido el pecho de guerrera malla,
Casta la frente y la mirada pura;
Con la vista á Voltaire midió la talla,
Y, en ademán de horror y de amargura,
Dióle la espalda, y murmuró: canalla!

SATANÁS

Me asechas, bien lo sé; me tiendes lazos,
Pones miel en tus viles tentaciones,
Haces cómplices tuyas mis pasiones
Y obreros de mi mal mis propios brazos.
A el alma no le das tregua ni plazos,
La circundas de torpes ocasiones
Para ver mi virtud hecha jirones,
Por gozarte en mi honor hecho pedazos.
Mas ¿qué á mí con las llamas de tu ira?
Atiza más y más con negro dolo
La hoguera de tu odio temerario;
Que al fin, para apagar la inmensa pira
De tu infierno voraz, me basta sólo
Una gota de sangre del Calvario.

EPITALAMIO

En el seno de grana de una rosa
Ví dos gotas lucientes,
Perlas que vierte el alba generosa
Cuando sacude su opalino velo;
Mostraban á mis ojos dos orientes,
Y cada una reflejaba un cielo.
Allegose Cupido á la floresta
Y con traviesa mano,
Por dar contento á su querer insano,
La rama estremeció donde la rosa
Ostentaba sus gracias esplendentes.
Tocáronse las gotas, conmovidas
Al choque del inquieto cieguezuelo,
Y quedaron en una convertidas.
Ya no más dos orientes,
Sino un solo cristal y un solo cielo.

UNA LIMOSNA

Trémula viejecita
Que al paso encuentro
Con la frente rugosa
Y el andar lento,
¡No te imaginas
Cómo me hiere el alma
Tu sola vista!
Deja que conmovido
Ponga en tu mano
Esta pobre limosna
De un bien escaso;
En esa ofrenda
Doy un beso á mi madre
Desde la tierra.

SACRA NAVIS

Náufrago voy sin fuerza y sin aliento,
Luchando con las olas de la vida,
Hiere mi faz la espuma enfurecida,
Me estremece el turbión, me injuria el viento.
Sólo en tu barca, oh Pedro, hay salvamento
Para mi alma por el mundo herida;
Bien la miro, del Noto combatida,
Bregar con el colérico elemento;
Mas quiero en ella ir, que navegamos
Por rumbo que la fe tiene antevisto;
Truenos, rayos, tormentas...... todo inútil;
No temo zozobrar, — al puerto vamos,
Que es tu vela la túnica inconsútil
Y llevas de timón la cruz de Cristo.

EL CÓMPLICE

A un ala del salón, el juez severo;
En el contorno, ansiosa multitud;
En el banco del reo, una doncella
De toca blanca y de corpiño azul.
Joya ninguna su vestido adorna,
Sólo en su pecho tosca cruz se ve;
Humilde es su expresión, mas nadie advierte
Que la aflijan temor ni timidez.
De un hecho criminal el juez la acusa;
Tranquila lo confiesa sin rubor:
Al condenado á muerte que asistía
Preparó, sigilosa, la evasión.
—¿Cómo romper pudiste sus prisiones
Y el celo de las guardias evadir?
—Con la cruz de mi pecho hice una sierra;
Con mi toca y mi manto le vestí.
—¿Por qué la ley burlaste y la justicia?
—El corazón tiene otro tribunal:
Ví llorar á la esposa y á los hijos
En su estancia infeliz, sin luz ni pan.
Mi vida no hace falta á sér alguno;
Por la suya la dí sin inquietud.
—¿Quién te indujo? Tus cómplices revéla!
—Sólo un cómplice tengo......
—¿Quién?
—Jesús.

EL TENIENTE CALDERON

ROMANCE HISTÓRICO

I

Dilátase en la llanura
El estruendo del cañón;
Todo es encono en las almas,
Todo en los aires fragor.

De la falda del Pichincha
Suben á nublar el sol
Revueltas masas de humo
Que otro volcán vomitó;
Que no sólo en tus entrañas
Hay, oh monte, combustión:
El patriotismo en los pechos
Otras lavas encendió.
Y á rechazar del tirano
La envejecida opresión
Va el honor con su venganza
Y el brazo con su furor.
En la afanosa contienda
Brilla SUCRE como sol,
Y lanza CÓRDOBA rayos
Que aterran con su estridor.
Mas, tal como en medio al día
Se advierte la luz precoz
De Véspero, á quien no apaga
De Febo la irradiación,
En la revuelta pelea
Luce un mancebo de pro
Que con indómito arresto
Atosiga al español.
Intrépida es la pujanza,
Incontenible el ardor
Del bravo guayaquileño,
El TENIENTE CALDERÓN.

II

Avanza, el acero enhiesta,
Va á descargar golpe atroz......
¡Suerte infausta! ya una bala
El brazo le destrozó.
No ceja.... con mayor brío
Y más heroico tesón
Empuña con la siniestra
El acero vengador;
Y en ademán de coraje
Grita con entera voz:
"Para vengar á la patria
Un brazo aún me quedó!"

—

¿A dónde vas, temerario?

Pon freno á tu corazón,
¿A qué, con hado enemigo,
Los prodigios del valor?
  Ya vas las fuerzas perdiendo,
Vuela al hospital, veloz,
¿No ves la sangre que corre
Del destrozado muñón?
  Ya los cañones apuntan,
Ya el relámpago brilló...
Ah! le ha roto el otro brazo
El proyectil español!
  No cae; ya sin espada,
Mutilado lidiador,
Empuja con las rodillas
Y enardece con la voz
  Al soldado que va á menos
Flaco de aliento y valor,
Jurando morir en piezas
Junto al sagrado pendón.

—

  Sostenedle! ¿por qué ahora
Cae en tierra el luchador?
¿Es la sangre que derrama
La que aliento le quitó?
  Enteros están sus bríos,
Y entero su corazón;
Es que otra bala homicida
Una pierna le rompió.
  Nueva luz brilla en los aires;
Y nueva detonación
La pierna que le quedaba
Despedaza con furor!......
  —"Llevadme en hombros, soldados,
"Acercadme al español,
"Aun tengo hálito en el pecho
"Y en el alma rebelión.
  "Aun tengo para defensa
"De la patria y del honor
"Letal veneno en mi aliento
"Y fuego en el corazón!......"
  Y calla, porque en el campo
Que con su sangre abonó
Las dianas de la victoria
Tocan clarín y tambor,

Y alzando al cielo los ojos
De gratitud en acción;
—"Venir puede ya la muerte"—
Dijo, y la frente inclinó.

III

Ya no suena en la llanura
El estruendo del cañón,
Ya no hay encono en las almas
Ni hay en los aires fragor.
A la falda del Pichincha
Donde el patriota venció,
Son los cantos de la gloria
Los que suben hasta el sol.
Aquel tronco mutilado
A la tierra se entregó,
Mas queda del héroe el nombre
Siempre vivo en la Nación;
Pues que en la usada revista,
Cual Bolívar lo ordenó,
Al oír la voz que clama:
"¡El Teniente Calderón!"
Conmovidos sus soldados
Y con orgullosa voz
Responden en coro: "¡Muerto
En el campo del honor!"

LUX FACTA EST

Fué en la tierra de Judea,—
Vagando en la cercanía
Del establo de la aldea
Donde el Dios niño nacía,
Un pobre ciego, transido,
A tientas da en el umbral,
Y, del cansancio vencido,
Se refugia en el portal.

Siéntase allí lamentando,
Melancólico y sombrío,
Que doquier va sólo hallando
La soledad y el vacío;
Que medroso el paso avanza
Temiendo siempre un suplicio:
En el aire, la asechanza,
En el suelo, el precipicio.
A quien turba alguna niebla,
— O ceguedad ó ateísmo, —
Tódo en el cielo es tiniebla,
Tódo en la tierra es abismo.
"No hay luz, — el ciego decía, —
"Ni hay auroras, ni hay mañanas;
"Sarcasmo, engaño, ironía,
"Burla, mentira, patrañas!
"El orbe es caverna oscura;
"Tódo en él es llanto y duelo:
"Gime el ave en la espesura,
"Gime el mar, el arroyuelo;
"Gimen las linfas del río,
"Y el aura gime en la fronda,
"Gime el huracán bravío
"Y gime la mansa onda.
"Y el hombre, infeliz entanto,
"En su malhadada suerte,
"Sólo tiene un dón: el llanto,
"Y una esperanza, la muerte."
Dando punto á sus enojos
Cesó de hablar, y al instante
Siente que los turbios ojos
Algo le hiere punzante.
De rodillas cae al suelo
En actitud reverente,
Porque ante sí mira el cielo
Lleno de luz esplendente.
Rebosando de alegría
Se apacienta en la belleza
Con que á la tierra atavía
La madre naturaleza.
Ansioso busca después
El talismán salvador
Y ve que brilla á sus pies
Sobre el cáliz de una flor.

La mano hasta el suelo baja;
Lo toma y lo observa bien:
Era una arista de paja
Del pesebre de Belén.



D. PABLO JOSE AROCHA

Vió la luz en Valencia el 15 de enero de 1832, y estudió Ciencias políticas en la Universidad de Caracas.

Abogado de la República, ejerce con brillo esta profesión en su ciudad natal. Casi todos sus trabajos literarios están firmados con el seudónimo de Fausto. Es un varón ilustrado y lleno de modestia.

LOS PIRAGÜEROS

(Á MI AMIGO LUIS PÉREZ)

GUAYANA

I

En los confines de Venezuela
Hay una rica, vasta región,
Llamada un día—Perla de América—
Por el altivo conquistador.

Por sobre arenas de oro, su curso
Entre las selvas lleva un raudal,
El Orinoco, que se hunde túrbido
En las cerúleas ondas del mar.

Son las que visten, plácidas selvas,
Manto de rica vegetación,

Del nuevo mundo las más poéticas,
Las más hermosas que alumbra el sol.

—

Sobre ellas tiende fada benigna
Velo ligero de gasa azul,
Cuando contempla la virgen índica
Del sol poniente la última luz.

—

Y el astro amigo de los ausentes
Cruza el espacio con majestad,
Y, cariñoso, sus rayos débiles
Va proyectando sobre el raudal.

—

Esa es *Guayana*, la flor preciada
Del paraíso que halló Colón,
Flor que acarician auras balsámicas,
Rica de galas y de esplendor.

—

Guayana tiene los caneleros
Y terebintos del Indostán,
Cuyos perfumes difunde el céfiro
Sobre la espuma del ancho mar.

—

La flor que crece junto á Basora,
Todas las fieras que hay en Tibet,
Aves que pueblan la tibia atmósfera
Que no las cuenta Coromandel:

—

Sira, el horrible numen del Ganges,
De las venganzas genio infeliz,
No hubo pagodas, cerca las márgenes
Siempre floridas del Caroní;

—

Porque en Guayana, bajo la sombra
Del platanero y el morichal,
El indio altares levanta, idólatra,
Al Dios benigno—*Pachacamac*.

—

Por eso lanza con preferencia
La lumbre pura fulgente luz,
Sobre esa rica porción de América
Que baña la onda del mar azul:

Y canta al suave compás del remo
Sus barcarolas el pescador,
Cuando la aurora levanta espléndido
De grana y oro su pabellón.

II

Niña, la de los ojos
De azul reflejo,
Que pisas sobre alfombras
De terciopelo,
Deja la alcoba
Y oye por un instante
Mi barcarola.

—

Mi barquilla varada
Dejé en la arena
Por venir á cantarte
Cabe tu reja,
Flor peregrina,
Que creces á la margen
Del Tacarigua.

—

Así le canta el indio
De la Guayana,
Cuando del Orinoco
Surca las aguas,
O por la tarde
Cuando cruza los bosques
De morichales:

—

—"Arriba, piragüeros!
Suelta la amarra!
Que ya vienen las brisas
De la mañana;
Y la ribera
Debe, mientras que corren,
Quedar desierta.

—

Cuando en medio del río
Nos encontremos,
Y de nuestras cabañas
Lejos, muy lejos,

Anzuelo y redes
Largarémos al fondo
De la corriente.

—

Si la fortuna colma
Nuestros deseos,
La pesca en Angostura
Negociarémos,
Y nuestras indias
Tendrán, con el producto,
Cuentas y cintas.

—

En la ciudad que besan,
Murmuradoras,
Del plácido Orinoco
Túrbidas ondas,
El *blanco* duerme
Sobre colchón de plumas
Y ricas pieles.

—

Esclavo miserable
De sus riquezas,
Su Dios son las mujeres
Blancas y bellas,
En cuyas sienes
Imprimen sus lascivos
Labios ardientes.

—

Las riquezas del indio
Son su piragüa:
Su amor, la india que cuida
De la cabaña:
Sus ambiciones,
El chinchorro de plumas
De mil colores.

—

Y es más feliz mil veces
En sus pesqueros
Que esas gentes que habitan
Allá, en los pueblos
Ricos palacios,

Y son de las pasiones
Tristes esclavos.

—

Si entre las ondas se alza
Cruda tormenta
Y nos arroja náufragos
A la ribera,
¿Qué nos importa,
Si en la playa tenemos
Indias y chozas?

—

Arriba, piragüeros!
Larga la vela!
Que ya soplan del norte
Las brisas frescas.
Al remo, listos!
Y echemos la corriente
Del ancho río."

III

Niña de ojos azules,
Cuello de nieve,
Que entre almohadas de plumas
Tranquila duermes,
Deja la alcoba
Y oye por un momento
Mi barcarola.

—

Allá, en el Orinoco
Tengo piragüas
Con tu nombre en la popa
Grabado en nácar—
Kioscos amenos
Que perfuman las flores
Del canelero.

—

Son para tí, si dejas,
Por mi Guayana,
Los aires perfumados
Del Guacamaya—
Por mi barquilla,
Los lirios y las juncias
Del Tacarigua.

ANÉMONA

(ABANDONO)

I

—" Aun no cierres tu cáliz: necesito
Dejar en él, oh flor!
De mi angustiado corazón marchito,
Una historia de amor.

Antes que el campo vista de esmeralda
Manto primaveral,
Abres tus hojas de luciente gualda
Al soplo matinal.

La brisa de la tarde vagarosa
Te arrulla en el pensil,
Como á los sueños de color de rosa
El aura juvenil.

Mas viene el *abandono*—y agonizas
En hórrido aquilón—
Anémona infeliz! tu simbolizas
Mi triste corazón.

Duras un solo instante: así en la vida
Esperanzas y fe:
Así los juramentos que hoy olvida
El hombre que adoré.

Del ángel que soñó mi fantasía
Olvidada también,
La vida es para mí noche sombría,
El mundo falso Edén.

II

Nuestras almas unir con sacros lazos
Me prometió—creí;
Y el velo virginal hecho pedazos
Lancé lejos de mí.

Tocó en el cieno mi marchita frente;
Y al ver mi deshonor
Me faltó la razón—maté, inclemente,
Al hijo de mi amor!

—

No sabe el mundo, no, que estoy perdida;
Pero una voz fatal—
La conciencia—me grita: infanticida!
Y madre criminal!

—

Y lágrimas me arranca el sufrimiento,
Y pido á Dios perdón,
Y apaga mi tenaz remordimiento
La férvida oración.

III

No cierres tu letal broche sombrío,
Deja que guarde en él
El recuerdo infeliz del hijo mío
Y el nombre del infiel.

—

Tu perfumado aliento, ese veneno
Que mata sin piedad,
Derrámalo, en castigo, aquí en mi seno,
Flor de la soledad.

—

¿Qué á mí, del mundo inexorable, encono
Y maldición sufrir?—
Soy como tú—la flor del abandono...
Qué importa ya morir!

—

Y la marchita flor sobre una tumba
Dejó, gimiendo, la infeliz Amanda;
Y reclinó la frente pensativa
En la piedra de lágrimas bañada.

LA PROFESA

Tú que pueblas, oh Dios, de refulgentes
Soles, el firmamento,
Que despide torrentes
De luz, por entre leves nubecillas
De nácar y zafiro;
Y perfumada esencia
Derramas en el cáliz de las flores
Que semejan del iris los colores—
Que tiendes sobre el mar velo de armiño;
Y sobre el yermo suelo
Primaveral y matizado manto—
Que das voces al ave
Con las que entona su armonioso canto—
Sus rumores al viento—
Las sonrisas al niño
Que todavía no sabe
Ni balbucir tu nombre—
Resignación al hombre
Y á la mujer, en su angustiado duelo,
El bendecido y saludable llanto—
Protege á la azucena
Cuyas nevadas hojas
Marchitan el pesar y las congojas—
Lleva toca de lino
El humilde sayal de la profesa,
Y al pie de los altares
Su himno de amor no cesa.
Pretende hallar en la oración consuelo,
Y que el amor divino
Apague de otro amor la ardiente llama;
Pero ¡delirio vano!
Mal apagado el sacrosanto fuego
Revive, y, lento, el corazón consume—
Otro nombre murmura si te nombra—
Y lágrimas derrama,
Y la pesada reja
La voz apaga de la amante queja.
Cual fugitiva sombra
Por el mundo pasó—como un perfume
De la primera flor de los almendros.

Con la mirada ardiente
Del mancebo gentil, sintió la niña
El tinte del pudor sobre su frente,
Y pronto, la mujer, dentro del seno
Latir su corazón de angustia lleno.
El beso maternal que antes solía
Pedir con tierno ruego
Y cariñoso afán, ya no buscaba;
Y sola, á veces pensativa y triste,
El aura de la tarde la encontraba.
Cabe la fuente un día
La juraron amor, y la promesa
Tornar hizo al instante
La inquieta vaguedad en dulce calma—
Con él un paraíso
Soñaba, de placeres y ventura;
Pero el destino quiso
Cambiar el velo y la nupcial corona
Tejida de azucenas y azahares,
Por el tosco sayal de la profesa—
Derramar en el alma
De la infeliz amante
En vez de paz un cáliz de amargura—
Que al pie de los altares
Para siempre cayera
Tronchada la flotante cabellera—
Y viese en una celda solitaria
La reclusa, lucir en vez de flores
Y la plácida luz de la esperanza,
La antorcha funeral de sus amores.
Vedla, puesta de hinojos
Como dirige á tí santa plegaria,
Y lágrimas á mares
Vierten sus negros ojos!
El tempestuoso mar de las pasiones
Batió sobre ella sus amargas ondas;
Y en el naufragio de su amor, el llanto
No basta á consolar su desventura.
Ampárala, Señor! ha amado tanto.......
Que bien merece tu perdón, Dios mío!
Juramentos, promesas, ilusiones,
Esperanzas, ensueños, desvarío,
Cual fugitiva sombra
Todo para ella fué, como el perfume

De la primera flor de los almendros.
Si te olvidó un instante
Por el recuerdo mundanal de un hombre,
Si al pronunciar tu nombre
Mienten sus labios y al amor revive
Que sin piedad consume
Su mísera existencia,
Perdónala, Señor, por tu clemencia.

LLORAR POR UN HIJO

I

Meciendo una madre
La cuna de su hijo,
Exclama, llorando de gozo:
—Que duerma tranquilo.

II

Volvió de su sueño
Ya hombre cumplido,
Que es un sueño, un instante en la vida
La edad de los niños;

—

Y al verlo la madre
Llorando, le dijo:
—Alma mía, quién sabe que suerte
Te guarda el destino!

III

Cubrieron las sombras
El astro querido......
Marchitaron las brisas heladas
Las hojas del lirio......

—

Y al pie de una tumba,
Entre hondos suspiros,
Sollozando una madre exclamaba:
—Ha muerto, Dios mío!

IV

El ángel custodio
Llevóse al empíreo
De la madre el benéfico llanto
Y el alma del hijo.

BARCAROLA

A mi pesquero, tiende, paloma,
Las blancas alas, que ya en Oriente
Se ve la luz.
Deja la enhiesta nativa loma,
Y echemos juntos la ancha corriente
Del lago azul.
Sereno está—
La amarra suelta—el remo
Listo á bogar.

La brisa tenue que riza el agua
Va murmurando la tierna historia
De nuestro amor.
Sólo tú faltas en mi piragua,
De mi esperanza luz ilusoria,
Blanca visión.
El lago está
Sereno como tu alma,
Ven á bogar.

Cuando la sombra cierra callada
Y Héspero, bello, por sobre el mundo
Se deja ver,
Sobre la borda medio inclinada
Me repetías: mi amor profundo
Para tí es;
Pero bogad,
Que puede sorprendernos
La tempestad.

Desde tu nido de hojas de aroma
A mi piragua donde me quedo
Pensando en tí,
Tiende las alas, blanca paloma
De mis amores, que ya no puedo
Sin tí vivir;
Meciendo está
La brisa mi piragua,
Ven á bogar.

Mas tú no me amas como solías;
En mi pesquero la negra bruma
Cayendo está.
Así como ella corren mis días—
Que tu promesa fué como espuma
Que azota el mar.
Remos! bajad,
Que la onda del olvido
Pasando va...



D. PEDRO ARISMENDI BRITO

Vástago de ilustre familia de patriotas, Arismendi Brito vió la luz en Carúpano el año de 1832. Estudió en Caracas bajo la dirección de D. Juan Vicente González. Valeroso militar, desempeñó cargos importantes en el Ejército durante la guerra de los cinco años. A pesar de esta vida agitada, ha cultivado con pasión las letras. Es varón de saber, artista y poeta; lleva merecidamente sobre sus hombros las estrellas de General, y es Miembro de número de la Academia Nacional de la Historia.

NO TODO ERA SUEÑO

Qué hermoso sueño! cuanto el mundo nombra
Gloria y placer sin tasa poseía;
Que, rendida al amor, bajo mi sombra
Esclava la fortuna me seguía.

Fuerte, bello, el más sabio entre los sabios,
Ante mí todos parecían de hinojos:
Los hombres á colgarse de mis labios,
Y las mujeres á extasiar sus ojos.
Como preciado el polvo atesoraban
Que mi alado corcel dejaba en pos,
Y en estentóreos gritos me aclamaban
Su padre, su señor, su rey, su Dios.
Veía, al reposar, tranquilo todo
Hundirse en el silencio más profundo,
Y, al alzarme en mi lecho sobre el codo,
Nublarse el aire y retemblar el mundo.
El tiempo, el tiempo mismo detenía
O aceleraba á mi capricho el paso;
Que, al ordenarlo yo, no descendía
El astro de oro al purpurino ocaso.
Nada ponía á mis intentos vallas,
Mostrábaseme el cielo siempre grato,
La Muerte y la Desgracia mis vasallas
Esperaban temblando mi mandato.
Los héroes todos cuya fama aun zumba
En la tierra, de Belo á Napoleón,
Violaban la consigna de la tumba
Por venir á rendirme adoración.
....
Y yo te amaba entonces, y contento
Era tu esclavo, aunque del Orbe rey;
Leyéndote en la faz el pensamiento,
Era tu voluntad mi única ley.
....
De alas dotar la humanidad entera
Había intentado en mi amoroso orgullo
Para, cruzando el éter de la esfera,
Hacer el cielo, cual la tierra, tuyo.
En esto desperté: llevé la mano
A mis negros cabellos: en mi frente
No hallando una corona, busqué en vano
En mi cinto el acero omnipotente.
Y todo había volado! No restaba
Nada de mi grandeza; mas por eso
No me sentí infeliz...... No, me quedaba
Todo, todo el amor que te profeso!

MADRIGALES

—

I

Ah! si yo fuera el colibrí esmaltado
De brillantes colores,
Dardo de luz rehilando entre las flores
Que el manto bordan del ameno prado,
Huésped cruel que las córolas tempranas
En desgarrar se place,
Y su botín de miel y aromas hace,
Saqueando las más puras y galanas:
Si fuera él, ni en lirios ni en claveles
Tales goces buscara;
Sino en las bellas rosas de tu cara
O en esos labios, como dulces, crueles.

II

Si fuera la voluble mariposa
Que, en la fresca mañana,
Sus alas de oro, de azabache y grana
Sobre una y otra flor confiada posa;
Y hallando al cabo, indigno de su amor
Cuanto brilla en el suelo,
Ama la ardiente luz que llueve el cielo
Y va á morir, bebiendo su esplendor;
Si fuera ella; por cierto no tuviera
Tan míseros antojos,
Cuando en tus negros y serenos ojos
Abrasado de amor arder pudiera.

LECCION DE FLORES

—

Aun es niña; mas lucha ya indecisa
La juventud con su infantil candor,
Y florecen sus labios con la risa,
Y el seno con las ansias del amor.

Ayer por el jardín indiferente
Discurría, sus sueños repasando;
Y en vano con los rizos de su frente
Entre aromas jugaba al aire blando.
Las fuentes requebrábanla sencillas,
La incensaban meciéndose las rosas,
Y, fingiendo engañarse, en sus mejillas
Venían á aletear las mariposas.
En vano! y los cocuyos en acecho
Frustrado el brillo de sus galas vían,
Y los tempranos lirios su despecho
Anegados en lágrimas vendían.
Ah! que un capullo, de su edad reflejo,
Ve al fin la niña en una rama erguido,
Y anhelando mirarse en tal espejo,
Al inclinar la flor, lanza un gemido.
Su madre, que lo ve, clama rïente:
Cuánto enseñan las flores, Angelina!
¿Cómo podrá borrarse de tu mente
Que cada vanidad guarda una espina?

LUZ DE LA SOMBRA

Los esplendores del cielo
Va sorbiendo el horizonte,
Y sobre el llano y el monte
Tiende la noche su velo.
El orbe se entenebrece,
Mas para el alma que guía
La fe á su Dios, nuevo día
De entre la sombra amanece.

—

Y bajo el negro capuz,
Sin sol que les cause enojos,
Logran nuestros claros ojos
Ver al fin la mejor luz;
Que cada objeto que encierra
El universo, así en calma,
Presenta asidero al alma
Para alzarse de la tierra.

Mariposas de topacio,
Que convulsas aletean,
Las estrellas centellean
Prendidas en el espacio.
Y al ver tal agitación
Nuestros ojos que las aman,
Las fingen manos que llaman
A la celestial mansión.

—

Fiada en que nadie la ve
La flor, con franca sonrisa,
Por dar el seno á la brisa,
Rasga su verde corsé.
Si gala especial del suelo
Entonces se la presume,
El alma tras su perfume
Vuela, camino del cielo.

—

Querellándose sencilla,
O bullidora y rïente,
Nos llama la clara fuente
A meditar en su orilla.
Y al inquirir quién la voz
Le ha dado y el movimiento,
En su fondo, el firmamento
Copiado, contesta: Dios!

—

Ya del silencio profundo
Brotar se oye en la floresta
La voz del ave modesta
Que espía el sueño del mundo.
Y á quién esa cantinela
Alza el ave melodiosa?
No es al hombre, que reposa,
Es á Aquél que siempre vela.

—

Ah! sí; por todo camino
Que en la oscuridad hagamos
Es seguro que encontramos
Al término algo divino.
Que de la luz siempre en pos
Nuestra alma, cuando anochece,
Siente que su tino crece
Para hallar y ver á Dios.

MATER DOLOROSA

NECROLOGIA REALISTA

Murió la pobre Dolores!
La madre llena de angustia
Sobre aquella frente mustia
Pone las últimas flores.
Después crúzale en el pecho
Las manos blancas y puras,
Y extiende sus vestiduras
Sobre el limpísimo lecho.
Ungele los piés desnudos
De su llanto con el riego,
Los besa, y cálzales luégo
Los zapatos más menudos.
Así, cándida y serena,
Está sobre el lecho frío,
Como perla de rocío
Dormida en una azucena.
Sólo lámpara que mueve
Su luz herida del viento,
Finge vida y movimiento
En esa estatua de nieve.
La madre ansiosa ante ella
La espía, orando de hinojos:
Nunca la vieron sus ojos
Con más amor, ni más bella!
Luégo, en hondo desconsuelo,
Con voz que entrecorta el llanto,
Desahoga su quebranto,
Así quejándose al Cielo:

—

—Oh! Señor, si eres eterno
Para amarnos de esa suerte,
¿A qué concebir la muerte,
Creado el amor materno?
¿Por qué en el alma sembrar
Tan hondamente ese amor,

Y dar después un dolor
Sin fuerzas para matar?
¿Por qué envidiarme el placer
De contemplarla rïente?
Tú eres Dios Omnipotente,
Y yo una pobre mujer!
¿Cómo no ver justo y pío
Que si embelleces el cielo,
Tornándola ángel, el suelo
Dejas para mí vacío?
Pero te excuso: sin pena,
Yo como tú hubiera obrado.
¡Tan bella la habías creado
Tan noble, tan dulce y buena!...
Hija mía, allá en los cielos
Los ángeles te amarán...
De sólo pensarlo están
Ya punzándome los celos.
Cuidate! entre ellos prefiere,
No á aquel que mucho te jure,
Sino al que ingenuo asegure
Que cual tu madre te quiere.
Y si, al creerle, alentado
Tu frente besar ansía,
Promete agradarle el día
En que me lleve á tu lado.
Ah ¡qué amargo desconsuelo!
Sabiendo que es pura y bella
No poder velar por ella!
Mirarla sola en el Cielo!...
Vuelve, vuélveme, Señor,
Sus caricias inocentes:
Si no lo quieres, no intentes,
Arrancarme mi dolor.
No, no me vuelvas la calma:
Ya cuanto goce me resta
Es llorarla siempre, es esta
Inconformidad del alma...
Mas el sepulcro á robarme
Va, sin que evitarlo pueda,
Ya cuanto de ella me queda.
Señor, dígnate cegarme!
Sí, antes que esos despojos,
Tan bellos aún, se ajen,

Así guardaré esa imagen
Eternamente en mis ojos...

—

Calló.—La lámpara incierta
Mostraba de trecho en trecho
A la madre al pie del lecho,
Inmóvil como la muerte.
Qué mudez! por todo ruido
Apenas si se escuchaba
Cómo la sangre golpeaba
Mi corazón oprimido.
¡Con qué ansia tan prolija,
Con qué fruición tan sincera,
El alma yo dado hubiera
Para animar á la hija!
Por ver de seres tan buenos
Soldada la unión partida,
Bien puede darse una vida
Que damos quizá por menos.
Pensando así busqué el Cielo,
Y al encontrar las estrellas,
Parecióme ver que de ellas
Llovía augusto consuelo.
Vuelto entonces á la calma,
Comprendí que aquella pena
No era, no, la última escena
De la vida de nuestra alma.
Y el pobre albergue dejé
Atenuada mi aflicción,
Llevando en el corazón
El santo ardor de la fe.
Y en el alma la idea fija
De que imposible ha de ser
Que á aquella pobre mujer
No devuelva Dios su hija.
Sí, porque fuera locura
Concebir un Creador
Dotado de alma inferior
A la que dió á la criatura.

D. ELIAS CALIXTO POMPA

Vió la luz en Guatire, pueblo de la antigua provincia de Caracas, el año de 1834. Hijo del Coronel D. Jerónimo Pompa y de la señora Dª Jerónima Lozano, heredó de su padre la afición al estudio. En 1868 colaboró en algunos periódicos políticos y sirvió en las oficinas públicas. Escribió varios dramas y dió á luz un volumen de poesías. Murió el año de 1887.

LA NAVE DE LA VIDA

Á EDUARDO BLANCO

I

Llena de flores, imponente, erguida,
Innúmeros viajeros transportando,
Sobre un inmenso mar va resbalando
Con su carga la nave de la vida.
Todos viajan contentos, porque en suma
Advierte cada cual, gozando á solas,
Escritas sus venturas en las olas,
Grabados sus ensueños en la espuma.
Así van y remontan, siempre viendo
Esos renglones que su anhelo fragua,
Y según más ó menos gira el agua
Unos cantando van, otros riendo.
—¡Cayó uno!
Ya las ondas
Le cubrieron......
—Poco importa!
Dicen todos
Los que quedan en pie, con voz ruidosa.
—Otro al agua!......
—Boga, boga!
Que allá vienen
Juguetonas
Dichas nuevas
Escritas en la espuma y en las olas.

Y la nave se va.—Pesada bruma
Envuelve para siempre á los caídos,
Y siguen los demás entretenidos
Mirando los retozos de la espuma.

II

Pasajero soy yo: también me fragua
La mente sueños de esmeralda y oro,
Y los busco, y los hallo, y los adoro,
Escritos un momento sobre el agua:
También yo voy contento, mar bonanza,
Mirando de las olas la cadena:
La que se va, me digo: esa es mi pena;
La que viene, me digo: es mi esperanza!
Mas habré de caer! ¡Ay! lo que siento
Es que al llegar mi vez, cuando importuno
Alguien grite en la nave: ¡cayó uno!
Cortando la sutil gasa del viento,
Digan todos
Los que queden en pie, con voz ruidosa:
Adelante!
Poco importa!
Siga el barco
La maniobra,
Que allá vienen
Juguetonas
Dichas nuevas,
Escritas en la espuma y en las olas.
Y colmada de flores, siempre erguida,
Innúmeros viajeros transportando,
Sobre el inmenso mar, siga avanzando
Con su carga la nave de la vida!
Y sigan los demás camino haciendo,
Y al ver el ancho mar, gozando á solas,
Según menos ó más giren las olas,
Vayan unos cantando, otros riendo:
Mientras que yo me quedo...... Mientra en suma
De ensueños tantos que la mente fragua,
Tan sólo quedará por sobre el agua
Escrita mi memoria con espuma.

ESTUDIA, TRABAJA, DESCANSA,

I

ESTUDIA

Es puerta de la luz, un libro abierto:
Entra por ella, niño, y de seguro
Que para tí serán en lo futuro
Dios más visible, su póder más cierto.
El ignorante vive en el desierto
Donde es el agua poca, el aire impuro;
Un grano le detiene el pie inseguro;
Camina tropezando; *vive muerto!*
En ese de tu edad abril florido
Recibe el corazón las impresiones
Como la cera el toque de las manos:
ESTUDIA, y no serás cuando crecido
Ni el juguete vulgar de las pasiones,
Ni el esclavo servil de los tiranos.

II

TRABAJA

Trabaja, joven, sin cesar trabaja:
La frente honrada que en sudor se moja,
Jamás ante otra frente se sonroja,
Ni se rinde servil á quien la ultraja:
Tarde la nieve de los años baja
Sobre quien lejos la indolencia arroja,
Su cuerpo al roble, por lo fuerte, enoja;
Su alma del mundo al lozadal no baja.
El pan que da el trabajo es más sabroso
Que la escondida miel que con empeño
Liba la abeja en el rosal frondoso;
Si comes ese pan, serás tu dueño,
Mas si del ocio ruedas al abismo,
Todos serlo podrán, menos tú mismo!

III

DESCANSA

Ya es blanca tu cabeza, pobre anciano:
Tu cuerpo cual la espiga al torbellino,
Se dobla y rinde fácil: ya tu mano
El amigo bordón del peregrino

Maneja sin compás, y el aire sano
Es á tu enfermo corazón mezquino......
Deja la alforja, vé, descansa ufano
En la sombreada orilla del camino;
Descansa, sí; mas como el sol se acuesta,
Viajero como tú, sobre el ocaso,
Y al astro que le sigue un rayo presta;
Abre así con amor tus labios viejos,
Y alumbra al joven que te sigue el paso
Con la bendita luz de tus consejos.

DONDE ESTÁ DIOS?

—Dime, madre de mi alma,
Dime, madre, la verdad:
¿Está Dios en todas partes?
—En todas partes está.
—¿Llena el mundo?
—Sí, lo llena.
—¿Me está mirando?
—Sí tal.
—¿Está en la flor?
—En perfumes.
—¿Está en el cielo?
—Es su altar.
—¿Está en el aire?
—Es su aliento.
—¿Está en el sol?
—Es su faz.
—Madre, comprender no puedo...
—La fe te lo esplicará.
—¿Y qué es la fe?
—Rayo puro
De eterna luz celestial.
Cuando llegue con el tiempo
Tus tinieblas á alumbrar,
Esa luz, más elocuente
Que mi labio, te dirá:
Que hasta en el eco infantil
De la palabra fugaz
Con que por Dios me preguntas,
La esencia de Dios está.

D. MARCO ANTONIO SALUZZO

Nació en Cumaná el 7 de octubre de 1834.

Desde temprana edad ha figurado en la política y ocupado cargos importantes, entre ellos los de Diputado del pueblo, Senador, Presidente del Estado de Barcelona y Ministro de Relaciones Exteriores.

Escritor correcto y erudito, y orador elocuente, ha alcanzado honrosos lauros. Es Individuo de número de la Academia Venezolana y de la Nacional de la Historia, y Correspondiente de la Real Academia Española.

LIBERTAD!.

I

¿Es cierto, oh Dios? ¿la Libertad es sueño,
Halagüeña visión, falsa esperanza,
Que acaricia el mortal con grato empeño
Y nunca, nunca, por su mal, alcanza?
¿La infame tiranía
Siempre la tierra pasará triunfante?
¿Su cabeza de arpía
¡Ay! erguirá soberbia y dominante,
Y los tronos, cadalsos seculares,
Sólo serán del mundo los altares?
En vano el genio santo forcejea:
Miró la esclavitud tronos alzados,
Y los siglos, vistiendo una librea,
Vintos se vieron á su carro atados......
Oh vergüenza! oh desgracia!
Todo se hundió después de mil afanes......
Y Grecia misma, el templo de la audacia,
Adoró sus sultanes......
¿Y la madre eres tú de tantos buenos
Cuyo nombre la historia señorea?
¿Los que gimen esclavos son los hijos
De los invictos héroes de Platea?......
Y tú, pueblo atrevido sin segundo,
Que desde el ancho y espumoso Nilo
Hasta el Bétis profundo,

Sentir hiciste de tu espada el filo,
Amedrentando el mundo!
¿En dónde están las Aguilas triunfantes
Que recorrieron con potente vuelo,
De alta gloria anhelantes,
Un hemisferio en su extendido cielo?
¿A tánto llega, madre del gran Bruto,
Llega á tánto tu oprobio, llega á tánto,
Que, siendo reina ayer, des hoy tributo
Y no tengas siquiera un digno manto
Para ostentarte grande aun en tu luto,
Para enjugar tu vergonzoso llanto?......
Mísera humanidad! ¿á qué caminas,
En lucha atroz, hacia otra edad, serena?
¿Por qué del mal al peso no te inclinas,
Si verás á la fin sólo rüinas
Y ofrecerás el cuello á una cadena?
Desciñe el regio manto,
Emblema del poder de las naciones;
Rasga la enseña que pusiera espanto
Al déspota soberbio y sus legiones!......
¿Qué á tí las sacras palmas y laureles
Que conquista el valor en la palestra?
¿Qué á tí el esfuerzo de los libres fieles,
Si en pos del triunfo un yugo ignominioso
Lo porvenir te muestra?
¿Para qué combatir, si al cielo plugo
Que te rigiera un déspota inclemente?
Y si al triunfar consagras tu verdugo,
¿Por qué lanzarte al campo, diligente,
Y no inclinar al yugo,
Sin combatir, la envilecida frente?......
Arroja en trozos la fulmínea espada;
Besa la ruda mano que te pega;
Arrástrate en el polvo, degradada;
Y con vil llanto tus cadenas riega!
¡Llora, infeliz!—Maldice la conciencia
Que levanta tu espíritu hacia el cielo,
En tanto que recoges en el suelo
Del siervo infame la infamante herencia!......

II

¿La esclavitud? Mentira! El mundo es libre......
La libertad el corazón nos llena!

¿Qué importa que un tirano rayos vibre,
Si habrá doquier, para lidiar, arena?
¿Qué importa? Si en Farsalia al orbe doma
César, poniendo á Roma vil tributo,
La libertad de Roma
En templo erige el corazón de Bruto......
Libertad!—¡Libertad!—Santa viajera
Que recorres, soltando tus pendones,
Del mundo la ribera,
Y á cuya voz acuden las naciones!
¡Hablas!...... Y al punto numerosas greyes
Corren del Septentrión al Mediodía......
Recibe el mundo tus solemnes leyes,
Y sacudiendo el yugo de los reyes
Su poder y sus fuerzas desafía.
No importa que furioso
El demagogo en su delirio osado
Tu sien infame con emblema odioso
Al crimen consagrado,
No la sangre mancilla las coronas
Que conquista tu brazo en los combates;
Que si soberbios déspotas abates,
Vencidos, los perdonas.
Tú no eres, Libertad, el mónstruo fiero,
Que, sin tener las leyes por escudo,
En el santuario, un pueblo carnicero
Adoraba desnudo;
Tú no eres la Razón, que torpe ciencia
Cual diosa proclamaba;
Que tu Aguila triunfal en su demencia
Por el buitre carnívoro trocaba.
Tu triunfo, Libertad, no es el delirio,
Sino el solemne triunfo de las leyes;
Y miras en el crimen un martirio
Igual al despotismo de los reyes.
¡Libertad, Libertad!...... alza la frente!
El Genio de los siglos te proclama;
La raza esclavizada en lo presente
Te muestra sus miserias y te llama.
El mártir que soporta las cadenas
Te implora ya con voz enronquecida......
Desciende, Libertad, hasta su arena
Siquiera cual los mártires vestida!
Empuña, empuña la pesada lanza;

Ciñe el luciente casco de la guerra,
Y de crimen exenta y de venganza,
Vence de nuevo y al protervo aterra!
  Despierten ya los adalides bravos
    A tu ley siempre fieles,
Y truequen sus harapos los esclavos
Por tu glorioso manto y tus laureles!
  ¡Aun es tiempo!—Venecia, Esparta, Atenas!
Desafiad con valor al despotismo!......
¿Han resistido nunca las cadenas
Al firme batallar del heroísmo?
¡Madre del Cid, de Córdova y Pelayo,
    Que diste noble asunto
A la historia inmortal, descoge el rayo!
    ¿Cabe tan vil desmayo
A la heroica vencida de Sagunto?......
¡Despiértate también, sagrada Roma!
El polvo del oprobio te sacude!......
Ya el sol del libre por oriente asoma......
    ¡Roma! al combate acude!
    Y tú, germen de amor, suelo querido,
Tierra de bendición!...... Tú, que has guardado
    En tu templo, encendido,
El fuego de los libres consagrado;
Tú, que rompiste, apenas en la infancia,
El yugo que te atara torpemente,
Y, llena de virtud y de arrogancia,
Alzaste invicta la procera frente......
Arma de nuevo, América, tu brazo!
Brille otra vez tu refulgente acero,
Y de pie sobre el alto Chimborazo,
De nuevo te contemple el mundo entero!
  ¡Ay de ellas, las naciones
Que soporten el torpe despotismo
Sin desplegar los fúlgidos pendones
Que da la libertad al patriotismo!
  Sin gloria en lo presente,
Infame estigma se verá estampada
  En su caduca frente;......
Lo porvenir con brazo prepotente
Las lanzará al abismo de la nada.

III

  Tú, libertad, en tanto,

Ascenderás al templo de la gloria,
Y, sola digna del sublime canto,
Tuyos serán los siglos y la historia.

MENS DIVINIOR

EN LA MUERTE DE VICTOR HUGO

Manibus date lilia plenis:
Purpureos spargam flores.

[Virgilio. Æneidos. Lib. VI.]

I

¿A qué ceñir la frente
Con la apolínea, inmarcesible rama,
Y en cántico ferviente
Romper ¡oh Musa! de loor y fama?
¿Por qué, por qué tremolas,
El lábaro triunfal, que en claro día
Descoges entre olas
De ardiente aplauso y mágica harmonía?
De tu olímpica frente
La inspiración en rayos se desata,
Cual de monte eminente,
Con esplendor de plata,
Undívaga, sonora catarata.
¿De cuál varón el canto
Previenes hoy en la sonante lira?
Aura de gloria en torno de tu manto
Enamorada espira.
¿Discurres en idea
Por la inmortal comarca
Que riega el Hudson con raudal sereno,
Enalteciendo al único patriarca
De la alma libertad, gloria del bueno?
¿O cantas la victoria
Del pueblo-rey que en la moderna liza,
Rayos vibrando que forjó la gloria,
Reyes atierra y tronos pulveriza?

O en numeroso verso resonante,
Dices al mundo atónito, asombrado,
Aquel valor, por el laurel premiado,
Del colombiano Atlante?
Cantas, Musa....
¡Silencio! ya resuena
Del apartado astro al mar profundo,
Nombre inmortal que los espacios llena
Y que repite con aplauso el mundo.

II

¡Salve, Genio sublime,
Héroe y enseña de vital combate!
Tú, cuyo verbo la virtud redime,
Tú, cuyo rayo la maldad abate.
Entre el confuso asombro y clamoreo
De dos siglos en lucha,
Ya gimes como Orfeo,
Ya, arrebatado, cantas cual Tirteo,
Y absorto el orbe tu cantar escucha.
Lloroso á tu presencia
El Genio se ofreció de lo pasado,
Y sobre ruinas y dolor alzado,
Unge tu frente con sagrada esencia.
El rostro vuelves al hogar bendito
Cuna de tus paternas ilusiones,
Y postrado de hinojos y contrito
Al cielo envías lúgubres canciones.
Triste, postrero canto,
Oleo vertido en losa funeraria......
Triste, postrero llanto,
Eco doliente de filial plegaria.
Madre amorosa que el dolor mitiga
Y en toda parte al infortunio asiste,
¿Cuándo no fué la Musa fiel amiga
De la desgracia triste?
Ella desama el solio refulgente
Ante el cual no dió nunca infiel tributo,
Y desdeñando al César prepotente,
Se abraza y cae con el vencido Bruto.
Por eso al ver cómo sucumbe el trono,
No en la causa reparas;
Y ajeno ofreces de furioso encono
Piadosa ofrenda en sus desiertas aras.

Y alzas del polvo el pabellón que un día
Llevó triunfante popular idea,
Y cobijas con él la losa fría
De la inmortal, fanática Vandea.
Los ya olvidados muertos,
Al escuchar el canto que los nombra,
Van á sentarse, en su sorpresa, inciertos,
De tu laurel poético á la sombra.
Y á tu célica voz, airada zumba
De la justicia la palabra eterna;
Y de su centro exhala cada tumba
Voz misteriosa de plegaria tierna.

III

¿Quién eras dí? ¿Qué genio soberano
Aliento poderoso dió á tu pecho
Para rugir cual férvido oceano
En tempestad terrífica deshecho?
¿Quién de rayos armó tu diestra mano
A cuyo afán el orbe vino estrecho?
¿Qué numen celestial en tí completa
La encarnación del bardo y del profeta?
Puesta la mente en ideal divino
Y el áureo plectro en la acordada lira,
Cantando vas, ¡oh bardo peregrino!
Entre aplauso inmortal é insulto indino.
Cuál te maldice atroz y cuál te admira:
Cuál te dice Iscariote,
Cuál tu virtud abona:
Éste escribe en tu frente horrible mote,
Mientras aquél en lauros te corona.
Del mundo vil en el fatal camino,
¿Quién no dejó despojos de su ropa?
¿Quién no probó de Sócrates divino
La emponzoñada copa?
No importa: que tu diestra
Siempre incansable, lo futuro muestra,
Y las del vulgo necias maldiciones
Acallas con proféticas canciones,
Orgullo y prez de la mortal palestra.

IV

Tú sólo fuiste ya, moderno Alcides,
Quien contrastó, sereno, la victoria

De soberbio opresor, y en recias lides
Combatiste al error fingido en gloria.
Tú vindicaste la moderna historia,
Lavando de sus mármoles, con llama,
        Vil, despreciable escoria,
        Que la verdad infama.
Y sostuviste en alto la bandera
A cuyo amparo se acogió el derecho;
Y palpitó la humanidad entera
Con el valor de tu abnegado pecho.

V

   Desde el asiento de apartada roca
        Que bate mar sañudo,
Invoca á Dios y á la justicia invoca
        Tu pensamiento mudo.
        ¿Qué ferviente deseo
        Te levanta, de suerte
Que osas luchar, ¡oh bardo Prometeo!
Con el destierro, despiadada muerte?
        ¿Quién expresar podría
Las de tu sér profundas emociones,
        Cuando, al morir el día,
        Tu mente revolvía
Sueños de amor y mágicas visiones?
        ¿Cuando la mar desierta
Interrogabas con ardiente anhelo,
        Y tu pupila incierta
Sobre la mar, de soledad cubierta,
Sólo miraba el impasible cielo?
   Una tarde... ¡escuchad! Fúnebre lampo
Lanzaba el sol al trasponer los mares,
Y del cóncavo cielo por el campo
Asomaban nocturnos luminares.
        Tus anublados ojos
El anchuroso espacio recorrían,
Y al patrio hogar, con lúgubres enojos,
Inundados en llanto se volvían.
        ¡Ay de Francia, gemían
Tus convulsivos labios, *cruda suerte!*
Y por tu faz tristísimas corrían
Las acérrimas aguas de la muerte.
   ¿Qué extraño objeto cual lejano monte,
Que cerca el mar de cándidas espumas,

Fugitivo, te ofrece el horizonte
Envuelto en sombras y bañado en brumas?
¡Un bajel, un bajel! En su cordaje
Imita el viento sepulcral suspiro;
Del mar furente el rápido oleaje
Sus costados azota en raudo giro.
Y en tanto que las olas
Del viento al par combaten su carrera,
Sus mástiles circunda, en aureolas,
Lumbre gentil de la sublime esfera.
Cuando tu vista extática seguía
El gallardo bajel con afán grave,
Voz misteriosa, etérea, te decía:
"Contempla al hombre en la velerá nave...
"El mar esconde en su fatal grandeza
"Incógnito poder, fuerza sin nombre:
"Donde termina el mar, el cielo empieza;
"Donde principia Dios, termina el hombre.
Dijo la voz. Al misterioso acento
Conturbado tu sér entró en sí mismo.
La nave era ya ida, y un lamento
Lanzaste, que, llevado por el viento,
Perdióse entre el espacio y el abismo.

VI

De entonces más, la ilusa
Tímida virgen que, al mirar, vacila,
La del mundo falaz lidia confusa,
Deja de ser la soñadora musa
Para tornarse en mágica sibila.
No la que en antro inmundo
Dones vendiendo, en el error vegeta;
Mas, la que habrá de contemplar al mundo,
Presa de vengador fuego iracundo,
Al par del Rey-Profeta.
De entonces el misterio
Tu espíritu llenó: célica mano
Trocó tu lira en místico salterio,
Y, libre del mundano cautiverio,
Cantaste á Dios y su insondable arcano.

VII

¿Dónde adoraste al Padre? ¿En qué horizonte?
Al cielo alzaste férvida plegaria?

¿Fué de Sïón en el sagrado monte,
O en el maldito monte de Samaria?
Dios es verdad. Espíritu fecundo
De bien y amor y luz, Fuente primera,
Y como á tal, en la extensión del mundo
Se adora donde quiera.
Dios es verdad: Espíritu que mora
Doquier mueva el mortal incierto el paso:
El desata los rayos de la aurora,
Y recoge las sombras del ocaso.
Fecundo sol de inextinguible día
Cuyo aliento creador doquier se mueve;
Que sobre cuanto sér la tierra cría
En rayos de oro beneficios llueve.
No hay punto bajo el cielo
Que no proclame su sagrado nombre,
Ni tan pura oración como el anhelo
Piadoso, con que el hombre
Por el amor llevado,
Clama piedad contrito y humillado.
Hijo de la esperanza
Y ministro de bien, diste al Eterno
Oración y alabanza
Y tributo de amor, en himno tierno.
Himno sublime, pío,
En que tu musa, prosternada, ruega
Por cuanto alienta en este valle umbrío,
Y la tumba del justo y del impío
Con lágrimas de amor, sencilla riega.

VIII

Yaces al fin ¡oh Genio soberano!
En tierra, yerto, mudo,
Como dormía el bélico espartano
Vencido ó vencedor sobre su escudo!
¡Yaces al fin! Si el hombre
Al contemplar tus gélidos despojos
Los rocía con llanto de sus ojos
Y triste gime al pronunciar tu nombre;
¡Ay! no llora por tí, mas, por él llora...
Por él, pobre proscrito;
Que en el valle de lágrimas do mora
No oirá de hoy más tu cántico bendito.
¿Llorar por tí? ¡Jamás! Sacros cantares

Ofrenda son á tu memoria santa;
Del Genio en los magníficos altares,
No se llora, se canta.

IX

Dadme, dadme de rosa,
De lirio, y nardo, y de laurel ofrenda,
Para cubrir la tumba do reposa
El vencedor en secular contienda.

A UNA ADÚLTERA

Celaje ayer de pura transparencia,
Hoy agorero nubarrón sombrío;
Desgraciada mujer, ¿Qué desvarío
Trocó en maldad tu cándida inocencia?
¿No te gritó, indignada, la conciencia
Condenando tu error, error impío
Que esclavizó al delito el albedrío,
Que enlutó la razón con la demencia?
Bendecido santuario que á deshora
Cayó, en infamia y en maldad deshecho,
Abandonado de tu dios ahora.
¡Desgraciada mujer! hierve en tu pecho
Remordimiento atroz que te devora
Y te despierta en afrentoso lecho.

MULTA PAUCIS

Duerme la brisa en el repuesto bosque,
En parda niebla aduérmese la luz,
El eco duerme en el confín lejano,
Y el canto en el laúd.

Despiértase la brisa con la aurora,
La luz despierta con el almo sol,
Y el eco á los reclamos se despierta
De poderosa voz.
Y el alma de la lira, prez del mundo,
Cuerpo del verbo, espíritu inmortal;
El canto, para alzarse al cielo espera
La voz de la beldad.

D. JUAN JOSÉ BRECA

Nació en La Guaira el 7 de enero de 1835. Fueron sus padres D. Juan José Breca y la señora Dª Micaela Diez. Estudió primeras letras en aquella villa, y desde la edad de 14 años se aplicó á la contabilidad comercial. A sus propios esfuerzos, dirigidos por irresistible vocación literaria, debe cuanto es en el parnaso venezolano.

Ha publicado un volumen de 650 páginas de verso y prosa, y prepara la publicación de otro mayor aún.

A LA GUAIRA

I

Vengo al pueblo en que nací
Que en importancia decrece
Y que no se enorgullece
De que yo naciera aquí,
Como me envanece á mí
Haber nacido en su suelo,
Bajo el azul de su cielo
Y á la orilla de su mar
Que muestra en el batallar
De más ancho linde, anhelo.

II

Aquí estoy! Mas ¡ay de mí!
¿Envanecerte?... ¿Por qué?
¿Cuál sacrificio ofrendé?
¿Qué hice jamás por tí?
Pero aunque nada te dí,
Cariño ¡oh Guaira! te exijo,
Pues con amarme, colijo
Que no has de ser indiscreta:
Te canté como poeta
Y te quiero como hijo.

III

Sí, tierra mía, te amo
Más aún que cuando niño,
Y me finjo en mi cariño,
Dulce, maternal reclamo.
"Mi tierra!"...Yo así te llamo
Porque en tu seno nací,
Y no sé por qué me fuí
Dejando atrás, con desdén,
Este encantador Edén
Donde tan feliz viví.

IV

¿Qué es el hombre? Leve paja
Que Dios en el mundo acopia;
Sin tener voluntad propia,
Corre, vuela, sube, baja!
Juzga que hallará ventaja
En moverse sin cesar,
Y de lugar en lugar
Va, tras mentida esperanza,
Sin ver que en esta mudanza
Los suyos le han de olvidar.

V

Ah! No pasa de la infancia,
Aunque alta estatura mide,
Y de su suerte decide
La más leve circunstancia;
Torpe siempre, en su ignorancia
Infantil, que es sabio infiere,

Y no sabe lo que quiere,
Y no sabe lo que hace,
Y no sabe por qué nace,
Y no sabe por qué muere.

VI

Lejos, muy lejos de tí,
Llevado, no sé por qué,
Mi cariño te guardé
Y nunca la fe perdí;
De tu recuerdo viví,
Y siempre tuve delante
Tu existencia palpitante,
Tu exuberancia de vida
Que á todo goce convida
Y á todos dice: adelante!

VII

Los desdenes de la suerte,
Siempre conmigo enojada,
Y la ausencia, que anonada
El cariño, y le da muerte;
El Tiempo, que acíbar vierte
En el alma; los rigores
Y mundanos sinsabores
Mi corazón no han herido,
Y es imposible el olvido
De mis primeros amores.

VIII

Es tuya la intrepidez
Que nombre te dió en la Historia,
Tuyo el amor á la gloria,
Tuya la noble altivez,
Tuyo el culto á la honradez;
Y yo, siguiendo tu empeño,
Yo, el más pobre, el más pequeño
De este mi suelo adorado,
Con decir que soy honrado,
Declaro que soy guaireño.

IX

Tierra bendita! El trabajo
Es aquí costumbre santa,

Una ley que no quebranta
Ni el más alto, ni el más bajo;
Tu brindas siempre agasajo
A toda noble aptitud,
Das premio á la rectitud
Y nunca niegas favor
Al hombre trabajador
Que practica la virtud!

X

Recréase mi memoria
Con tu magnífico templo,
Singular y santo ejemplo
De piedad, luz de tu historia,
Monumento de la gloria
Que el Hacedor te acordó,
En cuyo centro esculpió
Para culto de los hombres
Estos venerables nombres:
"Sojo, Mendoza, Moreau."

XI

Y ese templo levantado
A la Virgen del Carmelo
Obra es del santo celo
De un sacerdote esforzado
Que, del deber penetrado
Que compete al sacerdocio,
No se dió tregua, y el ocio
Se vedó siempre y la calma,
Para darse en cuerpo y alma
A su espiritual negocio.

XII

¿Dónde están?... Echo de menos
Un amigo y otro amigo,
Un compañero, un testigo
De mis días más serenos!
Los vi ayer, de vigor llenos,
De juventud, de arrogancia
Varonil!... Ya la distancia
Aterradora salvaron!...
Ah! ¿Por qué se adelantaron
Los amigos de mi infancia?

XIII

Triste estás ¡oh Guaira! triste,
Y tu horizonte, nublado!
¡Cuánto el Tiempo te ha mudado!
Ya no eres lo que fuiste!
Tu grandeza ya no existe,
Ya no existe tu caudal,
Tu importancia comercial
Sólo está en tu pensamiento,
Ficticio es tu movimiento,
Y tu vida, artificial!

XIV

El cercano caserío
Que solaz, frescor, descanso
Ofrecía en el remanso
De tu trasparente río,
Hoy muestra el rico atavío
Que la suerte le acordó:
El palacio sucedió
A la cabaña campestre
Y la violeta silvestre
Bajo el lujo sucumbió.

XV

¿Qué importa que así deslumbres,
Pueblecillo, si murieron
Tus encantos, si ya huyeron
De esas tus nuevas techumbres
Las pastoriles costumbres
De la sencilla aldeana
Que con sedas se engalana
De aquel que la galantea?
Tu llevas hoy, pobre aldea,
Afeites de cortesana.

XVI

Abierta está tu ensenada
¡Pobre Guaira! y sin abrigo,
Cual mostrando al enemigo
Segura y fácil entrada.
¿Qué se hicieron tu explanada,
Mole inmensa, inconmovible,
Tu muralla inaccesible,

Tus baluartes, tus almenas,
De bocas de fuego llenas,
Que te hacían invencible?

XVII

Todo, todo ha sucumbido
De una voluntad al peso,
Bajo la ley de un progreso
Que todo lo ha demolido.
¿Cómo ¡oh Guaira! has consentido
Tal vejamen, tal ofensa
Que pone tu rada inmensa
Para siempre en descubierto
Y que hace de tu puerto
Una playa sin defensa?

XVIII

Mas ah! ¿Cómo resistir
Al mandato soberano!
La resistencia era en vano,
El luchar era morir!
Forzoso fué convenir
En la inconcebible saña,
Aceptar la triste hazaña
Que ponía en evidencia
El valor de la insolencia
Sobre el legado de España!

XIX

Ved! Mirad! No cabe duda!
Sus muelles, con fin certero,
Establece el extranjero
En nuestra playa desnuda;
Insulta con su faz ruda
Al pueblo, á quien juzga loco
Y á quien ata poco á poco,
Y en todo esto sólo encuentro
Un extranjero en el centro
Y otro allá en el Orinoco.

XX

Y entre tanto el mar Caribe,
Antes furioso, altanero,

Cómplice del extranjero
Con sumisión lo recibe!
Brama ¡oh mar! truena, revive
Tus iras, ruge á sus pies
Y sosiego no le des!
Desátate en cataclismos
Y sepulta en tus abismos
Esos muelles del inglés!

MIS ANGELES NO VIENEN

A LA SEÑORA DOÑA ASCENSIÓN P. DE RIVODÓ

Al casarse mi hija,
Muy feliz ella,
Sentí pena profunda,
Sentí tristeza!
Me imaginaba
Que con ella se iba
Toda mi alma.

Ella y él, muy alegres,
Bien se concibe!
Y yo, por el contrario,
Triste, muy triste!
Así es el mundo:
El dolor, la alegría
Van siempre juntos.

Me consolaba un poco
Saber que un día
Unos ángeles bellos
Me cercarían.
Mi amor aguarda
Verlos llegar alegres......
Vana esperanza!

¿Por qué no viene uno
Siquiera, á casa?

Mis ángeles no vienen
 Y el tiempo avanza!
 ¿Por qué resisten?
¿No saben que sin ellos
 Estoy muy triste?

—

¿He de estar siempre solo,
 Solo en mi cuarto,
Sin la dulce algazara
 De diez muchachos,
 Cinco gemelos
Que con gritos me llamen
 Querido abuelo?

—

Los viejos necesitan
 Nuevo cariño;
Y no hay amor más dulce
 Que el de esos niños
 Que al mundo llegan
Cual postrer dón que envía
 La Providencia.

—

Mas no tengo esperanza,
 Ya no la tengo!
Y es lo triste, que mucho
 Quiero á mis nietos.
 No los conozco,
Pero en ellos pensando
 Me vuelvo loco.

—

Renazca la esperanza
 Dentro del pecho,
Y vengan esos ángeles
 Que tanto quiero!
 Ay! Dios me acorra!
Mi hija á mi reclamo
 Se muestra sorda.



D. SIMON CALCAÑO

Nació en Caracas el 24 de julio de 1835 y se educó como sus demás hermanos en esta capital. Sirvió como militar en la guerra de los cinco años, y posteriormente ocupó destinos de importancia en la Hacienda.

Redactó el periódico literario *El Iris* y colaboró en diversos órganos de publicidad.

Murió en Caracas en marzo de 1891.

LAS TRES ALMAS

A el alcázar de soles revestido
Llamó el alma del triste pecador,
Y las puertas le abrió compadecido
El ángel del amor.
A su vez hasta el pórtico esplendente
La del justo, alma pura también fué,
Y las puertas abrióle reverente
El ángel de la fe.
Al templo donde alcanzan nueva vida
Las almas que el dolor purificó,
Llamó temblosa el alma del suicida,
Y nadie respondió!

LA MUERTE DEL POETA

Canta la patria y el amor, ferviente
Culto tributa á la virtud divina;
Como el sol los espacios ilumina,
Que un rayo de su luz lleva en la mente.
No se dobla ante el déspota insolente
Ni el oro vil su corazón domina;
Ante el altar de la verdad inclina
Ceñida de laurel la noble frente.

Y cuando al fin de la vital jornada
Viene la muerte á detenerle el paso
Y apaga el numen que agitó al gigante,
Baja el Poeta á la postrer morada
Como desciende el sol hacia su ocaso
Dejando tras de sí rastro brillante.

MIGUEL GRAU

No es victoria de Chile! Hado inhumano
Hirió en el noble pecho enardecido,
Al héroe audaz que fatigó atrevido
El dorso de zafir del Oceano.
A impulso de su aliento soberano,
Tras rudo batallar, Titán vencido,
A faz del triunfador envanecido
Alza glorioso el pabellón peruano.
El arma esgrime aún su brazo fuerte,
El nombre de la Patria en la memoria,
Y en lid de semi-dios contra la suerte
Arranca sus trofeos á la gloria,
Y al caer bajo el mármol de la muerte
Se levanta en el mármol de la historia.

A POLONIA

Es una hermosa virgen que semeja
Un ensueño de Vincy ó de Coello;
De belleza y virtud vivo destello
En su frente de nácar se refleja.
Las hebras mil de insólita guedeja
Velan el albo torneado cuello,
Y el blanco pecho, palpitante y bello,
El suelto traje en abandono deja.

A la orilla del Báltico sentada
En las aguas del Vístula se mira,
Y al recordar su honra amancillada,
Nueva Lucrecia, á perecer aspira
Antes que alzar la frente profanada
Por el Ruso feroz que horror le inspira.

A MIS HIJAS

I

Á OCTAVIA JOSEFA

En el cielo

Si cuando llegue á la mansión divina
Tras este de la vida rudo afán,
Y al presentarme al Tribunal Supremo
Donde de tanto ¡ay! me acusarán;
No estás allí para elevar tu súplica
Que mi triste destino cambiará,
Mi alma sin verte, de la luz privada
Al seno oscuro de la nada irá.
Mas si al llegar á la morada santa
En donde al lado de tu Dios estás,
Por mí tu ruego al Hacedor elevas,
Si á recibirme cariñosa vas,
Y con la luz de tu aureola apagas
La negra sombra que en mi frente habrá,
Mi alma la eterna inmensurable dicha
Junto á su Dios y junto á tí hallará.

II

Á JOSEFINA

En la tierra

Si cuando roto de mi vida el hilo
Caiga en la lucha al fin, pobre mortal,
Y deba al seno de la madre tierra
Mi solitario asilo sepulcral,

No llegas nunca hasta mi pobre losa
A impulso del afecto ó la piedad;
Sin tu plegaria y sin tu amor, oh hija,
Cuán amarga será mi soledad!
Mas si movida por filial afecto
Hasta mi asilo solitario vas,
Y de rodillas sobre el duro mármol
Flores y llanto á mi sepulcro das,
Mientras ~~la casta flor~~ que allí coloques,
De tu cariño ofrenda y tu piedad,
Su aroma exhale y su belleza ostente,
No sentiré mi triste soledad.

QUISIERA DESPERTAR!

EN EL CEMENTERIO

Á MI HIJA JOSEFINA

Yo mañana también esta morada
De todos olvidado habitaré;
Y bajo losa humilde é ignorada
Para siempre estaré!
No me asusta la muerte, que es el cielo:
La vida sí, que es odio y es dolor!
Anhelante mi alma tiende el vuelo
Hacia Dios que es amor!
Mas si mañana tus divinos ojos
Lágrima de dolor viene á empañar,
Para calmar, mi vida, tus enojos
Quisiera despertar!
Si llena de dulzura y de belleza
Con tu virtud alumbras nuestro hogar,
Extasíese tu madre en tu pureza,
¿Para qué despertar?
Mas al llegar crueles los horrores
De la muerte, mis lares á enlutar;

A reclamar mi parte de dolores
Quisiera despertar!
Vano pensar; oh hija! que el destino
Amarga copa á saborear te dé
O derrame la dicha en tu camino,
Nunca despertaré.

PESCA

Dije al diablo: aunque rabies y aunque llores
Me limpias el Parnaso de zizaña,
Pues ya me irrita la conducta extraña
De unos cuantos poetas y escritores.
Ora todo es hipérbole y loores,
Luégo se muerden con indigna saña:
Llévate, pues, los díscolos.
—Con maña
Escogeré, me dijo, los peores.
Y añadió por lo bajo: *aunque me pierda*
No le voy á dejar un literato.
Examinó las mallas y la cuerda,
Miró al gremio de reojo breve rato,
Se balanceó el traidor sobre la izquierda,
Tendió la red, y se llevó... hasta el gato.



D. DOMINGO SANTOS RAMOS

Nació en Caracas el año de 1835. Se educó en los más notables colegios y en la Universidad Central.

Ha servido varios destinos públicos. Ultimamente desempeñó el cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Brasil y el Uruguay.

EL PENSAMIENTO

Penetra en los dominios de la gloria,
Altivo, audaz, magnífico, sereno,
Pide al rayo su luz, su voz al trueno,
Recorre los anales de la historia:
De Maratón evoca la memoria,
Surca veloz el lago Trasimeno,
Y de su turbio, ensangrentado seno
Parte á decir de Aníbal la victoria.
Mas, si osas aspirar á eterna fama
Y á vivir en el fúlgido palacio,
Do brilla eterna la divina llama
De la inmortalidad, alza tu vuelo:
En alas de la Fe cruza el espacio
Y canta á Dios en la región del cielo.

FIN DEL TOMO I

INDICE CRONOLOGICO DEL TOMO I

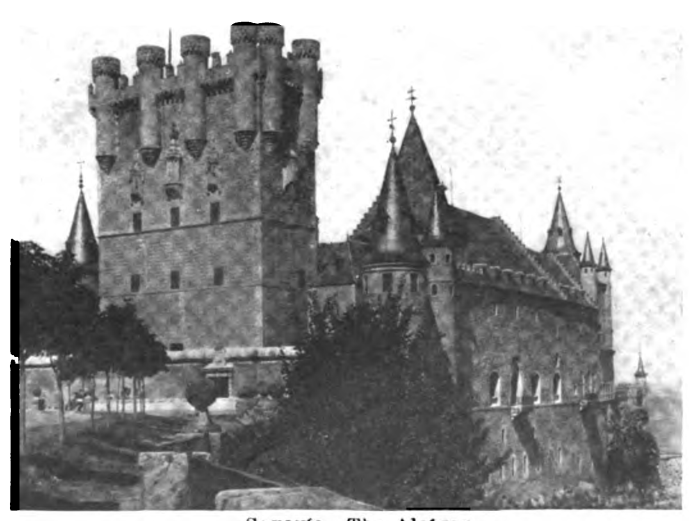


INDICE ALFABETICO DE AUTORES

NOTA.—No hay libro sin erratas. Las de este son pocas y sin importancia, como la de decir, en un lugar de la Introducción, *muévenos* por *muéveme*; *cuanto* por *cuando*; *espirar*, por *expirar*; *precioso* por *preciso*; *cuanto que acaso*, por *cuanto escaso*; y *vejetaba* por *vegetaba*; *ahora* por *hora*, en la página 77; *de sus pinos*, por *de tus pinos* en la página 144; *rudos tormentos*, por *duros tormentos*, en la página 116; y alguna otra más tan ligera como estas. En cambio, Baralt y otros autores han sido purificados de las graves erratas con que de largos años acá se venían reimprimiendo algunas de sus poesías.



MADRID—THE ROYAL PALACE



Segovia—The Alcázar

